

EXPEDIÇÕES

Teoria da História & Historiografia

http://www.prp.ueg.br/revista/index.php/revista_geth/



Reitor

Haroldo Heimer

Pró-Reitoria de Pesquisa e Pós-Graduação

Ivano Alessandro Devilla

Coordenação Editorial

Flávio Reis dos Santos e Eduardo Henrique Barbosa Vasconcelos

Conselho Editorial

Ana Catarina Zema de Resende (UnB), Arnaldo Rosa Vianna Neto (UFF), Aruanã Antonio dos Passos (UTFPR), Daniel Barbosa Andrade de Faria (UnB), Deuzair José da Silva (UEG), Emile Cardoso Andrade (UEG), Geraldo Witeze Júnior (IFG), Gonzalo Pasamar (Universidad de Zaragoza), José Oliver Fautino (IFB), Júlio Bentivoglio (UFES), Luís Cláudio Rocha Henriques de Moura (IFG), Wilson de Sousa Gomes (UEG) Conselho Consultivo deste número Ana Paula Lima Tibola (UPF), André Gustavo de Melo Araújo (UnB), André Voigt (UFU), Astor Antônio Diehl (UPF), Augusto Bruno de Carvalho Dias Leite (UFMG), Carmem Zeli Gil (UFRGS), Guido Carvalho (UEG), João Rodolfo Munhoz Ohara (UNESP), Léo Carrer Nogueira (UEG), Lorena Lopes da Costa (UFMG), Luiz Montez (UFRJ), Marcelo de Mello Rangel (UFOP), Marcus Vinicius de Moura Telles (USP), Mario Marcello Neto (UFRGS), Omar Ribeiro Thomaz (Unicamp), Roberta do Carmo Ribeiro (UFRGS/UEG), Rui Aniceto Nascimento Fernandes (UERJ), Samira Moretto (UFFS), Zita Rosane Possama (UFRGS)

A Revista Expedições: Teoria da História e Historiografia é uma publicação on-line (quadrimestral) do Programa de Pós-Graduação em Ambiente e Sociedade (PPGAS), do Grupo de Estudos e Pesquisas em Teoria da História e Historiografia (GPETH) e do Núcleo de Estudos e Pesquisas sobre Educação Rural no Brasil (NEPERBR) da Universidade Estadual de Goiás (UEG).

A Revista disponibiliza espaço para a discussão e reflexão de estudos e pesquisas das Ciências Humanas e Ciências Sociais com ênfase em História, Teoria da História, Historiografia, História da Educação e temáticas características das interações e relações da e em sociedade.

DOSSIÊ

**LA HISTORIOGRAFÍA LATINOAMERICANA EM LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO
XX: CONEXIONES, PROBLEMAS Y ITINERARIOS**

SUMÁRIO

4 Presentación

Tomas Sansón Corbo

16 La escritura de la historia en el cambio de siglo: de la revista letrada a la revista especializada

Alexander Betancourt Mendieta

40 Propósitos, límites y contenidos del conocimiento histórico: La Academia Nacional de la Historia (Venezuela 1888-1958)

Inés Quintero Montiel

65 Articulaciones y tensiones en torno a la conformación del campo historiográfico argentino en la primera mitad del siglo XX

María Silvia Leoni y María Gabriela Quiñonez

83 Las tensiones nación/provincias en la configuración de la historiografía argentina. La escritura de la historia en Santa Fe (c. 1850-1950)

María Gabriela Micheletti

115 Escritor idealista y patriota, los aportes historiográficos de Silvano Mosqueira

Herib Caballero Campos

134 La indagatoria del pasado de Virgilio Rodríguez Beteta (1885-1967)

José Cal Montoya

150 Enseñanza de la Historia a principios del siglo XX en Uruguay y Argentina. La visión de las autoridades educativas. Abel J. Pérez y Joaquín B. González

Sabrina Alvarez y Francis Santana

174 Quando historiadores foram à escola: “História do Brasil” de Octavio Taquínio de Sousa e Sérgio Buarque de Holanda (1944) e os ecos da nova historiografia brasileira

Fábio Franzini e Elaine Lourenço

193 Aproximación a los vínculos entre las historias de ciudades en Colombia y la visión agostiniana

Félix Raúl Martínez Cleves

213 Notas para uma análise da *Revista de História* e a historiografia veiculada em suas páginas na década de 1950

Patrícia Helena Gomes da Silva

PRESENTACIÓN

Tomás Sansón Corbo¹

Durante la primera mitad del siglo XX se configuraron en América Latina los campos historiográficos nacionales². Los criterios decimonónicos de la “literatura histórica” fueron sustituidos por paradigmas teórico-metodológicos que normalizaron la indagatoria del pretérito y consolidaron la autonomía disciplinaria. Este proceso ha sido escasamente estudiado. Intentaré glosar brevemente, y sin pretensiones de inventario, algunas de las contribuciones más significativas con el propósito de calibrar el estado de los conocimientos sobre el tema³.

Uno de los aportes más recientes los realizó Felipe Soza. En el capítulo X del libro *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico* (AURELL; BALMACEDA; BURKE; SOZA, 2013), el investigador chileno brinda un panorama sobre “La historiografía latinoamericana”, desde los tiempos precolombinos hasta nuestros días. Es un interesante estudio de carácter descriptivo, acorde a la naturaleza didáctica de la obra en la que está inserto.

En el opúsculo *Las grandes corrientes de la historiografía latinoamericana*, Sergio Guerra Vilaboy (GUERRA VILABOY, 2003) revisa con solvencia – en un estilo panorámico similar al del Soza – la evolución del conocimiento histórico en el subcontinente. Lo hace siguiendo el itinerario de autores, temas y tendencias hegemónicas.

El tomo IX de la *Historia general de América Latina*, dedicado a la Teoría y metodología de la Historia de América Latina (REZENDE MARTINS; PÉREZ BRIGNOLI,

¹ Doctor en Historia por la Universidad Nacional de La Plata (Argentina). Profesor e investigador de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República (FHCE-UDELAR, Uruguay). Integrante del Sistema nacional de Investigadores de la Agencia Nacional de Investigación e Innovación (SNI-ANII, Uruguay).

² La categoría “campo historiográfico” lo utilizo tomando por base los conceptos de Pierre Bourdieu relacionados con el funcionamiento de los campos científicos. El interior del “campo historiográfico” se **estructura** en base a relaciones de competencia y complementariedad entre sus agentes (los historiadores). Estos actúan en función del “capital” que poseen (económico, social, cultural y/o simbólico) para conquistar, legitimar o conservar posiciones hegemónicas. Bourdieu utiliza la metáfora del juego para explicar las competencias. El acceso, acción, permanencia y exclusión del campo están normalizados según reglas definidas por los propios agentes, de acuerdo a su posición (dominadores o dominados) y “peso funcional” (autoridad, poder) (BOURDIEU, 2002).

³ Advertimos que no se trata de un estado del arte sobre obras del estilo de *Historiografía latinoamericana contemporánea*, coordinado por Ignacio Sosa y Brian Connaughton (SOSA; CONNAUGHTON, 1999), referidas a temas, problemas, espacios geográficos o períodos específicos. Pretendo comentar los opúsculos que brinden visiones generales relacionadas con la evolución de la producción y el conocimiento histórico de la historiografía latinoamericana.

2006), incluye ensayos sobre la epistemología de la disciplina y sus vinculaciones con otras ciencias sociales. No contiene aportes sustanciales sobre las condiciones de producción, corrientes, tendencias, articulación y transformación diacrónica de los relatos.

Además de los estudios panorámicos reseñados, existe una abundante producción sobre historiografías nacionales o regionales. La consideración de la misma trasciende los objetivos de esta presentación. Destaco, como aportes más significativos, los artículos del volumen IV de *The Oxford History of Historical Writing* (MACINTYRE; MAIGUASHCA; PÓK, 2011), en especial los de D. A. Brading (“Historical Writing in Mexico: Three Cycles”), Ciro Flamarion Cardoso (“Brazilian Historical Writing and the Building of a Nation”) y Juan Manguashca (“Spanish South American Historians: Centre and Periphery, 1840s-1940s”).

Las funciones de los historiadores latinoamericanos cambiaron a comienzos del siglo XX. Debieron responder, en su calidad de miembros de las oligarquías dirigentes y de funcionarios de Estados en transformación, a nuevos requerimientos sociales y gubernamentales. A su rol primigenio de productores de “ficciones orientadoras” de cuño nacionalista, adicionaron la tarea de creación de relatos pretéritos legitimadores de nuevas realidades políticas, como la República (1889) y el Estado Novo (1937) en Brasil; o de movimientos con pretensiones de implementar transformaciones estructurales, al estilo de la Revolución Mexicana (1910).

Las mutaciones socioeconómicas, políticas y culturales plantearon problemas e interrogantes sobre la esencia de las identidades locales, regionales y nacionales. Surgieron sendos movimientos intelectuales en procura de respuestas, uno de los más representativos fue el de los “intérpretes de Brasil”, en la década de 1930. Fue necesario incluir en los relatos a actores sociales que hasta entonces habían sido relativizados, demonizados o invisibilizados (campesinos, indígenas, afrodescendientes, mestizos).

A las élites dirigentes se les planteó el desafío de reconfigurar los imaginarios nacionalistas con el propósito de cohesionar a las masas de inmigrantes con las poblaciones criollas. Para “disciplinar” comportamientos y prácticas potencialmente dispersivas se debió operar sobre los sistemas educativos. La enseñanza de la historia se transformó en un instrumento privilegiado para “nacionalizar” a naturales y extranjeros. Planes, programas y manuales de “historia patria” se utilizaron en las escuelas para convertir conductas atávicas en hábitos “civilizados”. Historiadores y maestros fueron, respectivamente, los encargados de

elaborar y transmitir los “valores” de laboriosidad, honradez e higiene. Apelaron para ello, entre otros recursos, a la “ejemplaridad” de los grandes hombres, los “héroes”.

El labor de los investigadores comenzó a especializarse. Surgieron condiciones favorables para una relativa autonomización epistemológica. Mojonés fundamentales de ese itinerario fueron: la fundación o consolidación de corporaciones intelectuales de perfil asociativo consagradas al cultivo de la Historia, como los Institutos Históricos y Geográficos y las Academias Nacionales; la creación de centros superiores de estudio dedicados a la formación de investigadores profesionales; la renovación técnica motivada por la divulgación de manuales metodológicos elaborados en Europa. Estos factores contribuyeron a transformar las estructuras de funcionamiento de las antiguas redes intelectuales y dinamizaron el proceso de configuración de los campos historiográficos nacionales.

Durante el siglo XIX surgieron, en distintas partes de América, corporaciones letradas organizadas por los estudiosos del pasado. Tenían el propósito de generar condiciones favorables para la investigación y divulgación de conocimientos. Una de las más prestigiosas fue el Instituto Histórico y Geográfico Brasileño (en adelante IHGB), fundado en 1838.

El IHGB perduró en el siglo XX y sirvió de modelo para el establecimiento de centros regionales en Pernambuco, Ceará y Bahía. Lo mismo sucedió con la Academia Nacional de la Historia de Venezuela (1888) y con la Junta de Historia y Numismática Americana (Buenos Aires, 1893), base de la Academia Nacional de la Historia de la República Argentina (1938). Además, se crearon nuevas asociaciones como la Academia Colombiana de la Historia (1902), la Academia de Historia de México (1919) y el Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas (1937) (que se transformaría en 1965 en Academia Paraguaya de la Historia).

Eran instituciones privadas o semioficiales que estaban al servicio de los respectivos Estados y desempeñaban la función de reguladoras de la administración del pasado. Asesoraban a los gobiernos en cuestiones relacionadas con nomenclatura, efemérides y enseñanza de la Historia. Detentaron el monopolio de la gestión del pretérito hasta que surgieron otras instituciones que disputaron esa hegemonía.

A partir de la década de 1890 nacieron en distintos países⁴, centros universitarios destinados a la formación de los aprendices de Clío. Ofrecían cursos panorámicos, seminarios

⁴ Con excepción de Chile, donde en 1842 se había fundado, en el seno de la Universidad de Chile, una Facultad de Filosofía y Humanidades en la que se promovieron los estudios históricos.

sobre temas concretos e instrucción teórico-metodológica. Algunos de los más importantes fueron la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires (1896) y la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (1920), en Argentina; la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (1924); la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas de la Universidad de San Pablo (1934), en Brasil; la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República (1945) en Uruguay; la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos (1945) en Guatemala; la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional de Asunción (1948) en Paraguay. La institucionalidad universitaria, generalmente munida de un estatuto autónomo que facilitaba el libre tránsito de ideas y de corrientes intelectuales, contribuyó a superar los enfoques estrechamente nacionalistas imperantes hasta entonces.

Los nuevos centros se nutrieron del aporte de intelectuales extranjeros (europeos o de países vecinos) que por razones diversas recalaban en ellos. Impartieron un fecundo magisterio que *aggiornò* las prácticas y las tendencias historiográficas.

Hubo varios humanistas europeos refugiados en América por motivos políticos, que realizaron contribuciones significativas. Los ejemplos más notorios fueron los de los españoles Rafael Altamira, Pedro Bosch-Gimpera y José Gaos emigrados a México en la década de 1930, y el de su compatriota Claudio Sánchez-Albornoz que lo hizo a Argentina en la década de 1940 (SOZA, 2013, pp. 418-419). También existió la concurrencia de investigadores contratados por universidades americanas, las experiencias más importantes fueron las de Rafael Altamira (que entre 1909 y 1910 realizó un periplo por diversos centros de estudios en Uruguay, Chile, Perú, México, Cuba y fundamentalmente Argentina⁵) y la de Fernand Braudel (en la Universidad de San Pablo, Brasil, entre 1935 y 1937).

Asimismo, debe consignarse el tránsito de historiadores americanos contratados con similares propósitos. Algunas experiencias interesantes en este sentido fueron las del brasileño Guy de Hollanda (desde 1948) en la Facultad de Filosofía de la Universidad

⁵ Arribó a Argentina en 3 julio de 1909 y permaneció hasta el 27 octubre, fue la primera escala de un largo viaje que culminaría en marzo de 1910 y le permitió visitar los países citados. Desarrolló una intensa actividad académica que tuvo como epicentro la Sección de Filosofía, Historia y Letras de la UNLP. También dictó conferencias y cursos sobre temas diversos en las facultades de Filosofía y Letras y de Derecho de la Universidad de Buenos Aires y en centros académicos de Santa Fe, Córdoba y Rosario. Realizó, además, una fugaz visita a Montevideo entre el 4 y el 12 de octubre. La acción de Altamira tuvo, según Gustavo Prado, importantes repercusiones en la opinión pública y en las élites letradas y dirigentes. Resultó además, muy oportuna en el marco de una sociedad en transformación que se aprestaba a celebrar el centenario de los hechos de mayo de 1810 (PRADO, 2013, p. 140-142). Uno de sus aportes más fecundos en la universidad platense los realizó en un curso dedicado específicamente a la Metodología de la Historia.

Nacional de Asunción y la de los argentinos Emilio Ravignani (1947 a 1954) y José Luis Romero (a partir de 1949) en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Universidad de la República en Montevideo.

El aporte de los centros universitarios fue decisivo para transformar las prácticas. Se impuso la reflexión crítica y autocrítica, tanto sobre las técnicas del oficio como sobre sus fundamentos epistemológicos. Se superó la mera narración de acontecimientos en pro de relatos sujetos a normas metodológicas rigurosas. La titulación se convirtió en requisito *sine qua non* de legitimación profesional y sustituyó la tradición decimonónica basada en la inclusión en asociaciones letradas por el mero – y en ocasiones caprichoso- reconocimiento de los pares (“conciudadanos” de una etérea “república de las letras”).

El período de transición entre la práctica amateur y el ejercicio profesional de la labor historiográfica no puede fecharse de manera unívoca. Varió de acuerdo a los ritmos de cada país. El proceso estuvo mediado por un elemento esencial que tendría, a su vez, un influjo decisivo en la formación de los historiadores profesionales: la circulación y rápida recepción, a comienzos del siglo XX, de una serie de manuales metodológicos, elaborados por investigadores europeos, que reglaron y normalizaron la práctica investigativa. Me refiero a las obras de Ernst Bernheim (*Introducción al estudio de la Historia*, 1889), Rafael Altamira (*La enseñanza de la Historia*, 1891), Charles Victor Langlois – Charles Seignobos (*Introduction aux études historiques*, 1898) y Alexandru Xenopol (*Los principios fundamentales de la historia*, 1899, y *La teoría de la historia*, 1908). Estos tratados se utilizaron en los cursos superiores de formación. Contribuyeron a establecer cánones técnicos y de rigurosidad heurística como requisitos para acceder a la titulación universitaria.

Los cambios referidos *ut supra* influyeron en el funcionamiento de las redes intelectuales latinoamericanas. Estas mantuvieron las pautas de comunicación interpersonal privada, pero adicionaron otras de tipo oficial, público e interinstitucional. Se reconfiguraron los circuitos de circulación bibliográfica y documental, así como las estrategias de difusión e internacionalización de las producciones de sus miembros. Surgieron tramas vinculares convalidadas no sólo por el “prestigio” de los intelectuales involucrados, sino por la pertenencia a instituciones referenciales, universitarias o de otro tenor.

Las nuevas promociones de historiadores profesionales latinoamericanos estaban integradas, en su mayoría, por egresados universitarios. Tenían una sólida preparación metodológica y eran proclives a implementar enfoques interdisciplinarios. Necesariamente

entraron en competencia con los cultores *amateurs* de la disciplina. Las disputas fueron por reconocimiento funcional, acceso a cargos docentes, financiamiento de proyectos, obtención de espacios editoriales.

Los “agentes profesionales” establecieron nuevas “reglas de juego”, acordes al *habitus* compartido. Regularon la “competencia” por hegemonía epistemológica, en función del “capital” y del “peso funcional” detentado. Impusieron una dinámica que transformó las estructuras de producción de conocimiento histórico y que coadyuvó a la definición de los campos historiográficos nacionales. La consolidación de los mismos evolucionó a diversos ritmos en función de los recursos y posibilidades de cada país.

La dinámica general del proceso estuvo animada, entre otros factores, por la interacción de diversas tendencias o escuelas historiográficas en las que estaban adscriptos los historiadores.

En el tránsito del siglo XIX al XX, surgió una vertiente “positivista” que continuó la obra de los autores “romántico-nacionalistas”⁶ del siglo XIX. Sus principales exponentes fueron Joao Capistrano de Abreu en Brasil, Alfonso Toro en México, Gustavo Arboleda en Colombia, Domingo Amunátegui en Chile, Paul Groussac en Argentina, Clemente L. Fregeiro (Uruguay) (GUERRA VILABOY, 2003, p. 156-159).

A partir de la década de 1920, se perfila una nueva generación de historiadores de orientación “neopositivista”, que rechazaban la idea de “seguir haciendo la historia como una simple recolección de datos y [estaban] decididos a entenderla como un proceso de carácter objetivo, regido por ciertas leyes generales y no por la casualidad”. Pusieron énfasis en “la importancia de los hechos económicos o sociales en el desarrollo histórico, superando el estrecho prisma de muchos de sus contemporáneos, dedicados exclusivamente a la historia institucional y política” (GUERRA VILABOY, 2003, p. 165-166). Su ubican en este grupo: Ramiro Guerra (Cuba), Jesús Silva Herzog y Luis González y González (México), Juan Friede (Colombia), Jorge Basadre (Perú), Eduardo Acevedo (Uruguay), Sérgio Buarque Holanda y Nelson Werneck Sodré (Brasil) (GUERRA VILABOY, 2003, p. 165).

⁶ Lorenzo de Zavala y Lucas Alamán en México, José Gabriel García en Santo Domingo Thomas Madiou y Beaubrun Ardouin en Haití, Alejandro Marure en Centroamérica, Rafael María Baralt en Venezuela, José Manuel Restrepo en Nueva Granada, Pedro Fermín Ceballos en Ecuador, Mariano Felipe Paz-Soldán en Perú, Miguel Luis Amunátegui en Chile, Francisco Bauzá en Uruguay, Bartolomé Mitre y Vicente Fidel López en Argentina y Francisco Adolfo Varhagen en Brasil (GUERRA VILABOY, 2003, p. 156-159).

Paralelamente, surgió el “revisionismo histórico”, movimiento historiográfico de matices ideológicos diversos, que cuestionaba las historias oficiales, proponía interpretaciones alternativas, reivindicaba personajes y acontecimientos tabuizados. Tuvo un importante desarrollo en Argentina (Ernesto Quesada, Adolfo Saldías, Carlos Ibarguren, Ernesto Palacio, Julio Irazusta, Juan Alvarez) y se proyectó a otros países como Uruguay (Luis Alberto de Herrera, Alberto Methol Ferré), Colombia (Indalecio Liévano Aguirre), Chile (Luis Vitale) y México (Adolfo Gilly) (GUERRA VILABOY, 2003, p. 168-174).

Los aportes de la historiografía marxista fueron muy importantes para relativizar la “historia del gran personaje” e imponer nuevas categorías interpretativas (modos de producción, lucha de clases...). Fueron pioneros de esta tendencia: Caio Prado Júnior (*Evolución política del Brasil*, 1933) y Rafael Ramos Pedrueza (*La lucha de clases a través de la Historia de México*, 1934). Entre sus cultores más importantes se ubican los mexicanos Luis Chávez Orozco, Agustín Cué Cánovas; el cubano Sergio Aguirre, los argentinos Rodolfo Puiggrós y Sergio Bagú; los venezolanos Salvador de la Plaza, Miguel Acosta Saignés y Federico Brito Figueroa; el chileno Julio César Jobet y el uruguayo Francisco Pintos (GUERRA VILABOY, 2003, p. 175-177).

A mediados del siglo XX se manifestó una “Nueva Historia”, tributaria de los aportes del revisionismo, el marxismo, la Escuela de los *Annales* y de la *New Economic History* (GUERRA VILABOY, 2003, pp. 177). Tuvo como principales agentes a los investigadores profesionales. Emergió como resultado de cinco décadas de acumulación de masa crítica, renovación de las prácticas y transformación de paradigmas.

El *dossier* que presentamos intenta dar cuenta del proceso de transformaciones que hemos reseñado de forma sucinta. Los trabajos que lo integran abordan aspectos particulares, en algunos casos de escala nacional y en otros de alcance regional, del proceso historiográfico latinoamericano.

La serie se inicia con un estudio de Alexander Betancourt Mendieta sobre *La escritura de la Historia en el cambio de siglo: de la revista letrada a la revista especializada*. El autor explora los pormenores del proceso de transformación de la escritura de la historia en América Latina, en el tránsito del siglo XIX al XX, a partir de algunas publicaciones seriadas, en las que se reflejan los cambios generados por los nuevos contextos de producción. Son particularmente interesantes sus comprobaciones sobre el rol desempeñado por las instituciones universitarias en la creación y divulgación de nuevos saberes. Demuestra que “la

creación de instituciones ha estado ligada al surgimiento de las publicaciones especializadas, independiente de los alcances de la circulación o del reconocimiento social que tales esfuerzos tuvieron”. Se trata, fundamentalmente, de revistas académicas que contribuyeron a difundir los resultados de investigaciones realizadas de acuerdo a los nuevos paradigmas.

A continuación, Inés Quintero analiza los *Propósitos, límites y contenidos del conocimiento histórico: La Academia Nacional de la Historia (Venezuela 1888-1958)*. Es un estudio sobre el rol desempeñado por la Academia como gestora oficial del conocimiento histórico en Venezuela, entre su fundación en 1888 y la creación de las primeras escuelas universitarias en 1958. La autora elabora un relato sugerente, de carácter dialéctico, en el que desmenuza tanto la función patriótica de la corporación en cuanto custodia y transmisora del culto a Simón Bolívar, como su dimensión de ámbito privilegiado para generar investigaciones y debates. Este contrapunto entre la conservación y la innovación le permite identificar las dinámicas (teórico-metodológicas) y los condicionamientos (político-ideológicos) que coadyuvarían a la configuración del campo historiográfico venezolano.

María Silvia Leoni y María Gabriela Quiñonez examinan las *Articulaciones y tensiones en torno a la conformación del campo historiográfico argentino en la primera mitad del siglo XX*. Exploran la labor de Emilio Ravignani y de Ricardo Levene en favor de un modelo de historia erudita que “buscó integrar, con distintas perspectivas y resultados, las historias provinciales”. Repasan las estrategias institucionales y las redes entretejidas por ambos autores para concretar sus objetivos. Hacen un estudio particular de la Provincia de Corrientes con el propósito de identificar los factores que inciden y explica los ritmos y características de los procesos de profesionalización y de institucionalización del conocimiento histórico en los espacios provinciales.

María Gabriela Micheletti profundiza en el problema de *Las tensiones nación/provincias en la configuración de la historiografía argentina. La escritura de la historia en Santa Fe (1850-1950)*. La autora plantea una interesante revisión de la evolución de la historiografía santafesina. Lo hace desde una perspectiva de larga duración en la que explicita los elementos estructurales – ubicación geográfica, factores económicos, caudillismo, autonomismo político y coyunturales – generaciones intelectuales, historiadores referenciales, ciclos del mercado editorial que pautaron la consolidación del espacio historiográfico provincial y su paulatina inserción en el nacional.

El historiador Herib Caballero Campos examina la trayectoria bio-bibliográfica de uno de los miembros menos estudiados del *novecentismo* paraguayo. En el artículo *Escritor idealista y patriota, los aportes historiográficos de Silvano Mosqueira*, contextualiza la acción del letrado en el seno de una generación de intelectuales de posguerra que contribuyeron de manera significativa al despegue de la cultura nacional. Caballero desmenuza la producción de Mosqueira, reconstruye la red epistolar que estableció con intelectuales paraguayos y de la región y brinda pistas para conocer la proyección y recepción de su obra en el país y en el exterior.

José Cal Montoya realiza un aporte muy interesante sobre los derroteros del conocimiento histórico en Centroamérica en el artículo *La indagatoria del pasado de Virgilio Rodríguez Beteta (1885-1967): un acercamiento a su contribución en la historiografía guatemalteca de inicios del siglo XX*. Se trata de un análisis erudito de la producción de un historiador referencial. Brinda abundante información para comprender la evolución de la indagatoria del pretérito en Guatemala y para relacionarla con el ecosistema historiográfico regional.

Sabrina Alvarez y Francis Santana realizan un estudio de historiografía comparada en el opúsculo *Enseñanza de la Historia a principios del siglo XX en Uruguay y Argentina. La visión de dos autoridades educativas. Abel J. Pérez y Joaquín B. González*. Plantean una revisión de las políticas de la historia y de la administración de la memoria, implementadas en los sistemas educativos de Uruguay y Argentina, a comienzos del siglo XX. Examinan la acción y pensamiento Abel J. Pérez y Joaquín V. González, destacados funcionarios e intelectuales que fungieron como operadores de las oligarquías locales en la delicada tarea de organizar planes, programas y textos de historia. A partir de la producción de estos agentes reflexionan y especulan en torno a los recursos pedagógicos, los sustentos epistemológicos y los fundamentos ideológicos que viabilizaron la trasposición didáctica de la historia investigada en historia enseñada.

La cuestión de la enseñanza de la historia también es considerada por Fábio Franzini y Elaine Lourenço en el artículo *Quando historiadores foram a escola: a "História do Brasil" de Octavio Taquínio de Sousa e Sérgio Buarque de Holanda (1944) e os ecos da nova historiografia brasileira*. Los autores estudian la *História do Brasil* (1944) en sus aspectos intrínsecos (temas, estructura) y como expresión del proceso de renovación historiográfica iniciada en la década de 1930. Examinan el texto y su contexto a efectos de identificar

enfoques disruptivos con la tradición manualística nacional. La estructura narrativa del trabajo articula de manera cadenciosa – a modo de breves pinceladas – los perfiles bio-bibliográficos de los autores, con el examen de una obra consistente pero que tuvo una tímida recepción en el medio escolar.

Félix Raúl Martínez Cleves propone, de manera original y sugestiva, una *Aproximación a los vínculos entre las historias de ciudades en Colombia y la visión agustiniana*. Se trata de un interesante análisis que pone en diálogo la Filosofía de la Historia con la Historia de la Historiografía. Bucea en los sustentos epistemológicos de las “biografías de ciudad” producidas en Colombia en las primeras décadas del siglo XX, con el propósito de demostrar la relación existente entre esos relatos con las ideas agustinianas de historia, tiempo y ciudad. Contextualiza esos textos en la actividad motorizada por la Academia Colombiana de Historia, tendiente a fomentar la “civilización del país”. Tal operación implicaba la puesta en relato del origen y evolución de los conglomerados urbanos con la intención de atribuir identidad y sentido a cada uno en el marco nacional.

El *dossier* se cierra con otro artículo dedicado al estudio de una publicación seriada. En *Notas para una análise da Revista de História e a historiografia veiculada em suas páginas na década de 1950*, Patrícia Helena Gomes da Silva realiza un examen morfológico y analítico de esa prestigiosa publicación de la Universidad de San Pablo, dirigida por Eurípedes Simões de Paula. La autora propone una discusión sobre las condiciones de producción, circulación y recepción de la historiografía brasileña, en una década clave de su evolución, a partir de la revisión del corpus textual de la revista citada. Caracteriza la formación y estrategias editoriales de su director, explora la generación y consolidación de redes académicas. Cuantifica temáticamente los trabajos publicados y clarifica las tendencias de investigación predominantes. Se trata de una contribución relevante que permite entender el “movimento de estruturação da disciplina História no campo das universidades no Brasil, criadas nos anos 1930 e em processo de consolidação na segunda metade do século XX”.

Referencias

AURELL, Jaume; BALMACEDA, Catalina; BURKE, Peter; SOZA, Felipe. *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*. Madrid: Akal, 2013.

BETANCOURT MENDIETA, Alexander. Espacios de la memoria: dos Academias de Historia Regionales. In: BETANCOURT MENDIETA, Alexander y RAMÍREZ BACCA, Renzo (Coordinadores). *Miradas de contraste. Estudios comparados sobre Colombia y México*. México: Universidad Autónoma de San Luis Potosí, Universidad Nacional de Colombia, 2009, p. 9-53.

BOURDIEU, Pierre. *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Buenos Aires: Monttressor, 2002.

GUERRA VILABOY, Sergio. Las grandes corrientes de la historiografía latinoamericana. In: *Clío*, 166, 2003, p. 145-182.

MACINTYRE, Stuart; MAIGUASHCA, Juan; PÓK, Attila. *The Oxford History of Historical Writing*. Volume 4: 1800-1945. New York & Oxford: Oxford University Press, 2011.

PRADO, Gustavo. Rafael Altamira en el Río de la Plata: claves ideológicas e historiográficas de su éxito en la Argentina del Centenario. In: ALTAMIRA, Pilar (Coord.). *La Huella de Rafael Altamira*. Madrid: Universidad Complutense, 2013, p. 137-153.

REZENDE MARTINS, Estevão de (Director); PÉREZ BRIGNOLI, Héctor (Codirector). *Historia general de América Latina. Teoría y metodología de la Historia de América Latina*. Vol. IX. Madrid: UNESCO, 2006.

SOSA Ignacio; CONNAUGHTON Brian (Coordinadores). *Historiografía latinoamericana contemporánea*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1999.

LA ESCRITURA DE LA HISTORIA EN EL CAMBIO DE SIGLO: DE LA REVISTA LETRADA A LA REVISTA ESPECIALIZADA

Alexander Betancourt Mendieta⁷

RESUMEN: El texto ofrece una aproximación a las transformaciones de la escritura de la historia ligadas a las formas que adquiere el mundo letrado en América Latina en el cambio del siglo XIX al siglo XX en diferentes aspectos. El trabajo da cuenta de las formas que adquiere el interés por el pasado y el modo para difundirlo; para ello, tiene en cuenta diferentes ejemplos de publicaciones seriadas que sirven para mostrar tales transformaciones.

PALABRAS CLAVE: Historiografía. Historia Intelectual. Historia Comparada

THE SCRIPTURE OF HISTORY IN THE CHANGE OF THE CENTURY: FROM THE *REVISTA LETRADA* TO THE SPECIALIZED JOURNAL

ABSTRACT: This paper offers an approach to the transformations of the writing of history linked to the forms acquired by the literate world in Latin America in the change from the nineteenth to the twentieth in different aspects. The work accounts for the forms acquired by the interest in the past and the way to spread it; to do so, considers different examples of serial publications that show such transformations.

KEYWORDS: Historiography. Intellectual History. Comparative History

La escritura y sus funciones

En América Latina durante el siglo XIX escribir era una actividad del intelecto asociada a las tareas de construcción del estado nacional. Este interés explícito del trabajo de los hombres de letras implicaba encauzar los esfuerzos de la escritura hacia las faenas de la política y la guerra; con lo cual, se dejaba en un segundo plano el ámbito de la reflexión sobre las formas y modos de apropiar y producir conocimientos nuevos, o incluso, la posibilidad de disfrutar de la literatura. Los hombres de letras jugaron un papel definitivo para la

⁷ Alexander Betancourt es profesor investigador de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades de la Universidad Autónoma de San Luis Potosí. Doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Autor, entre otros trabajos del libro: *Círculos letrados y conocimiento. La Junta Auxiliar de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en San Luis Potosí* (México, El Colegio de San Luis, A.C., 2016); Editor del libro: *Escritura de la historia y política: el Sesquicentenario de la Independencia en América Latina* (Perú, Instituto Francés de Estudios Andinos IFEA, 2016); del artículo: “*Revista de las Indias* (1938-1950): la difusión cultural y el mundo letrado”, *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 21, n° 2 (julio 2016): 125-14, entre otros trabajos. El presente texto hace parte de las actividades contempladas en el proyecto: “Latinoamericanismo, Panamericanismo y Conmemoraciones: estudios comparados en América Latina, 1940-1970 (CONACyT CB 2012 169248). alekosbe@uaslp.mx

organización de información de todo tipo que era útil para atender las necesidades del estado nacional, desde la obtención y clasificación de las estadísticas sobre las desconocidas sociedades que habitaban la vasta y diferenciada geografía del ignoto territorio nacional hasta la elaboración e implementación de planes para establecer sistemas educativos, la creación de repositorios institucionales como bibliotecas, archivos y museos, entre otras labores relacionadas con la gestión de información para la construcción de la nación y de un pasado nacional.

En este contexto, como ya ha sido tratado en otros trabajos que se indican a lo largo de este texto, la escritura de la historia era parte de las convenciones narrativas que articulaban al mundo letrado en América Latina durante el siglo XIX, que asumía como uso principal del conocimiento del pasado ser la base de un relato que justificaba la construcción del sujeto unificador, la nación, desde la perspectiva de una realidad a la que se debía ofrecer lealtad, compromiso y fe; es decir, el relato de la historia servía para formar el alma del ciudadano. Esta concepción de la utilidad del pasado se impuso a través de los cortes temporales que determinaban los momentos centrales de ese sujeto: su origen, sus crisis, sus redenciones, sus grandezas; elementos que se reiteraban mediante las ceremonias establecidas en el calendario cívico, la exposición de imágenes de los héroes de la patria, la consagración de determinados lugares como referentes de la historia nacional y, a medida que se construía un sistema educativo nacional, las actividades pedagógicas de la escuela se encargarían de difundir esa narrativa canónica de la nación. El proceso de elaboración del relato en sí mismo quedó en un segundo plano como una actividad individual, propia del trabajo intelectual del hombre de letras interesado en estos temas, y era ése autor en su individualidad que enfrentaba y resolvía los problemas que le planteaba utilizar un método de investigación para aproximarse al pasado y las posibilidades que brindaban diversos modelos de escritura de la historia (COLMENARES, 1989; BETANCOURT, 2004, p. 24-47).

La actividad de los hombres de letras se manifestó de diferentes formas; y estos modos de hacer las cosas determinaron el quehacer de los trabajos del intelecto mientras surgían los espacios para el cultivo profesional de los saberes. Las actividades administrativas de la corona de Castilla en América habían establecido una distancia entre la palabra ritualizada y la palabra hablada; lo que en términos prácticos suponía una diferenciación de los hombres de letras en el ámbito social y la asignación de unas labores específicas; esta situación se mantuvo en el marco de los estados nacionales donde los hombres de letras encontraron

medios diferentes a los que se emplearon en el periodo de la corona para constituirse en corporaciones letradas con unos objetivos precisos y, muchas veces, gracias a la iniciativa y/o con el apoyo del estado. Pese a las limitaciones de las formas de trabajo impulsadas por las corporaciones letradas, que muchas veces impidieron la realización de los proyectos que les dieron origen, se convirtieron en el modelo para realizar y articular las actividades intelectuales, entremezcladas con la política y la administración pública (BRUNO, 2014; LOAIZA, 2011).

Las actividades letradas tenían como producto tangible los textos escritos que les daba legitimidad a las diferentes actividades que ellas promovían; además, de servir como vehículos de difusión. Estas asociaciones letradas eran entidades cerradas vinculadas a las actividades políticas, lo que les daba la capacidad para propagar las ideas sobre la nación y el pasado de esa nación, entre otras muchas labores que desempeñaban para la construcción del estado nacional (SPECKMAN, 2005, p. 47-72). Las asociaciones letradas como las Academias, Ateneos, Círculos establecieron como práctica la consagración de la oralidad sobre el trabajo escrito, especialmente a través de la oratoria que alcanzaba su consolidación mediante la publicación del discurso; el trabajo escrito alcanzó también el reconocimiento social pero el camino rápido a la consagración descansa, todavía, en la oralidad. Pero esta no fue la única herencia de las asociaciones letradas en el ámbito del mundo letrado; el reconocimiento y prestigio de este tipo de asociaciones inhibió, por largo tiempo, las posibilidades para la creación o la implementación de reformas sobre instituciones ya existentes para que dieran cabida a la formación de profesionales en todas las áreas del conocimiento, pero en especial en las humanidades y las ciencias sociales, lo que se traducía en el hecho de que las asociaciones letradas conjuntaron en sí mismas la producción de todo tipo de trabajos escritos relacionados con la sociedad, el pasado, el presente y el futuro de la nación, temas subsumidos bajo el nombre genérico de “literatura”, con lo cual, el escritor, como hombre de letras, era el individuo que tenía la capacidad de analizar, definir y trazar los contornos de la realidad social y de la nación desde el pasado hasta el futuro.

La escritura de la historia

En el marco de la cultura letrada en América Latina durante el siglo XIX, y una buena parte del siglo XX, existió la indeterminación de la escritura de la historia. Para comprender esta situación de indiferenciación de las prácticas escriturales y sus productos en el mundo

letrado en América Latina es necesario tener a la vista los procesos que se daban en la Europa central del siglo XIX donde surgió la historia como ciencia.

La historia como una disciplina fue el resultado de una nueva concepción de la dimensión temporal humana y en el marco de una institucionalidad renovadora que justificaron a las actividades relacionadas con la práctica de la escritura de la historia como ciencia a partir de la fundamentación de la investigación sobre el pasado como una forma específica de conocimiento (IGGERS, 2002, p. 65-88). Esto quiere decir que el surgimiento de espacios específicos para la enseñanza y la difusión de la historia en las Universidades modernas durante el siglo XIX está relacionado con las transformaciones sobre el valor del trabajo intelectual; por ejemplo, la aparición de los editores y los escritores profesionales, así como la aceptación social del conocimiento especializado que evocaba el concepto de ciencia. (BARBIER, 2005, p. 359-392; CHARLE, 2009, p. 17-48).

América Latina no tuvo procesos de este tipo que impactaran en el mundo letrado; lo cual, mantuvo el trabajo intelectual en el ámbito de la escritura no especializada como se desenvolvía en las corporaciones letradas; por eso, el escritor, basado en el talento, podía abordar indistintamente cualquier tema y tenía la capacidad de ofrecer todo tipo de interpretaciones sobre la realidad y el pasado. Esta indeterminación de la escritura está relacionada con el papel que se le atribuía a la escritura y a los hombres de letras en la sociedad, pero también está conectada a la ausencia de universidades con las características de una institución moderna; es decir, espacios idóneos para la producción del conocimiento en los que pudieran confluír las actividades de docencia e investigación, y cuya relevancia y aportes las pudieran convertir en ámbitos de referencia a los que el gobierno y/o la sociedad acudieran para encontrar propuestas de solución a diversos problemas prácticos. (LOPEZ-OCÓN, 2006, p. 315-346; SABATO, 2008, p. 387-411; LOMNITZ, 2008, p. 441-464). Estas circunstancias perfilaron a los escritores y sus productos intelectuales como los referentes de interpretación sobre la sociedad y el tiempo, pero sin tener una escritura especializada de referencia. Esta ausencia de diferenciación en la producción de la escritura derivó en las dificultades para definir la especificidad y los alcances de la literatura, en general; de tal suerte que un trabajo como el de Martín S. Stabb definía sus casos de estudio de esta forma: “[...] al tratar escritores a quienes los hispanoamericanos califican de pensadores, una cantidad de los estudiados son ensayistas en el sentido más amplio del término. Algunos son

científicos sociales aficionados, otros historiadores, y algunos son, a su manera, filósofos.” (STABB, 1969, p. 20)⁸.

Desde los años 1940, los trabajos de historia de las ideas que se elaboraron en América Latina para establecer las tradiciones intelectuales de esta parte del mundo encontraron como fórmula de solución para abordar el estudio de la producción intelectual, caracterizada por la indeterminación disciplinar, el concepto “pensamiento” como un concepto explicativo para abordar el estudio de una producción intelectual abigarrada e indiferenciada en el marco de unas disciplinas de conocimiento específicas. El concepto “pensamiento”, trata de equiparar como filosofía los esfuerzos intelectuales por explicar “el mundo” y “la vida” a partir de una herencia intelectual europea que desde el siglo XVI, demuestra que la filosofía se expresa también “en formas con preferencias parciales o casuísticas, libres y bellas: el ensayo, la carta, el artículo de revista y de periódico, pero no de periódico o de revista técnica, sino general, literaria” (GAOS, 1945, p. 49). En el caso de las tradiciones intelectuales en América Latina, este era el tipo de productos intelectuales que podían encontrarse desde el siglo XVI hasta el siglo XX como una amplia gama de obras y autores que impulsaba la idea de que este cúmulo de trabajos y sus diferentes formas de expresión entrañaban el aporte de las tradiciones letradas de América Latina a la humanidad (BETANCOURT, 2013, p. 141-170).

Revistas: un producto de la cultura letrada

Durante el siglo XIX hubo diversos procesos sociales que impactaron el mundo letrado de América Latina y el tipo de productos intelectuales que llegaron a formular, como fue el caso de la aparición de las publicaciones periódicas. Las revistas, como productos intelectuales y como objetos, son parte de las transformaciones sociales y materiales de las sociedades decimonónicas. Las posibilidades de tener un público que podía leer y era urbano, así como las mejoras técnicas para la impresión de textos, permitió que la imagen empezara a influir poderosamente tanto el mundo del libro (novelas, libros religiosos, libros escolares) como de la prensa periódica, lo que hizo que la circulación de impresos ilustrados tuviera una amplia difusión y un indiscutible éxito comercial (MALOSETTI; GENÉ, 2009). Estas condiciones facilitaron la formación de diferentes tipos de públicos y el surgimiento de

⁸ El contexto que emplea el trabajo de Stabb consideraba que “en la América Española la enseñanza universitaria se considerara, hasta hace poco, una ocupación subsidiaria”, hizo que la división entre el académico y los demás no fuera clara: “empleados de correo enseñando literatura y aún filosofía”; lo cual, está relacionado con el hecho de “la cantidad de pensadores y literatos que ocuparon cargos elevados en los gobiernos de estos países.” (STABB, 1969, p. 10)

diferentes formas de lecturas. Los tipos de textos y los modos de acceso a esos textos generó unas formas de lectura específicas; de tal suerte que las publicaciones periódicas propiciaron un público lector que se adaptaba al ritmo de la publicación y, no necesariamente, leía todo el ejemplar adquirido y, habitualmente, no tuvo acceso a la totalidad de números publicados, como lo puede hacer un lector actual (LOUIS, 2014, p. 31-57).

Por otro lado, la aparición de las revistas también se explica por ser el producto de un trabajo colectivo y no de un autor único. Este esfuerzo colectivo empezaba desde el equipo que la editaba, imprimía y vendía hasta los autores que, con sus colaboraciones, pagadas o no, generaban sus contenidos. Por lo tanto, la revista era producto del esfuerzo de un grupo de personas que se congregaban en torno al responsable de la publicación, el cual no podía llegar a ser el autor de la revista porque las revistas se caracterizaban por reunir en sus páginas distintos géneros e informaciones de carácter general sobre temas políticos y culturales. Esta forma de trabajo estuvo ligada al desarrollo en el uso de diversos tipos de imágenes que se podían integrar a los textos, lo que marcó una pauta que hacia 1895 se concretó con la aparición del *magazine*, lo que añadió a los diferentes tipos de textos distintas clases de ilustraciones, incluyendo fotografías a color, y las imágenes relacionadas con la publicidad; de esta forma, el texto y la imagen se complementaban de nueva cuenta y con un alcance masivo (TORRES, 2014, p. 13-30). Las revistas llegaron a ser construcciones sociales complejas en la medida que son la evidencia material de un conjunto de prácticas sociales relacionadas (DOSSE, 2002, p. 171-192).

A partir de estas consideraciones, en el caso de la cultura letrada en América Latina, también se vivió de múltiples maneras las transformaciones de la industria editorial, el surgimiento paulatino de un público lector y el desarrollo de diversas formas de asociación letrada, alrededor de las cuales se dio el advenimiento de diferentes tipos de publicaciones como, por ejemplo, *El Ateneo Mexicano* (1844-1845) que fue el resultado de una “sociedad literaria” que tenía como objetivo “propagar los conocimientos útiles, adquirir nuevos y divertirse con el trato mutuo”, cuya naturaleza tenía como base integrar a “personas honradas y conocidas por su afición [sic] á las ciencias y á las artes, que quisiesen comunicarse mutuamente sus luces, y dedicarse á trasmitirlas al pueblo [...] (El Ateneo Mexicano, 1844, p. 3). De hecho, sus integrantes consideraban que esta publicación tenía como tarea “introducir entre nosotros la instruccion [sic] en muchos ramos de ciencias de que habiamos [sic] carecido hasta el dia [sic] de hoy”; es decir, era el modo de enfrentar la ausencia de

instituciones científicas en el ámbito público y privado del estado nacional en construcción. Algo semejante ocurría con otra publicación que apareció en la Nueva Granada: *El Mosaico* (1858-1872) en cuya presentación se afirmaba:

[...] nuestra patria es totalmente desconocida en su parte material i moral no solo de los extranjeros [sic], que a causa de la ignorancia nos desprecian como a una turba de bárbaros; sino lo que es mas [sic] triste, es desconocida de sus mismos moradores.

Así, pues, en ninguna parte mas que en pueblos nacientes como el nuestro, la prensa está llamada a ejercer una alta influencia i a producir injentes resultados. La prensa debe encarrilar la opinion publica, iluminar las sociedades, inoculando en todos los individuos las ideas de una civilizacion progresiva. Ese es el objeto de los periódicos políticos i relijiosos.

A los que estamos separados de esa lucha enconosa de las pasiones públicas nos toca trabajar con ahinco [sic] por hacer conocer el suelo donde recibimos la vida, i donde seguirán viviendo nuestros hijos. A nosotros nos toca el elojio [sic] de nuestros usos i costumbres. A nosotros nos toca tambien, aunque indirectamente, despertar esa multitud de corazones jóvenes, llenos de sávia [sic] i de vigor, que solo necesitan de una mano que los impulse para estallar en himnos inmortales, de una palestra en donde puedan recoger guirnaldas vistósísimas (EL MOSAICO, 1858, p. 1).

Al igual que la Ciudad de México, la antigua capital del virreinato de la Nueva Granada carecía, en ese momento, de instituciones orientadas al fomento de las artes y de las letras, al conocimiento e interpretación del territorio nacional y las sociedades que lo habitaban; lo que no quiere decir que se desconociera el valor de este tipo de trabajos intelectuales. Desde la administración estatal y en el ámbito social se reconocía la importancia de este tipo de tareas pendientes por realizar: tener un mapa nacional, establecer un sistema educativo, estudiar el pasado de la nación; sin embargo, a pesar del valor de estas actividades, la mayoría de las múltiples iniciativas que se elaboraron quedaron en decretos y leyes pero sin la posibilidad que esas instituciones dibujadas en el marco legal llegaran a concretarse y comenzaran a funcionar como lo ordenaba la medida jurídica.

Un caso en esta dirección se encuentra en el proyecto de creación de la Academia Literaria Nacional (1826) y en los intentos por crear un Conservatorio Nacional de Ciencias y Artes (1855); inclusive, los propios hombres de letras que participaron en la asociación que dio vida a *El Mosaico* también enfrentaron las dificultades que implicaba realizar una empresa de este tipo en el contexto material y social en el que vivían, desde adquirir una imprenta hasta crear y consolidar una red de corresponsales y poder conseguir suscriptores (GORDILLO, 2003, p. 17-66; LOAIZA, 2004, p. 3-19). Entonces, las empresas intelectuales de *El Ateneo* y *El Mosaico* son el producto visible de las actividades que le precedían y la rodeaban. Detrás de cada una de ellas había una serie de experiencias y actividades determinadas por grupos de hombres y mujeres que asistían a reuniones en espacios privados,

generalmente las viviendas de personajes reconocidos públicamente, en busca de esparcimiento a través de las lecturas compartidas, las declamaciones, los debates sobre las novedades literarias y políticas, aspectos de los que dan cuenta las publicaciones que surgieron de estas reuniones informales y de algunos otros testimonios recogidos en las obras de género costumbrista y diferentes tipos de crónicas de la vida social de la época que obtuvieron espacio en diferentes formatos de publicación, desde el periódico hasta el libro.

En la Europa central, las universidades y algunas instituciones como los Museos, se convirtieron en espacios donde se incorporaron las prácticas para la profesionalización de determinados saberes como la institucionalización de las prácticas de enseñanza-aprendizaje y la estandarización de los métodos de investigación. Uno de los rasgos más destacados de estos procesos de la profesionalización del conocimiento fue la aparición de revistas especializadas. Este tipo de publicaciones se convirtieron en el vehículo de difusión de los avances en el conocimiento y en los métodos de trabajo de cada una de las disciplinas que se habían institucionalizado. Con el tiempo, las revistas especializadas se multiplicaron a partir de las corrientes de trabajo que emergieron en cada uno de los campos de conocimiento. (RAPHAEL, 2012, p. 37-55).

En contraste, en América Latina donde no se dieron esos procesos de institucionalización de los saberes, predominaron las revistas que englobaban todos los saberes al mismo tiempo, aunque hay excepciones como el *Boletín de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística* (1839) o la *Revista do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro* (1839) pero esas excepciones demuestran que el modelo que imperó fue el de la revista miscelánea que integraba múltiples temas y autores, y con la evolución de las innovaciones técnicas tendieron hacia el formato del *magazine* que mantenía la indiferenciación de la escritura y de los saberes. Es el caso, por ejemplo, de las revistas producidas por hombres de letras que trataban temas de América Latina, unas veces realizadas en el ámbito americano y otras veces en el ámbito europeo.

La Revista de América (1912-1914)

Las revistas han adquirido recientemente el valor de objetos de estudio como referentes de la articulación de los discursos de modernización de los grupos letrados de América Latina. En estas publicaciones reposan las ideas que esos grupos querían difundir tanto de las nociones de modernidad como de las comunidades imaginadas que incluía el medio mismo de la difusión: la revista, como una base material que demostraba el uso de las

nuevas tecnologías. Lo interesante de esta revaloración de las revistas como objetos de estudio radica en comprender en ellas el producto de un conjunto de hombres de letras que habían sido reunidos por múltiples razones (MALOSETTI; BALDASARRE, 2013, p. 197-225).

En este sentido, uno de los objetivos que aglomeraba la atención y los trabajos de los hombres de letras eran las tareas para construir la unidad nacional y, en el caso particular que interesa a este trabajo, la unidad continental; de tal suerte, que a fines del siglo XIX y principios del siglo XX los esfuerzos para consolidar la unidad política y cultural sobre un territorio delimitado se habían convertido en una de las metas más importantes de los estados nacionales que pretendían mostrar estos elementos de unidad como las facetas del orden cívico y del bienestar social. El trabajo de los hombres de letras y de sus asociaciones sería crear y difundir la idea de la nación que como ideal político cuyo punto de partida debía ser el análisis y la construcción de las tradiciones nacionales a partir de la exploración del pasado y las reflexiones sobre las sociedades actuales que constituían esos estados nacionales. Sin embargo, los elementos de referencia para realizar estos diagnósticos y establecer las referencias en el pasado nacional plantearon conclusiones absolutamente pesimistas sobre la situación actual y futura de los estados nacionales (BETANCOURT, 2004, p. 75-90).

En este momento crítico, correspondiente a las conmemoraciones de los cien años de la Independencia, se reavivó el valor positivo para establecer los vínculos de la “Patria Grande” y sus relaciones con las ideologías nacionalistas que sostenían las acciones imperialistas en todo el planeta; de tal suerte que se forjaran los lazos de la unidad continental a través del conocimiento y el diálogo mutuo entre los ciudadanos del continente. Uno de los mecanismos disponibles para establecer estos contactos de orden continental fueron las publicaciones periódicas bajo una dirección que propiciaba la comunicación entre los hombres de letras y gestionaba las colaboraciones para ser publicadas en las revistas. Las posibilidades materiales para realizar este tipo de iniciativas a principios del siglo XX se encontraban, generalmente, en Europa, y con el mismo tipo de circunstancias: hombres de letras originarios de países americanos que desarrollaban actividades de representación diplomática y/o de negocios particulares que se encontraban cotidianamente con “los prejuicios sobre los pueblos latinoamericanos”: fragilidad política e incapacidad para gestionar sus recursos, además de la ignorancia de los propios ciudadanos de América Latina sobre sus vecinos; lo cual, servía como sustento para justificar la intervención de los distintos

imperios que se vieran interesados por los recursos naturales de estas tierras. Ante ello, era necesario forjar una política y un discurso que sirviera para enfrentar las condiciones de las realidades nacionales centenarias a través de un aliento constante a la unidad de la nación, pero también un dique hacia las amenazas de los imperialismos en boga. En las dos dimensiones, la interna y la externa, la idea de la unidad será la clave de las preocupaciones de los hombres de letras de principios del siglo XX, y servirá como un principio de aglutinación del trabajo intelectual. (TEJADA, 2000, p. 180-216; BETANCOURT, 2013, p. 135-157).

En las condiciones del cambio de siglo XIX a las primeras décadas del siglo XX, justificar la realización de un proyecto editorial que diera a conocer la situación de los diferentes países de América Latina y de su situación en el mundo, tanto para los europeos como para los propios ciudadanos del continente, es una constante que se encuentra en diferentes empresas de este tipo; por ejemplo, en el caso del reconocido poeta nicaragüense Rubén Darío, que tenía experiencia en el mundo editorial al haber sido director y fundador de múltiples diarios, semanarios y revistas como *El Correo de la Tarde*, en Guatemala (1890-1891) y de *El Imparcial*, de Managua (1896), emprendió, con el poeta boliviano Ricardo Jaimes Freyre, una efímera empresa editorial con base en Buenos Aires: *Revista de América* (1894). Esta iniciativa alcanzó a editar y publicar tres números porque tuvo condiciones precarias por la escasez de dinero, la falta de suscripciones y por el robo de los caudales por el administrador de la publicación (CARTER, 1967, p. 17). No obstante, la revista nació con un propósito amplio:

Ser el órgano de la generación nueva que en América profesa el culto del Arte puro, y desea y busca perfección ideal; Ser el vínculo que haga una y fuerte la idea americana en la universal comunión artística [...] Servir en el Nuevo Mundo y en la ciudad más grande y práctica de la América latina, á [sic] la aristocracia intelectual de las repúblicas de lengua española: esos son nuestros propósitos (LA DIRECCIÓN (REVISTA DE AMÉRICA, 1894, p. 1).

La publicación se inscribe en las múltiples iniciativas relacionadas con el movimiento literario del Modernismo y sus resonancias en el ámbito de América Latina; de hecho, el propio Darío definía esta corriente de ideas y las obras en las que se sustentaba como “nuestra naciente revolución intelectual” y pretendía que la revista fuera el medio de difusión de esta corriente literaria, de tal suerte que pudiera conjugar el ámbito nacional –Argentina– con la unidad continental en donde los hombres de letras podrían trabajar con “el arte cosmopolita”. No obstante, las condiciones de la producción de la revista mostraron, por su parte, los límites

materiales de esta iniciativa. Rubén Darío; sin embargo, no cejó en un su empeño y encontró la posibilidad de aprovechar el reconocimiento que tenía como poeta que le sirvió para aceptar la dirección del proyecto editorial de los banqueros uruguayos Alfredo y Armando Guido, la revista *Mundial Magazine* que apareció en París en 1911. A partir de este lugar privilegiado, la revista y la ciudad de referencia para la cultura letrada de América Latina, Darío pudo apoyarse en las redes de hombres de letras donde era reconocido para difundir sus planteamientos estéticos y proponer la difusión de la “cultura hispanoamericana” (MONTALDO, 1998, p. 75-83; TORRES, 2008, p. 13-30).

La iniciativa encabezada por Rubén Darío era parte de una forma de actuar del mundo letrado en América Latina que se afincó en las dos principales ciudades europeas de la época: Londres y París, durante las tres últimas décadas del siglo XIX y las primeras dos décadas del siglo XX. Hay varios proyectos editoriales de este tipo que buscaban ser espacios de intercambios de ideas, de comunicación de esa gran comunidad imaginaria que utilizaba el castellano como lengua común a ambos lados del océano Atlántico, y que, adicionalmente, a la meta ideal de la integración cultural también le añadían las dimensiones política y económica, que ligaba a estos ámbitos letrados con las redes intelectuales establecidas en Madrid en el mismo periodo. Está el caso de la revista *Hispania* (1912-1916) que dirigía el colombiano Santiago Pérez Triana en Londres; *La Revista de América* (1912-1914) que dirigía el peruano Francisco García Calderón en París y el amplio proyecto de la *Editorial-América* (1915-1933) del venezolano Rufino Blanco Fombona en Madrid (RUBIANO & GOMEZ, 2016; SEGNINI, 2000).

Uno de los principios articuladores de tales proyectos editoriales descansaba en la noción del papel del hombre de letras y de sus trabajos en la sociedad: “escribir no es un asunto privado sino una responsabilidad pública y, escribir con talento y hondura, es una verdadera necesidad [porque el escritor] debe saber interpretar las ansias colectivas del pueblo” (ALBARRACÍN, 1970, p. 306-307); en este sentido, la mirada del escritor debía ir más allá del ámbito nacional como fue el caso de la obra de Francisco García Calderón (1883-1953). El hombre de letras peruano pasó la mayor parte de su vida en París, y desde allí, tempranamente advirtió las tensiones que existían entre los proyectos políticos de la unidad nacional y las urgencias prácticas que concitaban la necesidad de plantear la unidad continental (BETANCOURT, 2009, p. 91-103). Pese a los desacuerdos existentes, donde primaban los intereses de los estados nacionales, estos proyectos de unidad continental

coincidían en alentar la dignidad histórica de América Latina a través del conocimiento y difusión de las herencias culturales de sus sociedades a partir de una diplomacia de la inteligencia que propendía por establecer y mantener alianzas entre América y Europa y, con ello, posicionar a América Latina dentro de la situación del mundo contemporáneo:

Diversos signos morales revelan que la América Latina va á entrar en una nueva etapa saludable. Hasta ayer observábamos, en el orden político, discordia; en el orden intelectual, aislamiento. Las graves voces de los profesores de americanismo, de Alberdi, de Vigil, se perdían en el fragor de las querellas locales. Oscuras fuerzas van cambiando hoy el drama de la historia [...] Preparemos, por la unión de los elementos intelectuales, la gloriosa epifanía. Tal es el objeto de esta Revista. Tiende ella á agrupar á los escritores ibero americanos, sin parcialidades de cenáculo, sin celos de región, en amplia confraternidad, en tenaz propaganda de cultura [...] Pertenece esta Revista á la *élite* intelectual de ultramar [...] Hemos pedido á selectos espíritus de cada república americana noticias sobre el desarrollo intelectual de esas naciones. Será ésta la más preciada novedad de la *Revista de América*: por ella podrá el lector conocer la evolución de las letras ibero americanas, de México á Buenos Aires [...] Tal ambición es un acto de fe (LA REVISTA DE AMÉRICA, 1912, p. 2-3).

La perspectiva de la revista coincidía en sus propósitos y sus impulsos con los objetivos trazados por Pérez Triana y la revista *Hispania* que le era contemporánea. Esta revista se veía a sí misma como un medio de afirmación de la unidad cultural de los pueblos de lengua española, instrumento de comunicación y de reflexión, de preservación, pero también de creación y de difundir los avances más recientes de la ciencia del momento:

Quisiera HISPANIA también -en la escasa medida de sus fuerzas- llevar de unos pueblos hispanos a otros, cuanto mensaje (sic) sea digno de ellos, que ilumine los cerebros o conmueva las conciencias. Como el patrón de oro en las permutas comerciales, HISPANIA quisiera contribuir a establecer el áureo criterio de la lógica serena y del sentido común en la vida de nuestros pueblos (HISPANIA, 1912, p. 1).

Lo que demuestra que en estas primeras décadas hay una pertinencia del discurso americanista sobre la base de una visión del subcontinente con relación a la situación mundial y el equilibrio que debía alcanzarse en esas circunstancias; por eso, uno de los hallazgos de este enfoque sobre la situación de las centenarias repúblicas americanas era promover la comprensión de que el ámbito local hacía parte de un contexto mayor: “Estudiando la suntuosa historia del Perú en un libro devoto, hallé que el territorio materno era sólo un fragmento de un mundo uniforme” (GARCÍA CALDERON, 1913: VI).

La perspectiva tuvo una amplia acogida. Estas dos revistas contemporáneas establecieron colaboraciones a lo largo de América Latina e involucraron a hombres de letras de España, Francia, Inglaterra; también establecieron secciones especializadas en dar noticias sobre la producción intelectual reciente y la situación política de los diferentes países de

América Latina; las noticias eran relevantes porque el alcance en las colaboraciones y la circulación de las revistas abarcaba a todo el continente; esto permitía, incluso, que en el caso de *La Revista de América*, tuviera una sección dedicada a la crónicas sobre París elaboradas por Ventura García Calderón; esta sección estaba cargada de publicidad, de imágenes y noticias sobre moda y novedades de todo tipo relacionadas con la actualidad de la capital francesa.

El enfoque y la amplia aceptación de estas publicaciones no fue suficiente para que se preservara en el tiempo el interés por la idea de una unidad continental. Hubo tres coyunturas que dieron al traste con el desenvolvimiento de este tipo de empresas editoriales; en primera instancia, los acontecimientos de la Primera Guerra Mundial. La conflagración arrasó el continente europeo y dejó maltrechas las referencias ideológicas que sustentaban el orden mundial establecido hasta ese momento. Múltiples focos temáticos llamaban la atención sobre la crisis de la centralidad de Europa como eje del mundo, uno de cuyos primeros hitos sería el estallamiento, y posterior victoria, de la revolución bolchevique, inmediatamente después de la conclusión de la Gran Guerra. Las consecuencias de estas coyunturas afectaron directamente las empresas editoriales de los hombres de letras de América Latina afincados en Europa, empezando por las dificultades económicas, materiales y de comunicación que afectaron la viabilidad para integrar cada número por publicar; así fue el caso de *La Revista de América* que dejó de circular desde 1914, *Mundial Magazine* también dejó de circular en 1914 y la revista *Hispania* llegó hasta 1916.

Otro aspecto que afectó la recepción de la idea de la unidad continental como proyecto político fue el fortalecimiento de la idea de la unidad nacional. Durante el desenvolvimiento de la Gran Guerra y como parte de sus consecuencias fue la exaltación de la idea de unidad nacional. El nacionalismo surgió como el gran tema de las ciencias sociales y las humanidades, y se mantuvo como el proyecto intelectual, político e ideológico a tratar y resolver en las siguientes cuatro décadas las tareas de las ciencias sociales y las humanidades, y en cuyo despliegue se dio una transformación del ejercicio de la escritura que se desenvolvía entre el surgimiento de las disciplinas que empezaron a consolidarse y la expansión de una opinión pública que se masificaba. También se mantuvo un amplio interés por estudiar y cultivar un ideal del siglo XIX: la emancipación de la expresión literaria que tenía como base volver la mirada estética y la reflexión analítica sobre “lo propio” de América

y “hacia lo nacional”; de tal forma que cuando ese objetivo se lograra “la literatura de nuestros pueblos merecería llamarse independiente y original” (MARTINEZ, 1955, p. 29).

El tema de unidad continental se mantuvo de un modo más bien anecdótico y más bien marginal con relación a las obras de carácter nacional, como se puede percibir en obras como la de José Vasconcelos, el proyecto político de Víctor Raúl Haya de la Torre y en los importantes trabajos de Pedro Henríquez Ureña y José Gaos que tuvieron circulación en diferentes publicaciones y proyectos editoriales como la colección Tierra Firme del Fondo de Cultura Económica, al menos, en las empresas que se concretaron en los años 1940. Sin embargo, estas miradas de conjunto sobre el pasado y el presente del subcontinente fueron rebasadas por el interés nacional que copó el espectro de la producción intelectual en América Latina después de 1914 (FUNES, 2006).

Un tercer aspecto, que no puede perderse de vista por sus alcances e implicaciones prácticas fue el surgimiento de las reivindicaciones sobre la necesidad de reformas en las instituciones universitarias. Este movimiento que abarcó la totalidad del continente y creó diversas redes políticas e intelectuales, impulsó la noción de una transformación de los modelos y las actividades de la educación superior universitaria. En su momento, con niveles de éxito disímiles, esta corriente de ideas y los diferentes grados de movilización estudiantil y de aceptación que llegaron a encontrar ecos en los diferentes gobiernos nacionales como, por ejemplo, la reorganización del sistema universitario argentino, la apertura de la Universidad Nacional de México y las discusiones sobre el tema de la autonomía universitaria que abarcó la totalidad del país, la creación de la Universidade de São Paulo en el caso del Brasil (QUESADA, 1910; SOUZA, 1985; FERREIRA, 2009), acciones que concitaron la gestión de recursos para la renovación de los enfoques y las tareas de instituciones existentes como en el caso de Argentina o de Colombia; o la creación de nuevas instituciones universitarias como las ya mencionadas a las que habría que agregar la apertura del Instituto Nacional de Antropología e Historia (1939), El Colegio México (1940) o la creación de la Escuela Normal Superior y los institutos anexos (1936) en el caso de Colombia; espacios que darían paso a la profesionalización de las ciencias sociales y las humanidades en estos países y cuyos alcances se harían explícitos hasta la segunda mitad del siglo XX.

Instituciones y revistas especializadas

Las revistas publicadas por los hombres de letras de América Latina de principios del siglo XX, pese a sus indiscutidos alcances sobre el número y la calidad de autores que

reunieron, así como la circulación que llegaron a tener, tenían una característica explícita que se convertiría después en una de sus debilidades. Los números específicos sobre temas de literatura, de historia, de política y de difusión, carecían de especialización. Los autores y sus trabajos, con algunas excepciones, cumplían la labor del texto de reflexión ensayística, con aproximaciones a los temas bajo el principio de la intuición y el talento, generalmente representado en la publicación de textos muy bien escritos, pero sin un fundamento heurístico para solventar las conclusiones que planteaban. Además, como este era el medio de circulación del conocimiento aceptado ampliamente en las sociedades de América Latina, la publicación de un trabajo en estas revistas era suficiente para obtener el reconocimiento de la valía intelectual. Sin embargo, este tipo de producción intelectual enfrentaría nuevos retos en un contexto caracterizado por el posicionamiento de las instituciones universitarias modernas y la profesionalización de los saberes que colocaban a las revistas de los hombres de letras como productos intelectuales de muy buena factura formal pero más cercanos a la difusión de la información que ofrecía el magazine.

El surgimiento de las revistas especializadas se da en el plano de la apertura y consolidación de las disciplinas científicas. Es importante considerar que la creación y la implementación de las reformas en las Universidades para hacer de ellas centros de docencia e investigación en el sentido moderno tienen como uno de sus resultados concretos la creación de publicaciones especializadas. Un caso emblemático en esta dirección se encuentra en la apertura de la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en 1905 que definió desde sus comienzos la publicación de series de fuentes documentales, la preparación de una Historia de la civilización argentina y la defensa y propagación de la “metodología científica” de investigación. Estos proyectos tuvieron diversa suerte, pero a partir de la implementación de algunas de las iniciativas de la Reforma Universitaria de 1918, comenzó la creación de institutos de investigación, y desde 1921 la Sección fue transformada en el Instituto de Investigaciones Históricas bajo la dirección de Emilio Ravignani, que estuvo al frente del Instituto hasta 1947. En el marco de esta transformación se dio la creación del *Boletín de Historia Argentina y Americana*, dirigida por el propio Ravignani hasta 1946 y publicada sin interrupción entre 1922 y 1947 como el medio “oficial” de difusión de los trabajos del Instituto que se proponía dar cuenta de “la relevancia del conocimiento histórico” a partir del “correcto ejercicio de la profesión” (DEVOTO & PAGANO, 2010, p. 158; MYERS, 2004, p. 67- 106).

El camino seguido por el *Boletín* podría ser considerado emblemático de la forma cómo se puede diferenciar el trabajo intelectual de los hombres de letras que funcionaban bajo los parámetros de las asociaciones letradas decimonónicas y la producción intelectual del trabajo intelectual especializado producto de la institucionalización del conocimiento y la emergencia del saber profesional donde las publicaciones periódicas tienen unos objetivos distintos al entretenimiento y la difusión de la información; la meta de las revistas especializadas de carácter disciplinar tienen la función de articular a las comunidades científicas alrededor de la difusión de los hallazgos y el uso de los métodos de investigación en el marco referencial de una disciplina científica concreta, y establecen, por lo tanto, una delimitación sobre el tipo de lector hacia el cual va dirigida la revista.

Las condiciones políticas creadas por las consecuencias de la Gran Guerra y la Revolución Bolchevique impulsaron la creación de un nuevo sistema internacional de relaciones políticas que trataba de abarcar la mayor cantidad de procesos relacionados con el desenvolvimiento de los estados nacionales como por ejemplo las iniciativas que dieron lugar a la creación de la Société des Nations (1920-1946) y algunos de los programas relacionadas con ella como los lineamientos trazados para el desenvolvimiento del Institut International de Coopération Intellectuelle (1922-1939) (PITA, 2014; DUMONT, 2015, p. 155-168). En el ámbito de América Latina desde 1898 había una creciente preocupación sobre la viabilidad de la soberanía estatal ante los avances de los Estados Unidos explícitos en la guerra de 1898 contra España y su presencia en Cuba y Puerto Rico, y su accionar en Panamá (1903); además, de las múltiples intervenciones militares en el Caribe después de 1916 que generaba un importante apoyo para las acciones políticas revolucionarias nacionalistas como la Revolución Mexicana (1910) y las apuestas para el accionar internacionalista contra las acciones intervencionistas y de los gobiernos dictatoriales (YANKELEVICH, 2003; PITA & MARICHAL, 2012).

En los años 1920, los Estados Unidos todavía mantenía su derecho a intervenir en la política de los estados nacionales del continente a partir de dos proyectos que implementó desde fines del siglo XIX: las Conferencias Internacionales Americanas que organizó desde 1889 y mantuvo hasta 1954, y las intervenciones militares que organizó desde 1898 para tomar posesión de Puerto Rico, asociadas a una amplia red de intereses económicos en diferentes rubros que servirían para acentuar la voluntad de renunciar a las intervenciones directas y buscar el apoyo del continente durante la Segunda Guerra Mundial. De esta forma,

los Estados Unidos moduló diversas políticas para impulsar la idea de pertenencia a un hemisferio común y la necesidad de una convivencia pacífica con objetivos políticos y económicos comunes. El tema de América como objeto de estudio, tendría un importante impulso hacia la institucionalización.

En el marco de la VI Conferencia Internacional Americana realizada en La Habana en 1928 se presentó y aceptó la iniciativa del gobierno de México para la creación de un Instituto Geográfico Panamericano que tendría como tarea coordinar la realización de trabajos geográficos de todo tipo, así como la divulgación de los estudios geográficos pero también facilitar el estudio de las cuestiones fronterizas entre los estados americanos con los recursos humanos y económicos disponibles en el continente. El Instituto fue reconocido por la Unión Panamericana como Instituto Panamericano de Geografía e Historia en 1928 y fue designada la Ciudad de México como sede de la institución que empezó a funcionar desde el año siguiente y realizó su primera Conferencia en Rio de Janeiro en 1932 donde se establecieron sus Estatutos y, por ende, sus actividades y organización (BETANCOURT, 2016).

La creación del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y su instalación en México coincidió con un importante proceso de creación de instituciones de investigación y docencia que marcarían la vida intelectual del siglo XX en México. Durante la década de 1930, y en particular, durante la parte final del gobierno de Lázaro Cárdenas que coincidieron las políticas y los recursos humanos y económicos para que las iniciativas de aperturas institucionales pudieran concretarse en espacios en funcionamiento y no sólo se quedarán en instituciones de papel; entre ellas pueden señalarse, además de las indicadas anteriormente, la apertura del Instituto Panamericano de Geografía e Historia (1928), la creación de La Casa de España en México (1938) y el surgimiento de tres proyectos editoriales donde confluían casi todos los profesionales que participaron en la implementación de aquellas instituciones dedicadas a las ciencias sociales y las humanidades: el Fondo de Cultura Económica (1934), la *Revista de Historia de América* (1938) y la revista *Cuadernos Americanos* (1941).

La coyuntura de la guerra civil en España facilitó la realización de las estas iniciativas institucionales y de profesionalización que pretendía realizar el gobierno mexicano; especialmente, por los esfuerzos que se habían hecho en España desde 1907 para actualizar el sistema educativo y promover las actividades de investigación en España a través de los proyectos emprendidos por la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas liderada por Santiago Ramón y Cajal y José Castillejo, cuyas labores se

extendieron hasta 1939 cuando el final de la guerra civil obligó a exiliarse a muchos hombres y mujeres que habían participado en esta empresa científica y cultural, que continuaron con estos propósitos en los países donde habían establecido contactos en los años previos a la guerra civil. La Junta desarrolló diferentes objetivos para romper con el aislamiento español y enlazar a este país con los avances y la producción de la ciencia y la cultura en el resto de Europa con base en un programa que incluía la creación de laboratorios, centros de investigación, becas para realizar estudios en el extranjero, facilitar el contacto con científicos extranjeros a través de la presencia de delegaciones españolas en los congresos científicos, el fomento a los trabajos de investigación científica y la protección de las instituciones educativas españolas de enseñanza secundaria y superior (GARCIA, 2016). En 1938, el gobierno franquista decretó el cese de las actividades de la Junta; aunque, el transcurrir de la guerra muchos de los científicos de la Junta abandonaron el país.

El proceso de modernización de las instituciones universitarias españolas permitió que muchos jóvenes de América Latina se formaron profesionalmente en espacios académicos modernos como el Centro de Estudios Históricos creado en Madrid en 1910 a cargo de Ramón Menéndez Pidal, y tuvieron la oportunidad de convivir con otros jóvenes en formación en la famosa Residencia de Estudiantes fundada en 1910 también por iniciativa de la Junta para la Ampliación de Estudios como fue el caso de Ángel Rosenblat, Silvio Zavala, Luis Enrique Osorio, Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Aurelio Macedonio Espinosa, entre otras más (RIBAGORDA, 2007, p. 221-250).

En el caso específico del Centro de Estudios Históricos era una institución que tenía como tareas ocuparse con la historia, la lengua, la filología y la civilización española a través de la organización de institutos que representaban el cultivo de una determinada disciplina: Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, Instituto Jerónimo Zurita, el Instituto Diego Velázquez, Instituto Antonio de Nebrija, Instituto Miguel de Cervantes. Estos intereses temáticos vislumbraron rápidamente la necesidad de estudiar América donde había aspectos comunes para establecer diferentes tipos de relaciones de cooperación y estudio, además de las posibilidades que brindaba para restablecer el prestigio exterior y como elemento de ayuda para la regeneración nacional; de tal suerte que las aproximaciones hacia América iban de la mano con una amplia tarea de estudio sobre el mundo ultramarino; de hecho, en Valladolid, Sevilla, Oviedo, Madrid y Barcelona vivieron el surgimiento de diferentes centros de investigación interesados en la historia de América que apuntalaron cátedras, seminarios,

bibliotecas especializadas y asociaciones que trabajaban en conjunto con la Junta pero también de forma privada a partir de los cuales se crearon redes de trabajo y cooperación que sirvieron de puente para la creación de instituciones en América que se hicieron bajo el modelo de los institutos promovidos por la Junta, y también funcionarían después para que se diera el exilio como en el caso de las Instituciones Culturales Españolas en Argentina, Uruguay, Santo Domingo y Puerto Rico; la Institución Hispano-Cubana de Cultura, el Instituto Hispano-Mexicano de Intercambio Universitario, el Departamento de Estudios Hispánicos de la Universidad de San Juan de Puerto Rico, y los Institutos de Filología de Buenos Aires y La Plata; además, de la *Hispanic Society of America* (NARANJO, 2007, p. 9-13; VELEZ, 2007; PRADO, 2008).

En este contexto, el mexicano Silvio Zavala estudió derecho en México y se trasladó a Madrid en 1931 donde se incorporó al Centro de Estudios Históricos como estudiante donde obtuvo el Doctorado en Historia bajo la dirección de Rafael Altamira; en 1937 regresó a México con la idea de “fundar algún centro de preparación de historiadores jóvenes” como lo había visto funcionar en el Centro de Estudios Históricos de Madrid. Los primeros intentos los hizo en la Universidad Nacional pero no obtuvo eco a pesar de su posición como secretario del Museo Nacional de México donde emprendió también la fundación de la *Revista de Historia de América*, que tuvo el respaldo del Instituto Panamericano de Geografía e Historia y vio publicado su primer número en el año de 1938. En los propósitos de esta empresa editorial era muy precisa:

Los investigadores de la historia de América han comenzado a estimar la ventaja que ofrece el conocimiento de los problemas del Continente, para escribir con mayor acierto las historias nacionales [...] La transformación del instinto de simpatía de los investigadores de América en una conciencia científica, acentuada en los últimos años, se refleja en el método de los trabajos de historia y en la creación de los primeros órganos de intercambio (REVISTA DE HISTORIA DE AMÉRICA, 1938, p. V-VI)

La enunciación de los “Propósitos” de esta publicación, producto de un trabajo institucional, marca las diferencias con los proyectos letrados que le eran contemporáneos porque su origen, sus autores y sus objetivos tienen que ver con una disciplina específica del conocimiento: la historia, y la implementación de unos métodos de trabajo: los de la investigación histórica; por eso, quería posicionarse como un medio para “contribuir al acercamiento de los investigadores” y para ello, sus contenidos tenían que ver específicamente con la publicación de estudios, documentos, informaciones científicas, reseñas de libros, revistas y bibliografía sobre la historia de América. No era, pues, un medio

de difusión del trabajo letrado. Zavala continuaría con sus actividades de formación entre 1938 y 1940 cuando obtuvo una beca Guggenheim que le permitió desarrollar algunos trabajos de investigación, trasladarse a los Estados Unidos y ampliar las perspectivas de la *Revista* y de los proyectos que podría desarrollar en el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, labores a las que se entregaría de lleno en la década de 1940 y 1950, especialmente desde la apertura del Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México (1941) bajo la dirección de Zavala y con la intención de hacer contribuciones propias al conocimiento de la historia de México y de América Latina (LIDA & MATESANZ, 1990, p. 109-174; LIRA, 2012).

Conclusiones

El brevísimo recorrido que se ha hecho a lo largo de este trabajo demuestra que la escritura como ejercicio intelectual se transforma en el momento que las sociedades de América Latina se masifican; lo que quiere decir que las transformaciones sociales generan nuevas condiciones para la recepción de los conocimientos especializados. Por eso, en el momento que las instituciones universitarias apuestan por la complementariedad de la docencia y la investigación el papel de las sociedades letradas decimonónicas deja de ser relevante en este nuevo escenario.

Con la profesionalización de las ciencias sociales y las humanidades el espacio explicativo e interpretativo tiene nuevos interlocutores; sin embargo, ello no quiere decir que a lo largo del siglo XX el prestigio y reconocimiento que tienen las sociedades letradas y, en particular, los escritores, haya desaparecido; por el contrario, el éxito comercial de la literatura producida en América Latina desde los años 1940 en adelante permitió afianzar y ampliar aún más el lugar central de los escritores y de la literatura como fuente explicativa de los procesos sociales e históricos de las sociedades de América Latina; así como la visibilidad mediática y la oralidad como fuente de referencia para alcanzar reconocimiento sobre la valía intelectual.

Sin embargo, lo que ha querido mostrar el presente trabajo es que la creación de instituciones ha estado ligada al surgimiento de las publicaciones especializadas, independiente de los alcances de la circulación o del reconocimiento social que tales esfuerzos tuvieron. La existencia de este tipo de empresas editoriales demuestra que la investigación y la interpretación de los procesos históricos y sociales adquirieron una nueva referencia, más allá de las posibilidades del reconocimiento masivo que se pudiera desear. Estos trabajos han

ido desplazando paulatinamente el conocimiento basado en la intuición y en el reconocimiento social hacia las conclusiones obtenidas por el trabajo sistemático de investigación y el empleo de una metodología científica en la comprensión de esos procesos sociales; por lo tanto, la existencia de las instituciones y de las revistas especializadas que se abrieron campo en estas organizaciones cambiaron el tipo de escritura y los usos que pudieran llegar a tener en la sociedad.

Referencias

El Ateneo Mexicano. Tomo I. México: Imprenta de Vicente G. Torres, 1844.

El Mosaico: Miscelánea de literatura, ciencias i música. trimestre 1, n. 1. 24 de diciembre de 1858.

Revista de América. Quincenal de Letras y Artes. año I, n. 1, 19 de agosto de 1894.

La Revista de América. año I. vol. I. n. 1, junio de 1912.

Revista de Historia de América. n. 1, marzo de 1938.

ALBARRACÍN, Juan. *Alcides Arguedas: la conciencia crítica de una época.* La Paz: Universo, 1970.

BARBIER, Frédéric. *Historia del libro.* Trad. de Patricia Quesada Ramírez. Madrid: Alianza Editorial, 2005.

BETANCOURT, Alexander. La construcción del pasado nacional en Alcides Arguedas: convicciones sobre el papale de escritura. In: *Bolivian Studies Journal*, n. 11. 2004, p. 24-47.

BETANCOURT, Alexander. Una mirada al problema de la nación. El cambio de siglo: Laureano Vallenilla y Alberto Edwards. In: *Vetas. Revista de El Colegio de San Luis.* año VI, n. 17, 2004, p. 75-90.

BETANCOURT, Alexander. Continente y nación: dos temas en la obra de Francisco García Calderón. *Socialismo y Participación.* n. 106, 2009, p. 91-103.

BETANCOURT, Alexander. La perspectiva continental: entre la unidad nacional y la unidad de América Latina. In: *Historia Crítica.* n. 49, 2013, p. 135-157.

BETANCOURT, Alexander. El pensador y el intelectual: dos categorías para estudiar la cultura letrada en América Latina. In: CRESPO, Horacio, MORALES MORENO, Luis Gerardo & NAVARRO, Mina Alejandra. (coords.). *En torno a fronteras e intelectuales: conceptualización, itinerarios y coyunturas institucionales.* México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos-Itaca, 2013.

BETANCOURT, Alexander. El Instituto Panamericano de Geografía e Historia y el proyecto de la Historia de América, 1928-1960. In CRESPO, Horacio & KOZEL, Andrés & BETANCOURT, Alexander (coord.). *¿Tienen las Américas una historia común? Las tesis de H. E. Bolton revisitadas.* México: Universidad Autónoma del Estado de Morelos-Universidad Autónoma de San Luis Potosí, 2016.

BRUNO, Paula (dir). *Sociabilidades y vida cultural: Buenos Aires, 1860-1930.* Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2014.

- CARTER, Boyd. *La “Revista de América” de Rubén Darío y Ricardo Jaimes Freyre. Edición facsimilar, estudio y notas de Boyd G. Carter*. Managua: Publicaciones del Centenario de Rubén Darío, 1967.
- CHARLE, Christophe. *El nacimiento de los “intelectuales”, 1880-1900*. Trad. de Heber Cardoso Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2009.
- COLMENARES, Germán. *Las convenciones contra la cultura. Ensayos sobre la historiografía hispanoamericana en el siglo XIX*. 2ª edición. Bogotá: Tercer Mundo, 1989.
- DEVOTO, Fernando & PAGANO, Nora. *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: 2 ed., Sudamericana, 2010.
- DOSSE, François. De la historia de las ideas a la historia intelectual. In: *Historia y Grafía*, n. 19, 2002, p. 171-192.
- DUMONT, Juliette. Latin America at the Crossroads: The Inter-American Institute of Intellectual Cooperation, the League of Nations, and the Pan American Union. In: McPHERSON, Alan & WEHRLI, Yannick (ed.). *Beyond Geopolitics: New Histories of Latin America at the League of Nations*. Albuquerque: the University of New Mexico Press, 2015, p. 155-168.
- FERREIRA, Alexander Marcos de Mattos Pires. *A criação da Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras da USP – Um estudo sobre o início da formação de pesquisadores e professores de matemática e de física em São Paulo*. São Paulo: Tesis Doutorado em História da Ciência Pontifícia Universidade Católica de São Paulo, 2009.
- FUNES, Patricia. *Salvar la nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo Libros, 2006.
- GAOS, José. *Pensamiento de lengua española*. México: Editorial Stylo, 1945.
- GARCÍA CALDERON, Francisco. *La creación de un continente*. París: Librería Paul Ollendorf, 1913.
- GARCÍA CAMARERO, Ernesto. *La ciencia española: entre la polémica y el exilio*. Madrid: Caligrama, 2016.
- GORDILLO, Andrés. *El Mosaico (1858-1872): nacionalismo, elites y cultura en la segunda mitad del siglo XIX*. In: *Fronteras de la Historia*. vol. 8. 2003, p. 17-66.
- HISPANIA, “Notas editoriales”, núm. 1, enero de 1912. In: RUBIANO MUÑOZ, Rafael & GOMEZ GARCÍA, Juan Guillermo. *Años de vértigo: Baldomero Sanín Cano y la revista Hispania (1912-1916)*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores-Universidad de Antioquia-GELCIL-KULTUR, 2016.
- IGGERS, George G. The Professionalizations of Historical Studies and the Guiding Assumptions of Modern Historical Thought. In: KRAMER, Lloyd & MAZA, Sarah (ed.). *A Companion to Western Historical Thought*. London: Blackwell Publishers, 2002. p. 65-88.
- LIDA, Clara E & MATESANZ, José Antonio. *El Colegio de México: una hazaña cultural 1940-1962*. México: El Colegio de México, 1990.
- LIRA, Andrés. *Exilio político y gratitud intelectual: Rafael Altamira en el archivo de Silvio Zavala (1937-1946)*. México: El Colegio de México, 2012.

-
- LOAIZA, Gilberto. La búsqueda de autonomía del campo literario *El Mosaico*, Bogotá, 1858-1872. In: *Boletín Cultural y Bibliográfico del Banco de la República*. vol. 41. n. 67. 2004, p. 3-19.
- LOAIZA, Gilberto. *Sociabilidad, religión y política en la definición de la nación: Colombia 1820-1886*. Bogotá: Universidad Externado de Colombia, 2011.
- LOPEZ-OCÓN, Leoncio. Ciencia y progreso durante la época bajoisabelina (1854-1868). In: SUAREZ, Manuel. (ed.). *La redención del pueblo: la cultura progresista en la España liberal*. Santander: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria, 2006.
- LOMNITZ, Claudio. Los intelectuales y el poder político: la representación de los científicos en México del porfiriato a la revolución. In: ALTAMIRANO, Carlos. (ed.). *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Buenos Aires: Katz Editores, 2008.
- LOUIS, Annick. Las revistas literarias como objeto de estudio. In: EHRLICHER, Hanno & RISSLER-PIPKA, Nanette. (eds.). *Almacenes de un tiempo en fuga. Revistas culturales en la modernidad hispánica*. Aachen: Shaker Verlag, 2014.
- MALOSETTI COSTA, Laura & GENÉ, Marcela. (comp.). *Impresiones porteñas. Imagen y palabra en la historia cultural de Buenos Aires*. Buenos Aires: Edhasa, 2009.
- MALOSETTI, Laura & BALDASARRE, María Isabel. Enclave latinoamericano (o en clave latinoamericano): el arte y los artistas en *Mundial Magazine* de Rubén Darío. In: MALOSETTI, Laura & GENÉ, Marcela. (comp.). *Atrapados por la imagen. Arte y política en la cultura impresa argentina*. Buenos Aires: Edhasa, 2013, p. 197-225.
- MARTINEZ, José Luis. *La emancipación literaria de México*. México: Antigua Librería Robredo, 1955.
- MONTALDO, Graciela. La cultura invisible: Rubén Darío y el problema de América Latina. *Revista Brasileira de Literatura Comparada*. vol. 4. n. 4, 1998, p. 75-83.
- MYERS, Jorge. Pasados en pugna: la difícil renovación del campo histórico argentino entre 1930 y 1955. In: NEIBURG, Federico & PLOTKIN, Mariano. (comp.). *Intelectuales y expertos. La constitución del conocimiento social en la Argentina*. Buenos Aires: Paidós, 2004, p. 67- 106.
- NARANJO OROVIO, Consuelo. La Junta para Ampliación de Estudios y América Latina: memoria, políticas y acción cultural (1907-1939). In: *Revista de Indias*. vol. LXVII. n. 239, 2007, p. 9-13.
- PITA, Alexandra. *Educación para la paz. México y la Cooperación Intelectual Internacional, 1922-1948*. México: Secretaría de Relaciones Exteriores-Universidad de Colima, 2014.
- PITA, Alexandra & MARICHAL, Carlos (coord.). *Pensar el antiimperialismo. Ensayos de historia intelectual latinoamericana, 1900-1930*. México: El Colegio de México-Universidad de Colima, 2012.
- PRADO, Gustavo H. *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2008.
- QUESADA, Ernesto. *La enseñanza de la historia en las universidades alemanas*. La Plata: Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales, 1910.

-
- RAPHAEL, Lutz. *La ciencia histórica en la era de los extremos. Teorías, métodos y tendencias desde 1900 hasta la actualidad*. Trad. de Toni Morant i Ariño. Zaragoza: Institución Fernando El Católico, 2012.
- RIBAGORDA, Álvaro. La Residencia de Estudiantes y América Latina: caminos de ida y vuelta. In: *Revista de Indias*. vol. LXVII, n. 231. 2007, p. 221-250.
- RUBIANO MUÑOZ, Rafael & GOMEZ GARCÍA, Juan Guillermo. *Años de vértigo: Baldomero Sanín Cano y la revista Hispania (1912-1916)*. Bogotá: Siglo del Hombre Editores-Universidad de Antioquia-GELCIL-KULTUR, 2016.
- SABATO, Hilda. “Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: prensa, asociaciones, esfera pública (1840-1850). In: ALTAMIRANO, Carlos. (ed.). *Historia de los intelectuales en América Latina. I. La ciudad letrada, de la conquista al modernismo*. Buenos Aires: Katz Editores, 2008.
- SEGNINI, Yolanda. *La Editorial-América de Rufino Blanco-Fombona, Madrid 1915-1933*. Madrid: Libris, 2000.
- SOUZA, Maria Adélia Aparecida de (coord.). *O espaço da USP: presente e futuro*. São Paulo: Universidade de São Paulo, 1985.
- SPECKMAN, Elisa. Las posibles lecturas de *La República de las Letras*. Escritores, visiones y lectores. In: CLARK, Belem & SPECKMAN, Elisa (ed.). *La república de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico. Vol. I. Ambientes, asociaciones y grupos. Movimientos, temas y géneros literarios*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005. p. 47-72.
- STABB, Martin S. *América Latina en busca de una identidad. Modelos del ensayo ideológico hispanoamericano, 1890-1960*. Trad. de Mario Giacchino. Caracas: Monte Ávila Editores, 1969.
- TEJADA, Luis. El americanismo: consideraciones sobre el nacionalismo continental. In: *Cuadernos Americanos*. vol. 4. n. 82. 2000, p. 180-216.
- TORRES, Alejandra. Leer y mirar: la apuesta de Rubén Darío como director de revistas ilustradas. In: EHRLICHER, Hanno & RISSLER-PIPKA, Nanette. (eds.). *Almacenes de un tiempo en fuga. Revistas culturales en la modernidad hispánica*. Aachen: Shaker Verlag, 2014.
- VELEZ, Palmira. *La historiografía americanista en España, 1755-1936*. Madrid: Iberoamericana-Vervuert, 2007.
- YANKELEVICH, Pablo. *La Revolución Mexicana en América Latina. Intereses políticos e itinerarios intelectuales*. México: Instituto Mora, 2003.

PROPÓSITOS, LÍMITES Y CONTENIDOS DEL CONOCIMIENTO HISTÓRICO: LA ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA (VENEZUELA 1888-1958)

Inés Quintero⁹

RESUMEN: En la primera mitad del siglo XX, la Academia Nacional de la Historia fue pieza fundamental en el proceso de institucionalización de la historia en Venezuela; bajo su conducción estuvo tanto la elaboración y difusión del conocimiento sobre el pasado de los venezolanos, como la fijación de los linderos, propósitos y contenidos del discurso histórico y del ejercicio historiográfico. El artículo estudia los objetivos de la institución, los campos de su actuación, los recursos mediante los cuales fomenta y protege el culto a Bolívar como política de estado y los temas y problemas que fueron objeto de interés de los académicos, a fin de conocer cuál fue el impacto que tuvo la institución en la configuración de los campos historiográficos de la nación, antes del proceso de profesionalización de la historia.

PALABRAS CLAVES: Institucionalización de la historia. Academia Nacional de la Historia. Culto a Bolívar.

PURPOSES, LIMITS AND CONTENTS OF HISTORICAL KNOWLEDGE: THE CASE OF THE NATIONAL ACADEMY OF HISTORY (VENEZUELA, 1888-1958)

ABSTRACT: It may be safely argued that during the first half of the XXth century, the National Academy of History became a key player in the process of institutionalizing the History of Venezuela. Both the conception and diffusion of the past among Venezuelans as well as the fixing of limits, purposes and contents pertaining the historical discourse and the historiographical practice, became firmly rooted under its guidance. The present article seeks to explore the objectives that inspired the Academy as an institution, as much as the resources that enable it to stimulate and protect the cult of Bolívar as part of a clear-cut policy on behalf of the State. Last but not least, it pretends to examine the issues and problems that became part of the core-interest of the academicians in order to review the impact that the National Academy had when it came to defining the limits and contents of the historiographical field long before the professional study of History became a known reality.

⁹ Profesora titular de la Universidad Central de Venezuela, Individuo de Número de la Academia Nacional de la Historia y actualmente su Directora, con una amplia obra en temas sobre historia de la historiografía entre sus últimas publicaciones se encuentran: “Historiografía, memoria y política: la conmemoración del Sesquicentenario en Venezuela” con Pedro David Correa en Alexander Betancourt (coordinador) *Escritura de la Historia y Política. El Sesquicentenario de la Independencia en América Latina*, Lima, Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA) y Facultad de Ciencias Sociales y Humanidades, Universidad San Luis de Potosí, 2016, pp. 289-323. Escribió: “De celebración perpetua’. Fechas, héroes y fiestas para la Nación” en *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, No. 15, 2015. (<http://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/IHAn15a02/6941>); “Enseñar historia en Venezuela: carencias, tensiones y conflictos” en *Cahiers du Monde Hispanique y Luso-Bresiliem C.M.H.L.B, Caravelle*, Toulouse, Universitaire du Mirail, No. 104, pp. 71-86, 2015. (<http://caravelle.revues.org/1576>). Correo electrónico: ines.quintero@gmail.com.

KEY WORDS: Institutionalization of History. National Academy of History. The cult of Bolívar.

Surgimiento y consolidación institucional de la Academia Nacional de la Historia

La Academia Nacional de la Historia se crea por decreto del poder ejecutivo el 28 de octubre de 1888, convirtiéndose en la primera institución que tuvo a su cargo la producción y conducción del conocimiento histórico en Venezuela, mucho antes de que se crearan las Escuelas de Historia universitarias, cuyos primeros resultados tienen lugar en la década del 50, quedando como escuelas consolidadas a partir de 1958, momento en el cual se formaliza el proceso de profesionalización de la Historia en Venezuela.

De acuerdo al decreto fundacional, entre sus funciones estaban: coleccionar libros y manuscritos para su biblioteca, acopiar materiales y documentos que permitiesen escribir la Historia de Venezuela y adquirir o reunir aquellos objetos que pudiesen calificarse de “monumentos históricos”.

También contemplaba el decreto que la nueva entidad atendiese otras ocupaciones directamente relacionadas con la supervisión del conocimiento histórico como lo eran examinar y juzgar los textos de enseñanza sobre Historia, lo cual constituía requisito indispensable para que pudiesen ser adoptados por el gobierno, así como aprobar el contenido de aquellas obras a ser publicadas con los recursos del erario público. A estas tareas se sumaban las de fomentar el estudio de la Historia mediante la convocatoria de certámenes y conferencias públicas; escribir textos de Historia para la educación básica y obras de “carácter superior para la instrucción de orden elevado” y, finalmente, “trabajar por aclarar los puntos difíciles o dudosos sobre la Historia de América, desde los tiempos más remotos hasta la época presente, y en especial lo que se refiere a Venezuela” (ROJAS PAÚL, 1888, p. 155).

El decreto en cuestión dejó explícitamente estipulado que, para ser miembro de la corporación, era necesario haber “escrito y publicado una obra de Historia, haber desempeñado una cátedra de esta ciencia o haber alcanzado con justicia, reputación de hombre de letras”. Eran estos los parámetros sobre los cuales se establecía el criterio según el cual, una persona estaba calificada para atender el conocimiento sobre el pasado. No eran pues, historiadores profesionales, con estudios formales en la disciplina, sino “hombres de letras”, ya que, para entonces la disciplina de la historia en Venezuela seguía siendo considerada una práctica más literaria que científica.

La designación de los miembros fundadores estuvo a cargo del presidente de la República, Dr. Juan Pablo Rojas Paúl. Esta labor se llevó a cabo a través del Ministerio de Fomento, por indicación expresa del primer mandatario quien fue nombrando a los Vocales de Número de la institución; primero fueron 15 miembros, luego se amplió a 20 hasta que, finalmente, quedó en 24 numerarios, tal como se mantiene en la actualidad.

El acto solemne de instalación se fijó para el 28 de octubre de 1889, justo un año después del decreto de creación y día del onomástico de Simón Bolívar, a fin de rendirle sincero homenaje al Libertador y Padre de la Patria. Sin embargo, por indisposición de salud del presidente, la ceremonia se llevó a cabo el 8 de noviembre, durante todo el día, con todas las ceremonias del caso, lo cual deja ver la importancia y el alcance institucional y político que se le otorgó a la recién creada corporación.

En la mañana del 8 de noviembre hubo ofrenda floral ante el sarcófago del Libertador en el Panteón Nacional, la cual fue presidida por el Jefe del Estado y todo el tren ejecutivo; inmediatamente después se inauguraron dos iglesias, se realizaron visitas oficiales a la Basílica de Santa Ana, a la Iglesia de San Francisco y a las dependencias de la Gobernación del Distrito Federal; en la tarde, la sesión especial de instalación de la Academia se realizó en el paraninfo de la Universidad, con la presencia de todo el gabinete, el consejo federal, los miembros de la Academia y numerosos invitados especiales.

Se dirigieron a los presentes el numerario Marco Antonio Saluzzo y el presidente de la República; de allí pasaron los asistentes al Salón Elíptico del Palacio Federal donde se celebró la recepción oficial y quedó exhibida, desde las 4.00 pm hasta las 10 de la noche, la espada que le regaló el Perú al Libertador en 1825, luego del triunfo de Ayacucho. El Panteón Nacional se mantuvo abierto e iluminado durante todo el día con la presencia de la Guardia de Honor y fue encendido el alumbrado eléctrico en el Palacio Federal y en el Salón Elíptico: espacios protocolares y emblemáticos de los poderes públicos.

Se trató, sin duda, de una ceremonia que, por la magnitud de la convocatoria y la visibilidad otorgada a los actos realizados, tenía como finalidad exponer públicamente la relevancia e interés que constituía para el gobierno, para la Nación y para el Estado, el establecimiento de una institución que tuviese a su cargo la dirección de los asuntos relativos a la creación y conducción del conocimiento sobre la Historia de Venezuela.

Este mismo interés se expuso de manera manifiesta en las palabras que dirigió al público el numerario Marco Antonio Saluzzo y también de forma más contundente y explícita en el discurso del presidente de la República, Dr. Juan Pablo Rojas Paúl.

En el primer caso destacaba el numerario Saluzzo que la creación de la Academia representaba un acontecimiento de primera importancia en la medida que con ella se marcaba el inicio de trabajos históricos que permitirían “exponer fielmente nuestra fisonomía nacional” (SALUZZO, 1889, p. 55).

Era, pues, el momento de atender la elaboración de una historia nacional que tomase en consideración los hechos ocurridos luego de la finalización de la guerra de Independencia, en circunstancias en las cuales había las condiciones que favorecerían esta ineludible exigencia. Alude Saluzzo al ambiente de amplitud política propiciado por el gobierno de Rojas Paúl, luego de la larga hegemonía personalista del presidente Antonio Guzmán Blanco, quien había gobernado a Venezuela desde 1870¹⁰.

En palabras de Saluzzo, había llegado el tiempo de los Herodotos, cuando la justicia y la libertad imperan, y culminado la época de los Tácitos, cuando la arteria y el despotismo, se imponen. Saludaba, pues, en clara alusión al presente, la época de los “magistrados en pos de los cuales nacen los Herodotos, porque ellos legan su nombre a la posteridad simbolizando el triunfo de la justicia” (SALUZZO, 1889, p. 65).

Por su parte, el presidente Rojas Paúl manifestó la importancia de acometer la escritura de la verdadera Historia de Venezuela, labor que seguía estando pendiente:

La historia de Venezuela, la verdadera historia, la que con suficiente copia de hechos, probidad y doctrina filosófica debe pronunciar el fallo definitivo sobre los hombres, las instituciones y los principios que han tejido la trama de nuestra vida política y social, desde el fin de la Colonia hasta hoy, no está escrita todavía (ROJAS PAUL, 1889, p. 66).

Luego de hacer una revisión panorámica de las principales obras referidas a la Historia de Venezuela, manifestaba el presidente su preocupación por atender con amplitud de criterios una nueva escritura de la historia nacional. Era de la opinión que la primera y más urgente labor consistía en acometer y redactar los anales patrios, los cuales debían reunir las

¹⁰ Antonio Guzmán Blanco tomó el poder el 27 de abril de 1870 y gobernó durante tres períodos conocidos como el Septenio (1870-1877) el Quinquenio (1879-1884) y la Aclamación (1886-1888). En 1888 fue elegido presidente el Dr. Juan Pablo Rojas Paúl, con la anuencia de Guzmán quien se retiró a París, dispuesto a mantener, desde allá, el control político del país. No obstante, luego de su viaje al exterior, hubo una fuerte reacción contra Guzmán, la cual fue apoyada por el presidente Rojas Paúl, contribuyendo así a poner punto final a su largo predominio político. Guzmán no regresó a Venezuela, falleció en París en 1899.

obras históricas ya escritas, a fin de rectificarlas y refundirlas para, a partir de allí, complementarlas incorporando los sucesos ocurridos desde 1810, hasta el presente.

Esta importante e impostergable tarea debía considerar y reunir “[...] un gran número de trabajos previos que, publicados unos, inéditos otros, y todos, honra y prez del ingenio patrio, andan por nuestras bibliotecas” (ROJAS PAUL, 1899, p. 70); de ello formaban parte biografías, trabajos de crítica histórica, costumbres, ciencias sociales, hechos militares, administrativos, políticos y fiscales; estaban también los textos escritos por venezolanos fallecidos en el extranjero y las memorias del destierro, todos ellos debían ser tomados en cuenta. Se trataba, en definitiva, de estudiar “[...] todas las manifestaciones de la vida nacional, con vista de todas las fuentes posibles, para laborar con acierto y honradez” (ROJAS PAUL, 1889, p. 70). Esa era la misión que tenía encomendada la nueva entidad.

Desde entonces y en las décadas que siguieron, la Academia fue la única institución del país que tuvo a su cargo, como ya se dijo, la conducción de los estudios históricos. En los años inmediatamente posteriores a su creación y siguiendo lo dispuesto en el decreto, así como las recomendaciones expuestas en su discurso por el presidente, la primera tarea a la cual se dedicó la Academia fue, precisamente, a preparar los Anales Patrios, cuya ejecución ya había sido ordenada por decreto ejecutivo del 31 de julio de 1889.

Entre 1889 y 1892 se publicaron once volúmenes de la compilación documental que lleva por título *Anales de Venezuela*, en los cuales se reunieron las fuentes referidas a la separación de Venezuela de la República de Colombia desde 1829; los materiales relativos al Congreso Constituyente de 1830, reunido en Valencia, y los que se celebraron posteriormente hasta 1840. En 1903 se continuó la publicación con una disquisición sobre el Acta de la Independencia; seis años después en 1909, se inició la tercera etapa de los Anales, con la impresión de los documentos referidos a la repatriación de los restos de Simón Bolívar, en 1842. Con este tomo, concluyó la edición de los Anales Patrios, aun cuando el proyecto original contemplaba la recuperación de materiales documentales hasta 1888, año de inicio de la Administración Civil instaurada por Rojas Paúl.

La iniciativa tuvo como propósito presentar al país la documentación fundamental y fidedigna del proceso histórico que se había iniciado inmediatamente después de la finalización de la Independencia, organizados de manera cronológica y estableciendo los hitos fundamentales de la historia reciente de los venezolanos.

Otro aspecto que resultó fundamental en la acción de la Academia como instancia conductora y orientadora en la fijación de los referentes históricos de la nación -además de seleccionar y publicar sus documentos esenciales-, fue despejar o dilucidar los temas dudosos de nuestra historia, tal como estaba dispuesto en el decreto de creación.

En este sentido resulta significativo el dictamen aprobado el 30 de abril de 1909, respecto a cuál debía considerarse el día inicial de la Independencia de Venezuela¹¹. Aclarar esta materia tenía además una especial importancia por la proximidad de los festejos centenarios, para lo cual era fundamental establecer precisiones que permitiesen organizar los actos conmemorativos oficiales.

El tema había sido materia de debate en el siglo XIX. En 1875 se realizó un certamen cuya convocatoria tuvo como tema responder a la pregunta ¿El 19 de abril es o no el día iniciativo de la Independencia de Venezuela?, y si bien los artículos presentados coincidían al responder afirmativamente la pregunta, no se produjo una sanción oficial que uniformara las distintas apreciaciones que sobre ese día se podían leer en las más importantes obras sobre Historia de Venezuela publicadas a partir de 1830. Resultaba pues imperativo que no hubiese dudas ni discordias en relación al hito que fijaba el inicio de la Nación (ALTEZ, 2011, p. 22).

La Academia nombró una comisión que tuvo a su cargo despejar las dudas que hubiese al respecto. El dictamen preparado por los numerarios, el cual fue aprobado de manera unánime por la corporación, dio como resultado la fijación del 19 de abril de 1810 como día iniciativo de la Independencia. Fueron numerosos los argumentos expuestos por la Academia con la finalidad de dar sustento a su resolución y dejar definitivamente sancionada la significación y relevancia histórica de los hechos ocurridos ese día, en la ciudad de Caracas. El párrafo final del dictamen dice así:

La Academia Nacional de la Historia reconoce con los Ilustres Próceres fundadores de la Patria, con el Generalísimo Francisco de Miranda, precursor de la Independencia, y con el mismo Libertador Simón Bolívar, que la revolución verificada en Caracas, el 19 de abril de 1810, constituye el movimiento inicial, definitivo y trascendental de la emancipación de Venezuela (ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, 1909, p. 71).

¹¹ Además de este hubo otros pronunciamientos entre los cuales se pueden citar: “¿Qué punto de Hispano-América fue el primero en apellidar Independencia de la madre patria”, 30 de septiembre de 1912; Fundación de Caracas: La ANH a Froilán de Río Negro”, 31 de Marzo de 1913; “La ANH sobre las cartas inéditas del General Manuel Piar”, 31 de Marzo de 1913; “Lugar de nacimiento de Ricaurte”, 30 de septiembre de 1913; “Documento que informa del paradero de los restos del General Miranda”, 30 de junio de 1914.

Quedaba así sellada cualquier posibilidad de discutir, poner en duda o disentir sobre el alcance de esta fecha, la cual no solamente fue celebrada como el inicio de la Independencia de Venezuela, en ocasión del primer centenario de la Independencia en 1910, sino que se siguió celebrando en estos términos en los años sucesivos hasta el presente, demostración más que elocuente del peso que tuvo en su momento y para la posteridad el pronunciamiento elaborado por la Academia como institución responsable de dilucidar los temas dudosos de la Historia Nacional.

Entre las labores institucionales de la Academia es importante señalar la publicación de su boletín, a partir de 1912 y de forma trimestral. La finalidad era dar a conocer las actividades adelantadas por la institución, así como los estudios históricos realizados por los numerarios y por aquellos estudiosos dedicados a reflexionar sobre el pasado de Venezuela y de Hispanoamérica. Fue la única publicación periódica especializada en el campo de la historia que hubo en Venezuela hasta los años sesenta, cuando surgieron las primeras revistas producidas por historiadores profesionales bajo el auspicio de las Universidades.

En materia de publicaciones, además de los *Anales de Venezuela*, es preciso mencionar una importante lista de obras que constituyen fuentes y referentes historiográficos fundamentales de la Historia de Venezuela y cuya edición estuvo a cargo de la Academia. Algunas de las más representativas fueron: Fray Pedro de Aguado, *Historia de Venezuela escrita en 1581* (1913-1915), Francisco Depons, *Viaje a la parte oriental de tierra firme* (1930); Rafael María Baralt. *Historia de Venezuela* (1939); *Correo del Orinoco* (reproducción facsimilar, 1939); *Gaceta de Caracas* (reproducción facsimilar, 1939) y Vicente Lecuna. *Proclamas y discursos del Libertador* (1939), entre otras.

Cabe igualmente destacar lo que representó la custodia y publicación, por parte de la Academia Nacional de la Historia, del Archivo de Francisco de Miranda el cual fue adquirido por el gobierno venezolano en 1926, luego de que se desconociera su paradero durante 114 años¹². Inmediatamente después de su traslado a Venezuela, por resolución del ejecutivo, se

¹² Cuando Francisco de Miranda fue puesto prisionero en 1812, la totalidad de sus papeles fueron enviados a Inglaterra; allí permanecieron bajo custodia del Ministerio de la Colonias, a cargo para entonces de Lord Barnhurst quien, al terminar sus funciones, los trasladó a su residencia particular, un castillo localizado en Cirencester. Allí fueron localizados por el historiador William Spence Robertson biógrafo de Miranda y finalmente adquiridos en 1926 por el gobierno venezolano, luego de las diligencias realizadas por el historiador y diplomático venezolano Caracciolo Parra Pérez. La interesante historia y aventura de los papeles de Miranda está descrita de manera pormenorizada en el libro de HENRÍQUEZ, Gloria (2008). *Historia de un archivo. Francisco de Miranda reconstrucción de la memoria*, Caracas, Fundación de la Cultura Urbana.

encomendó a la Academia el estudio de este importante acervo de documentos, a fin de que resolviera las acciones a seguir para su resguardo y difusión.

Revisados los 63 volúmenes que componían el Archivo de Francisco de Miranda, bautizado por él mismo como COLOMBEIA, la comisión designada por la Academia recomendó que se publicaran, tanto los índices que acompañaban cada uno de los tomos, los cuales habían sido preparados por el propio Miranda, como la totalidad de los documentos reunidos por su dueño, desde que salió por primera vez de Venezuela en 1771, y así se cumplió.

El ejecutivo nacional, por decreto del 24 de julio de 1927, ordenó la publicación en su idioma original de todos los papeles del archivo, así como la elaboración de las notas ilustrativas y biográficas que permitiesen identificar los mapas, dibujos, impresos y variedad de documentos que se encontraban en el monumental archivo; todo ello debía realizarse bajo la conducción de la Academia.

Los índices fueron transcritos, traducidos y publicados ese mismo año de 1927. Los documentos comenzaron a publicarse en 1929 concluyendo la primera etapa cuatro años después. Fueron en total catorce tomos que reunían los documentos de las secciones Viajes y Revolución Francesa, de acuerdo a la clasificación hecha por Miranda.

En 1937, se retoma la edición del archivo y de nuevo la tarea queda a cargo de la Academia, sin embargo en esta ocasión se imprime un solo volumen, el tomo XV, el cual se publica en 1938. No será sino, en 1950, en ocasión de la conmemoración del bicentenario del nacimiento de Miranda, cuando se concluye la publicación del archivo con nueve tomos adicionales para un total de 24 volúmenes, una vez más bajo la conducción de la Academia Nacional de la Historia y, en esta oportunidad, con el auxilio de la Academia de la Lengua.

La consolidación y reafirmación del lugar que ocupaba la Academia en la configuración del conocimiento histórico de la Nación y en el resguardo de la historia y memoria de los venezolanos queda claramente expuesta en 1938, cuando se conmemora el cincuentenario de su fundación. Los actos protocolares fueron presididos por el jefe del Estado, general Eleazar López Contreras y por todo el tren ejecutivo.

La ocasión fue propicia para insistir, tal como se había hecho cincuenta años atrás, en la necesidad de profundizar en el conocimiento del pasado, aprovechando las favorables circunstancias políticas que vivía el país, luego de la muerte del general Juan Vicente Gómez en diciembre de 1935, quien había ejercido la más larga dictadura de la historia venezolana,

gobernando al país de manera ininterrumpida durante 27 años. Había llegado nuevamente el tiempo de los Herodotos, quedando atrás la época de los Tácitos, recordaba el Dr. Mendoza, haciendo alusión directa al discurso del numerario Saluzzo en 1889 (MENDOZA, 1939, p. 540)

En la sesión especial celebrada para conmemorar los cincuenta de años de la corporación, el señor Luis Correa, secretario de la Academia, presentó un apretado resumen de las numerosas actividades llevadas adelante en las cinco décadas precedentes. Destacó el secretario la conmemoración de las grandes fechas centenarias de la Emancipación: el 19 de abril de 1810, el 5 de julio de 1811, la Campaña Admirable (1813), el Congreso de Angostura (1819); las batallas de Boyacá (1819), Carabobo (1821); Junín (1822 y Ayacucho (1824), el Congreso de Panamá (1826) y la muerte del Libertador (1830).

También hizo mención a la participación de la Academia, en la “glorificación y apoteosis” de los Próceres de la Patria, en las fechas que la República lo dispuso, como se hizo con el Gran Mariscal de Ayacucho, Antonio José de Sucre; con el Libertador de los esclavos, general José Gregorio Monagas; con el Generalísimo Francisco de Miranda, el general Bartolomé Salom, el general en jefe Rafael Urdaneta y muchos otros; al igual que se llevó a cabo con “[...] aquellos personajes que en el pasado trabajaron por el progreso cultural de la Nación o de sus hermanos del Continente” (CORREA, 1939a, p. 548). De este grupo fueron mencionados por el secretario: Andrés Bello, el Dr. José María Vargas, Agustín Codazzi, Rafael María Baralt, Cecilio Acosta, Adolfo Ernst, Teresa Carreño, Eduardo Blanco, entre otros.

En palabras del Director de la Academia, Dr. Mendoza, la institución había cumplido una labor ejemplar:

Sus certámenes, sus conmemoraciones, sus sesiones públicas y solemnes, han sido una escuela fecunda y aun su cotidiana labor silenciosa de estudio, de investigación y de análisis, ha sido como una lámpara jamás apagada, a pesar de esos vientos huracanados que en ocasiones han puesto en peligro mortal hasta las raíces mismas de nuestra fe en el triunfo irrevocable de la Patria (MENDOZA, 1938, p. 331).

Cincuenta años después de su fundación, la actuación de la Academia resultaba referente ineludible en la difusión de las fechas fundamentales de la historia nacional, en la celebración de la fiestas patrias, en la organización y publicación de documentos, en la convocatoria a certámenes, en la elaboración de dictámenes, en la recordación de los próceres, en la supervisión de los libros de Historia y textos de enseñanza, contribuyendo así, de manera decisiva y sin mayor discusión, en la dirección de lo que bien puede llamarse una “política de

memoria” con alcance nacional, mediante la cual se fijan los contenidos básicos e ineludibles del relato histórico de la Nación con los recursos del tesoro público y bajo el amparo del Estado.

En este proceso tiene una especial significación sostener y darle continuidad a la promoción y protección del culto a Bolívar, el cual se estableció en vida del Libertador, se vio fortalecido como liturgia cívica en ocasión de la repatriación de sus restos, en 1842 (CASTRO LEIVA, 1991); se consolidó en su eficacia y alcance simbólico durante el centenario de su nacimiento, en 1883 (QUINTERO, 2015), sosteniéndose sin interrupciones, hasta el presente (PINO ITURRIETA, 2014). El tema ha sido ampliamente trabajado por el historiador Germán Carrera Damas en su libro *El Culto a Bolívar* (1973). Explica Carrera el proceso mediante el cual el culto devino en necesidad histórica al convertirse en: “[...] factor de unidad nacional, como reivindicación del principio del orden, en factor de gobierno como manadero de inspiración política y en factor de superación nacional como religión de la perfección moral y cívica del pueblo” (CARRERA DAMAS, 1973, p. 43).

La ANH: promotora y protectora del Culto al Libertador

No es casual que el decreto de creación de la Academia se haya firmado precisamente un 28 de octubre, fecha onomástica de Simón Bolívar, estableciendo una relación directa entre la institución y el Padre de la Patria.

En la trayectoria institucional de la corporación, son constantes las iniciativas orientadas directamente a la promoción y difusión del culto a Bolívar, no solamente la recurrente visita al Panteón Nacional a colocar una ofrenda floral para rendir honor a sus restos todos los años en la fecha aniversario, sino también mediante la realización de otras actividades e iniciativas cuyo propósito es alentar y exaltar la figura del Libertador a través de certámenes, conmemoraciones, publicaciones y actos públicos en su honor, tal como se hizo en las festividades celebradas para conmemorar los distintos centenarios de la independencia, las batallas, campañas, discursos y proclamas hasta llegar, finalmente, a la conmemoración del centenario de su muerte, en 1930.

En el informe presentado por el secretario Luis Correa en la sesión especial de los cincuenta años de la corporación, se refirió el numerario a la creación de la Biblioteca Bolivariana, por iniciativa de la Academia, cuyo objetivo había sido coleccionar las obras que hablaban del Libertador en todos los idiomas de la tierra. Hasta ese momento se habían reunido y catalogado más de mil volúmenes y el proyecto tenía previsto “[...] continuar las

gestiones a efecto de que esta Biblioteca sea la primera en su especie y sirva de consulta a los interesados en el estudio de la vida y la obra del Libertador” (CORREA, 1939a, p. 549).

También, el presidente de la República en su discurso por el cincuentenario de la Academia, hizo alusión a la vocación bolivariana de la corporación desde su fundación:

Este bolivarianismo que aparece arrollador y justiciero, cada vez que el país necesita nuevas directrices, nuevos impulsos, nuevas rutas que trillar en seguimiento de la marcha evolutiva de la República, fue el que determinó al doctor Rojas Paúl a fundar este Instituto. La Academia asumía así desde su nacimiento una gran responsabilidad y se amparaba con el manto de quien legó a la Patria, a la América y al Mundo el ejemplo de su vida y las luminosas proyecciones de su pensamiento político y de su acción creadora. ...

Recibid señores académicos mis congratulaciones por este acontecimiento que hoy celebráis y por la eficiente labor que tanto vosotros como vuestros predecesores habéis realizado, en comunión patriótica con los nobilísimos ideales surgidos de la mente prodigiosa de nuestro Padre y Libertador (LÓPEZ CONTRERAS, 1939, p. 534).

Expresión fehaciente y emblemática del culto a Bolívar y de su promoción como política institucional de la Academia puede apreciarse en el acto celebrado en el Panteón Nacional, precisamente al hacer entrega de la ofrenda floral ante su tumba, cuando se celebran los cincuenta años de la institución. En esta ocasión le correspondió al secretario Luis Correa preparar la oración fúnebre al Libertador. Sus palabras son elocuentes de la misión de la Academia en la difusión del culto a Bolívar.

Libertador:Hace cincuenta años, en un día como el de hoy, quedó solemnemente instalada la Academia Nacional de la Historia. Con ello está dicho que nuestra institución quedaba consagrada al culto de tu grandeza, al amor de tu gloria y a la guarda de los anales que dan a tus enseñanzas permanentes vigencia de actualidad en el proceso de nuestra evolución histórica. [...]. Al cabo de la larga jornada, ella vuelve, como ayer, a renovar sus votos de admiración; a decirte que ha permanecido fiel al culto de tu grandeza y al amor de tu gloria; a mostrarte con una labor fructuosa, que ha propagado por todos los ámbitos del mundo tu evangelio de paz, y a repetirte que continuará como en todas las ocasiones propicias, encendiendo una lámpara en los altares de tu augusta devoción (CORREA, 1939b, p. 538).

No quedan dudas respecto a las funciones cumplidas por la institución como difusora y promotora de la hagiografía bolivariana, lo cual es explícito y manifiesto en los discursos citados. Pero, la devoción bolivariana de la Academia, no se expresa solamente en términos discursivos, en publicaciones, en seguimiento de las obras sobre el héroe, en actos públicos, en ofrendas y oraciones, también tiene otras manifestaciones cuya finalidad es proteger y defender la memoria del Libertador, frente a cualquier interpretación que pueda ser, a juicio de la Academia, pernicioso o contraria a la “grandeza” y “gloria” del Padre de la Patria.

Fueron públicas y variadas las acciones adelantadas por la institución para refutar y salirle al paso al contenido de aquellas obras en las cuales, la manera de exponer la trayectoria y acción de Simón Bolívar, no se ajustaba a los cánones y preceptos del culto.

El 12 de septiembre de 1941 salió publicado en la prensa caraqueña una carta del director de la Academia, Dr. Cristóbal Mendoza, para fijar posición sobre la biografía del Libertador escrita por Emil Ludwing, escritor alemán de origen judío, autor de populares biografías entre las que se cuentan las de Napoleón Bonaparte, Johan Wolfgang von Goethe y Otto von Bismark.

La aclaratoria apuntada a desmentir que la Academia hubiese encargado a Ludwing la redacción de la mencionada biografía; también tenía como propósito dar a conocer su juicio sobre la obra del escritor. Informaba el director que una comisión de la Academia había sometido a consideración el contenido del libro y había escrito un informe preliminar¹³ en el cual señalaba los “[...] errores y defectos sustanciales en el texto francés, entre otros, la adopción de leyendas y consejas de escritores extranjeros sobre el Libertador, falsos conceptos sobre la actuación militar del Héroe en sus diversas campañas, y apreciaciones infundadas” (MENDOZA, 1941, p. 392). La recomendación de la Academia, en oficio dirigido al ministro de educación, era que el gobierno venezolano le advirtiese al autor estas faltas para su “debida corrección”. Continuaba el director aclarando que no se trataba de ninguna censura, sino únicamente de “poner las cosas en su lugar” (MENDOZA, 1941, p. 393).

Desde la perspectiva del director y de la institución, la versión de Ludwing no estaba en sintonía con la visión y entendimiento que tenía el culto y por tanto la propia Academia sobre la acción impoluta y certera del fundador de la nación, no era pues una simple diferencia entre el escritor y los estudiosos de la vida de Bolívar, quienes al mismo tiempo eran los principales cancerberos de la hagiografía bolivariana, sino también un asunto de Estado que debía ser atendido, a fin de que el biógrafo se aviniese a hacer las correcciones para que la obra pudiese tener la aceptación del gobierno y el público venezolano.

Pocos años después, hubo otro pronunciamiento de corte similar. En esta oportunidad fue para protestar por el contenido del libro *Nueva historia de los países coloniales y dependientes de la América Latina*, escrito por autores soviéticos, traducido al español y

¹³ El contenido completo del informe está recogido en el *Libro de Actas de la Academia Nacional de la Historia*, sesión del 13 de marzo de 1941, folios 197-211. Archivo de la Academia Nacional de la Historia.

distribuido en Venezuela en 1944. La Academia, por acuerdo unánime de sus miembros, aprobó una declaración pública a fin de fijar posición y hacerle llegar su dictamen al general Isaías Medina Angarita, presidente de la República y a las instituciones de índole histórica de todo el continente.

El contenido de la declaración es demostrativo de la decisión irrevocable de la institución de atajar, rechazar y condenar cualquier interpretación que atentase contra el sagrado culto a Bolívar:

Los ataques al Libertador, encaminados a desprestigiar su figura y su obra de conjunto, sea cual fuere la procedencia de ellos, constituyen tentativas para desquiciar los cimientos en que descansa la nacionalidad, no solamente de los venezolanos, sino de todos los pueblos de América. Tales ataques tienden a eliminar el culto ecuménico que se profesa al Libertador como apóstol de la Libertad y de la Justicia universales, culto que constituye la mejor y más sólida defensa de los principios en de que fundan la vida y el pensamiento americano (ARCAYA; PLANCHART, 1944, p. 100).

De lo expuesto se desprende la consideración cuasi religiosa que se le confiere al culto, como fundamento litúrgico de la Nación, otorgándole a Bolívar la condición de “apóstol” en clara alusión a los autores del Nuevo Testamento, comparación que ha sido advertida ampliamente en las obras ya citadas de Castro Leiva, Pino Iturrieta y Carrera Damas.

El comunicado de la Academia, tal como estaba previsto en el acuerdo unánime aprobado por la corporación, fue enviado al presidente de la República y a numerosas instituciones nacionales y extranjeras. En su respuesta, el presidente saludó la iniciativa y agradeció a la Academia su determinación de defender la verdad y cumplir con su deber como entidad venezolana “[...] encargada, antes que todo, de resguardar de menguas y errores la esencia de nuestra nacionalidad y el acervo de nuestra glorias pretéritas” (MEDINA; ANGARITA, 1944, p. 101).

Era esa la función esencial que le otorgó desde su fundación la cual fue cumplida cabalmente por la corporación en su desempeño institucional como custodia implacable del pasado de los venezolanos y de su máximo héroe Simón Bolívar.

Un tercer ejemplo ilustra esta condición. Se trata de la respuesta también unánime e institucional que promovió la Academia cuando, en 1951, se difundió en Venezuela la biografía *Bolívar* del conocido y prolífico historiador español Salvador de Madariaga.

La respuesta no se hizo esperar. El 9 de agosto de 1951, en sesión ordinaria de la Academia, se redactó y aprobó una declaración con la finalidad de consignar la opinión que le

merecía a la institución la obra en cuestión. El segundo punto del acuerdo dejaba asentado con absoluta claridad la categórica condena a los conceptos y contenidos emitidos por el señor Madariaga:

La Academia entiende que su encargo institucional y su propio decoro le imponen proclamar la verdad histórica, objeto de su actividad. En el caso del presente libro del señor Madariaga, la Academia está obligada a declarar como declara, que el libro del señor Madariaga está viciado desde luego por su finalidad, y en seguida por los recursos empleados en su ejecución. El señor Madariaga se ha inspirado de preferencia y casi en exclusivo en los testimonios más sospechosos, en las más desacreditadas invenciones del rencor que la crítica ha venido desvaneciendo en numerosos trabajos de análisis. El señor Madariaga pretende infundirles nueva vida y sobre deleznable bases erige su estructura no histórica, sino fantástica, en su propósito no logrado de desacreditar la grande y noble empresa de los libertadores, comparable en esfuerzo a la de los conquistadores, y superior en alteza de miras y trascendencia humana (ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, 1951, p. 233-234).

La conclusión de los numerarios era que se trataba de una obra “unilateral” y carente por completo de la “imparcialidad reclamada por la ciencia de la Historia y de la flexibilidad comprensiva capaz de convertirla en arte” (IDEM). Con lo cual dejaban igualmente en claro su propia parcialidad y ausencia de flexibilidad a la hora de propiciar o favorecer un debate abierto y crítico sobre las visiones encontradas suscitadas por la acción, trayectoria, proyectos e ideas de un personaje controversial y polémico como, sin duda, fue Simón Bolívar.

Pero la acción de la Academia no se limitó a la declaración aprobada en su sesión del 9 de agosto, sino que varios numerarios se encargaron de escribir y difundir en el Boletín de la Academia los juicios que les despertó la lectura del “señor Madariaga”.

Monseñor Nicolás Navarro, le reprocha que ni siquiera haya dejado morir a Bolívar en paz al afirmar, sin ningún fundamento, que Bolívar no se confesó en el trance de despedirse de este mundo y que tampoco tenía interés alguno en “reconciliarse” con la Iglesia. Ni lo uno ni lo otro tenían asidero alguno con la realidad, como tampoco lo tenía el “repugnante cuadro que fantasea Madariaga”, cuando dice que el cuarto contiguo a donde Bolívar se encontraba agonizante, estaba “repleto de militares desterrados jugando a las cartas y discutiendo de política entre el humo de las cachimbas y de los argumentos” (NAVARRO, 1951, p. 305).

Concluye el prelado insistiendo en el “malévolo prurito” que inspiró al autor para “exhibir en sentido odioso todos los aspectos de la vida excelsa del máximo personaje, para no dejarlo ni siquiera morir como Dios manda y descansar en paz” (NAVARRO, 1951, p. 305).

Le sigue en su reprimenda a Madariaga, el numerario Enrique Bernardo Núñez, escritor de una amplia obra sobre Caracas quien, para entonces, era también cronista de la ciudad capital. Los juicios de Núñez ubican a la obra de Madariaga en el amplio y fecundo debate sobre la Independencia. No es propiamente Bolívar el objeto de la obra del español, sino la Revolución Americana el tema que interesa a Madariaga, ocupándose claro está de su más destacado caudillo: Simón Bolívar. El problema radica, afirma Núñez, en que la obra parte de una perspectiva errada de la Historia de América. El autor se ubica, sin reservas, del lado de los realistas que adversaron a Bolívar en 1811, de allí que sus argumentos y “[...] pensamientos se identifican más con el Juez Visitador don Joaquín Mosquera y Figueroa o el del Comisionado Regio con Antonio Cortabarría, que con el de un hombre de nuestros días” (NÚÑEZ, 1951, p. 308).

En ningún momento se planteó Madariaga la posibilidad de interpretar la Independencia desde la perspectiva de un mundo que iniciaba su transformación y renacimiento, sino que, por el contrario, se limitó a presentarlo como un “plagio napoleónico”. Además, critica el numerario Núñez, la presencia abusiva de epítetos y frases sueltas para referirse a Bolívar, las cuales califica de “expresiones de folletín, muy del gusto de cierto público y fáciles de hallar en biografías modernas” (NÚÑEZ, 1951, p. 311).

Pero, sin duda, quien arremete con más contundencia, extensión y beligerancia contra el libro de Madariaga es el historiador y numerario Vicente Lecuna, amplio conocedor de la obra de Bolívar, curador de su archivo, editor de sus cartas, decretos y proclamas y, también, uno de los más furibundos apologistas, protectores y promotores del culto a Bolívar; autor de numerosos títulos en defensa del Libertador, entre los cuales cabe citar *Catálogo de errores y calumnias en la Historia de Bolívar* publicado en tres volúmenes entre 1956 y 1958 por la Fundación Vicente Lecuna. En los distintos ensayos que abarcan los tres tomos, el objetivo esencial de Lecuna es responder, atacar, desmentir y rechazar a todos aquellos autores que han tenido la ocurrencia de escribir denuestos, detracciones o comentarios críticos sobre Simón Bolívar.

Según se desprende del ensayo escrito por este entusiasta defensor de Bolívar, no hay en la obra de Madariaga ninguna virtud ni ningún acierto: hace comentarios poco benévolos sobre el padre, la madre y la infancia del Libertador; adopta episodios totalmente falsos, por falta de información; recurre a “inmundos libelos” como son el libro del francés Ducoudray Holstein, lleno de mentiras y falacias y otra obra inglesa anónima titulada *Recollection of a*

service of three years during the war of extermination by an officer of the Colombian Navy; es fecundo en la “diatriba y en la ironía” al punto que, cuando menciona el Juramento en el Monte Sacro, habla del Quijote Bolívar y de Sancho Carreño para referirse a Bolívar y a su maestro Simón Rodríguez; también pone en duda que el Libertador hubiese leído a los autores de la Ilustración; lo califica de petulante y vanidoso; se equivoca cuando narra la entrega de Miranda a los españoles al afirmar que Bolívar buscaba congraciarse con el gobierno español; es incomprensivo e intransigente en el tratamiento que hace de la Guerra a Muerte al arrojar toda la responsabilidad de la sangre derramada sobre Simón Bolívar y mucho más. Afirma también Lecuna que “uno de los mayores defectos de la obra de Madariaga es la inexactitud de sus juicios militares; ignorando la naturaleza y los principios fundamentales de la guerra” (LECUNA, 1951, p. 319).

Su diatriba contra Madariaga ocupa 17 páginas del Boletín de la Academia y su conclusión final es que el móvil inspirador de Madariaga no pudo ser otro que el odio que le profesaba Madariaga a Simón Bolívar, así titula su ensayo y sobre ello insiste en el texto cuando lo compara con otro de los detractores históricos del Libertador: el caraqueño José Domingo Díaz, redactor de *la Gaceta de Caracas* en tiempos de la independencia: “El odio español de Madariaga a la persona moral del Libertador es más fuerte que el odio venezolano que le tuvo José Domingo Díaz, el gacetillero de los realista, durante la guerra” (LECUNA, 1951, p. 316). Solamente así se explican los exabruptos, infundios, infamias, errores y mentiras que se pueden leer en el libro del señor Madariaga.

Pero la molestia de Lecuna no termina con sus acotaciones, críticas y duras objeciones al Bolívar de Madariaga sino que también le exige, mediante el envío de un telegrama, que retire los mapas que incluyó en su libro provenientes de sus obras; no podía permitir que un texto que atacaba de manera tan infame al Libertador, exhibiera mapas publicados por él con anterioridad.

Madariaga le responde que hará todo lo posible por atender su requerimiento y aprovecha la oportunidad para hacerle saber su parecer respecto a las opiniones vertidas sobre su obra por el propio Lecuna y por todos aquellos que reaccionaron negativamente frente a los contenidos de su libro:

No diré que me hayan hecho ninguna gracia los ataques de que he sido objeto, pero sí que me lo explico como una reacción análoga a la del operado después de la operación. La plena conciencia que tengo de haber obrado de buena fe, y la firme esperanza que abrigo de ver un día mi interpretación de Bolívar confirmada y ratificada por todos, me permite guardar la ecuanimidad. No le diré a Ud. nada de mi

propia experiencia al ver mi libro deformado, atacado por lo que no digo, criticado por los que no lo han leído, rebajado a un nivel al que me niego a descender, atribuido a móviles a que soy ajeno. Todo esto lo considero como efecto natural de la pasión. Queda que mi Bolívar está tallado en la roca viva de la verdad, y que los elogios que me inspira el hombre tienen la solidez indestructible de ir dirigidos a un ser histórico de carne y hueso, efectivo y real, y no al ser imaginario que la historiografía tradicional había erigido, y que no sobrevive al examen objetivo y documentado (MADARIAGA, 1951, pp. 383-384).

En su respuesta, Lecuna se limita a reiterar los conceptos ya emitidos sobre la obra de Madariaga. Una sola frase sirve como demostración de la inmutabilidad de su parecer: “La interpretación de Bolívar por usted es un fracaso radical” (LECUNA, 1951a, p. 385).

La condena pública de la Academia y de los académicos no afectó que la obra circulara en Venezuela en su momento y también después. Sin embargo, lo que interesa destacar es la unanimidad del juicio contra el libro, la decisión de hacerlo público y los contenidos de las críticas, en las cuales el lugar común es de rechazo y condena a una interpretación que contradice, no toma en cuenta, ni reproduce la versión apologética, heroica, e idílica sobre la vida del Libertador.

Tanto para la Academia como para los académicos que participan en la execración de Madariaga, no hay lugar para disentir ni para establecer consideraciones críticas sobre la actuación y trayectoria del Padre de la Patria; se está, por tanto, ante una deidad, un ser providencial que nunca se equivocó, que actuó guiado por la verdad y cuyas acciones, decisiones, proclamas, afirmaciones y juicios estuvieron siempre en correspondencia con las exigencias de su momento y circunstancia histórica, no está por tanto permitido ni es aceptable que se le contradiga y, mucho menos, que se juzgue de manera negativa al más importante héroe de la Independencia Suramericana.

En este sentido, la Academia fue absolutamente fiel y consecuente con su misión institucional de promover y defender el culto al Padre de la Patria, bajo cuya protección se fundó un 28 de octubre, el mismo día de su onomástico. Esta labor consagratoria fue un aspecto que formó parte y contribuyó de manera decisiva a la consolidación, difusión y extensión de una liturgia cívica bolivariana presente, no solamente en la producción historiográfica institucional de la Academia, sino también en su actuación pública como institución modeladora de la memoria de los venezolanos, lugar que ocupó de manera prominente durante la primera mitad del siglo XX y en las décadas posteriores. Será pues, con el surgimiento y extensión de la historiografía profesional, formada en las aulas universitarias, que tendrá inicio la crítica y el debate sobre el culto a Bolívar, entre cuyas obras seminales se

encuentra el libro ya citado del historiador Germán Carrera Damas, publicado por primera vez en 1973.

Más allá del culto y los dogmas: nuevos temas y visiones historiográficas

Si bien, como se ha visto, la Academia fue eficiente institución en la instrumentalización del discurso histórico y de manera muy especial en lo que respecta al culto a Bolívar, es importante señalar que, al mismo tiempo, en sus espacios y como parte de su actividad institucional, también hubo cabida para la exposición y difusión de nuevos campos y problemas que sin duda, contribuyeron a ampliar y a enriquecer el conocimiento y la reflexión historiográficas sobre el pasado de los venezolanos.

Este ambiente de mayor amplitud se vio favorecido por la convivencia de distintas corrientes de pensamiento, no sólo respecto a la Historia sino en relación con la vida política venezolana. Al respecto es elocuente el testimonio del historiador Ramón J. Velásquez sobre la coexistencia pacífica en la Academia de quienes había sido adversarios políticos irreconciliables en tiempos del gomecismo y que, en la década del cuarenta, compartían sus pareceres sobre la Historia en los pasillos y salones de la institución:

También en el seno de la Academia había paz y concordia. De la diplomacia de Gómez y del destierro gomecista habían regresado personalidades como Pedro Manuel Arcaya, Rufino Blanco Fombona, Pedro Emilio Coll, Andrés Ponte, José Gil Fortoul y en la vieja sede académica de la esquina de La Bolsa se daban cita estos hombres, no solamente el día de la sesión, sino muchas tardes para dialogar y debatir sobre temas de la vida venezolana con Antonio Álamo, Mario Briceño Iragorry, Cristóbal Mendoza, Vicente Lecuna, Eloy G. González, monseñor Nicolás Navarro, José Nucete Sardi, Santiago Key Ayala. Acercarse a estos diálogos, tener la oportunidad de oír alternativamente a Blanco Fombona, Arcaya, Ponte, o Key Ayala, ya en la tarde de sus vidas, apagadas las pasiones que los enfrentaron en otros campos y en otras horas constituía una lección superior a todas las que se oían en la vecina universidad (VELÁSQUEZ, 1983, p. XXII)

La Academia fue, pues, espacio de encuentro político y, al mismo tiempo, de intercambio y amplitud historiográfica. Buena muestra de lo segundo puede verse en un significativo número de los artículos publicados en su boletín, desde 1912 hasta el presente¹⁴, así como en los discursos de los numerarios al momento de incorporarse en la institución, entre los cuales es posible identificar propuestas historiográficas que representaron

¹⁴ Al cumplirse el primer centenario del Boletín, en el 2012, se preparó un índice general de los artículos publicados durante esta primera centuria en el cual se puede ver la variedad de tópicos y temas abordados por los numerarios y colaboradores del boletín durante una centuria de producción historiográfica, sin embargo, sigue estando pendiente hacer un análisis de sus contenidos que permitan conocer con más profundidad su significación e impacto en el desarrollo y consolidación de la historiografía venezolana del siglo XX y lo que va del XXI. El índice, así como los boletines de estos últimos años, pueden consultarse en la página web de la Academia Nacional de la Historia: www.anhistoria.org.ve.

importantes y originales aportes para el conocimiento y comprensión de nuestra historia, más allá de cultos y dogmas.

Una revisión de los discursos dictados entre 1900 y 1930 nos permite conocer cuáles eran algunos de los tópicos que despertaron el interés de los académicos en estas primeras décadas y que forman parte del ambiente historiográfico de entonces¹⁵. Están, por ejemplo, dos discursos referidos a aspectos filosóficos de la Historia el de Manuel A. Diez titulado *La filosofía de la historia* (1900) y el de Ricardo Arteaga quien diserta sobre *La ley moral en la Historia* (1906). Otros numerarios se ocupan de ofrecer sus reflexiones sobre la Historia de Venezuela como es el caso de Rafael Villavicencio con la entrega titulada *La evolución política y social de Venezuela*; Julio Calcaño con su discurso *Períodos de la civilización venezolana* (1908) y Francisco Jiménez Arráiz: *Nuevos conceptos sobre la Historia de Venezuela* (1916). Se trata de balances generales sobre el proceso histórico venezolano en los cuales se ofrecen propuestas de periodización o se identifican aspectos puntuales de nuestra historia que demandan mayor atención por parte de los estudiosos.

En estos mismos años surge la preocupación por otras regiones y períodos de nuestra historia, como ocurre con los discursos de Rafael López Baralt: *Maracaibo en la Historia Nacional* (1914); Alfredo Jahn: *La población prehistórica de Maracaibo* (1923) y Mario Briceño Iragorry: *El conquistador español. Los fundadores de Nuestra Señora de la Paz de Trujillo* (1930). Surge así la necesidad de abordar el estudio de la colonia y del período prehispánico y también la inquietud por atender el conocimiento de otras importantes regiones históricas, como es el caso de Maracaibo.

Está presente también la preocupación por estudiar episodios relacionados con la historia social de Venezuela: Pedro Manuel Arcaya se ocupa de *La insurrección de los negros de la serranía de Coro en 1795* (1910); Vicente Dávila de *Los comuneros de Mérida* (1922) y Lisandro Alvarado analiza la Guerra Federal de 1859-1863 en su discurso *Movimiento igualitario en Venezuela* (1923). Cada uno de estos hechos no había sido estudiado con anterioridad y, en los casos de Arcaya y Alvarado, tuvieron amplia difusión más allá del acto protocolar realizado en la Academia. El estudio sobre el alzamiento de los esclavos escrito por Arcaya fue seleccionado y publicado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia en 1949, por constituir un trabajo pionero en el tratamiento de esta rebelión y las reflexiones de

¹⁵ Todos los discursos de incorporación están igualmente disponibles en la página web de la Academia, referida en la cita anterior.

Alvarado están directamente asociadas a los resultados de su completa obra *Historia de la Guerra Federal*, publicada en 1909, la cual cuenta con varias ediciones y sigue siendo, todavía en el presente, fuente insoslayable para el estudio de este importantes proceso histórico venezolano.

Junto a estos valiosos estudios, están otras disertaciones de menor relevancia que exploran temas como *El folklore en Venezuela* (1924) por José E. Machado o *El municipio en la formación del espíritu de nacionalidad* (1928) de Luis Alberto Sucre.

No estuvieron ausentes, entre los discursos de incorporación los referidos a Simón Bolívar y a los años de la Independencia. Algunos de estos títulos son los siguientes: *La intervención de Bolívar y del Ejército de Colombia en la independencia del Perú* (1900); *Caracteres épicos de la Guerra de Independencia* (1901); *Consideración sobre el Congreso de Panamá y las beneficios de las Naciones americanas para mantener su fuerza y soberanía*(1906); *Grandeza de los Libertadores* (1909); *Orígenes de la Independencia de Venezuela* (1909); *Estudio psicológico de Bolívar* (1916); *Marcha de 1817 y Combate de Clarines* (1918); *Orígenes del Gran Mariscal de Ayacucho* (1920); *El clero, factor de patria en Venezuela* (1924), *Ayacucho en la revolución de Hispano América* (1924); *El bolivarianismo de Juan Vicente González* (1928) y *Bolívar en la organización política del Continente y causas de la convocatoria al Congreso de Panamá* (1929).

En cada uno de estos casos, el eje central es volver sobre la grandeza del Libertador, o de otros héroes de la Independencias; interesa, igualmente, destacar las campañas y los protagonistas que hicieron posible la Independencia o recuperar otros hechos de la época que enaltecen la memoria del Libertador, como fue el Congreso de Panamá. Lo cual se corresponde con la orientación bolivariana o bolivariana de la institución.

Sin embargo, resulta conveniente destacar que, de los 27 discursos dictados entre 1900 y 1930, el mayor número, un total de 15, se refieren a diferentes temas de nuestra historia y sólo 12, se ocupan de Bolívar y de la Independencia. Esta diferencia que en los primeros años no es especialmente significativa, aumenta de manera considerable en las décadas que siguen. Así vemos que, entre 1931 y hasta finales de la década del 50, de los 24 discursos que se presentan en los actos de incorporación, solamente 3 se refieren a Simón Bolívar¹⁶ y el resto a

¹⁶ Los tres discursos referidos a Simón Bolívar son: Rufino Blanco Fombona *La inteligencia de Bolívar* (1939); Jesús Arocha Moreno *El Poder Moral* (1951) y Héctor García Chuecos *Concepto que a Bolívar merecieron los deberes y los derechos de los neutrales en caso de guerra internacional* (1951).

temas absolutamente diversos. Esta diferencia, si bien no modifica la orientación institucional de la Academia como instancia protectora y difusora del culto a Bolívar, permite dar cuenta de la existencia de otros temas e intereses que tienen en la Academia un espacio institucional para su discusión y difusión.

De esta variedad llama la atención el interés que despierta la reflexión sobre temas historiográficos. Así vemos que Cristóbal Benítez dedica su discurso al estudio de *Caracciolo Parra Pérez y su obra* (1940); Julio Planchar analiza a *Oviedo y Baños y su Historia de la conquista y población de Venezuela* (1941); Diego Carbonell se ocupa de trabajar a *Vallenilla Lanz y Gil Borges* (1943); Jesús Antonio Cova a *José Gil Fortoul, el escritor y el hombre* (1943); Ambrosio Perera hace una revisión de su propia obra historiográfica *Presentación de sus obras Historia político-territorial de los Estados Lara y Yaracuy; Génesis y desarrollo de pueblos de Venezuela e incidencia del régimen español en Venezuela* (1945); Mariano Picón Salas hace una reflexión sobre el *Rumbo y problemática de nuestra historia* (1946) y Enrique Bernardo Núñez titula su entrega *Juicio sobre la Historia de Venezuela* (1948).

Este grupo de discursos representa una primera aproximación a los estudios historiográficos en Venezuela en la medida que se atiende la obra de importantes historiadores venezolanos o se procura hacer un primer balance de la producción y tendencias historiográficas, como ocurre con los ensayos de Picón Salas y Núñez.

Otros trabajos, menos numerosos, se refieren a la historia de otras disciplinas como sucede con el discurso de Eduardo Röhl: *Las ciencias geográficas en Venezuela* (1947); el estudio de Jesús Sanabria Bruzual sobre *Historia de la Medicina* (1949) y el de Héctor Parra Márquez: *Principales características de los primeros estatutos del Colegio de Abogados de Caracas* (1951) que trata sobre un aspecto de la Historia del Derecho en Venezuela.

Está presente también el interés por la historia de la educación, recogido en las entregas de Caracciolo Parra León: *La instrucción en Caracas 1567-1725* (1932) y de César Zumeta: *La instrucción popular como matriz para la formación de ciudadanos* (1932). La atención referida a movimientos de tipo social puede verse en el discurso de José Nucete Sardi titulado *Aspectos del movimiento federal en Venezuela* (1946) y en el de Carlos Felice Cardot sobre *La rebelión de Andresote* (1952) y, en el campo de la historia de las ideas está el discurso de Augusto Mijares: *Libertad y justicia social en el pensamiento de Fermín Toro* (1947).

Para concluir este breve panorama temático, resulta interesante mencionar el discurso *Conceptos sobre el feminismo* (1940) dictado por Lucila Luciani de Pérez Díaz, la primera mujer que fue incorporada como Individuo de Número de la Academia. Expone la señora Luciani su parecer sobre el papel de la mujer en la sociedad, concluyendo que el espacio adecuado para las damas era el del hogar, ocupándose preferentemente de los asuntos domésticos y cuidándose de evitar la plaza pública, así como los temas relacionados con la política. Estas ideas se correspondían con lo que era la opinión generalizada entonces acerca de la vida femenina, no solamente en Venezuela sino en la gran mayoría de los países latinoamericanos.

De esta enumeración y descripción temática de los títulos y contenidos de los discursos de incorporación surgen algunas conclusiones referidas a la significación e impacto que tuvo la Academia Nacional de la Historia, como institución encargada de la dirección, orientación y difusión del conocimiento histórico, durante la primera mitad del siglo XX. Como puede apreciarse, si bien tuvo una función modeladora en la transmisión y protección del culto a Bolívar como política de Estado en lo cual la Academia ocupó indiscutible y predominante lugar, también fue el escenario único e idóneo para el surgimiento, la producción y la propagación de nuevos temas y problemas relativos a la Historia de Venezuela que contribuirán a la ampliación, extensión y profundización de los campos historiográficos y del desarrollo posterior de la disciplina.

Conviven así, en la Academia, dos funciones que no son excluyentes. Por una parte, representa la institución pública que, como instancia del Estado, cumple con los objetivos para los cuales fue establecida a fin de conducir y fijar los límites y propósitos del conocimiento sobre el pasado y, al mismo tiempo, se convierte en el espacio en el cual tiene lugar el surgimiento de nuevas tendencias interpretativas, el crecimiento de la disciplina, el intercambio de pareceres y la expansión de los temas, períodos y problemas que pueden y deben ser objeto de atención y estudio por quienes se ocupan del conocimiento sobre el pasado.

Estas dos funciones fueron cumplidas institucionalmente por la Academia Nacional de la Historia mientras fue la única entidad que en Venezuela tuvo a su cargo el estudio del pasado; esta hegemonía historiográfica se ve interrumpida a partir de 1958 cuando se establecen de manera definitiva y perdurable las dos Escuelas de Historia que dieron inicio al proceso de profesionalización de la Historia en Venezuela. Será entonces cuando los debates

y polémicas sobre el pasado amplíen sus fronteras estableciéndose una clara diferencia entre lo que empezó a llamarse “historiografía tradicional” para clasificar dentro de esa categoría a todos aquellos resultados que no se rigen por los paradigmas y preceptos metodológicos que norman la producción historiográfica que se hace en el ámbito de la “historiografía profesional”.

En la actualidad, la Academia Nacional de la Historia sigue teniendo 24 individuos de número y está integrada en su gran mayoría por historiadores profesionales, todos ellos egresados y formados en el campo de la Historia o con postgrados en la disciplina; las actividades que se desarrollan en su seno son de gran variedad y forman parte de las agendas de investigación que se desarrollan en la historiografía venezolana del presente; la labor editorial no solamente ha continuado sino que se ha ampliado notablemente, aun cuando más recientemente se ha visto limitada por razones presupuestarias.

El culto a Bolívar sigue siendo una política de Estado de amplia difusión e impacto y de manera muy visible y prominente luego del triunfo de Hugo Chávez en las elecciones de diciembre de 1998, al punto que, en la Asamblea Constituyente del 1999, el propio presidente Chávez insistió que le fuese cambiado el nombre al país por República Bolivariana de Venezuela y así se hizo; no obstante, respecto a la protección y difusión del culto, ya no es la Academia la institución que instrumentaliza su ejecución, sino que, por el contrario, muchos de sus numerarios son autores de los más sólidos y contundentes estudios que han puesto al descubierto los alcances y perversiones del culto; tampoco desde la Academia se fijan dictámenes sobre hechos dudosos de la Historia de Venezuela o de Hispanoamérica, sino por el contrario, se trata de un espacio para el debate abierto sobre la Historia; también la labor editorial de la Academia no sólo continuó sino que se amplió notablemente.

En el presente, tanto la Academia como las Escuelas de Historia y los numerosos centros e institutos de investigación así como los postgrados en Historia que se dictan en varias universidad del país, constituyen espacios de discusión y debate en los cuales se ventilan y producen de manera sostenida novedosas y críticas aproximaciones sobre nuestro pasado, sin descartar, claro está, la fuerte polarización y confrontación que en estos últimos años ha tenido lugar respecto a los usos políticos de la historia, un tema que ocupa de manera muy especial a la comunidad historiográfica, en Venezuela y en muchos países de nuestro continente, como parte del ejercicio crítico y plural que demanda la disciplina de la Historia.

Referencias

- ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, *Libro de Actas 1939-1943*, Archivo Academia Nacional de la Historia.
- ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. Discursos de incorporación. www.anhistoria.org.ve. (Recuperados el 24, 25 y 26 de febrero de 2017).
- ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. Acuerdo, 30 abril de 1909. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 1 (2), p. 67-71.1909.
- ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA (1951). Declaración sobre el Bolívar del señor Madariaga, 9 de agosto. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 34 (135), p. 233-234.1951.
- ALTEZ, R. Independencia, mito genésico y memoria esclerotizada. En I. Quintero (coord.). *El relato invariable. Independencia, mito y nación* (p. 19-56). Caracas: Alfa Editorial.2011.
- ARCAYA, P. M. y PLANCHART, J. (1944). Comunicado de la Academia Nacional de la Historia, 10 de febrero. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 27 (105), p. 100-101. 1944.
- CARRERA DAMAS, G. *El culto a Bolívar. Esbozo para un estudio de la Historia de las Ideas en Venezuela*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, Ediciones de la Biblioteca. 1973.
- CASTRO LEIVA, L. *De la patria boba a la teología bolivariana*. Caracas: Monte Ávila Latinoamericana. 1991.
- CORREA, L. Exposición del secretario de la Academia Nacional de la Historia el 28 de octubre de 1939. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*. Caracas, 22 (88), p. 546-550. 1939.
- CORREA, L. Palabras en el Panteón Nacional el 28 de octubre de 1939. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 22 (88), p. 538.1939.
- HENRÍQUEZ, G. *Historia de un archivo. Francisco de Miranda. Reconstitución de la memoria*, Caracas: Fundación de la Cultura Urbana. 2008.
- LECUNA, V. El odio de Madariaga a Bolívar. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 34 (135), p. 312-329.1951.
- LECUNA, V. Respuesta de Vicente Lecuna a Salvador de Madariaga, Caracas, 8 de noviembre de 1951. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 34 (136), 384-385.1951.
- LÓPEZ CONTRERAS, E. Palabras del presidente de la República pronunciadas en la noche del 28 de octubre de 1939, en el Teatro Municipal. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 22(88), p. 532-534.1939.
- MADARIAGA, S. Carta de don Salvador de Madariaga a Vicente Lecuna y su contestación, Oxford, 25 de octubre de 1951. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 34 (136), p. 383-385.1951.
- MEDINA ANGARITA, I. Carta a Pedro Manuel Arcaya y Julio Planchart, 10 de febrero. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 27 (105), p. 101.1944.

MENDOZA, C. Exposición hecha en la sesión especial celebrada por la Academia el 28 de octubre de 1938, con motivo de su cincuentenario. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 21(84), p. 327-332. 1938.

MENDOZA, C. Discurso del Director de la Academia Nacional de la Historia en el Teatro Municipal. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, Caracas, 22 (88) 539-542. 1939.

MENDOZA, C. A propósito de la biografía del Libertador por Emil Ludwing, La Esfera, Caracas, 12 de septiembre de 1941. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 24 (95), p. 392-393. 1941.

NAVARRO, N. Monseñor Navarro desmiente a Madariaga. El colmo de los colmos. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 34 (135), 304-305. 1951.

NÚÑEZ, E. B. El Bolívar de Madariaga. *Boletín de la Academia Nacional de la Historia*, 34 (135), p. 308-311. 1951.

PINO ITURRIETA, E. *El divino Bolívar*. Caracas: Editorial Alfa, 2014.

QUINTERO, I. "De celebración perpetua". Fechas, héroes y fiestas para la Nación. Anuario del Instituto de Historia Argentina, 15. Recuperado el 20 de febrero de 2017 <http://www.anuarioiha.fahce.unlp.edu.ar/article/view/IHAn15a02/6941>.

VELÁSQUEZ, R. J. Prólogo a la segunda edición. En P. M. Arcaya. *Memorias del Doctor Pedro Manuel Arcaya* (pp. XV-XXIII). Caracas: Ediciones Librería Historia. 1983.

ROJAS PAUL, J. P. *Decreto de creación de la Academia Nacional de la Historia*, 28 de octubre de 1888. En *Leyes y Decretos de Venezuela* (p. 154-155, v. 14). Caracas: Academia de Ciencias Políticas y Sociales. 1989.

ROJAS PAUL, J. P. *Discurso en la Academia Nacional de la Historia con motivo de la solemne inauguración del Cuerpo*, 8 de noviembre de 1889. En R. Fernández Heres. *Los fundadores* (p. 66-72). Caracas: Academia Nacional de la Historia. 1988.

SALUZZO, M. A. *Discurso de orden pronunciado en la Junta de la Academia*, 1889. En R. Fernández Heres. *Los fundadores* (p. 53-65). Caracas: Academia Nacional de la Historia. 1988.

ARTICULACIONES Y TENSIONES EN TORNO A LA CONFORMACIÓN DEL CAMPO HISTORIOGRÁFICO ARGENTINO EN LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX

María Silvia Leoni¹⁷

María Gabriela Quiñonez¹⁸

RESUMEN: En este trabajo nos proponemos reflexionar sobre el proceso de conformación del campo historiográfico argentino en la primera mitad del siglo XX, atendiendo a las articulaciones que se establecen entre el centro historiográfico, constituido por la ciudad de Buenos Aires, y el interior del país, con sus diferentes regiones que tendrán sus propios desarrollos, preguntándonos en qué medida se produjeron los procesos de profesionalización, dadas las diversas posturas con respecto al momento en que se manifiestan en el espacio argentino. Para ello, ejemplificaremos con el caso de la provincia de Corrientes.

PALABRAS CLAVES: Argentina-historiografía-profesionalización

ARTICULATIONS AND TENSIONS AROUND THE CONFORMATION OF THE ARGENTINE HISTORIOGRAPHIC FIELD IN THE FIRST HALF OF THE 20TH CENTURY

ABSTRACT: The aim of this paper is to reflect on the constitution process of the historiographical field in Argentina during the first half of 20th century. We attend to the interactions between the historiographic centre, Buenos Aires, and the inland, with its different regions and its different developments. We also question about the extent of the professionalization processes given the various positions about the time in which they appear in the Argentinean space. For this, we take as an example the case of the province of Corrientes.

KEYWORDS: Argentina-historiography-professionalization

Introducción

La Nueva Escuela Histórica argentina (en adelante NEH), con origen en la segunda década del siglo XX en el ámbito universitario de la ciudad de Buenos Aires, se propuso escribir una historia nacional sobre una base “científica”, para lo cual se preocupó, a través de

¹⁷ Universidad Nacional del Nordeste. Doctora en Historia. Prof titular de Historia de la Historiografía y de Introducción a la Historia. Ha publicado investigaciones sobre historia de la historiografía argentina y sobre historia política de la región nordeste argentina. E-mail: msleoni@unne.edu.ar.

¹⁸ Universidad Nacional del Nordeste.. Licenciada en Historia. Prof titular de Teoría y Metodología de la Investigación Histórica y de Historia Argentina Independiente. Ha publicado investigaciones sobre historia de la historiografía argentina. E-mail: magaqui4@gmail.com

las instituciones que creara y de la acción de sus principales exponentes, por establecer vínculos con instituciones e historiadores tanto de otros países como de las distintas provincias argentinas. En este segundo caso el contacto tuvo, inicialmente, una finalidad heurística, debido a sus búsquedas documentales en archivos del interior del país, para luego requerir contribuciones de aquellos historiadores para distintos emprendimientos vinculados con los estudios históricos. De esta manera, se conformaron redes intelectuales y se produjeron procesos de profesionalización que, fuera del ámbito de Buenos Aires, hasta ahora han sido parcialmente estudiados, con la presencia de trabajos recientes sobre algunas provincias como Corrientes, Santa Fe, Córdoba, Tucumán, Catamarca, o el territorio nacional de Misiones¹⁹, pero no han sido analizados de manera comparativa.

La actitud de revisar el pasado local y la “tradición nacional” que impuso la NEH desde Buenos Aires, se manifestó, en mayor o menor grado, en todas las provincias argentinas, a través de las obras de sus historiadores e intelectuales, situación que favoreció la formación de vínculos entre estos espacios, donde se elaboraron y discutieron visiones sobre procesos del pasado rioplatense tales como la construcción de las identidades nacionales, las relaciones entre la historia provincial y “nacional” y cuestiones centrales como el artiguismo y la guerra del Paraguay.

Nos centraremos en las características que adquirió la profesionalización de la disciplina en el marco de la NEH más allá de las instituciones originarias, atendiendo a las estrategias para establecer redes nacionales, acceder al control de las instituciones y a los mecanismos de reclutamiento empleados en el territorio argentino, centrándonos en el caso de la provincia de Corrientes.

La Nueva Escuela Histórica y el proceso de profesionalización en Argentina

La profesionalización de la producción histórica y la consolidación de su institucionalización es uno de los procesos transversales ocurridos en Latinoamérica durante el siglo XX. En ello le cupo un papel fundamental a la estructuración de las carreras y los institutos universitarios (SOZA, 2013, p. 417).

La existencia de una NEH argentina ya fue advertida para 1916 por dos destacados intelectuales, Juan Agustín García y Ricardo Rojas. La misma, surgida en la Universidad de Buenos Aires e integrada, entre otros, por Rómulo Carbia, Ricardo Levene, Diego Luis

¹⁹ Estos trabajos irán siendo señalados a lo largo del texto y en la bibliografía.

Molinari, Emilio Ravignani y Luis María Torres, se caracterizaba por la aplicación a los estudios históricos de la estricta observancia de las reglas del método histórico establecidas por el historicismo clásico. Pero no necesariamente coincidirían en esta pertenencia quienes fueran señalados como sus integrantes, más allá de compartir ámbitos de trabajo y proyectos comunes. Sin embargo, los autores que estudiaron a esta escuela, más allá de reconocer su heterogeneidad, avalarían la adscripción arriba señalada.

El esfuerzo más significativo por dotar de unidad a este grupo corresponde a Rómulo Carbia, quien buscó demostrar que la NEH a la que pertenecía era la culminación de un proceso historiográfico marcado por cuatro etapas, entre las cuales situaba a Mitre y a Paul Groussac, en una voluntad de auto legitimación (CARBIA, 1940). Pero las polémicas en las que intervinieran demostrarían la falta de consensos teóricos.

Halperín Dongui, por su parte, identifica una línea que habría unido a Mitre con la nueva generación; sostiene que lo inacabado de los modelos historiográficos alternativos a Mitre (propuestos por José María Ramos Mejía, Juan Agustín García, Domingo F. Sarmiento o Joaquín V. González) que se ensayaron en los treinta años que corresponden al cambio de siglo hasta la aparición de la NEH (1880-1910), habría obligado a los nuevos historiadores a volverse hacia el ejemplo de tarea histórica más eficaz de que disponían, propuesto por Mitre. Este modelo se valoraba fundamentalmente por su compatibilidad con la imagen de tarea científica que proponían los modelos historiográficos y profesionales externos escogidos por la nueva generación, propios del historicismo alemán y la escuela metódica francesa, que los orientaban a valorizar una historia no sólo erudita, sino también “ético-política”, a mirar con desconfianza los vínculos con otras ciencias sociales, así como los intentos de alejarse de una historia nacional identificada con la historia de sus elites (HALPERIN DONGUI, 1996).

El programa de la NEH incluía dos cuestiones centrales, estrechamente vinculadas entre sí, que nos interesa abordar en esta oportunidad; por una parte una institucionalización/profesionalización de la historiografía; y por otra, la nacionalización del discurso histórico. Analizaremos cómo confluyeron estas dos cuestiones en la conformación de un campo historiográfico nacional.

La conversión de la historiografía en una disciplina científica y la profesionalización del historiador, producidas en el siglo XIX en Europa occidental, tuvieron como un aspecto nodal el desarrollo de un método propio, basado en la heurística y el análisis documental. El dominio de las reglas del método era el argumento para considerar a la NEH como la primera

escuela científica de la historia en la Argentina. Siguiendo esta perspectiva, se ha señalado reiteradamente que los hombres de la NEH constituyen el primer grupo de historiadores profesionales de la Argentina, no sin advertir que no eran profesionales por poseer una formación universitaria específica, sino por dedicarle tiempo completo a la labor historiográfica, tanto como docentes y como investigadores. Es en este sentido que se afirma que la NEH fue la que creó la historiografía profesional en la Argentina. Se reemplazaría al profesor-gentleman, para el que la historia era un *hobby*, por profesionales de la historia, en un proceso que se vincula con la reforma universitaria de 1918 (DEVOTO, 1999) y que tiene su paralelo en la conformación de otros campos, como el literario.

Esta base de profesionalización creciente se manifestó hacia adentro de la institución universitaria (en torno al Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires y la Facultad de Humanidades de la Universidad de La Plata) y hacia fuera de ella (en la Junta de Historia y Numismática Americana, después Academia Nacional de la Historia) (PAGANO; GALANTE, 1993). Estos ámbitos institucionales contaron con apoyo del estado y, durante algunos períodos, gozaron de importantes fondos para efectuar publicaciones, viajes al extranjero, entre otras acciones. También asesoraban a las autoridades públicas sobre símbolos nacionales, fechas patrias, lugares históricos, héroes, así como sobre las denominaciones de calles y espacios públicos, y otras cuestiones históricas consideradas de interés público, en una manifestación clara de integración al aparato estatal.

Los análisis comparativos realizados por Pagano y Galante (1993) revelan que el Instituto de Investigaciones Históricas se proponía una profesionalidad más rigurosa, una preocupación más “desinteresada” por la investigación y el tratamiento de algunas cuestiones polémicas, como los orígenes del federalismo argentino, el papel de los caudillos y de Juan Manuel de Rosas, mientras que la Junta y su sucesora la Academia mantuvo una relación más estrecha con el aparato estatal y una visión historiográfica más propensa a la exaltación patriótica, que soslayaba cualquier enfoque crítico. Entre sus miembros se encontraban actores que unían a su inclinación por la historia la pertenencia a instituciones con las cuales buscaba establecer fuertes vínculos: la Iglesia, el Ejército y la Marina. También han señalado diferencias entre las redes intelectuales establecidas por ambos: se advierte el iberoamericanismo de la Junta de Historia, mientras que el Instituto se vinculó no sólo con ese ámbito sino también con instituciones y figuras de Estados Unidos y Europa.

Desde esta perspectiva institucional, se advierten distintas estrategias desarrolladas para lograr la hegemonía de cada una de estas instituciones. El acercamiento comparativo revela que la Junta otorgó a sus conexiones internas y externas un formato predominantemente institucional, mientras que en el Instituto la vinculación fue más personalizada; al introducir el sistema de comisionados, se establecía una conexión temporaria con la institución a la cual estos arribaban, fundamentalmente archivos provinciales, orientada al acopio documental.

La NEH lograría consagrarse en la década de 1920 y acrecentar su presencia en la siguiente debido a su inserción académica y su fuerte vinculación con el estado. Este predominio, si bien discutido desde 1930 por el revisionismo histórico, se mantendría en el espacio universitario hasta inicios de la década de 1980.

La articulación de la historia nacional/provincial. El papel de Emilio Ravignani

Los análisis sobre la expansión de la NEH en el interior del país destacan la acción de Ricardo Levene como presidente de la Junta, luego Academia. Como se verá, si bien Levene incidió en el desarrollo institucional, con la creación de filiales de la Junta, no ha sido suficientemente reconocido el papel de Emilio Ravignani, quien proyectó la acción del Instituto de Investigaciones Históricas en una labor que aportó más fuertemente al desarrollo de la historia “científica” en las provincias.

El proceso de conformación del estado argentino estuvo marcado por el enfrentamiento entre las autonomías provinciales y el poder central establecido en Buenos Aires, por lo cual implicó un proceso de homogeneización cultural que subsumió las partes al todo. El accionar de los caudillos y el origen del sistema federal ya habían sido planteados en las obras fundadoras de la historiografía argentina, de Bartolomé Mitre y de Vicente Fidel López. En ellas se afirmaba la preexistencia de la nación sobre los estados provinciales y se otorgaba un lugar de privilegio a la acción de Buenos Aires en la construcción de la nación y del orden institucional argentino, soslayando la participación de las provincias. El sistema federal argentino era concebido como el producto de una concesión que había efectuado el Estado nacional a los estados provinciales. Se destacaba el papel de los caudillos, que era valorado en forma negativa. Esta imagen comenzó a ser cuestionada y revisada a principios del siglo XX. El federalismo aparecía como un tema de análisis prioritario y en la década de 1920 surgieron nuevos enfoques y tratamientos por parte de Ravignani, entre otros historiadores.

Las discrepancias sobre aspectos centrales de la tradición liberal entre las historias nacionales y las provinciales han sido señaladas como intentos de revisión que se desarrollaron en esos ámbitos sin abandonar los límites que imponía tal tradición. Clifton Kroeber identificó un “revisionismo moderado” en la producción de los historiadores de las provincias que, desde comienzos del siglo XX, se dedicaron a reivindicar la lucha de estas frente al centralismo de Buenos Aires y a reafirmar su contribución a la historia argentina (KROEBER, 1964).

Debido al proyecto de relevar los archivos provinciales, como paso preliminar de toda investigación histórica; la propuesta de lograr una historia científica, basada en la estricta aplicación de los principios metodológicos expuestos sistemáticamente por Bernheim y Langlois y Seignobos; la decisión de revisar todo lo escrito hasta entonces sobre la base de estos postulados; el propósito de abarcar la historia nacional en toda su dimensión temporal y geográfica, los historiadores de la NEH procuraron vincular los hechos históricos y los procesos producidos en el interior con los que se desarrollaron en Buenos Aires (DE POMPERT, 1991).

Ravignani, como se ha señalado, se preocupó por los problemas relativos al origen de las autonomías y de las instituciones provinciales, así como de la génesis y el desarrollo del federalismo en el Río de la Plata. Se concentró en la trayectoria de los caudillos como Juan Manuel de Rosas, Felipe Ibarra, Estanislao López y José Artigas. Sus interpretaciones impulsaron la revalorización del aporte de las provincias y sus caudillos al proceso de construcción del orden institucional argentino. En aquellos encontraba los orígenes del sistema plasmado en la Constitución de 1853, con su contenido federal y democrático. No solo destacó el arraigo que las ideas federales tenían en las provincias, sino que también demostró que las provincias habían nacido casi simultáneamente con la nación. Señalaba el desarrollo dentro del partido federal de una corriente constitucionalista, uno de cuyos principales apoyos se localizaba en la provincia de Corrientes (BUCHBINDER, 1993). De allí las vinculaciones que Ravignani tejiera con historiadores correntinos como Hernán Gómez y Wenceslao Domínguez. En su perspectiva, Artigas era considerado un caudillo “argentino” y su conflicto con las autoridades porteñas interpretado como producto del centralismo y autoritarismo de estas últimas. También planteaba la necesidad de analizar la época de Rosas superando los prejuicios dominantes.

Sobre estos fundamentos, Ravignani se propuso construir una nueva visión de la historia argentina de la primera mitad del siglo XIX. Para ello, se concentró en la búsqueda de documentación que se traduciría en vínculos con instituciones e historiadores de las provincias y en la publicación de una serie de colecciones documentales. Así, estableció contactos personales e institucionales a partir de intercambios bibliográficos, la búsqueda de fuentes y el relevamiento del estado de los archivos.

Por su parte, la Academia publicó, a partir de 1936, su obra paradigmática, la *Historia de la Nación Argentina*, en la que participaron el grueso de los representantes de la NEH, fueran o no miembros de número de la Academia. Esta obra, más allá de proponerse ser una historia integral, no tuvo éxito en vertebrar con eficacia las partes y el todo, objetivo planteado por su director, Ricardo Levene. Ello motivó las críticas de historiadores del interior que no veían reflejadas las perspectivas de las provincias.

La profesionalización en los espacios provinciales

Desde algunas regiones y provincias se realizó tempranamente una importante contribución historiográfica. Mencionemos el aporte del francés Paul Groussac, con su *Ensayo Histórico sobre el Tucumán* (1882). Sobresalen también en la segunda mitad del siglo XIX, en el noroeste, Joaquín Carrillo y Bernardo Frías; en la región de Cuyo, Damián Hudson y Nicanor Larrain; en las provincias de Córdoba, Ignacio Garzón; de Entre Ríos, Benigno Tejeiro Martínez; de Santa Fe, Ramón Lassaga. Esta historiografía no se restringió al esclarecimiento del pasado local, sino que aportó a la revisión de la perspectiva liberal, al revalorizar a los caudillos y destacar la contribución de las provincias al desarrollo histórico de la nación argentina.

Historiadores de las distintas provincias irían sumando nuevos aportes para la comprensión del pasado nacional en la primera mitad del siglo XX. Tal es el caso de Juan Álvarez, Manuel Cervera, José Luis Busaniche, Leoncio Gianello, en Santa Fe; Pablo Cabrera, Pedro Grenón y Ramón J. Cárcano, en Córdoba; Juan B. Terán y Ricardo Jaimes Freyre en Tucumán; Juan W. Gez en San Luis, Martín Ruiz Moreno en Entre Ríos, Dardo de la Vega Díaz en La Rioja. En la década de 1920, estos historiadores, denominados “provincialistas” por Kroeber, manifestaron, como se señalara, un revisionismo moderado que propuso, frente a la visión “porteña” de la historia argentina, una interpretación desde la perspectiva de las provincias que, en muchos casos, rescató el papel jugado por los caudillos provinciales (KROEBER, 1964).

Bajo el rótulo “crónicas regionales” Carbia había inventariado los textos de carácter histórico elaborados en las provincias entre mediados del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, a los cuales atribuía escaso mérito historiográfico debido a sus principales rasgos: reunían datos ordenados cronológicamente, circunscribían el relato a los episodios políticos y sus principales implicancias, o bien, se limitaban a reproducir fuentes escritas o a emplearlas, al igual que la tradición oral, sin mediar crítica. Uno de los aspectos desaprobados por Carbia era la subjetividad de sus autores, cuyas interpretaciones le parecían más acordes al panfleto político que a la historia pretendida como una disciplina científica (QUÍÑONEZ, 2013).

Los postulados metodológicos de la Nueva Escuela se propagaron y manifestaron en la obra de los historiadores provinciales más destacados de la primera mitad del siglo XX. Para Devoto y Pagano (2009, p. 163) la “historiografía del interior” constituye una vertiente de la NEH, que consideran se vinculaba a la Junta de Historia y a la Escuela Histórica de La Plata a través de Levene, sin considerar la articulación realizada por Ravignani.

Una característica de las reconstrucciones del pasado realizadas desde los ámbitos provinciales hasta mediados del siglo XX, radica en la diversidad de enfoques, que puede advertirse en el tratamiento dado a temáticas centrales de la historiografía argentina. Pero al mismo tiempo, se revelan elementos comunes: en primer lugar, en todos los casos está presente, como señaláramos, la reivindicación del aporte provincial a la construcción de la nación, así como una voluntad explícita de “polémica” con aquellas interpretaciones generales del pasado argentino “porteñocéntricas” (BUCHBINDER, 2003).

En segundo lugar, estas imágenes, en la gran mayoría de los casos, se fundamentan rigurosamente en el estudio de los documentos, efecto del impacto de los procesos de profesionalización de la historia vividos en las primeras décadas del siglo XX. Distintas provincias efectuaron ediciones documentales, fundamentalmente a través del trabajo de preservación y recuperación de sus archivos históricos. Por su parte, el Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad de Buenos Aires inició la tarea de relevamiento documental de los archivos provinciales, con un significativo resultado. Y, por su parte, la Academia Nacional de la Historia publicó, a partir de 1941, las Actas Capitulares de los cabildos de Santiago del Estero, Corrientes, Mendoza y Río Cuarto, labor editorial que potenció la investigación regional.

La organización institucional del espacio historiográfico en las provincias se incrementó a partir de la década de 1930, en gran medida con la creación del sistema de juntas filiales y adheridas, con apoyo de la Junta y luego Academia Nacional de la Historia, presidida por Ricardo Levene. Fue ésta una iniciativa del rosarino David Peña, quien en la década de 1920 propuso constituir organismos similares a la Junta en las distintas provincias.

Estas instituciones llegaron a publicar boletines o revistas y a organizar congresos cuya temática estuvo centrada en los acontecimientos y los héroes locales del siglo XIX.

Entre las primeras se encuentra la *Junta de Historia de Mendoza*, fundada en 1923 por un grupo de estudiosos de la historia de Cuyo, con el auspicio del gobernador Carlos W. Lencinas. Sus objetivos fueron propiciar y promover los estudios históricos, organizar conferencias y congresos, publicar documentos y obras antiguas referidas especialmente a las provincias de la región cuyana y editar una revista. La institución se reorganizó en 1934 como filial de la Junta de Historia y Numismática Americana, con el nombre de *Junta de Estudios Históricos de Mendoza* y tres años después organizó el Primer Congreso de Historia de Cuyo, que serviría como modelo para los futuros congresos de historia argentina y regional que organizaría la Junta ya devenida en Academia.

En 1924, Pablo Cabrera fundó la *Junta de Estudios Históricos de Córdoba*, que en 1928 se convertiría en filial de la Junta de Historia y Numismática Americana. Posteriormente, la *Junta Provincial de Historia* fue fundada por el gobierno de la provincia en 1941, siendo sus fines “promover la investigación histórica en general y el esclarecimiento del pasado de la provincia en particular”. Entre sus funciones y atribuciones principales se encontraba la de asesorar al poder ejecutivo provincial en todo cuanto se refiriera a hechos históricos.

Por iniciativa de Juan Álvarez, se creó en la provincia de Santa Fe la *Junta de Historia de Rosario*. En la ciudad de Santa Fe, se originó recién en 1935 el *Centro de Estudios Históricos*, con Manuel M. Cervera, Salvador Dana Montaña, Ángel Caballero Martín, José María Funes, entre otros. Al año siguiente, se resolvió cambiar su nombre por *Junta de Estudios Históricos* y surgía la *Revista de la Junta*. En 1938, ante la conmemoración de centenario del fallecimiento del Brigadier Estanislao López, se organizaron las Jornadas de López, en la Universidad Nacional de Litoral, con la presencia de autoridades nacionales y provinciales y de la Academia Nacional de la Historia. En 1942, la Junta se convirtió en un organismo oficial y pasó a denominarse *Junta Provincial de Estudios Históricos*.

En Santiago del Estero, en 1932 se creó el *Centro de Estudios Históricos*, institución que tenía como objetivos estimular el estudio del pasado de la provincia, divulgar conocimientos sobre ese pasado y las principales figuras de la historia santiagueña. También se preocuparon por la gestión de archivos particulares y de los papeles existentes en el Archivo General de la Nación, para incorporar los documentos referidos a la historia de Santiago del Estero al archivo de esa provincia.

En Catamarca, la Junta de Estudios Históricos fue creada en 1936 por impulso de jóvenes de diferentes campos de formación profesional cuyo objetivo era jerarquizar el ambiente cultural de la provincia. Eran investigadores vocacionales, abogados, sacerdotes, profesores, maestros. Uno de los objetivos de la Junta fue conformar un centro de cultura para recuperar el pasado y despertar la conciencia histórica de los catamarqueños. El medio para la difusión fue la creación de un Boletín, que apareció en 1941 (BARRIONUEVO, 2010).

En Tucumán existía una temprana tradición iniciada desde la Sociedad Sarmiento (1882) y el Instituto de Estudios Históricos de Tucumán (1934), surgido en su seno, que promovieron la profesionalización del historiador sobre la base de la aplicación del método histórico, previamente al surgimiento de la carrera en la universidad (VIGNOLI; CARDOZO, 2013).

En los nueve territorios nacionales, creados a fines del siglo XIX y que se transformarían en provincias a partir de la década de 1950, las particularidades de su organización política y conformación social, donde no existió un interés de los gobernantes por el desarrollo de los estudios históricos ni por la creación de instituciones, hicieron que el proceso fuera mucho más tardío. Un caso particular lo constituye Misiones, en cuya capital, Posadas, se creó un *Centro de Estudios Históricos* en 1938. Sus integrantes establecieron contacto con otras instituciones similares del país, especialmente con la Academia Nacional de la Historia, y por consejo de ésta decidieron transformar este centro en una Junta. Al año siguiente cambió de figura y, bajo la presidencia de Aníbal Cambas, quedó formalmente constituida. Abocada al rescate de documentos, lentamente la Junta (al año siguiente fundó el Museo Regional) constituyó el ámbito en el que los misioneros se interesaron por sus orígenes, por el paso de los jesuitas, por su rol en la independencia argentina y por recuperar la vida y trayectoria de Andrés Guacurarí y Artigas. Resulta de particular interés su papel en el movimiento provincialista misionero, que reclamaba la restauración integral de los

derechos misioneros y apelaba a la conciencia histórica para fundamentarlos (JACQUET, 1996).

Este proceso de institucionalización en las provincias fue acompañado también por la recuperación y edición de documentos existentes en los archivos provinciales, con los cuales se mantuvo estrecho contacto, publicación de revistas especializadas, organización de jornadas y congresos de temáticas regionales y afianzamiento de vínculos con instituciones similares de las demás provincias, así como incorporación de historiadores provinciales como miembros correspondientes.

Por otro lado, a partir de estos años, la progresiva formación de los historiadores provinciales a través de una carrera universitaria, permitiría la definición de un campo profesional en el ámbito de las provincias. De esta manera, los estudios regionales comenzaron a extenderse a raíz de la expansión de las universidades y centros de investigación. Así, Tucumán y Mendoza fueron de las primeras en incorporar la historia a la universidad.

Tucumán contó con un proyecto de Universidad para la región, ideado entre otros por Juan B. Terán. Este presentó sus argumentos programáticos en un libro titulado *Una nueva Universidad* (1917), donde postula la necesidad para la Argentina de una región norteña que, en posesión de una Universidad, pueda aportar al progreso nacional. La Universidad, creada en 1914, sería nacionalizada en 1921. Terán sostiene que el Noroeste es una región, con argumentos demográficos, geográficos, históricos y “espirituales” con los que pretende probar su existencia. Y postula a Tucumán como el centro de atracción de esa región integrada por las provincias de Santiago del Estero, Salta, Catamarca y Jujuy, que tiene una unidad histórica con la cual intervino en el proceso de formación del país. Esa unidad de la región que provenía del pasado debía ser revelada frente a una “historia oficial” que no daba cuenta de ella. La Universidad, dentro del proyecto de Terán, brindaría el marco para la investigación histórica sobre el pasado del norte Argentino, con un gran impulso a partir de los años veinte, en que se inicia el arranque de la “historia científica en la provincia”, con los estudios realizados por Terán, Ricardo Jaimes Freyre y Julio López Mañán, que intentará fijar una historia y una tradición para Tucumán y el norte argentino (MARTÍNEZ ZUCCARDI, 2012). La enseñanza de la historia se implementaría recién a partir de 1936.

La Universidad de Cuyo, creada en 1939, para satisfacer las necesidades de educación superior de Mendoza, San Juan y San Luis, inició oficialmente los cursos con una

conferencia inaugural de Ricardo Rojas. En ella se creó la Facultad de Filosofía y Letras, con la carrera de Historia. En las demás universidades nacionales creadas en los espacios provinciales, la creación de esta carrera sería posterior.

Un caso provincial: la profesionalización del historiador en Corrientes

En el caso de la provincia de Corrientes, la elite dirigente reconoció ampliamente la importancia política de la historia y se preocupó por fortalecer la ya arraigada conciencia histórica de la comunidad mediante la divulgación del conocimiento de la historia local, la publicación de documentos y obras históricas, la realización de grandes homenajes públicos - conmemoraciones de batallas, de la fundación de ciudades, de las gestas de héroes locales- y la creación y organización de la infraestructura necesaria -archivo, museos, instituciones vinculadas con los estudios históricos (LEONI, 1996). En este sentido, se destacan en la primera mitad del siglo XX los gobernadores autonomistas Juan Ramón Vidal (1909-1913), Benjamín González (1925-1929) y Juan Eusebio Torrent (1935-1939). Bajo el gobierno del primero, se emprendió una prolífica labor de edición documental. En la gestión del segundo, se publicaron numerosas obras históricas y se realizaron ediciones documentales; se organizó en la provincia el Tercer Congreso de Historia Argentina; se dispuso la determinación de los monumentos y lugares históricos en el territorio provincial y se proveyó su custodia; se crearon el Museo Histórico y el Museo Colonial. A Torrent se debe el apoyo brindado a la producción historiográfica y la creación de la Junta de Estudios Históricos de Corrientes. Cabe señalar que el historiador correntino Hernán Gómez estuvo estrechamente relacionado con estos gobernantes, y que la mayoría de las iniciativas mencionadas lo tuvieron como gestor. Su labor tiene muchos puntos de contacto con la de Emilio Ravignani.

La existencia de una conciencia archivística favoreció el desarrollo historiográfico correntino. Ya en 1821, se había creado el Archivo General de la Provincia y se adoptaron diversas medidas para salvaguardar la documentación oficial. A principios del siglo XX, se realizó una fecunda tarea de organización, conservación y difusión del material documental. Estas actividades fueron acompañadas por una significativa labor de edición con el establecimiento de la tercera Imprenta del Estado, en 1913: se editaron las Actas Capitulares de Corrientes, publicaciones conmemorativas, reproducciones facsimilares, el Registro Oficial de la Provincia y distintas compilaciones documentales.

El desarrollo historiográfico correntino tuvo, en la primera mitad del siglo XX, como eje fundamental, la labor de figuras como Manuel Florencio Mantilla, Manuel Vicente

Figuerero y Hernán Félix Gómez. Estos tres historiadores se caracterizaron por sus intentos por brindar una explicación integral y “científica” de la historia correntina, aunque desde contextos políticos diferentes. Vincularon la historiografía correntina con la del resto del país y la de los países limítrofes. En la década de 1940 comienza la producción de dos historiadores que marcarían con su labor la segunda mitad del siglo: Federico Palma y Wenceslao N. Domínguez.

Todos ellos pertenecían a la elite intelectual de Corrientes; algunos se vinculaban con las familias tradicionales. Ocuparon cargos judiciales, educativos y en instituciones culturales. Sus ideas se difundieron en periódicos de Corrientes y Buenos Aires. Ya fuera enrolados en las filas del liberalismo o del autonomismo, su actuación política en el siglo XX no fue central, aunque estuvo estrechamente ligada con su labor historiográfica. Su participación en la gestación de instituciones también es fundamental.

Corrientes, a lo largo de la primera mitad del siglo XX, no tuvo centros de estudios superiores en el área humanística. La investigación de la historia local se fomentó en sus colegios secundarios – principalmente el Colegio Nacional, centro de formación de la intelectualidad correntina – y a través de instituciones, como la Academia de Estudios Históricos y Sociales de Corrientes y la Junta de Estudios Históricos que, sin embargo, tuvieron corta vida. La *Junta de Estudios Históricos* fue creada en 1937 por el gobernador Eusebio Torrent; su finalidad era estimular en toda forma la investigación del pasado regional, organizar la publicación periódica de un *Boletín* y la formación de un archivo documental. La presidía Justo Díaz de Vivar y la integraban Juan Ramón Mantilla, Hernán Gómez, Manuel Figuerero y Pedro Díaz Colodrero, intelectuales e historiadores reconocidos de la provincia.

En la ciudad de Buenos Aires también se contó con instituciones creadas por correntinos que promovieron los estudios sobre la historia provincial. A la iniciativa de Wenceslao N. Domínguez se debe la unión de los correntinos provenientes de diversas extracciones políticas para la fundación de la *Asociación Correntina General San Martín*, en 1935, de la cual sería secretario. También son obras suyas dos instituciones más que surgieron en el seno de la Asociación, para luego adquirir entidad propia. La primera, el *Instituto Correntino de la Historia*, fundado en 1940, desarrolló clases, conferencias, debates, lecturas y comentarios de obras históricas, ediciones de trabajos y exposiciones. El primer presidente del Instituto fue Ángel Acuña, a quien sucedió Domínguez. En el Instituto se estableció una cátedra de guaraní que, dado su éxito, motivó la creación de la *Academia Correntina del*

Idioma Guaraní, de la cual Domínguez fue presidente. Esta Academia realizó una intensa labor: se dieron clases de gramática, historia del hombre y del habla guaraní, se editó un Boletín donde se publicaban sus actividades, se realizaron discusiones sobre gramática y se adoptó un diccionario de la lengua guaraní. Fue también significativa la tarea de la editorial del Instituto. Su vinculación con la NEH se daría a través de Emilio Ravignani.

Observamos que el movimiento historiográfico prevaleciente en Buenos Aires se proyectó en la provincia, que buscó incorporar los adelantos metodológicos introducidos por aquel. Asimismo, la herencia positivista, que llegara a Corrientes en las últimas décadas del siglo XIX, se observa particularmente en el interés por exhumar documentos y someterlos a crítica. A ello se sumaría la influencia de la Nueva Escuela Histórica Argentina, en las primeras décadas del siglo XX, con su proyecto de relevar los archivos provinciales, como paso preliminar de toda investigación histórica; su propuesta de lograr una historia científica, basada en la estricta aplicación de los principios metodológicos y la decisión de revisar todo lo escrito hasta entonces sobre la base de estos postulados.

Se produciría su enfrentamiento con el revisionismo rosista, de gran efervescencia desde la década de 1930, con el cual polemizaron, principalmente ante la conmemoración de centenarios, como el de la batalla de Pago Largo.

La obra de Hernán Félix Gómez (1888- 1945) constituyó el primer intento por brindar un marco teórico-metodológico a los estudios históricos correntinos, así como delinear una perspectiva correntina de la historia argentina. Su propósito de ensamblar la historia provincial en el contexto regional, lo llevó a atender especialmente a las relaciones de Corrientes con las provincias limítrofes, tanto como con Uruguay y Brasil, brindando una particular interpretación de las mismas. Político, educador y periodista, llegó a convertirse, merced a su vinculación con las grandes figuras del autonomismo, en el “historiador oficial” de Corrientes en las décadas de 1920 y 1930.

A través de su pertenencia a la Sociedad de Historia Argentina –también integrada por hombres de la NEH- y de sus colaboraciones para la Academia Nacional de la Historia, no sólo se conectó con el movimiento historiográfico de Buenos Aires sino que se vinculó con historiadores de otras provincias y del Uruguay.

La defensa de la especificidad de la cultura correntina dentro del contexto nacional, lo condujo a formular una perspectiva en la que introduce el concepto de analogía, tomado del pensamiento spengleriano, que permite la articulación de la historia provincial con la

nacional, así como dar unidad a esta última. El relativismo spengleriano también se revela en sus ideas sobre el abordaje de la historia provincial, ya que considera que son los propios provincianos los indicados para escribir sobre su historia, porque sólo ellos pueden comprenderla acabadamente.

No obstante, Gómez desea concentrar sus esfuerzos historiográficos en la superación de lo que llamó “la historia instintiva de Corrientes”, consistente en la crónica local que cultiva el odio y la disolución. Por ello, señalaba que el estudio analítico y la ponderación necesaria para determinar la acción de Corrientes en las luchas por la independencia, estaban lejos de haberse realizado y que la palabra definitiva sería el resultado de un esfuerzo colectivo armónico. Para llevar a cabo su propuesta historiográfica, Gómez considera imprescindible que su generación realice la labor previa del relevamiento de los archivos provinciales, en coincidencia con los postulados de la Nueva Escuela; respondía a la voluntad de fundir los imperativos de la pedagogía cívica con una disciplina cuya fundamentación científica se hallaba en la observancia del método (DEVOTO, 1999).

El mismo dedicó gran parte de sus esfuerzos al trabajo en archivos, tanto de Corrientes como de otras provincias y del extranjero, para proceder luego a una importante tarea de edición documental. En este caso Ravignani establecería un vínculo de carácter personal, en los años veinte, por su interés en la documentación del archivo de Corrientes sobre Artigas, que finalmente publica Gómez.

Si bien Gómez afirma que la verdad se encuentra en los documentos, los cuales deben ser correctamente analizados, también sostiene que la historia no debe quedar en los hechos, sino que debe elevarse por encima de la crónica perfectamente documentada. Los hechos deben agruparse para destacar las líneas fundamentales del pasado, aquello que sintetiza su razón de ser, para luego encontrar las analogías. De esta manera, desde Corrientes se elabora una propuesta de escritura de la historia nacional, que encuentra su interlocutor en Ravignani. La recuperación de la figura de Artigas que realiza Gómez, afin a los análisis de Ravignani, se opone en cambio a la tradición historiográfica correntina.

Advertimos así que una provincia que no contó con estudios universitarios hasta la década de 1960, ni instituciones dedicadas a la historia de sostenida trayectoria, logra sin embargo definir un espacio profesional para el desarrollo historiográfico.

Reflexiones finales

Los procesos de profesionalización y de institucionalización de la historiografía en la Argentina se iniciaron a principios del siglo XX de la mano de la Nueva Escuela Histórica Argentina. Asentada tanto en el ámbito universitario como en instituciones fuertemente vinculadas con los gobiernos nacionales, logró imponer sus postulados de una historia nacional “erudita”, que busco integrar, con distintas perspectivas y resultados, las historias provinciales.

Las estrategias encaradas en este sentido por Emilio Ravignani y Ricardo Levene, desde la Instituto de Investigaciones Históricas y desde la Junta de Historia y Numismática, luego Academia Nacional de la Historia, respectivamente, si bien diferenciadas, lograron vincularlos con los historiadores e instituciones más destacados de las distintas provincias, sobre la base de la adhesión a ciertos postulados de la NEH y del trabajo conjunto en distintas iniciativas.

Si bien el papel de Levene ha sido destacado como presidente de la Junta en la tarea de expansión en el interior del país, no ha ocurrido lo mismo con Ravignani, quien advertimos que ocupó también un lugar central en el establecimiento de vínculos personales que permitieron la promoción de historiadores que proponían una historia provincial articulada con la nacional desde un análisis “científico”.

La creación de carreras universitarias de historia se daría sólo en algunos espacios, por lo cual los centros y juntas, también apoyados por los gobiernos locales, se constituyeron en los referentes institucionales de una historiografía provincial.

La existencia en Argentina de territorios nacionales hasta mediados del siglo XX, condicionó el tardío desarrollo de la historiografía en estos espacios, con excepción del caso misionero, donde constituyó una necesidad como herramienta en la lucha por la provincialización.

En el caso de Corrientes se advierte la presencia de fuertes personalidades y rasgos de “individualismo”, observables en la dificultad de perduración de instituciones, en la falta de revistas, que reúnan resultados de trabajos de historiadores y que toda la producción de su máximo exponente, Hernán Gómez, se den a conocer en forma de libros con apoyo económico del Estado. La profesionalización adquiere así en Corrientes un carácter particular, pues no se realiza en torno a instituciones sino de figuras como Gómez que se erigen en

historiadores profesionales a partir de la adquisición del método y la legitimación del reconocimiento por parte de los historiadores y las instituciones consagrados a nivel nacional.

No obstante el apoyo oficial a la tarea historiográfica en la provincia, hasta las últimas décadas del siglo XX, no advertimos la presencia de todos los elementos considerados necesarios para hablar de la constitución de un campo científico y de la profesionalización de los historiadores en un sentido estricto.

Se advierte, entonces, que este proceso tuvo distintos ritmos y características en el espacio argentino de la primera mitad del siglo XX, concluyendo recién acabadamente a fines de ese siglo.

Referencias

- ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina*. Buenos Aires: ANH, 1996, t. 2.
- BARRIONUEVO, María del Valle (2010). Los que escribieron la Historia de Catamarca. El Boletín de la Junta de Estudios Históricos, 1941-1943. En: *Revista de la Escuela de Historia*, UNSa, vol.9, no.1, ene./jun, 2010.
- BERROTARÁN, Denisse R. Monseñor Pablo Cabrera: escritura de la historia y vínculos intelectuales a principios del siglo XX [en línea], *Res Gesta*, 49, 2011. Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/monsenor-pablocabrera-escritura.pdf>.
- BUCHBINDER, Pablo. La nación desde las provincias: las historiografías regionales argentinas entre dos centenarios. Em: *Anuario del Centro de Estudios Históricos "Prof. Carlos S. A. Segretti"*. Córdoba (Argentina), año 8, n° 8, p. 163-182, 2008.
- _____. "Emilio Ravignani: la historia, la nación y las provincias". En: Fernando Devoto. *La historiografía argentina en el siglo XX*. Buenos Aires: CEAL, 1993.
- CARBIA, Rómulo. *Historia crítica de la historiografía argentina*, Buenos Aires: Coni, 1940.
- CHIARAMONTE, José Carlos y Pablo Buchbinder. Provincias, caudillos, nación y la historiografía constitucionalista argentina, 1853-1930. En: *Anuario del Instituto de Estudios Histórico-Sociales*, Tandil, Universidad Nacional del Centro, p. 93-120, 1992.
- DE POMPERT de VALENZUELA, María Cristina. La Nueva Escuela Histórica Argentina: su proyección e influencias (1906-1945). Em: *Folia Histórica del Nordeste*, Resistencia (Argentina), n° 10, 1991.
- DEVOTO, Fernando J. Entre ciencia, pedagogía patriótica y mito de los orígenes. El momento de surgimiento de la historiografía profesional argentina. En: *Estudios de historiografía argentina II*. Buenos Aires: Biblos, 1999.
- DEVOTO, Fernando y Nora Pagano. *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2009.
- EUJANIAN, Alejandro. Método, objetividad y estilo en el proceso de institucionalización, 1910-1920. En: Cattaruzza, Alejandro y Alejandro Eujanián. *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*. Buenos Aires: Alianza, 2003.

-
- KROEBER, Clifton. *Rosas y la revisión de la historia argentina*. Buenos Aires: Fondo Editor Argentino, 1964.
- FERNÁNDEZ OLGUÍN, Eduardo. Los archivos de la ciudad de Corrientes. En: *Publicaciones de la Sección de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras*, Buenos Aires, nº 8, 1921.
- HALPERIN DONGUI, Tulio. La Historiografía: Treinta años en busca de un rumbo. En: *Ensayos de historiografía*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto, 1996.
- JACQUET, Héctor. *Haciendo historia en la aldea. Misiones, 1996*. Posadas, 2002.
- LEONI, María Silvia. El aporte de Hernán Félix Gómez a la historia y la historiografía del Nordeste. En: *Folia Histórica del Nordeste*, Resistencia, IIGHI – CONICET, nº 12, 1995.
- LEONI, María Silvia y María Gabriela Quiñonez. Historiografía y política en el nordeste argentino. Los intelectuales correntinos en el contexto nacional y regional. En: Luiz Felipe Viel Moreira (coord). *Instituições, fronteiras e política na História Sul-Americana*. Curitiba: Juruá, 2007.
- MARTÍNEZ ZUCCARDI, Soledad. El Norte como instrumento de equilibrio nacional. Juan B. Terán, Ricardo Rojas y la Universidad de Tucumán. En: Laguarda, Paula y Flavia Fiorucci (Eds.). *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo XX)*. Rosario: Prohistoria-EdUNLPam, 2012.
- PAGANO, Nora y Miguel Ángel Galante. La Nueva Escuela Histórica: una aproximación institucional del centenario a la década del cuarenta. Em: Devoto, F. *La historiografía argentina en el siglo XX*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina, 1993.
- QUIÑONEZ, María Gabriela. Manuel Florencio Mantilla y la construcción de un relato hegemónico del pasado correntino. En: Brezzo, Liliana, Micheletti, M. G. y Molina, E. *Escribir la Nación en las provincias*. Rosario: IDEHESI, 2013.
- SOZA, Felipe. La historiografía latinoamericana. En: AURELL, Jaume y otros. *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*. Madrid: Akal, 2013.
- VIGNOLI, Marcela y Dinorah Cardozo. La Sociedad Sarmiento, el Instituto de Estudios Históricos y los orígenes de la profesionalización de la historia en Tucumán en los años 1930. En: *Prohistoria*, año XVI, nº 19, p. 97-117, 2013.

LAS TENSIONES NACIÓN / PROVINCIA EN LA CONFIGURACIÓN DE LA HISTORIOGRAFÍA ARGENTINA. LA ESCRITURA DE LA HISTORIA EN SANTA FE (1850-1950)

María Gabriela Micheletti²⁰

RESUMEN: El interés por el conocimiento del pasado adquirió en el siglo XIX una importancia fundamental y posibilitó, en Estados-nacionales de reciente formación como la Argentina, el inicio de la configuración de un campo historiográfico nacional. Pero casi al mismo tiempo, también desde las provincias, como unidades políticas autónomas y preexistentes a ese Estado, surgió la preocupación por escribir una versión del pasado local que no tardó en entrar en tensión con los relatos elaborados desde la capital del país. Desde una perspectiva centrada en la provincia de Santa Fe, y a través de un arco cronológico que se extiende entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX, este artículo busca comprender los modos y peculiaridades con que los letrados e historiadores locales respondieron, se involucraron, pero también, confrontaron, con los modelos, las corrientes y los ritmos impresos a la práctica historiográfica desde Buenos Aires.

PALABRAS CLAVE: Historiografía Argentina. Historiografía provincial. Sociabilidades intelectuales.

THE NATION / PROVINCE TENSIONS IN THE CONFIGURATION OF ARGENTINE HISTORIOGRAPHY. THE SCRIPTURE OF HISTORY IN SANTA FE (1850-1950)

ABSTRACT: Interest for the knowledge of the past acquired a fundamental importance in the nineteenth century and made it possible, in newly formed national-states such as Argentina, the beginning of the configuration of a national historiographical field. But almost at the same time, also from the provinces, as autonomous political units and preexisting to that State, there arose the concern to write a version of the local past that soon became in tension with the stories elaborated from the capital of the country. From a perspective centered in the province of Santa Fe, and through a chronological arc extending between the mid-nineteenth and mid-twentieth centuries, this article seeks to understand the ways and

20 Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET) y Profesora Adjunta en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario de la Pontificia Universidad Católica Argentina (PUCA). Profesora, Licenciada y Doctora en Historia. Autora de los libros: *La universidad en la mira* (2013), *Historiadores e historias escritas en entresiglos. Sociabilidades y representaciones del pasado santafesino, 1881-1907* (2013) y *Escribir la nación en las provincias* (en coedición con Liliana Brezzo y Eugenia Molina, 2013). E-mail: mgmicheletti@conicet.gov.ar

peculiarities with which local writers and historians responded, became involved, but also, confronted, with the models, the currents and the rhythms printed to the historiographic practice from Buenos Aires.

KEYWORDS: Argentine Historiography. Provincial Historiography. Intellectual Sociabilities

Introducción

Este artículo propone analizar, en el contexto de la configuración del campo historiográfico y de la profesionalización del oficio de historiador en la Argentina, el modo en que los letrados y círculos culturales provinciales respondieron, se adecuaron, o bien, entraron en tensión, con los modelos, las corrientes y los ritmos impresos a la práctica historiográfica desde la capital del país, Buenos Aires. Para ello, se estudia como caso particular el de la provincia de Santa Fe, en un enfoque que procura no descuidar las referencias y la búsqueda de sintonías o discordancias con otras realidades provinciales.

Entre los aspectos que interesa considerar se destacan: el surgimiento de los primeros relatos sobre el pasado provincial y su inserción en la historia nacional, la formación de sociabilidades y círculos al interior de las elites culturales provinciales y los vínculos con otros letrados del país y del exterior, el desarrollo de iniciativas editoriales y de eventos conmemorativos, los nexos entre escritura del pasado y poder político, y el proceso de institucionalización y de consolidación de la historia como campo profesional autónomo.

Para llevar adelante el trabajo y debido al carácter pluridimensional del mismo, se ha echado mano de una amplia variedad de fuentes documentales que incluyen, junto a las obras de carácter estrictamente historiográfico, otros escritos que –sin esas pretensiones- encierran discursos y representaciones sobre el pasado, como diarios, memorias, sinopsis históricas, anales, etc. Entre las fuentes consultadas cabe mencionar, además, diversos emprendimientos editoriales, como diarios, revistas y boletines, así como también libros de actas y memorias institucionales, y manuscritos inéditos de historiadores.

El lugar de los pasados provinciales en la construcción de una historia nacional. El caso santafesino

Cuando durante el siglo XIX la preocupación por el conocimiento del pasado alcanzó una importancia nunca antes vista, tanto en Europa como en América Latina, bajo la influencia de una matriz historicista que hizo de la reconstrucción histórica una variable ineludible para la comprensión de la sociedad, en relación además con un claro propósito de

dotar de identidad a los nuevos Estados-nacionales, comenzaron entonces a proliferar y a circular una gran diversidad de escritos, que a través de variados géneros discursivos procuraron hacer inteligible la sociedad a través de su pasado (WASSERMAN, 2008). Relatos autobiográficos, memorias, diarios, ensayos, biografías, colecciones documentales, revistas, polémicas a través de la prensa, fueron algunos de los modos a través de los cuales las elites culturales y políticas decimonónicas pretendieron cimentar una identidad nacional para los Estados de reciente formación. El ámbito rioplatense no fue ajeno a estas dinámicas y desde Buenos Aires, pero también desde las provincias, se comenzó a forjar un incipiente protoespacio historiográfico²¹, en el que la *Historia de Belgrano* de Bartolomé Mitre²² se fue consolidando como el producto más logrado y exitoso, sobre todo debido a la fijación de un método ceñido a la consulta de documentos, a su capacidad para erigir a la nación en sujeto principal de la historia argentina (HALPERÍN DONGHI, 1996), y a la recepción que consiguió cosechar en una pléyade de historiadores a lo largo de varias décadas.

En la provincia de Santa Fe, fueron varios los escritos que desde una vertiente testimonial y memorialista –ajena aún a una preocupación por la sujeción a reglas y cánones historiográficos- buscaron iluminar hacia mediados del siglo XIX algunos aspectos del pasado. Antes de pasar a mencionarlos, conviene brindar algunas breves precisiones geográficas e históricas sobre esta provincia del litoral argentino, recostada sobre el caudaloso río Paraná y ubicada en el corazón de la pampa húmeda. Con su capital de tradición colonial en la ciudad homónima y unos pocos poblados más, diseminados a lo largo y ancho de su extenso territorio, sobrevivió con escasos habitantes, agobiada por el paso permanente de los ejércitos y asolada por los malones indígenas durante toda la primera mitad del siglo XIX. Erigida en bastión del federalismo desde mediados de la segunda década del siglo, resistió a las tropas enviadas desde Buenos Aires por los gobiernos centralizadores gracias a la autoridad y el prestigio de su caudillo Estanislao López (1786-1838).

21 La expresión ha sido tomada de: PRADO, 1999. En ese protoespacio historiográfico, la escritura del pasado se caracterizó por ser una práctica individual realizada en un espacio intelectual abierto, precario y heterogéneo, concebida en forma narrativa y mezclada con otros géneros literarios, llevada adelante por actores con variados roles en la sociedad civil y en el sector público.

22 Mitre publicó por primera vez su biografía sobre Manuel Belgrano en 1858 en la *Galería de celebridades argentinas*, y luego, ya como texto independiente, fue publicada sucesivamente en 1858/1859, 1876/1877 y 1887, en estas dos últimas ediciones bajo su título definitivo: *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*.

Pero a la muerte de éste debió doblegarse ante la hegemonía del gobernador bonaerense Juan Manuel de Rosas y vegetó a su sombra, hasta que el pronunciamiento del gobernador entrerriano Justo José de Urquiza produjo el reordenamiento de las fichas del tablero, provocando en 1852 la caída de Rosas y el inicio del período de organización constitucional del país. A partir de allí se inició el lento despegue socioeconómico de la provincia de Santa Fe, que ya para las últimas décadas del siglo había logrado alcanzar niveles asombrosos de crecimiento y productividad (GALLO, 2004).

La masiva llegada de inmigrantes europeos, el acentuado proceso de colonización agrícola y la decisiva adhesión de los gobiernos provinciales al modelo económico agroexportador impulsado a partir de la década del ochenta por los sectores dirigentes de la Argentina resultaron claves para esa transformación, y lograron cambiar notablemente la fisonomía espacial, económica y social de la provincia, que para fines del siglo XIX contaba ya con alrededor de cuatrocientos mil habitantes, más de 363 colonias agrícolas, y una pujante ciudad sureña –Rosario– con un movimiento portuario que le haría valer el rótulo de “granero del mundo” (CENSO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA, 1895-1898, t. I, p. 652-655, y t. II, p. 158).

El proceso de escritura de la historia en Santa Fe tuvo entonces por escenario unas condiciones especiales, marcadas por una situación de estancamiento social y económico que se troncó, al promediar el siglo XIX, en un vertiginoso y acelerado crecimiento, lo cual tuvo también sus implicancias en el ámbito de la cultura. En ese contexto, una serie de relatos testimoniales sobre la historia del pasado de la provincia, elaborados por sus mismos vecinos, configuran en la historia de la historiografía santafesina una fase memorialista inicial.

Dentro de ese conjunto, deseamos destacar el *Diario* (1815-1822), de Manuel Ignacio Diez de Andino, las *Memorias* (1847-1854) de Domingo Crespo, y los *Apuntes para la historia de la provincia* (redactadas hacia 1854, y con agregados de 1871), de Urbano de Iriondo. Las tres obras refieren procesos correspondientes a las primeras décadas de vida independiente y hacen foco en el período de las guerras civiles, habiendo sido redactadas al calor de los sucesos, o bien, a poco de que éstos hubiesen concluido. Sus autores se ajustan a la figura del historiador-testigo, según la cual, sólo quien ha presenciado los hechos parece tener autoridad para narrarlos, ya que su credibilidad radica precisamente en que “cuenta lo que ha visto” (BERMEJO BARRERA, 2002).

Estas producciones santafesinas encuentran puntos en común con las elaboradas desde otros espacios provinciales. Las de Crespo e Iriondo, por la época y las características con las que fueron compuestas, pueden vincularse con la de Damián Hudson, *Apuntes cronológicos para servir a la historia de la antigua provincia de Cuyo* (1852), a la que Rómulo Carbia consideró –en su clásica historia de la historiografía argentina– “la primera crónica regional de los nuevos tiempos” (CARBIA, 1940, p. 172).

Las tres obras, más allá de las formas rudimentarias con las que buscan recrear los hechos, resultan interesantes en cuanto a que en ellas ya aparecen incoados diversos motivos y representaciones del pasado provincial que luego serían retomados y complejizados por la historiografía santafesina posterior. Entre ellos, indicamos los siguientes:

1) El peso otorgado dentro de la historia provincial al período de las guerras civiles, episodio en el que el relato asume la forma de alegato, ya que se responsabiliza a los gobiernos centralizadores de Buenos Aires – y a los abusos cometidos por sus ejércitos – por el derrotero de los acontecimientos, lo que sirve para justificar la alianza de las provincias litorales con el oriental Artigas y el levantamiento de los caudillos contra la autoridad del Directorio. Los memorialistas se definen en esta línea, acorde con su tradición política y familiar en los hechos que narran²³ (*Memorias...*, 1907, p. 7, e IRIONDO, 1936, n. 1, p. 51-52 y p. 54-55).

2) La exaltación de la figura de los caudillos provinciales y, en particular, de Estanislao López. Se ofrece el retrato de un López que, de orígenes modestos y escasa educación, ha sido dotado de cualidades excepcionales por la Providencia. De esta manera se inicia la construcción arquetípica del héroe provincial.

3) La imagen de una Santa Fe abandonada a su suerte, expuesta al ataque de los indios y al saqueo de los ejércitos, sacrificada en aras de la nación, y a la que los gobiernos de Buenos Aires no sólo no protegen, ni le reconocen sus aportes, sino que la dejan indefensa adrede. (IRIONDO, 1936, n. 1, p. 53)

23 Domingo Crespo (1791-1871) fue colaborador de Estanislao López, y diputado en varias oportunidades; antirosista, fue electo gobernador interino tras el levantamiento de Urquiza de 1851 y la adhesión de la provincia a este movimiento, y fue designado gobernador propietario luego de Caseros. Por su parte, José Urbano Ramón de Iriondo (1798-1873) era yerno de Francisco Antonio Candiotti –el primer gobernador federal que tuvo la provincia– y ocupó diversos cargos entre 1820 y 1830; fue delegado de gobierno en octubre de 1851, ministro de Crespo en 1852 y ministro de Rosendo Fraga en 1860. Manuel Ignacio Diez de Andino (1747-1822), en tanto, fue un vecino de Santa Fe, sin participación directa en los sucesos narrados, pero que registró minuciosamente los hechos ocurridos entre 1815 y 1822.

4) El “mérito” no reconocido a Santa Fe, “por sus servicios a la causa común”. La función del cronista es sacar los hechos a la luz para reivindicar el rol desempeñado por la provincia en la construcción nacional y para desmontar los errores que se han colado en las versiones del pasado en circulación. Escribe Iriondo: “Como en aquel tiempo no había por acá ninguna imprenta, nada de esto se halla impreso sino en las gacetas de Buenos Aires en las que cambiaban los hechos según les convenía” (IRIONDO, 1936, n. 1, p. 54 y p. 2, p. 78).

5) El valor y la excepcionalidad de Santa Fe. Las tropas santafesinas resisten en forma decorosa a pesar de su inexperiencia y de la inferioridad de sus fuerzas, e imponen derrotas a los porteños (*Memorias...*, 1907, p. 7).

6) La idea de Santa Fe como cuna de hombres notables, en las letras y en las armas. Iriondo llega al extremo de afirmar que “esta provincia produjo los hombres más sabios de su tiempo, y cuyos talentos han sido respetados aún en la sabia Europa.” (IRIONDO, 1936, n. 2, p. 104)

7) La religiosidad del pueblo santafesino queda registrada por los memorialistas, que invocan a la Divina Providencia, y que intercalan en sus textos continuas referencias a las misas, procesiones y novenas con las que los vecinos buscaban la intercesión de sus santos patronos, que por su parte intervenían en la historia con hechos milagrosos. Esta imagen se completa con la visión positiva que se presenta de la orden jesuítica (*Diario...*, 1931, pp. 55, 94, 133 y 148, e IRIONDO, 1936, n. 1, p. 44, 46, 48, 72, y n. 2, p. 81-82 y p. 107).

Estos motivos y representaciones sobre el pasado provincial, ensayados por los primeros historiadores memorialistas, fueron retomados más tarde, y afirmados con especial fuerza discursiva, por Ramón J. Lassaga (1858-1921), un abogado, periodista, político, docente universitario y estudioso del pasado santafesino. A partir de su obra principal, la *Historia de López* (1881), puede considerarse iniciada una nueva fase historiográfica en la provincia de Santa Fe, que da por superada la etapa memorialista, y que procura recoger los aportes de la historia erudita desarrollada desde mediados del siglo XIX a nivel nacional, respaldando la producción con documentación fidedigna y bibliografía autorizada, y resultando evidente, en cuanto a filiaciones historiográficas, la influencia mitrista (MICHELETTI, 2013b).

Junto a una mayor toma de distancia del historiador con respecto a los episodios narrados, se percibe un nivel de mayor complejidad alcanzado en la elaboración del relato

histórico. Se advierte, además, una manera de concebir la Historia al estilo de Thomas Carlyle, una historia de los “grandes hombres”, expresión que el mismo Lassaga aplica a Estanislao López (LASSAGA, 1881, p. 4). En breves líneas, puede hablarse de una concepción de la Historia fáctica y lineal, impulsada por individualidades, e imbuida por la idea positivista de progreso, reflejo del clima de época. El carácter vindicatorio de los escritos se torna muy fuerte en esta etapa historiográfica, en la que además de Lassaga también se dedicaron a la escritura de la historia otros intelectuales santafesinos como Gabriel Carrasco (1854-1908), Estanislao Zeballos (1854-1923), David Peña (1861-1930), Floriano Zapata (¿1840?-1903), Domingo Silva (1860-1915) y Pedro Alcácer (1860-1932)²⁴.

Tal como ocurría simultáneamente en otros espacios provinciales o urbanos, este grupo de productores culturales se componía de hombres que alternaban su desempeño profesional –casi todos eran abogados- y sus nexos con la vida política e institucional²⁵, con sus intereses intelectuales, que se orientaban no sólo a los abordajes históricos, sino también a la labor literaria, los análisis jurídicos, sociológicos y educacionales, y a las reflexiones sobre la realidad presente, que difundían sobre todo a través de las armas del periodismo.

Los cronistas de la anterior etapa memorialista y sus argumentos sobre el pasado provincial dejaron en ellos su huella, aunque la preocupación por refrendar las afirmaciones con referencias documentales se hizo, asimismo, notoria. En la *Historia de López* de Lassaga, por ejemplo, los textos de Diez de Andino, Crespo e Iriondo son citados profusamente y, los testimonios de éstos, priorizados aún a las referencias de Mitre, al menos para los sucesos de la historia local. Pero a la vez, se citan y transcriben una gran cantidad de documentos hallados en el Archivo de Santa Fe, hasta entonces prácticamente inexplorado.

24 Entre las obras de estos autores se pueden mencionar: *La región del trigo* (sic) (1883), de Estanislao Zeballos, *Compendio de Historia Argentina. Desde el Descubrimiento de América hasta nuestros días* (1889) de Pedro Alcácer, *Anales de la ciudad del Rosario de Santa Fe. Con datos generales sobre Historia Argentina, 1527-1865* (1897), de Eudoro y Gabriel Carrasco, *La ciudad de Santa Fe. Sinopsis para la obra del Censo Nacional* (1899) de Floriano Zapata, *Juan Facundo Quiroga. Contribución al estudio de los caudillos argentinos. Conferencias en la Facultad de Filosofía y Letras* (1906), de David Peña, y *Mi terruño* (1910), de Domingo Silva.

25 Varios de ellos tuvieron estrechas vinculaciones con el oficialismo santafesino liderado por José Gálvez, quien fue gobernador de la provincia entre 1886 y 1890, y que luego siguió por varios años manejando los hilos de la política provincial. David Peña fue secretario personal de Gálvez y fundador del diario oficialista *Nueva Época*, además de convencional constituyente y legislador provincial. Ramón Lassaga fue legislador y funcionario del sistema educativo provincial y del sistema judicial. Gabriel Carrasco fue director del Censo provincial de 1887, legislador, convencional constituyente provincial y nacional, ministro de Agricultura, Justicia e Instrucción Pública de la provincia e intendente de Rosario. Pedro Alcácer fue ministro y convencional constituyente provincial. Domingo Silva fue Presidente del Consejo General de Educación y convencional constituyente provincial. Floriano Zapata fue legislador y convencional constituyente provincial.

Lo especialmente significativo de este período historiográfico, inaugurado en Santa Fe con la obra de Lassaga y en correspondencia con lo que estaba ocurriendo paralelamente con la escritura de la historia en otras provincias del país, es que hacia esos años puede situarse el surgimiento de un discurso histórico lateral sobre el pasado, que resaltaba los aportes provinciales en la construcción de la nacionalidad y que resultaba divergente de las tradiciones historiográficas predominantes por entonces, en una explícita toma de distancia respecto de los textos canónicos de la historia nacional en algunos de sus postulados.

En relación con esto, cabe señalar que tanto la primera versión de la biografía de Belgrano de Bartolomé Mitre, contenida en la *Galería de celebridades argentinas*, como sobre todo la obra del otro gran historiador argentino de la época, Vicente Fidel López –autor de una *Historia de la República Argentina* en diez tomos (1883-1893), hicieron girar la historia patria en torno a las figuras y los sucesos de Buenos Aires, y contribuyeron a crear una imagen muy negativa y peyorativa acerca de los caudillos provinciales, que se prolongó en la obra historiográfica argentina posterior que los tuvo a ellos por modelo (BUCHBINDER, 2005).

Pero casi al mismo tiempo, fue surgiendo en algunas provincias, impulsada por los historiadores locales, una versión alternativa de la historia, con claro sentido reivindicatorio²⁶, que entró en tensión con aquélla, y que condujo, en la generalidad de los casos, a la exaltación de las historias provinciales y de los héroes locales. Como expresión de estas historias se puede mencionar, entre otras obras, *Estudios Biográficos sobre Patriotas Correntinos* (1884) y *Crónica Histórica de la Provincia de Corrientes* (escrita en 1897 y publicada en 1928) de Manuel Florencio Mantilla, *El general Ramírez en la historia de Entre Ríos* (1885) e *Historia de la provincia de Entre Ríos* (Tomo I, 1900), de Benigno Tejeiro Martínez, *Estudio sobre la vida pública del general don Francisco Ramírez* (1894), de Martín Ruiz Moreno, *Historia del general Martín Güemes y de la Provincia de Salta, o sea de la Independencia Argentina* (1902), de Bernardo Frías, y *Juan Facundo Quiroga. Contribución al estudio de los caudillos argentinos* (1906), de David Peña²⁷.

26 Devoto y Pagano denominan género reivindicatorio al utilizado por algunos escritores de fines del siglo XIX – comprendido Lassaga y otros historiadores provinciales –, quienes elaboraron “alegatos ‘documentados’ que con distintas modulaciones tendían a difundir o restituir la memoria de episodios o personajes injustamente invocados o ignorados en las narraciones disponibles” (DEVOTO Y PAGANO, 2009, p. 53-60).

27 Lo que diferencia a la obra de Peña de las anteriormente citadas es que el autor la escribió cuando ya se encontraba establecido definitivamente en Buenos Aires (por lo cual, su recepción en el momento de aparición

Para el caso de Santa Fe, a la obra de Lassaga de 1881, se sumaron varios escritos más, del mismo autor, quien en años siguientes continuó profundizando en la figura de su biografiado, no sólo para defenderlo en su persona sino en un claro proceso de identificación del héroe local con la historia provincial, como recurso para reivindicar el pasado santafesino por su contribución a la nacionalidad argentina.²⁸ La defensa de la autonomía provincial y el triunfo de la causa federal, los dos grandes reconocimientos que se le deben a López según Lassaga, eran en realidad, para este autor, principios que resumían las aspiraciones santafesinas: “El general López defendió los principios democráticos [...] Defendió la autonomía de la provincia, y haciendo triunfar la bandera que Santa Fe había puesto bajo el amparo de su espada victoriosa, hizo triunfar el dogma federativo en la república entera”²⁹. En la misma línea se ubicarían tiempo más tarde otros historiadores de la provincia, como José Luis Busaniche (1892-1959), autor de *Estanislao López y el federalismo del Litoral* (1927).

Estas sintonías, posibilitan plantear la hipótesis de la existencia de una estación historiográfica compartida por diversos espacios provinciales, en la que algunos letrados, que principiaban a autoperibirse como historiadores aun cuando no lo fueran en el sentido profesional del término, comenzaron desde las últimas décadas del siglo XIX a escribir relatos históricos en los que el denominador común era el rescate del pasado local unido a la exaltación de hombres y sucesos de ese pasado. Las motivaciones que los gestaron podían diferir. A veces, como en el caso de Corrientes, era la percepción de postergación histórica de una provincia que había quedado al margen del proyecto político y económico del ochenta, la que actuó como acicate para la elaboración de esos relatos, en los que buscaba mostrarse su papel central en procesos troncales de la historia argentina (QUIÑONEZ, 2012).

También podía ocurrir, tal como se dio en Córdoba, que fuera un momento coyuntural de crisis (el vinculado a la caída del presidente de origen cordobés, Miguel Juárez Celman, en 1890), el que disparara el sentimiento de pérdida de jerarquía urbana debido a la

fue considerablemente mayor) y, además, que en ella no se dedicó a reivindicar a un caudillo de la provincia de la que él era oriundo, sino a Facundo Quiroga, el caudillo de La Rioja. Para los alcances y aportes de esta obra dentro de la historiografía argentina: MICHELETTI, 2015.

28 No resulta exclusiva de la escritura del pasado santafesino la apelación a un héroe local para intentar un mayor reconocimiento de la historia provincial dentro del contexto nacional. Así lo hicieron también los historiadores correntinos, por ejemplo, que reivindicaron a su provincia como cuna de José de San Martín, en un afán por superar la postergación histórica de la que ésta había sido objeto. (LEONI; QUIÑÓNEZ, 2004, pp. 181-215)

29 ARCHIVO GENERAL DE LA PROVINCIA DE SANTA FE. Manuscritos de Ramón Lassaga (Agpsf-Mrl), Carpeta 6, Legajo 8: López. Su centenario y su estatua, 1886, p. 78.

reorientación hacia el Atlántico producida desde fines del siglo XVIII, pero a la vez, que originara una respuesta basada en la imagen de una ciudad que, por su carácter de antigua e importante encrucijada colonial, podía actuar de mediadora entre el país interior y Buenos Aires (AGÜERO, 2012). En otros casos, como en el santafesino, fue por el contrario la experiencia exitosa de incorporación al modelo agroexportador, la que pareció brindar motivos a los historiadores locales como Ramón Lassaga para mostrar que los aportes de la provincia a la nación en realidad se remontaban a décadas atrás, a pesar de que los mismos no hubieran sido recogidos por los grandes relatos nacionales. Por ello, al conmemorarse en 1886 en Santa Fe el centenario del nacimiento de Estanislao López, su biógrafo escribió a través de la prensa local, vinculando las glorias pasadas con los logros presentes:

Ha llegado la hora de la reparación con la era del progreso [...]. Se disipan las sombras, y la luz del progreso que de nuestro cielo las aparta, y que a la admiración del mundo descubre al *país del trigo* entregado afanoso al trabajo que ennoblece, impulsado por el anhelo de su engrandecimiento, obedeciendo a la Ley a que están fatalmente obligados pueblos como el nuestro inteligente, rico y laborioso, tiene también un rayo fúlgido que penetra en los cementerios y en los templos para alumbrar la tumba de nuestros benefactores³⁰.

En todo caso, y más allá de cuáles hayan podido ser los motivos que la generaron, lo que resulta claro es que para fines del siglo XIX en algunos espacios provinciales emergió una crítica a la forma en la que se había venido escribiendo hasta entonces la historia nacional, a la que se percibía con una fuerte impronta porteñocéntrica y desconocedora de las realidades y aportes realizados por el resto del país. En un párrafo bien significativo de otro de sus libros, *Tradiciones y recuerdos históricos* (1895), reflexionaba Ramón Lassaga:

La historia argentina no será nunca debidamente escrita mientras todas y cada una de las provincias que componen la República no tengan la propia historia de su origen y de su desarrollo, de la tendencia de sus sociedades, de las ideas políticas de los ciudadanos que las habitaron, de sus relaciones con los pueblos hermanos y de la influencia, más o menos decisiva, que hayan podido tener, como componentes del cuerpo nacional, en la vida de la República (LASSAGA, 1992, p. 16).

Una idea que fue retomada y ampliada por el mismo Lassaga tiempo después, en un escrito de 1909, en el que apuntó más explícitamente contra la historiografía porteña:

Escribir la Historia Argentina haciéndola arrancar de uno solo de los pueblos que forman la república, desarrollando las actividades nacionales de una sola colectividad provincial, sin más elementos de consulta que los que pudieron suministrar los mismos individuos que asistieron y que fueron factores en los

30 *Nueva Época*, Santa Fe, 24 de septiembre de 1886.

acontecimientos de su propia época, es exponerse a cometer un delito de lesa parcialidad. Eso no es, no puede ser historia! (AGPSF-MRL, s/d, p. 1-2).

Como puede advertirse, las reivindicaciones del caudillo federal Estanislao López y de la provincia de Santa Fe ensayadas por Ramón Lassaga encerraban, en definitiva, una tercera reivindicación: la de una historia hecha desde las provincias, que era presentada como la vía adecuada para acceder al verdadero conocimiento del pasado nacional.

Desde otras provincias, las voces de los historiadores locales dirigieron reclamos similares, como la enunciada por el correntino Hernán Gómez (LEONI, 2004). Por ello, el comprobar la existencia de esta vertiente reivindicatoria temprana, de origen provincial, alerta sobre los riesgos de construir una historia de la historiografía argentina centrada en Buenos Aires, a la vez que permite constatar dentro del país la presencia de tendencias y ritmos diferentes de producción historiográfica.³¹

Continuando con la revisión de la escritura de la historia santafesina, corresponde destacar que ya iniciado el siglo XX, se publicaron de manera más o menos contemporánea dos obras que resultaron fundantes para la historiografía provincial: la *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe. 1573-1853* (1907) de Manuel Cervera, y el *Ensayo sobre la historia de Santa Fe* (1910) de Juan Álvarez. Ambos autores eran abogados. Manuel Cervera (1863-1956) en realidad había nacido en Dolores, una localidad de la provincia de Buenos Aires, y era hijo de un comerciante español, pero de niño se radicó junto con su familia en Santa Fe, ciudad en la que se encontraba emparentado con algunos de los principales apellidos de la elite local³². De joven participó en la revolución radical de 1893, y más tarde se desempeñó como concejal e intendente municipal de Santa Fe, pero luego se distanció de la actividad político-partidaria y se incorporó al poder judicial de la provincia.

31 Hay que celebrar que en los últimos tiempos se han llevado adelante en la Argentina algunos emprendimientos editoriales que, tanto desde la Historia Cultural como desde la Historia de la Historiografía, han procurado poner en diálogo diversos espacios provinciales y regionales, con el objetivo de identificar tanto sintonías como peculiaridades, de modo de prestar mayor atención a la diversidad cultural, política e histórica de la nación argentina. Dentro de este registro pueden mencionarse las compilaciones de LAGUARDA; FIORUCCI, 2012; BREZZO; MICHELETTI; MOLINA, 2013, y SALOMÓN TARQUINI; LANZILLOTTA, 2016, el número temático dedicado a historiografías provinciales de la *Revista de la Escuela de Historia*, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Salta, Salta, N° 9, 2010; y el Dossier coordinado por Alejandro Eujanian para el Programa Buenos Aires de Historia Política Siglo XX: “El pasado de las provincias. Actores, prácticas e instituciones en la construcción de identidades y representaciones de los pasados provinciales en la Argentina entre la segunda mitad del XIX y la entreguerra”. Disponible en: <http://historiapolitica.com/>

32 Los Cervera estaban emparentados con los Candioti, que a su vez se enlazaban, entre otros, con los Leiva, los López, los Aldao, los Crespo y los Funes. (COUDANNES AGUIRRE, 2007)

Su *Historia* se destaca como la primera historia integral santafesina, no sólo por el amplio período cronológico que abarca, sino por su enfoque, que pretendía atender a los diversos aspectos económico, jurídico, político, moral y social del pasado. Juan Álvarez (1878-1954), en tanto, era hijo del español republicano Serafín Álvarez y perteneció a una familia que, aunque de reciente radicación en la Argentina, logró desarrollar pronto un importante capital intelectual (SONZOGNI; DALLA CORTE, 2000). Además de dedicarse a la escritura de la historia, Álvarez desarrolló una larga carrera en el poder judicial. Su *Ensayo*, inscripto en el momento científico de principios del siglo veinte, introdujo la interpretación económica de la historia de la provincia. Las mencionadas obras de Cervera y de Álvarez sentaron escuela sobre dos maneras diversas de abordar el pasado santafesino, hacia la época en que se configuraba en el país la llamada Nueva Escuela Histórica³³. En ambas obras, además, vuelve a advertirse el lugar relevante que los historiadores santafesinos buscaban atribuir a los sucesos de la provincia en el contexto de la historia nacional.

Con respecto a la clásica obra de Cervera, los siguientes párrafos sirven para testimoniar la centralidad que su autor le adjudicaba a la provincia de Santa Fe en la historia argentina, sin solución de continuidad, desde la época colonial, pasando por su rol clave en el período de la organización constitucional, y prolongándose en su adhesión exitosa al modelo económico agroexportador adoptado a fines del siglo XIX:

[...] el influjo que ha tenido esta provincia en el desarrollo de la Nacionalidad Argentina, es enorme. No solo sirvió en sus comienzos de antemural a los indígenas que podían invadir otras provincias limítrofes; no solo defendió las subsistencias de nuevas poblaciones al intercambio comercial de ellas, sirviendo de punto intermedio; no solo ayudó a la fundación y desarrollo de otras ciudades argentinas con toda clase de medios; sino que su influjo en la revolución de nuestra independencia y sucesos ulteriores, fue primordial y decisivo para nuestra organización política actual [...] El conocimiento de su historia, es [...] importante [...] para la historia general de la República, por su ingerencia inmediata, en todos los sucesos políticos y militares que se han desarrollado en nuestro país, y el valer actual, que su producción agrícola y ganadera, lleva al comercio universal y a las

33 En la Argentina se ha considerado como el primer grupo de historiadores profesionales –o más bien, como los responsables de crear la historiografía profesional en el país- a los integrantes de la llamada Nueva Escuela Histórica (Ricardo Levene, Emilio Ravignani, Diego Luis Molinari, Luis María Torres, Rómulo Carbia). La NEH se hizo visible hacia mediados de la segunda década del siglo XX, y dio un significativo impulso a los estudios históricos, teniendo su período de auge en las décadas de los años veinte y treinta. Sus miembros se proclamaron herederos de la tradición erudita iniciada por Bartolomé Mitre, hicieron del rigor metodológico la cuestión fundamental de la definición disciplinar, y respaldaron su tarea en un importante anclaje institucional. Para una profundización sobre sus características, alcances y aportes: NORA PAGANO Y MIGUEL ÁNGEL GALANTE, 1993.

fuerzas económicas, y al equilibrio comercial y político de la República (CERVERA, 1907, I, p. 33)

Otra de las cuestiones que resulta interesante analizar en la obra de Cervera de 1907 es que, a contrapelo de la difundida versión mitrista – desarrollada en la tercera edición de 1876/1877 de la *Historia de Belgrano y de la independencia argentina* – que había contribuido a establecer un relato de orígenes y a sustentar el mito de una nación argentina preexistente al proceso emancipador iniciado en Mayo de 1810 (DEVOTO, 2008), el historiador santafesino sostenía la existencia de verdaderas “ciudades Repúblicas del Río de la Plata”, que se manejaban con marcada autonomía bajo el período de la dominación hispana, en las que ya se encontraba encarnada la idea de federación, y en donde “el asiento de cada Gobernación o Cabildo Colonial dio lugar después de la guerra de la independencia a la creación de un Estado” (CERVERA, 1907, II, p. 332-333).

Estas ideas de Cervera fueron volcadas por su autor, años más tarde, en el capítulo que compuso para la *Historia de la Nación Argentina; desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862*, obra monumental distribuida en diez volúmenes y catorce tomos, publicada por la Academia Nacional de la Historia entre 1936 y 1950. Esta obra precisamente procuraba zanjar, por voluntad de su director y presidente de la institución editora, Ricardo Levene, la inexistencia de una auténtica historia nacional general (BREZZO; MICHELETTI; MOLINA, 2013).

Levene fundamentó la obra en la idea de que la “proporción del todo y las partes integran el moderno concepto de la historia de la Nación y las Provincias, indisolublemente unidas, dando por concluida aquella etapa de la historiografía en la que se escribía una historia argentina desde Buenos Aires y para Buenos Aires” (LEVENE, 1938, p. 4). De alguna manera, la institución que recogía la tradición mitrista³⁴ reconocía formalmente y ya avanzado el siglo XX, que hasta ese momento habían sido infructuosos los intentos por superar una visión de la historia argentina que desde sus inicios había sido escrita y concebida desde Buenos Aires.

Para componer los capítulos dedicados a las historias de las provincias fueron convocados veinticuatro autores, en su mayoría abogados, hombres representativos de los

34 La Junta de Historia y Numismática Americana, convertida en 1938 en Academia Nacional de la Historia, había sido fundada por Bartolomé Mitre y algunos otros eruditos hacia 1893, y Mitre fue su primer presidente, hasta su fallecimiento en 1906 (ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA, 1995).

estudios históricos en cada una de ellas. Pero a pesar de la voluntad de Levene, el resultado no fue del todo satisfactorio, ya que en la práctica resultó difícil lograr la integración del todo y las partes, y las historias de las provincias fueron incorporadas por separado, reunidas en dos volúmenes finales, a manera de “apéndice” (QUIÑONEZ, 2009, p. 10).

En lo que respecta a los dos capítulos dedicados a Santa Fe, el primero, como queda dicho, fue encargado a Manuel Cervera, y cubrió el período 1810-1820. En él, su autor insistía en la tesis de la desaparición –revolución de 1810 mediante – del vínculo jurídico y político que había ligado a los territorios que habían integrado el Virreinato del Río de la Plata y resaltaba la entidad de la “Ciudad Provincia”, es decir, la fuerza autoritativa de las ciudades, con límites jurisdiccionales propios, núcleos de las futuras provincias.

A partir de esas ideas presentaba a la Revolución de Mayo como un episodio “local” de Buenos Aires, y estudiaba la tensión planteada a raíz de las tendencias centralistas de los gobiernos que desde allí habían pretendido imponer “la división jurisdiccional de un virreinato ya desaparecido, desconociéndose a los pueblos como provincias”, y ocasionando, con sus desaciertos, la guerra civil. En ese contexto de desunión, Cervera destacaba el rol clave de Santa Fe, al punto de considerar a ese territorio como el “eje histórico de los sucesos internos que se produjeron en el país después de 1810” (CERVERA, 1941, p. 12).

Con este tema se entroncaba el segundo capítulo dedicado a Santa Fe en el volumen IX de la *Historia de la Nación Argentina*, en el que José Luis Busaniche se ocupaba de analizar el período 1819-1862. Este capítulo, así como el libro ya citado *Estanislaio López y el federalismo del Litoral*, y las obras *Artigas en los orígenes autonómicos de Santa Fe* (1930) y *Formación histórica del Pacto Federal* (1931) muestran la preferencia de Busaniche por historiar el período de las guerras civiles y por destacar la participación santafesina en el proceso constitutivo del sistema federal argentino.

En esta línea, Busaniche continuaba la tradición historiográfica iniciada por su tío Ramón Lassaga³⁵, y a la vez entraba en sintonía con uno de los principales referentes de la Nueva Escuela Histórica, Emilio Ravignani, quien, en el contexto de las nuevas líneas interpretativas que venían desarrollándose en el país desde principios del siglo XX, había

35 José Luis Busaniche formó parte de una familia de historiadores, a la que también pertenecieron Julio A. Busaniche y José Carmelo Busaniche. Además, los Busaniche mantenían parentesco con los Iriondo y los Lassaga (estirpe ésta también de historiadores), y a través de ellos, con los Crespo, los Candiotti, los Cullen y los Funes, todos apellidos pertenecientes a las principales familias santafesinas (COUDANNES AGUIRRE, 2007).

encontrado compatibles las ideas de autonomía provincial y unidad nacional de los caudillos, y los había ubicado en la génesis del sistema constitucional argentino (BUCHBINDER, 2005, p. 43-46).

En su capítulo, Busaniche (1941) hacía descansar, en el régimen de pactos interprovinciales, la base de la organización nacional, y destacaba el rol protagónico ejercido por Santa Fe en la firma de esos pactos. Más allá de la lucha facciosa entre unitarios y federales, se atendía al proceso de institucionalización del poder durante la primera mitad del siglo XIX, hasta cristalizar en 1853 en la sanción de una constitución y en la organización de un Estado nacional, y se resaltaba el papel desempeñado en ese proceso por el caudillo santafesino, Estanislao López.

En síntesis, las contribuciones de Cervera y Busaniche –así como las de los autores de otras provincias- en la *Historia de la Nación Argentina* resultan relevantes, sobre todo, por la transferencia que se produce de sus planteos – que desde hacía décadas venían desarrollándose en el plano de la historiografía santafesina, de circulación reducida y en general circunscripta a los límites de la provincia –, hacia un ámbito prestigioso y de alcance nacional como lo era la Academia y por su aceptación por parte del director de la obra colectiva para su inclusión en una interpretación de la historia argentina que pretendía erigirse en hegemónica y superar, sobre mediados del siglo XX, a los grandes relatos nacionales decimonónicos. Como contrapartida, puede argüirse que los dos tomos dedicados a las historias provinciales no consiguieron una integración armónica con el resto de la obra, ni tampoco suscitaron un impacto historiográfico realmente significativo.

Espacios de sociabilidad intelectual e intercambio historiográfico

Una vez presentados los principales autores, obras y tópicos que sirvieron de sustento al surgimiento y configuración de una historiografía santafesina, entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX, conviene ahora detener la mirada en los espacios de sociabilidad intelectual que favorecieron y, a la vez, resultaron fruto, de ese despertar historiográfico.

La segunda mitad del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX fueron escenario en la Argentina de un verdadero auge asociativo, que se proyectó en la creación de variadas asociaciones de carácter político, social, étnico o cultural³⁶.

En el caso de la provincia de Santa Fe, en forma paralela al surgimiento de una escritura de la historia de carácter erudito, se fueron conformando desde fines del siglo XIX espacios de sociabilidad intelectual e intercambio historiográfico, alimentados en gran medida por la existencia de vínculos interpersonales previos, y que derivaron en la formación de asociaciones y centros literarios y de estudio, círculos y ateneos, comisiones oficiales y conmemorativas, y proyectos y emprendimientos editoriales, en un muy lento proceso hacia formas de institucionalización del saber histórico que recién en el siglo XX alcanzarían rasgos más definidos. Este movimiento intelectual, además, se desarrolló como un fenómeno típicamente urbano³⁷, con dos polos principales en la provincia.

En la ciudad capital de Santa Fe y centro de la actividad política provincial, el principal foco de actividad intelectual se concentraba a fines del siglo XIX en el Colegio de la Inmaculada Concepción de los sacerdotes jesuitas, a cuyas aulas concurrían (desde que había quedado restablecido en 1862, luego de la expulsión de 1767) los jóvenes de las principales familias santafesinas. Los actos literarios que se celebraban en el colegio cobraban especial relevancia en el seno de una sociedad pequeña y tradicional. En 1881, la Academia de Literatura del Colegio, que por ese entonces era presidida por Ramón Lassaga, publicó la obra *Trabajos literarios de la Academia de Literatura establecida en el Colegio de la Inmaculada de Santa Fe*, que reunía las composiciones de quienes, con el tiempo, estarían llamados a ocupar un importante lugar en la política provincial³⁸.

Era en el mismo establecimiento, además, en donde funcionaba la Facultad de Jurisprudencia, creada por el gobierno en 1868 e inaugurada al año siguiente. Al desatarse en 1885 un conflicto religioso con el ministro de Instrucción Pública de la Nación, Eduardo

36 Como indica Paula Bruno, la historiografía se ha dedicado a su estudio en los últimos años con un creciente interés aunque, para el caso particular de las sociabilidades culturales, puede advertirse un área de vacancia, que contrasta con la difusión que lograron por aquel entonces (SÁBATO, 2008, p. 387-411; BRUNO, 2012).

37 Ángel Rama es quien se ha detenido de manera particular a analizar la relación existente entre los intelectuales latinoamericanos y el mundo urbano (RAMA, 1998).

38 El primer tomo incluía ensayos de Eusebio de León, Gregorio Romero, Jacinto Viñas, Genaro Silva, Celestino Pera, Leonidas Anadón, Tomás Cullen, Ramón Lassaga, Zenón Martínez, Lorenzo Anadón, Mariano Soler y José Gálvez (FURLONG, 1962, p. 307 y 316). Todos ellos ocuparon, con los años, funciones principales en los ámbitos político, administrativo, judicial, educacional y/o eclesiástico de la provincia.

Wilde, debido a las medidas de carácter laicista impulsadas durante la década del ochenta por el gobierno nacional, el Colegio se vio obligado a cerrar, mientras que la Facultad siguió funcionando en sus instalaciones, pero sin la dirección de los jesuitas. En 1889, finalmente, fue fundada la Universidad de Santa Fe, por iniciativa del gobernador José Gálvez, quien también logró la reapertura del Colegio y la nacionalización de sus títulos. En las aulas de la Facultad de Jurisprudencia y de la posterior Universidad de Santa Fe (que en 1919 se transformó en la Universidad Nacional del Litoral) estudiaron abogacía varios de los que en la provincia se dedicaron a la escritura de la Historia, como Ramón Lassaga, José Luis Busaniche y José María Funes.

Manuel Cervera, en cambio, aunque cursó sus estudios secundarios en el Colegio de la Inmaculada, luego se recibió de abogado en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, casa de altos estudios preferida también por algunos jóvenes de la provincia de origen rosarino, como Estanislao Zeballos, David Peña y Juan Álvarez.

En la ciudad de Rosario – importante polo económico-comercial de la provincia-, existía desde 1874 el Colegio Nacional para los estudios secundarios, y a él concurrieron, entre otros, David Peña y Juan Álvarez. Esta ciudad contó durante la segunda mitad del siglo XIX con variadas sociedades literarias y culturales que, aunque en general de vida breve, evidenciaban las inquietudes de su sociedad. Entre ellas se puede citar a la Sociedad Estímulo Literario, la Sociedad Pedagógica, la Sociedad Literaria Mayo, la Sociedad Científico-Literaria Alberdi, la Sociedad Literaria Progreso, el Centro Jurídico Literario, el Centro Literario, el Club de Gimnasia y Esgrima, la Sociedad Cervantes, el Centro Unión Estudiantes y el Ateneo de Rosario (MIKIELIEVICH, 1983, p. 52-55; GSCHWIND, 1946).

Con respecto a los contactos mantenidos con espacios de sociabilidad intelectual ubicados fuera de la provincia, hay que destacar que entre los últimos años del siglo XIX y los primeros años del siglo XX algunos letrados santafesinos se fueron incorporando, como miembros de número (tal, el caso de Carrasco, Zeballos y Peña) o como miembros correspondientes (Lassaga), a la Junta de Historia y Numismática Americana, constituida en Buenos Aires hacia 1893. Esto permite plantear la existencia, ya para esta fase historiográfica temprana, de un incipiente proceso de institucionalización entre los santafesinos que se dedicaban a la escritura de la historia, el que venía acompañado de una embrionaria toma de conciencia del rol de “historiador”.

Los objetivos de la Junta consistían en “fomentar los estudios que su nombre indica y establecer relaciones entre las personas que se ocupan de ellos dentro o fuera del país”³⁹. Por ello, al contemplar desde los primeros tiempos una doble categoría para sus miembros, un conjunto de historiadores residentes en las provincias pudo integrarla en calidad de correspondientes. La posibilidad de formar parte de esta institución (que fue transformada en 1938 en Academia) se volvió condición y, a la vez, fuente de prestigio, y los santafesinos que a lo largo de los años llegaron a integrarla vieron crecer su capital intelectual dentro de los círculos culturales de la propia provincia.

Además, la membresía de Ramón Lassaga y de David Peña revela que la Junta, si bien tributaria de la tradición historiográfica liberal mitrista, acogió desde sus primeros tiempos a historiadores que en mayor o menor medida pusieron a ésta en cuestión, al exaltar en sus escritos la figura de los caudillos provinciales decimonónicos (MICHELETTI, 2013a).

El afán conmemorativo experimentado en la Argentina entre fines del siglo XIX y principios del XX, asimismo, dio lugar a una serie de comisiones de homenaje y actos celebratorios que en la provincia tuvieron una de sus expresiones más acabadas en los festejos de 1886 por el centenario del nacimiento de Estanislao López. Su preparación contó con la participación destacada de David Peña y de Ramón Lassaga, y con el apoyo decidido del gobierno de José Gálvez, y persiguió el objetivo principal de restituir la memoria del héroe provincial, a través de un acto de reparación, gratitud y justicia, pero también el de exaltar los progresos de orden socioeconómico logrados por la provincia y de brindar un marco festivo al inicio de la gestión galvista.

Cabe advertir que a pesar de la voluntad de darle un alcance nacional a los actos, éstos no lograron suscitar mayores repercusiones en el resto del país (MICHELETTI, 2013c). Algunas décadas más tarde, en 1938, tendría lugar la conmemoración de los cien años del fallecimiento del caudillo, y en esa oportunidad sí, la participación del presidente de la Academia Nacional de la Historia, Ricardo Levene, contribuyó a ubicar al evento dentro de la agenda historiográfica nacional (TEDESCHI, 2004).

A la par, se fue desarrollando en el país durante el siglo XIX un importante género periodístico, que se transformó en un factor dinámico de los procesos políticos, sociales y culturales. La prensa se convirtió en un vehículo para la comunicación, el debate y la

39 *Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana (BJHNA)*, vol. III, 1926, p. 232.

polémica, y posibilitó el surgimiento de periódicos de interés general, junto a otros satíricos y de caricaturas, literarios, confesionales, de intereses económicos y comerciales, étnicos, y revistas orientadas a la educación.

Entre las revistas culturales dedicadas al estudio de la historia que se fundaron por esos años en la provincia de Santa Fe, se destacan sobre todo dos, por sus objetivos, el prestigio de sus iniciadores y la calidad de sus contribuciones. Ellas fueron *Revista Argentina. Historia Americana, Literatura, Legislación, Jurisprudencia y Administración* (Rosario, 1891), dirigida por David Peña, y *Vida Intelectual. Literatura, Derecho, Ciencias* (Santa Fe, 1904-1906), que tuvo por directores a Ramón Lassaga, Ramón Doldán y Julio A. Busaniche, y por secretario a Gustavo Martínez Zuviría.

Ambas sirvieron para crear espacios de participación e intercambio a nivel provincial, nacional y, aun, internacional, coadyuvando a la conformación de redes intelectuales y posibilitando una forma de sociabilidad a distancia (MICHELETTI, 2009). Con *Revista Argentina*, David Peña se proponía “dar a las provincias argentinas un órgano especial que sirva a contener la historia y vida de cada una, incorporando todas al movimiento intelectual de la capital de la República”, así como establecer “comercio de pensamientos con las demás naciones de la América”⁴⁰.

Y aunque finalmente la mayor parte de sus colaboradores fueron de procedencia santafesina y mantenían entre sí vínculos privados previos, en las páginas de *Revista Argentina* pueden encontrarse algunas contribuciones de autores de otras provincias argentinas y también de latinoamericanos⁴¹. *Vida Intelectual*, en tanto, seguía de cerca a algunos antecedentes prestigiosos que habían compartido el interés por la Historia, la Literatura y el Derecho, como *La Revista de Buenos Aires* (1863-1871), fundada por Vicente Gil Quesada y Miguel Navarro Viola, y la *Revista Argentina* (1868-1872), dirigida por José Manuel Estrada, así como a la afamada *Revista de Derecho, Historia y Letras* (1898-1923), que era dirigida contemporáneamente en Buenos Aires por el rosarino Estanislao Zeballos.

En *Vida Intelectual*, la participación de autores con actuación en la vida política y cultural santafesina se combinó con un elenco más variado de escritores, de tendencias y

40 Prospecto. En: *Revista Argentina*, n. 1, Rosario, junio de 1891, p. 3-4.

41 *Revista Argentina* alberga colaboraciones del uruguayo Samuel Blixén, del colombiano Juan B. Echeverría y de los ecuatorianos Roberto Andrade y Tomás Moncayo Avellán.

procedencias diversas⁴². Aunque de existencia breve, estas dos revistas santafesinas significaron un impulso al movimiento historiográfico provincial, al publicar y difundir documentos, divulgar estudios históricos que proveían representaciones sobre el pasado local y nacional, y poner en contacto a los letrados de la provincia con los de otras regiones y países.

También se produjeron en Santa Fe, durante esa época, algunas visitas culturales de intelectuales destacados. Entre ellas, cabe resaltar la del historiador español Rafael Altamira en 1909, en el marco de su viaje a la Argentina, enviado por la Universidad de Oviedo para dictar en la Universidad de La Plata un curso de Metodología de la Historia (PRADO, 2004). Aunque el paso de Altamira por Santa Fe fue fugaz, y se limitó al dictado el día 23 de agosto de una conferencia sobre los “Ideales universitarios” en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Santa Fe, y a una disertación sobre cuestiones pedagógicas en la ciudad de Rosario en el mes de septiembre, su presencia en Argentina parece haber facilitado el inicio de algunos contactos epistolares con intelectuales santafesinos. Se conservan, por ejemplo, sendas cartas de Manuel Cervera y de Juan Álvarez, remitiéndole a Altamira sus respectivas historias sobre Santa Fe de reciente publicación⁴³.

Con respecto a estos dos autores que construyeron sus relatos sobre el pasado provincial a principios del siglo XX, aunque no aún profesionales de la historia, se puede sostener que contribuyeron a afianzar y desarrollar el “oficio” de historiador, siendo socialmente percibidos como tales, y ambos se constituyeron en los principales referentes de la disciplina dentro de sus respectivas ciudades (Santa Fe, en el caso de Cervera, y Rosario, en el de Álvarez), al punto de que hasta el día de hoy son recordados como las figuras señeras en el estudio del pasado local y provincial.

En 1915 Juan Álvarez (enterreriano radicado desde niño en Rosario) fue incorporado como miembro correspondiente por Santa Fe a la Junta de Historia y Numismática

42 Entre los autores extranjeros que publicaron en *Vida Intelectual* se puede consignar al boliviano Alcides Arguedas, los uruguayos F. Acosta y Lara y Casiano Monegal, el nicaragüense Rubén Darío y un conjunto de escritores españoles como Antonio de Valbuena, Ramiro Blanco, José Fernández Bremón, Modesto Hernández Villaescusa, Eladio de Lezama y José Zahonero, entre otros.

43 Carta de Manuel de Cervera a Rafael Altamira, Santa Fe, 12 de agosto de 1909. En: *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. Alicante, 2012. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcv98t9> Con respecto a la carta enviada por Juan Álvarez, data de abril de 1910, es decir, una vez que Altamira ya se encontraba otra vez de regreso en España, y es dada a conocer por Gustavo Prado. En ella, el historiador rosarino, que había conocido a Altamira en Buenos Aires, le pedía al español un juicio, para saber si iba por buen camino en sus investigaciones. (PRADO, 2004, pp. 909-910)

Americana, en el marco de una iniciativa que desde la institución promovió ese año el nombramiento de miembros en las provincias. La incorporación de correspondientes fue presentada entonces como una revalorización de los historiadores provinciales, que trabajaban en el aislamiento y con escasos recursos, y como un estímulo y una manera de difundir investigaciones que de lo contrario quedaban inéditas o perdidas en publicaciones de escasa circulación⁴⁴.

Sin embargo, Juan Álvarez, autor – además del *Ensayo de Orígenes de la música argentina* (1908) y de *Estudio sobre las guerras civiles argentinas* (1914) – y con una concepción de la Historia en la que se adjudicaba un rol fundamental al factor económico, poseía una producción conocida y estimada en Buenos Aires, que superaba los límites de la crónica regional. El nombramiento como correspondiente de Manuel Cervera – principal figura de la historiografía provincial – llegó en cambio un poco más tarde, en 1925, conjuntamente con el de Félix Barreto, en el contexto de una nueva oleada de incorporaciones de historiadores provinciales.

Estos dos últimos nombramientos tuvieron el valor de incorporar a la Junta a historiadores cuya obra se concentraba en el estudio del pasado de Santa Fe y cuyo desempeño público era eminentemente santafesino. Cervera y Barreto significaban la continuación, en este sentido, de Ramón Lassaga –ya fallecido-, y su designación implicaba un reconocimiento externo a una producción que hasta entonces había sido sobre todo leída y valorada dentro de los límites provinciales.

Juan Álvarez y Manuel Cervera jugaron un papel central, algunos años más tarde, al iniciarse el proceso de institucionalización de la Historia en su provincia, a través de la constitución en 1929 de una Filial de la Junta de Historia y Numismática Americana en Rosario, bajo la presidencia de Álvarez, y de la conformación en 1935 en la ciudad de Santa Fe, en torno de Cervera, del Centro de Estudios Históricos (transformado al año siguiente en Junta de Estudios Históricos, y en 1942, en Junta Provincial de Estudios Históricos).

En 1926, con el objetivo de aumentar su proyección hacia el interior del país, la JHNA había tomado la decisión de crear Juntas filiales. A partir de esa iniciativa, en 1928 quedó constituida la Junta Filial de Córdoba, y en 1929, la de Rosario. Ésta se encontraba

44 *BJHNA*, vol. VI, 1929, p. 295. Dentro de esta ola de incorporaciones, fueron nombrados correspondientes, entre 1915 y 1916, Bernardo Frías (por Salta), y Martín Ruiz Moreno y Benigno Tejeiro Martínez (por Entre Ríos), exponentes los tres de la línea reivindicatoria de los caudillos locales.

integrada por Álvarez, como presidente, Nicolás Amuchástegui, como secretario, y por Antonio Cafferata, Julio Marc, Calixto Lassaga y Francisco Santillán⁴⁵.

En el acto de instalación de la Filial, Juan Álvarez se hizo portavoz de un discurso localista, y en parte decadentista, que resaltó los aportes hechos por Rosario a la nación en el pasado, e instó a los historiadores lugareños a complementar o brindar visiones alternativas a las versiones de la historia en circulación⁴⁶. Como puede advertirse, Álvarez pretendía mover el eje reivindicatorio de Santa Fe a la ciudad de Rosario en particular, ya que entendía que tanto la política nacional, como la provincial, habían conspirado contra el desarrollo de la localidad sureña.

Con su discurso, Álvarez estaba preanunciando así algunos postulados de la que se convertiría en su obra principal, la *Historia de Rosario* (1943). Ésta fijó el mito de una ciudad hija de su propio esfuerzo, que creció de manera admirable sin favores estatales de ningún tipo y sólo gracias al genio emprendedor de sus habitantes (GLÜCK, 2015, p. 271-305). La preocupación por lo local fue el sello distintivo de la Filial, junto con el afán por subrayar el concurso prestado a la nación por la urbe y su región.

Entre sus primeras iniciativas, por ejemplo, sus miembros consideraron la organización de un Archivo Histórico en Rosario y de un Museo Sanmartiniano en San Lorenzo (que por el momento no se concretó), y también procuraron involucrar a la JHNA en la erección de un monumento que conmemorara la creación de la bandera en Rosario (el que sólo se materializaría décadas más tarde). Se organizaron ciclos de conferencias y se llevó adelante un plan de publicaciones, tanto de fuentes inéditas, como de las conferencias y trabajos de los miembros de la institución.

En tanto, el círculo que dio nacimiento el 8 de junio de 1935 en Santa Fe al Centro de Estudios Históricos estaba conformado por Manuel Cervera, José María Funes, Clementino Paredes y Salvador Dana Montaña (abogados), Ángel Caballero Martín (médico) y Félix

45 En 1932 fue nombrado para integrar la Filial el militar Federico Zeballos –hermano de Estanislao– y en 1936 fueron incorporados Juan Jorge Gschwind y Faustino Infante. Entre los nombrados había hombres con fuertes vinculaciones políticas y sociales, como Marc, Zeballos o Cafferata. Todos eran abogados, a excepción del pedagogo Santillán, del publicista Gschwind y de F. Zeballos, y la mayoría ocupó cargos públicos municipales y provinciales. Varios participaron en la creación de instituciones destinadas a preservar la cultura y la memoria rosarinas. Amuchástegui y Cafferata integraron la Comisión Municipal de Bellas Artes (1917), y el primero fue quien organizó el Museo Municipal de Bellas Artes “Juan B. Castagnino” (1937). Julio Marc, coleccionista numismático y docente, fue el fundador del Museo Histórico Provincial de Rosario (1939), que lleva su nombre. 46 *BJHNA*, vol. VI, p. 333.

Barreto (director del Archivo Histórico de la Provincia, sin formación universitaria). En años siguientes se fueron incorporando a la institución devenida en Junta otros miembros, como Julio A. Busaniche, Eduardo Carasa, Alfonso Durán, Nicolás Fasolino, Rodolfo Reyna, Armando Antille, Nicanor Molinas, José Carmelo Busaniche, Raúl Carvajal, José María Rosa, Raúl Ruiz y Ruiz, y los gobernadores Manuel María de Iriondo y Joaquín Argonz como miembros honorarios.

La Junta se convirtió al poco tiempo de su fundación en ente asesor de los poderes del Estado provincial, y en sus Estatutos fijó los siguientes objetivos: fomentar la investigación y crítica de la historia; difundir los estudios históricos en general y en particular; y establecer y mantener relaciones con las instituciones y personas que se dediquen a los estudios históricos (DAMIANOVICH, 2007). Organizada con una estructura similar a la JHNA⁴⁷, y en sintonía con los presupuestos metodológicos y temáticos desarrollados por la Nueva Escuela Histórica, los contactos entre ambas instituciones fueron fluidos, lo mismo que los vínculos entre la Junta y el gobierno provincial (en manos de los conservadores antipersonalistas Manuel María de Iriondo y Joaquín Argonz entre 1937 y 1943⁴⁸). Para difundir sus actividades y divulgar documentos y trabajos de investigación histórica, la Junta dio inicio a la publicación de una *Revista*.

Por esos años se iban constituyendo Juntas similares en diversas provincias, y el objetivo de la JHNA de incrementar los nexos con los espacios provinciales de producción historiográfica se puso de manifiesto en el respaldo que le otorgó esta institución al Congreso de Historia de Cuyo (1937), organizado por la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, y del cual Levene tomó la idea de realizar cada tres años los Congresos de Historia regional y nacional. Un año más tarde, las Jornadas de Estudios Históricos organizadas en Santa Fe para homenajear a Estanislao López recibieron delegaciones de gobiernos provinciales, universidades e instituciones de diversos puntos del país, y de la ya para entonces Academia Nacional de la Historia.

47 En sus Bases Constitutivas, el Centro de Estudios Históricos de Santa Fe (posteriormente Junta de Estudios Históricos de Santa Fe) establecía que: “En lo que estas bases no establecen, deberá estarse a lo dispuesto por el Reglamento de la Junta de Historia y Numismática Americana.” *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Santa Fe*, Nº 1, Santa Fe, 9 de julio de 1936, p. 9.

48 La Unión Cívica Radical de Santa Fe adscribió durante esos años al Radicalismo Antipersonalista, que había surgido en la década del veinte a nivel nacional enfrentándose al radicalismo yrigoyenista o personalista liderado por Hipólito Yrigoyen. En la década del treinta, el Antipersonalismo formó parte de la Concordancia, que significó la vuelta al gobierno nacional de los sectores conservadores, luego del interregno radical (1916-1930).

En el contexto de estos homenajes tributados a Estanislao López, además, fue creado en junio de 1938 en Santa Fe el Instituto Argentino de Estudios Federalistas, como expresión del movimiento revisionista que a partir de la publicación de *Argentina y el imperialismo británico* (1934) de los hermanos Julio y Rodolfo Irazusta, había cobrado gran vitalidad en la historiografía argentina. El llamado revisionismo histórico argentino promocionaba una contrahistoria, al denunciar a la “historia oficial” que desde el siglo XIX había construido la historiografía liberal, si bien se conformó como un amplio movimiento que albergó a intelectuales de variados posicionamientos ideológicos a lo largo de varias décadas (CATTARUZZA, 2003).

En su vertiente nacionalista, hispanista y católica, contó en Santa Fe con algunos exponentes destacados. El mencionado Instituto, que se encontraba integrado por los santafesinos Félix Barreto, José María Funes, José María Rosa y el presbítero Alfonso Durán, a la vez que por algunos pocos historiadores de otras provincias, pronto entroncó con el Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, creado en el mes de agosto en Buenos Aires. En marzo de 1939 se reorganizó con el nombre de Instituto de Estudios Federalistas, bajo la presidencia de Alfredo Bello, y quedando integrado exclusivamente por santafesinos: José María Rosa, Alfonso Durán, Clementino Paredes, José María Funes, Félix Barreto, Luis Alberto Candiotti y Raúl Ruiz y Ruiz, entre otros. Además, a partir de mayo de 1939 el Instituto contó con un *Boletín*.

Entre los matices que lo distinguían de su par porteño, puede señalarse el que, junto a la recuperación de la figura de Rosas, el Instituto de Estudios Federalistas pretendía mantener un perfil más amplio, que respondiera mejor a la propia tradición provincial. Luego de una trayectoria agitada por las polémicas que sus miembros a menudo mantuvieron con historiadores adscriptos a la tradición liberal, el Instituto fue disuelto en 1943 (COUDANNES, 2009; 2010).

Cerrando el ciclo de institucionalización de la Historia que tuvo lugar en la provincia a partir de 1929, se produjo en julio de 1940 la fundación del Departamento de Estudios Etnográficos y Coloniales, como repartición de carácter oficial. Bajo la dirección de Agustín Zapata Gollán (1895-1986) –sobrino de Floriano Zapata- este Departamento se abocó al estudio del parque arqueológico de Cayastá o Santa Fe la Vieja, y se especializó en temas del período colonial y del acervo patrimonial. En 1945 se publicó el primer número de su *Boletín*.

También hay que reconocer que varios de los historiadores provinciales, en algún momento de sus vidas terminaron recalando y fijando su residencia en Buenos Aires, debido a la posibilidad de ocupar algún cargo en la administración nacional, y en búsqueda de mejores horizontes políticos y culturales. Así ocurrió ya desde fines del siglo XIX con Estanislao Zeballos⁴⁹, David Peña⁵⁰ y Gabriel Carrasco⁵¹, que poco a poco dejaron de ser percibidos como provincianos y tanto su figura como sus temas de estudio se fueron volviendo más “nacionales”. Su incorporación a la JHNA como miembros de número se debió, precisamente, a su permanencia física en la ciudad de Buenos Aires, en cuya Universidad se desempeñaron Zeballos y Peña como profesores. Lo mismo ocurrió, más adelante, con los rosarinos Rodolfo Rivarola⁵² y Juan Álvarez (incorporados a la Junta como miembros de número en 1916 y 1935, respectivamente).

José Luis Busaniche (que había sido nombrado correspondiente por Santa Fe en 1929) se radicó en Buenos Aires en 1938, fue nombrado secretario de la Comisión Nacional de Monumentos y Lugares Históricos, y se desempeñó como profesor de Historia Argentina en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, vinculándose a su Instituto de Investigaciones Históricas (dirigido por Emilio Ravignani).

Con respecto a los representantes de la Iglesia de origen santafesino que se dedicaron a la escritura de la historia durante esos años, y cuya labor fue reconocida a través de la incorporación a las instituciones existentes, puede mencionarse al sacerdote jesuita Guillermo Furlong, designado en 1936 correspondiente de la JHNA, y elevado en 1938 a la categoría de académico de número. Furlong fue un historiador erudito que se abocó al estudio de la historia social y cultural del Río de la Plata, preferentemente del período colonial y de la orden jesuítica en particular, y realizó importantes aportes en geografía histórica. En el plano

49 Estanislao Zeballos fue un destacado político e intelectual, radicado en Buenos Aires desde sus años juveniles. Fue diputado, convencional constituyente y ministro de Relaciones Exteriores y de Justicia e Instrucción Pública de la Nación. Fundó y dirigió la afamada *Revista de Derecho, Historia y Letras* (1898-1923).

50 David Peña fue abogado, periodista, historiador y autor dramático. Radicado definitivamente en Buenos Aires a fines del siglo XIX, fue profesor de las Universidades de Buenos Aires y La Plata, y secretario de la Comisión Nacional del Centenario. En Buenos Aires fundó el Ateneo Nacional y la revista *Atlántida* (1911-1914).

51 Gabriel Carrasco, luego de desempeñar diversos cargos en Rosario y Santa Fe, fue durante los últimos años de su vida director de la Oficina Demográfica Argentina y del *Boletín Demográfico Argentino*. Su obra, entre libros y opúsculos, supera el centenar de títulos.

52 Reconocido jurista y profesor universitario, Rodolfo Rivarola fundó la *Revista de la Universidad de Buenos Aires*, la *Revista Argentina de Ciencias Políticas*, y la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas.

de la historiografía local se destacó el arzobispo Nicolás Fasolino, quien integró la Junta de Estudios Históricos de Santa Fe desde sus primeros tiempos.

En cuanto a la etapa de profesionalización propiamente dicha, en la provincia de Santa Fe fue bastante tardía, si se compara con la manera en que se desarrolló en las ciudades de Buenos Aires y La Plata, gracias al impulso que le dieron allí los hombres de la Nueva Escuela Histórica desde el Instituto de Investigaciones Históricas (1921)⁵³ de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Buenos Aires, así como desde la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional de La Plata (de la que Ricardo Levene fue decano en la década del veinte).

En el ámbito de la provincia de Santa Fe se creó en 1920 la Facultad de Ciencias Económicas y Educativas de la Universidad Nacional del Litoral, que contó con un Profesorado de Historia y Geografía, pero las disputas internas, entremezcladas con la política provincial, conspiraron en contra del fortalecimiento de la Facultad, que resultó intervenida en 1928 y suprimida poco después. La formación universitaria en Historia recibió un impulso decisivo recién a partir de la creación en 1947 en Rosario de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias de la Educación, dependiente de la Universidad Nacional del Litoral, en donde por primera vez quedó organizada la Carrera de Historia dentro del territorio provincial. En 1951 comenzó a funcionar allí el Instituto de Investigaciones Históricas, y dos años después se publicó el primer número de su *Anuario*, al que se le dio continuidad a partir del número 2, de 1957. (HOURCADE, 1994) En la dirección del Instituto se sucedieron, en sus primeros tiempos, el polaco Boleslao Lewin, el uruguayo Gustavo Beyhaut y el español Nicolás Sánchez Albornoz – hijo de Don Claudio. Los años finales de la década del cincuenta fueron en Rosario, además, los tiempos del decanato de un muy joven Tulio Halperín Donghi (1926-2014), historiador que se convertiría en uno de los principales representantes de la renovación historiográfica en la Argentina.

Consideraciones finales

A través de una exploración por los cien años comprendidos entre mediados del siglo XIX y mediados del siglo XX, y tomando como objeto de estudio el caso de la provincia de Santa Fe, este artículo ha procurado dar cuenta de alguno de los modos en que se fueron

53 Este Instituto, dirigido por Emilio Ravignani, se estableció sobre la base de la Sección de Historia de la Facultad (1905), y de él formaron parte destacados historiadores, como Luis María Torres y Carlos Correa Luna (POMPERT DE VALENZUELA, 1995, p. 252-260).

configurando los campos historiográficos provinciales en la Argentina, de manera paralela entre sí y en correspondencia, pero también con discordancias, con el campo historiográfico nacional. Las mayores tensiones en la escritura de la historia se dieron con respecto a la historia del federalismo y del papel desempeñado por los caudillos y personajes locales decimonónicos en el proceso de formación del Estado Argentino, y desembocaron en la elaboración de un discurso alternativo de contornos reivindicatorios que, desde espacios marginales de producción historiográfica, buscaron complementar, pero también confrontar, a los grandes relatos nacionales provistos desde Buenos Aires.

A esas premisas básicas se sumaron en Santa Fe algunos ingredientes particulares, relacionados con la exitosa evolución económica experimentada por la provincia y la consiguiente necesidad, por parte de las elites dirigentes locales, de reclamar un mayor reconocimiento y protagonismo político que, entre sus argumentos justificatorios, postulaba el rol central desempeñado por la provincia y por sus hombres en diversos episodios fundamentales de la historia argentina. El uso público del pasado con la finalidad de intervenir sobre la realidad presente fue un elemento del que no se encontraron desprovistos esos primeros discursos históricos.

Las visiones que se construyeron sobre el pasado provincial, además, se vieron atravesadas por las estrechas relaciones existentes entre los que se dedicaron a la escritura de la historia y el poder político, así como por su pertenencia –en la mayoría de los casos- a las principales y más tradicionales familias santafesinas, lo que los puso en situación de historiar y –llegado el caso- de legitimar, un pasado poblado de antepasados y allegados.

Un punto a destacar también, es que la representación del pasado que estos historiadores santafesinos elaboraron desde mediados del siglo XIX, y que se articula en torno a algunas ideas nodales, como la errónea e injustificada política centralizadora desplegada a partir de 1810 desde Buenos Aires, el aporte fundamental hecho por la provincia de Santa Fe a la organización nacional, y la importancia institucional de los pactos concertados por los caudillos litorales como antecedentes de la constitución, resultó muy exitosa y de gran perdurabilidad en el imaginario de la sociedad santafesina, así como en una vertiente de la historiografía local que la ha seguido tomando como modelo casi hasta nuestros días.

Finalmente, y aunque desde un sentido estricto del término no se pueda hablar de historiografía profesional en Santa Fe hasta bien entrado el siglo XX, se han intentado

enfatar algunos mecanismos que fueron utilizados por los historiadores de la provincia para insertarse y actuar en ámbitos institucionales del país, y también para dar vida a espacios de sociabilidad e intercambio historiográfico, formales e informales, ya desde fines del siglo XIX. La escritura de la historia “en provincia” se recorta así con una vitalidad y un impulso propios que no le han sido tradicionalmente reconocidos por los estudios de Historia de la Historiografía Argentina, y que sólo de manera reciente han comenzado a ser estudiados y puestos en valor.

Referencias

- ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, Tomo I. Buenos Aires: ANH, 1995.
- AGÜERO, Ana Clarisa. Comunidades, circuitos y lugares relativos en la cultura nacional. Caída y reparación de Córdoba entre dos generaciones (1880-1920). En: LAGUARDA, Paula; FIORUCCI, Flavia (eds.). *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo XX)*. Rosario: Prohistoria – EdUNLPam, 2012.
- BERMEJO BARRERA, José Carlos. ¿Qué debo recordar? Los historiadores y la configuración de la memoria. En: *Memoria y Civilización*, Universidad de Navarra, Pamplona, n. 5, 2002.
- BREZZO, Liliana M.; MICHELETTI, María Gabriela; MOLINA, Eugenia (eds.). *Escribir la nación en las provincias*. Rosario: IDEHESI-IH, 2013.
- BRUNO, Paula. Presentación. Dossier: Sociabilidades culturales en Buenos Aires, 1862-1930. En: *Prismas*, Bernal, vol. 16, n. 2, diciembre 2012.
- BUCHBINDER, Pablo. Caudillos y caudillismo: una perspectiva historiográfica. En: GOLDMAN, Noemí; SALVATORE, Ricardo (comps). *Caudillismos rioplatenses. Nuevas miradas a un viejo problema*. Buenos Aires: Eudeba, 2005.
- CARBIA, Rómulo. *Historia crítica de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Coni, 1940.
- CATTARUZZA, Alejandro. El revisionismo: itinerario de cuatro décadas. En: CATTARUZZA, Alejandro; EUJANIAN, Alejandro. *Políticas de la historia. Argentina 1860-1960*. Buenos Aires: Alianza, 2003.
- COUDANNES AGUIRRE, Mariela. El “escándalo revisionista” en Santa Fe: debates y controversias en torno a la acción del Instituto de Estudios Federalistas, 1938-1943. En: *Revista de la Escuela de Historia*, vol. 9, n. 1, Salta, enero-junio 2010.
- COUDANNES AGUIRRE, Mariela. ¿Profesionales o políticos de la historia? La historiografía santafesina entre 1935 y 1955. En: SUÁREZ, Teresa; TEDESCHI, Sonia (comps.). *Historiografía y sociedad. Discursos, instituciones, identidades*. Santa Fe: UNL, 2009.
- COUDANNES AGUIRRE, Mariela. Pasado, prestigio y relaciones familiares. Elite e historiadores en Santa Fe, Argentina. En: *Redes*, vol. 13, diciembre 2007.

- DAMIANOVICH, Alejandro. La ciudad de Santa Fe como centro de producción historiográfica. El mundo de sus historiadores como campo social. En: *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos*, N° LXV, Santa Fe, 2007.
- DEVOTO, Fernando. La construcción del relato de los orígenes en Argentina, Brasil y Uruguay: las historias nacionales de Varnhagen, Mitre y Bauzá. En: ALTAMIRANO, Carlos (dir.). *Historia de los intelectuales en América Latina*, Tomo I: La ciudad letrada, de la conquista al modernismo. Buenos Aires – Madrid: Katz, 2008.
- DEVOTO, Fernando; PAGANO, Nora: *Historia de la historiografía argentina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2009.
- FURLONG, Guillermo, S.J. *Historia del Colegio de la Inmaculada de la ciudad de Santa Fe y de sus irradiaciones culturales, espirituales y sociales. 1610-1962*. Tomo II: 1862-1884. Edición de la Sociedad de Ex-alumnos, 1962.
- GALLO, Ezequiel. *La pampa gringa. La colonización agrícola en Santa Fe (1870-1895)*. Buenos Aires: Edhasa, 2004.
- GLÜCK, Mario. *La nación imaginada desde una ciudad. Las ideas políticas de Juan Álvarez, 1898-1954*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2015.
- GSCHWIND, Juan J. *Algunos antecedentes para la historia de la cultura de Rosario*. Rosario: Romanos Hnos., 1946.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio. Mitre y la formulación de una historia nacional para la Argentina. En: *Anuario del IEHS*, n° 11, 1996.
- HOURCADE, Eduardo. La historia como ciencia social en Rosario, entre 1955 y 1966. En: DEVOTO, Fernando. *La historiografía argentina en el siglo XX*, vol. II. Buenos Aires: CEAL, 1994.
- LAGUARDA, Paula; FIORUCCI, Flavia (eds.). *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo XX)*. Rosario: Prohistoria – EdUNLPam, 2012.
- LEONI, María Silvia. La historiografía correntina en la primera mitad del siglo XX. En: MAEDER, Ernesto, et al. *Visiones del pasado. Estudios de historiografía de Corrientes*. Corrientes: Moglia, 2004.
- LEONI, María Silvia; QUIÑÓNEZ, María Gabriela. La tradición sanmartiniana en Corrientes. En: MAEDER, Ernesto, et al. *Visiones del pasado. Estudios de historiografía de Corrientes*. Corrientes: Moglia, 2004.
- MICHELETTI, María Gabriela. Entre la memoria local y el relato nacional, en revistas santafesinas de entresiglos (Argentina, fines s. XIX – principios s. XX). En: *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, CERMA – Ecole des Hautes Etudes en Sciences Sociales, Paris, 2009. Disponible en: <http://nuevomundo.revues.org/index56450.html>
- MICHELETTI, María Gabriela. (a). Blasones intelectuales, lecturas regionales, derivas nacionales. Aportes santafesinos a la historiografía académica argentina (1893-1938). En: *Anuario de Estudios Americanos*, vol. 70, n. 1, Sevilla, enero-junio 2013.
- MICHELETTI, María Gabriela. (b). *Historiadores e historias escritas en entresiglos. Sociabilidades y representaciones del pasado santafesino, 1881-1907*. Buenos Aires: Lumière, 2013.

- MICHELETTI, María Gabriela. (c). Memoria local y política provincial en la celebración de un homenaje. La conmemoración del centenario de un caudillo federal en la Argentina decimonónica. En: *Memoria y Sociedad*, vol. 17, n. 35, Bogotá, julio-diciembre 2013.
- MICHELETTI, María Gabriela. Facundo Quiroga rehabilitado. Una aproximación al contexto de producción, repercusiones y aportes historiográficos del libro de David Peña (1906). En: *Boletín del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"*, n. 42, 1º semestre 2015.
- MIKIELIEVICH, Wladimir. Periodismo literario-artístico y anexos culturales en Rosario. 1854-1900. En: *Revista de Historia de Rosario*, n. 35, 1983.
- PAGANO, Nora; GALANTE, Miguel Ángel. La nueva escuela histórica: una aproximación institucional, del centenario a la década del 40. En: DEVOTO, Fernando (comp.). *La historiografía argentina en el siglo XX*, vol. I. Buenos Aires: CEAL, 1993.
- POMPERT DE VALENZUELA, María Cristina. El Instituto de Investigaciones Históricas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. En: ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. *La Junta de Historia y Numismática Americana y el movimiento historiográfico en la Argentina (1893-1938)*, Tomo I. Buenos Aires: ANH, 1995.
- PRADO, Gustavo. Las condiciones de existencia de la historiografía decimonónica argentina. En: DEVOTO, Fernando, et. al. *Estudios de historiografía argentina (II)*. Buenos Aires: Biblos, 1999.
- PRADO, Gustavo. *Rafael Altamira, el Hispanoamericanismo Liberal y la evolución de la Historiografía argentina en el primer cuarto del siglo XX*. Tesis doctoral. Universidad de Oviedo, 2004.
- QUIÑÓNEZ, María Gabriela. Contextos de producción, representaciones del pasado e historiografía en Corrientes (1880-1940). En: LAGUARDA, Paula; FIORUCCI, Flavia (eds.). *Intelectuales, cultura y política en espacios regionales de Argentina (siglo XX)*. Rosario: Prohistoria – EdUNLPam, 2012.
- QUIÑÓNEZ, María Gabriela. Prólogo. Hacia una historia de la historiografía regional en la Argentina”. En: SUÁREZ, Teresa; TEDESCHI, Sonia (comps.). *Historiografía y sociedad. Discursos, instituciones, identidades*. Santa Fe: Ediciones UNL, 2009.
- RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca, 1998.
- SÁBATO, Hilda. Nuevos espacios de formación y actuación intelectual: prensa, asociaciones, esfera pública (1850-1900). En: ALTAMIRANO, Carlos (dir.). *Historia de los intelectuales en América Latina*, Tomo I. Buenos Aires – Madrid: Katz, 2008.
- SALOMÓN TARQUINI, Claudia; LANZILLOTTA, María de los Ángeles (eds.). *Redes intelectuales, itinerarios e identidades regionales en Argentina (siglo XX)*. Rosario: Prohistoria y EdUNLPam, 2015.
- SONZOGNI, Élida; DALLA CORTE, Gabriela (comps.). *Intelectuales rosarinos entre dos siglos. Clemente, Serafín y Juan Álvarez. Identidad local y esfera pública*. Rosario: Prohistoria y Manuel Suárez-Editor, 2000.

TEDESCHI, Sonia. La vocación de memoria en los homenajes: “Justicia al mérito”. En: *Anuario N° 20: Historia, memoria y pasado reciente*, Segunda Época, Escuela de Historia, FHyA, UNR, 2003/2004. Rosario: Escuela de Historia/Homo Sapiens, 2004.

WASSERMAN, Fabio. *Entre Clio y la Polis. Conocimiento histórico y representaciones del pasado en el Río de la Plata (1830-1860)*. Buenos Aires: Teseo, 2008.

Fuentes primarias editadas e inéditas

ARCHIVO GENERAL DE LA PROVINCIA DE SANTA FE, MANUSCRITOS DE RAMÓN LASSAGA (AGPSF-MRL).

BUSANICHE, José Luis. Santa Fe (1819-1862). En: ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)*, vol. IX: Historia de las provincias. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad, 1941.

Carta de Manuel de Cervera a Rafael Altamira, Santa Fe, 12 de agosto de 1909. En: *Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes*. Alicante, 2012. Disponible en: <http://www.cervantesvirtual.com/nd/ark:/59851/bmcv98t9>

CERVERA, Manuel M. *Historia de la ciudad y provincia de Santa Fe. 1573-1853*, Tomos I y II. Santa Fe: La Unión, 1907.

CERVERA, Manuel M. Santa Fe (1810-1820). En: ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)*, vol. IX: Historia de las provincias. Buenos Aires: Imprenta de la Universidad, 1941.

Diario de Don Manuel Ignacio Diez de Andino. Crónica santafesina 1815-1822. En: JUNTA DE HISTORIA Y NUMISMÁTICA AMERICANA, FILIAL ROSARIO. N° 3. Noticia preliminar y notas de José Luis Busaniche. Rosario, 1931.

IRIONDO, Urbano de. Apuntes para la Historia de la Provincia de Santa Fe. En: *Revista de la Junta Provincial de Estudios Históricos de Santa Fe*, n. 1 y 2, 1936.

LASSAGA, Ramón. *Historia de López*. Buenos Aires: Imprenta de Mayo, 1881.

LASSAGA, Ramón. *Tradiciones y recuerdos históricos*. Santa Fe: Fondo Editorial de la Provincia de Santa Fe, 1992 (1895).

LEVENE, Ricardo. Prólogo. El plan orgánico de la *Historia de la Nación Argentina*. En: ACADEMIA NACIONAL DE LA HISTORIA. *Historia de la Nación Argentina (desde los orígenes hasta la organización definitiva en 1862)*, vol. IV, Primera sección. Buenos Aires: Imprenta de La Universidad, 1938.

Memorias de Don Domingo Crespo. En: CERVERA, Manuel M.. *Historia de la Ciudad y Provincia de Santa Fe. 1573-1853*, Tomo II. Apéndices. Santa Fe: La Unión, 1907.

Segundo Censo de la República Argentina, 1895. Buenos Aires: Taller tipográfico de la Penitenciaría Nacional, 1898.

Fuentes periódicas

Boletín de la Junta de Historia y Numismática Americana (BJHNA). Buenos Aires, 1926 y 1929.

Revista Argentina. Rosario, n. 1-6, 1891.

Revista de la Junta de Estudios Históricos de Santa Fe. Santa Fe, 1936.

Nueva Época. Santa Fe, 1886.

Vida intelectual. Santa Fe, n. 23-38, 1905-1906.

ESCRITOR IDEALISTA Y PATRIOTA, LOS APORTES HISTORIOGRÁFICOS DE SILVANO MOSQUEIRAHerib Caballero Campos⁵⁴

RESUMEN: Este artículo estudia la labor del poeta y ensayista paraguayo don Silvano Mosqueira (1871-1954) quien escribió sobre temas históricos a comienzos del siglo XX, siendo pionero en la redacción de biografías, género en el que incursionó con éxito. Se pretende determinar las influencias que recibió para la redacción de los temas históricos. Otro objetivo es establecer el impacto que tuvo su obra en la intelectualidad paraguaya de su época al igual que en otros países. Mosqueira fue integrante de la generación de intelectuales paraguayos que se formaron en otras disciplinas pero que realizaron aportes al desarrollo de la historiografía paraguaya.

PALABRAS CLAVES: Paraguay. Historiografía. Silvano Mosqueira

IDEALIST AND PATRIOTIC WRITER, HISTORIOGRAPHICAL CONTRIBUTIONS OF SILVANO MOSQUEIRA

ABSTRACT: This article studied the labour of paraguayan poet and writer don Silvano Mosqueira (1871-1954), who wrote on historical topics at the beginning of the 20th century, being pioneer in the writing of biographies, genre in which he ventured successfully. It is intended to determine the influences he received for the writing of historical themes. Another objective is to establish the impact of his work on the Paraguayan intelligentsia of his time as in other countries. Mosqueira was a member the generation of paraguayan intellectuals who formed in other disciplines but who made contributions to the development of paraguayan historiography.

KEYWORDS: Paraguay. Historiography. Silvano Mosqueira

Introducción

Los hombres de ideas son la riqueza más positiva y perdurable de una Nación; y ésta, sin aquéllos, no pasaría de ser una gran estancia ó una gran chacra.

Silvano Mosqueira

El día en que falleció Silvano Mosqueira, 15 de agosto de 1954, asumía la Presidencia de la República del Paraguay Alfredo Stroessner, quien gobernaría dictatorialmente por casi siete lustros. Destacamos dicha coincidencia porque Mosqueira fue

⁵⁴ Universidad Nacional de Canindeyú, Paraguay. Correo electrónico: caballeroherib@gmail.com

un convencido defensor de los principios liberales y democráticos, cuando analizó la realidad política a comienzos del pasado siglo se sorprendía con el hecho que:

[...] en pleno siglo XX, cuando tanto se ha luchado por que impere definitivamente la civilización en el Paraguay, existen todavía reaccionarios sin juicio que, conspirando contra el orden de cosas existente, piden, con insensatez verdaderamente criminal, el resurgimiento de los hombres de aquella época nefanda (MOSQUEIRA, 1907, p. 108).

En un artículo sobre Literatura en el Paraguay José Sanz y Díaz 116ueblo al referirse a Mosqueira “que este literato es un sacerdote que ofició en el altar de la 116ueblo para engrandecer a su Patria” (1943, p. 72).

Mosqueira fue uno de los novecentistas, sobre el que poco se ha estudiado. Raúl Amaral sostenía que el 116ueblo116nt intelectual novecentista: “ha querido ser o significar, en el Paraguay, la renovación de modos de vida, de sistemas de orientación intelectual, y por sobre todo, un método distinto para enfocar los desencuentros de historia, latentes aún a treinta años de terminada la guerra contra la Triple Alianza” (AMARAL, 2006, p.57).

Este artículo constituye una primera aproximación a la obra de Mosqueira, que fue bastante profusa y diversa pero en donde se encuentran dos características permanentes; la historia como tema y como lugar para destacar el rol de las grandes figuras, clara influencia del historiador ueblo Thomas Carlyle, así como la difusión de las ideas modernistas, expresándose con una manifiesta opción en favor de la exaltación patriótica.

Ilustre carapeguño

Silvano Mosqueira nació en Carapeguá en 1871 según consta en la libreta de Censo de ese año en Buenos Aires cuando el mismo residía en la casa del político paraguayo Jaime Sosa Escalada para continuar con sus 116ueblo116n (Argentina, Censo 1895). Otros autores dan como su año de nacimiento 1867 (CENTURIÓN, 1948, p. 168) o incluso el 11 de septiembre de 1875 (VERÓN, 2010). Fue hijo de doña Dionisia de Mosqueira y tuvo dos 116hijos: Luisa y Manuel (MOSQUEIRA, 1930, p. 99).

En Asunción ocupó varios cargos, entre ellos el de Secretario de la Municipalidad de Asunción, en el que fue nombrado el 12 de enero de 1901 (PARAGUAY, 1901, p. 12) y en el que permaneció casi dos años, pues en una profunda crisis municipal presentó su renuncia en diciembre de 1902, siendo reemplazado por Federico Chaves (PARAGUAY, 1902, p. 506). En el año 1903 cuando se unificó la Biblioteca y Museo Nacional 116ueblo Archivo Nacional fue nombrado como Director General don Juan Silvano Godoi y como 116ueblo116 del Archivo Nacional don Silvano Mosqueira.

El 20 de enero de 1905 luego de la victoria del Partido Liberal en la Guerra Civil de 1904, Mosqueira vuelve a Assunción como Secretario de la Intendencia Municipal de la capital paraguaya (PARAGUAY, 1905, p.78). Para octubre de 1908 Mosqueira había renunciado a su cargo. Tras los convulsionados años políticos, Silvano es designado como Secretario de la Legación Paraguaya en Washington (PARAGUAY, 1912, p. 265). En octubre de 1914 fue designado como Encargado de Negocios de la República del Paraguay en el Brasil, cargo que desempeñó hasta noviembre de 1918 cuando passa ejercer la jefatura de la División Política y Diplomática del Ministerio de Relaciones Exteriores, retornando a Río de Janeiro en 1920 (PARKER, 1921, p. 312). Hasta 1925 continuaba cumpliendo funciones diplomáticas en carácter de Secretario de la Legación Paraguaya en la capital brasileña.

Una de sus primeras gestiones en la representación diplomática paraguaya en Río de Janeiro fue de tratar de que en el Brasil se dejen de festejar las victorias aliadas del 24 de mayo (Batalla de Tuyutí) y el 11 de junio (Batalla Naval de Riachuelo). En el periódico *A Rua* se publicaba “Para condignamente a data da promulgação da nossa Constituição, no dia 24 deste mez, deve ser entregue ao Sr. Presidente da Republica, a mensagem assignada por milhares de brasileiros, pedindo o desaparecimento das exhibições militares o outras verificadas a 11 de Junho e 24 de Maio, datas que recordam as nossas victorias sobre as armas do ditador Solano Lopes em Riachuelo e Tujuty. Segundo nos disse pessoa que merece credito o Sr. Wenceslao Braz nesse mesmo dia, e em presença Sr. Dr. Silvano Mosqueira representante diplomático do Paraguai, no Brasil baixará um decreto acabando com tales festividades de caráter patriótico-militar” (A RUA, 18-02-1916)⁵⁵.

No hemos podido determinar tal decreto, pero el 24 de mayo de 1918 la celebración fue realizada, la misma fue descripta por el cronista del periódico *A Rua* como “Deslumbrante á tarde do aniversario da batalha de Tuyuty, junto á estatua do general Osorio. Não parecia dia de trabalho, tal a aglomeração de pessoas em la via” (A RUA, 24-05-1918).

El último cargo que que ejerció fue el de Cónsul General del Paraguay en la ciudad de Rosario en Argentina (DE MARCO, 2013) donde en 1939 por decreto del presidente José Félix Estigarribia 117ueblo la condecoración “Cruz del Chaco” al médico argentino Carlos de Sanctis en reconocimiento a su colaboración durante la Guerra del Chaco (DALLA CORTE, 2009).

⁵⁵ Consultado en <http://bndigital.bn.gov.br/hemeroteca-digital/>

Mosqueira también hablaba en la lengua guaraní; en ese sentido desarrolló el rescate de canciones en guaraní junto con otros intelectuales (GONZÁLEZ, 2014, p. 228). Sus versos en guaraní incluyeron la traducción a dicho idioma del poema de Gustavo Adolfo Becquer, *Las golondrinas*, que fueron publicadas como *Beckerianas en Guaraní*, dichas publicaciones las realizaba su dónimo de Arymolatanso (CENTURIÓN, 1948, p. 169). Ya retirado de la vida pública fue incorporado en 1944, en el Numerario del Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas (BREZZO, 2016, p. 306).

Su producción bibliográfica

La producción de don Silvano Mosqueira comenzó cuando él era aún joven, su primera publicación vio la luz en 1900, era el folleto en el cual se reproducía su discurso titulado *El General José Eduvigis Díaz*. Posteriormente publicó sus *Ensayos* en 1902. *Los Ensayos* es una obra en la que Mosqueira realizaba una compilación diversa según se puede observar en la tabla nro. 1 se encuentran diferentes tipos de textos que corresponden al período 1892-1901, escritos en Carapeguá, en Buenos Aires, en Asunción, y de las ciudades en las que hasta entonces había transcurrido la vida de Silvano (MOSQUEIRA, 1902).

De hecho el libro está dedicado *Al Pueblo de Carapeguá*. Convencido de que los ideales que palpitan en estas páginas animadas por el soplo de un pueblo de Patriotismo, hallarán acogida benévola en el corazón de mis convecinos, dedico este opúsculo al pueblo de mi nacimiento, fechada la misma el 14 de Mayo de 1902 (MOSQUEIRA, 1902).

Tabla 1 – Clasificación de Contenido de Ensayos de Silvano Mosqueira

Temática	Cantidad
Discursos	12
Biografías	9
Cartas	6
Artículo de Prensa	7
Total	34

Fuente: Elaboración del Autor (2017)

En cuanto a la temática, la histórica es la que predomina; si excluimos las biografías que forman parte del libro por tratarse en su gran mayoría de personas que se encontraban vivas, quedan un total de veinticinco capítulos de los cuales ocho se refieren a temas

históricos a los que se podrían sumar dos que hacían alusión a la Condonación de la guerra por parte del Brasil (MOSQUEIRA, 1902).

En cuanto a los temas históricos, dos escritos hacen alusión al Descubrimiento de América, ambos están fechados en Carapeguá en 1892 y 1893 respectivamente, otros dos se refieren al 14 de mayo de 1811, día de la Independencia del Paraguay siendo ambos discursos pronunciados en el Centro Paraguayo de Buenos Aires en 1897 y 1900. Uno es una referencia a la publicación del tercer volumen de las *Memorias* del coronel Juan Crisóstomo Centurión quien había combatido en el ejército paraguayo durante la Guerra contra la Triple Alianza, otro es un discurso sobre el general José Eduvigis Díaz, una carta abierta a Gregorio Benítez al respecto de la publicación de dicho discurso y una carta abierta al doctor David Peña sobre Juan Bautista Alberdi (MOSQUEIRA, 1902).

La *Revista Histórica* de Montevideo en su nro. 3, septiembre de 1908, en una breve reseña consideraba que *Ensayos*:

[...] es una colección [...] de ejercicios históricos, bocetos biográficos de paraguayos considerados escritos con aliño y de discursos con espontaneidades vigorosas que podrían ser modelos si se les aplicara un poco de lima, pronunciados por el señor Mosqueira, quien, a la vez que declara que no le importa absolutamente nada de lo que pasa fuera de su país, se exhibe con influencia extranjera (MOSQUEIRA, 1930, p. 134-135).

Otro aspecto que se observa en sus escritos históricos es una hispanofilia que será una de las características de su labor y que está presente en varios momentos de su labor intelectual. En su discurso en homenaje al Descubrimiento de América pronunciado en Carapeguá el 12 de octubre de 1892, afirmaba entre otras cuestiones que:

Después de Colón, señores, hay que bendecir á España, que tiene derecho á la consideración del mundo y al respeto de los hombres por haber contribuido poderosamente á la realización de las más grande conquista que jamás hayan visto los siglos. Además, ella es nuestra primitiva madre, de la cual hemos heredado todos los bellos atributos de que podemos gloriarnos á la faz de las naciones. La lengua que hablamos, la sangre que por nuestras venas corre, la religión que profesamos, nuestros usos y costumbres y ese heroísmo legendario que nos caracteriza, todo, señores, hemos recibido de España, que es la tierra clásica del valor y la hidalguía (MOSQUEIRA, 1902, p. 11-12).

En cuanto a otro elemento característico de la obra de Mosqueira es el desarrollo de las biografías; en el discurso pronunciado sobre el general José Eduvigis Díaz en el Centro Paraguayo de Buenos Aires el 14 de mayo de 1899, afirmaba en contraposición a Juan Silvano Godoi que “no fue el General Díaz el único héroe y el único prócer de la nación Paraguaya. Fué, sí el más afortunado, el que naciendo con una estrella privilegiada, tuvo á su

cargo la realización de acciones memorables que dejaron un campo de luz inextinguible en los anales bélicos de nuestra patria” (MOSQUEIRA, 1902, p. 55).

Así mismo señalaba que en el Paraguay no existía ni una sola piedra erigida en homenaje al general Díaz y que era necesario que llegase un tiempo en el cual se hiciese una reivindicación y apoteosis del mismo. En la parte del final se observa una influencia clara de Thomas Carlyle al afirmar que “[...] los pueblos que olvidan á sus héroes no merecen el honor de tenerlos, y las generaciones que miran con desdén los grandes hechos de sus antepasados, son dignas de todos los vilipendios, hasta del de ser despojadas del derecho de tener una bandera” (MOSQUEIRA, 1902, p. 63).

Con respecto a Francisco Solano López su posición era desdoblar la figura del líder paraguayo y la dejó asentada en la nota que escribió sobre la publicación de las Memorias del coronel Juan Crisóstomo Centurión, en noviembre de 1897. Mosqueira afirmaba que “la memoria del Mariscal López por ejemplo no será condenada irremisiblemente por sus conciudadanos. Sobre sus hechos delictuosos y sus errores como gobernante caerá el fallo de la historia; pero su rol descollante en la defensa abnegada de los derechos de su patria y su tumba gloriosa en Cerro-Corá, siempre constituirán el pedestal de su grandeza en el futuro y la aureola de su inmortalidad. Jamás consideración alguna le arrancará el título inmarcesible de apóstol y mártir de una causa grande” (MOSQUEIRA, 1902, p. 43-44). Así mismo sostenía que López fue “[...] la encarnación viviente de los anhelos de su pueblo en esa hora de graves conflictos”, y afirmaba que “representaba la imponente magestad de la soberanía nacional atropellada temerariamente” (MOSQUEIRA, 1902, p. 44).

Su siguiente obra fue *Páginas Sueltas*, que fue publicada en Asunción en 1907. La misma fue dedicada al comandante Manuel J. Duarte “Valeroso comandante del «Sajonia»” como un tributo de amistad y compañerismo reconociéndole que “El destino ha querido que tú fueses un factor eficiente en la revolución de 1904, contribuyendo así, en parte principalísima, al triunfo de los ideales del Gran Partido Liberal que constituyen tu dogma de ciudadano” (MOSQUEIRA, 1907, p. 3).

El autor informaba que le unía una amistad con el comandante Duarte, con quien compartió varios años en la ciudad de Buenos Aires. Manuel Duarte fue el comandante del buque revolucionario que se rebeló contra el gobierno colorado del Cnel. Juan Antonio Ecurra (1902-1904). Finalizaba su introducción afirmando que el movimiento revolucionario de 1904 fue una “[...] revolución tan afortunada en los campamentos, que sigue su obra

bienhechora en los consejos de gobierno, con sus mismos jefes de la hora de tormenta, rodeados de un brillante estado-mayor de pensadores y patriotas” (MOSQUEIRA, 1907, p. 8).

Páginas Sueltas es un libro que compila en su gran mayoría discursos de naturaleza política incluso las biografías incluidas son resultado de discursos elaborados en diferentes momentos desde un entierro hasta un almuerzo campestre, pasando por una Convención Partidaria. El libro se compone de dieciséis capítulos de los cuales cinco son discursos (uno de ellos de Carlos L. Isasi en homenaje al capitán Sila Godoi) y los otros once son artículos de los cuales cuatro son biografías de militares y políticos.

En el artículo titulado *Flores de Antaño*, fechado el 29 de octubre de 1907, Mosqueira recurre a “recordar” dos hechos históricos para demostrar a la oposición colorada los desmanes que se habían cometido, haciendo alusión a la masacre en la cárcel pública o el asesinato del ex-presidente de la República Cirilo Antonio Rivarola. Al respecto sostenía:

[...] tenemos una galería selecta de flores de antaño, que haremos desfilar por turno, para enseñanza de los desmemoriados y á medida que lo exijan los desplantes de la oposición. Con ellos facilitaremos el juicio comparativo, que tanto ilustra para la recta apreciación de las cosas y de los hombres. En el afán de combatir á los hombres del presente se va llegando hasta olvidar lo inolvidable y á lavar de mancha á los pecadores, pasando por alto las deformidades de una época tenebrosa (MOSQUEIRA, 1907, p. 110-111).

Mosqueira se caracterizó por la escritura de biografías, su primer libro exclusivamente de este tipo de textos históricos fue su obra titulada *Semblanzas Paraguayas*, que fue publicada en Asunción en 1908. Las razones que le motivaron a escribir esta obra lo manifiesta en el Prólogo a la misma partiendo de la premisa que “los hombres de ideas son la riqueza más positiva y perdurable de una Nación; y ésta, sin aquéllos, no pasaría de ser una gran estancia ó una gran chacra” (MOSQUEIRA, 1908, p. II). Mosqueira afirmaba que “nada era tan desconsolador para nosotros, tan mortificante á nuestro patriotismo, mientras vivíamos en el extranjero, como la idea de que el Paraguay era un país sin ciudadanos de calidad, huérfano de toda honrosa representación en el pensamiento americano” (MOSQUEIRA, 1908, p. II).

Ante dicha situación se planteó “demostrar nuestra solvencia intelectual” para lo cual decidió analizar la actuación de “media docena de conciudadanos”, al respecto de sus investigaciones realiza la advertencia de que:

El resultado de nuestro estudio y nuestro análisis, juzgará el lector. Hemos procurado ser sinceros y verídicos hasta donde es posible serlo en trabajos de esta índole. Juzgar á los vivos, cuando el juez es un amigo, resulta empresa sospechosa

de parcialidad y de difícil realización. El amigo es, generalmente, sordo y ciego para hallar defectos al amigo (MOSQUEIRA, 1908, p. II-III).

Tras considerar una cita del historiador inglés Thomas Macaulay sobre el achaque de caer en la admiración del biografiado, Mosqueira reconoce que “sin haber llegado a sufrir esos achaques ni padecer esa enfermedad tenemos que confesar que en nuestros estudios hemos mirado siempre el lado bueno, simpático de nuestros personajes, con una tendencia irresistible á magnificarlos, á engrandecerlos” (MOSQUEIRA, 1908, p. III).

Advertía que los elogios realizados a los personajes cuyas biografías redactó se basaban siempre en la verdad “sin que el autor tenga que decir toda la verdad”, pues como toda persona cada uno tiene “su lado flaco”. Finalmente él consideraba que su labor no era una obra con el objetivo de defender “intereses particulares” sino que muy por el contrario era una obra de “dignificación nacional” con el fin supremo de lograr que con dicha labor “...El Paraguay, saliendo de la penumbra del olvido, ocupe siquiera un puesto modesto por la calidad de sus hombres de pensamiento” (MOSQUEIRA, 1908, p. IV).

Las seis personalidades seleccionadas por el autor fueron Manuel Domínguez, Cecilio Báez, Blas Garay, Héctor Velázquez, Manuel Gondra y Juan Silvano Godoi, quienes eran los más respetados intelectuales paraguayos de esa época, tres de los cuales eran militantes del coloradismo y tres de principios liberales.

Luego de diecinueve años, Silvano publicó el libro *Nuevas Semblanzas. Civilización Árábica*, en el cual compiló varios textos de diferente naturaleza y responden a diversas circunstancias, a los efectos de una clasificación de los mismos los agrupamos en la tabla 2.

Tabla 2 – Temática del Libro Nuevas Semblanzas

Temática	Cantidad
Discursos sobre Personas	9
Artículos Históricos	7
Artículos de Reflexión y Crítica	8
Total	24

Fuente: Elaboración del Autor (2017)

El libro comienza con la transcripción de discursos pronunciados por el autor en los funerales de Juan Silvano Godoi, Manuel Gondra, Manuel J. Duarte, así como un discurso de recordación de Manuel Domínguez, y una nota necrológica en homenaje al diplomático

chileno Gonzalo Bulnes. Al referirse al polígrafo paraguayo Juan Silvano Godoi, afirmaba Mosqueira que el mismo fue:

[...] mi grande e inolvidable amigo y maestro: Permitid que en los dinteles de la eternidad, al deciros adiós! Y al desear para vuestra alma el reposo que no tuvo en vida, os agradezca los destellos de luz que habéis derramado en mi espíritu, en largos años de una amistad sin eclipse y de inalterada convivencia, durante los cuales hallé siempre en vuestra instructiva conversación, enseñanzas que edifican y manantial inagotable de un patriotismo a prueba de contrastes (MOSQUEIRA, 1937, p. 7).

En cuanto a los artículos de carácter histórico destaca uno titulado *El General Díaz. Una frase que pinta todo un carácter y una resolución*, que rescata una frase que le fue manifestada por el jefe militar paraguayo “a la señora de González que vive en la calle Presidente Eligio Ayala entre Caballero y México”; la frase en guaraní del general Díaz fue “ajha Añareta amboyerevo Ipycotyvo”, que significa “voy a volver el infierno al revés” y fue manifestada a la informante cuando el mismo se dirigía al frente de batalla al mando del célebre Batallón 40 que aglutinaba a lo más granado de la sociedad asuncena a finales de 1864 (MOSQUEIRA, 1937, p. 40).

Dicho artículo estaba fechado el 22 de septiembre de 1935, aniversario de la Batalla de Curupayty, la cual había sido dirigida por Díaz y que significa la victoria más importante de las armas paraguayas durante la Guerra contra la Triple Alianza. Luego de años de reivindicaciones tanto a la figura de Díaz como del propio Francisco Solano López, Mosqueira consideraba que “es, pues, justo el homenaje con que las nuevas generaciones, a manera de un oleaje de renovación de juramentos pretéritos, acuden periódicamente – como el peregrino visitante a la Tierra Santa para mantener incólume su fé– a fortalecer su civismo en la evocación de los recuerdos de sus muertos ilustres” (MOSQUEIRA, 1937, p. 35).

Mosqueira estaba convencido de que el Paraguay debía emanciparse de la influencia extranjera; en un homenaje a Viriato Díaz Pérez, sostuvo con vehemencia que:

Cada libro que sale a luz, dentro de nuestras fronteras, por modesta que sea su estructura literaria o científica, representa un esfuerzo patriótico para consolidar la autonomía y el prestigio intelectual de nuestro país y es un grito de reacción para que nunca más sea esgrimido contra nosotros, y señalado como sombra en nuestra historia, el mencionado argumento, que pretende sacar de un estado mental pasajero, propio de la época y evolucionable con el correr de los años, en las horas proficuas de la paz, deducciones en discordancia con la realidad histórica y con los verdaderos móviles que empujaron a los ejércitos de la Alianza (MOSQUEIRA, 1937, p. 37).

El más original de los escritos históricos incluidos en este libro se titula *El poder fascinante del Mariscal López*, en el cual sostiene que Francisco Solano López (1827-1870)

ejercía un “poder omnímodo” sobre sus subordinados, que incluso llegaba a “una verdadera fascinación” (MOSQUEIRA, 1937, p. 77).

En base a testimonios o Memorias, Mosqueira (1937, p. 78) afirmaba que Solano López era “uno de esos hombres extraordinarios; y aquel que conoció el peso de su poder, no lo olvidó jamás y mantuvo – como una sugestión imperativa – su recuerdo avasallador y dominante, hasta el último instante de su existencia”. Mosqueira analiza el proceso sumarísimo al coronel Vicente Mongelós en agosto de 1869 en base a varios testimonios para concluir que pese a las razones esgrimidas las decisiones de López eran irrevocables, pues así lo exigían las circunstancias del momento.

Debemos recordar que desde febrero de 1936 estaba en el poder el coronel Rafael Franco que durante su gobierno revolucionario de 18 meses estableció una reivindicación de la figura del Mariscal Francisco Solano López por lo cual sus restos fueron conducidos al recién designado Panteón Nacional de los Héroes (CABALLERO, 2016). Dicha medida fue vista con señal de alarma por parte del escritor Gustavo Barroso, quien era miembro de la Academia Brasileira de Letras y Director del Museo Histórico Nacional de Río de Janeiro. Barroso creía que tras dicha medida había una conspiración en la que colaboraban Argentina y Paraguay en detrimento de los intereses y la seguridad del Brasil. A tales afirmaciones respondió Mosqueira el 19 de marzo de 1937, con un artículo titulado *Los Huesos del Mariscal*, en el cual sostenía que:

El Paraguay, al honrar la memoria del Mariscal Francisco Solano López y rendirle los supremos honores, hace uso de un derecho soberano que nadie puede discutirle. Con esa glorificación no tiene ni la más remota idea de herir la susceptibilidad de los países ayer adversarios, y con los cuales mantiene ahora, y es su propósito mantener siempre en el futuro, la más cordial amistad y una leal política de franca cooperación (MOSQUEIRA, 1937, p. 90).

Además de estos libros de semblanzas o biografías, Mosqueira había publicado otras obras, la primera a la que nos referiremos es la titulada *Ideales*, publicada en Washington mientras se desempeñaba como funcionario diplomático en la Legación del Paraguay en la capital norteamericana.

En *Ideales, Discursos y Escritos sobre Temas Paraguayos*, Mosqueira despliega sus dotes de orador, y en la temática existe una predominancia de temas históricos y políticos. El libro se compone de veintiún capítulos de los cuales diez se refieren a temas históricos, cuatro a críticas bibliográficas o a autores, dos son de carácter político, cuatro son escritos de carácter íntimo y uno final de juicios que recogen opiniones sobre sus libros anteriores.

El libro comienza con un artículo de prensa en el que se da la crónica completa de una peregrinación que se trasladó hasta Curupayty en homenaje al General Díaz en febrero de 1903. Dicha peregrinación fue pionera en el sentido de que se enmarca en el proceso de reivindicación de la figura del general Díaz en su carácter de héroe. Dicho proceso había sido iniciado por Juan Silvano Godoi, al cual Mosqueira se adscribió con entusiasmo. Años después el escritor español Viriato Díaz Pérez en una carta a Silvano Mosqueira afirmó “el estudio sobre el general Díaz está lleno de verdad y entusiasmo. Tiene frases de serena belleza, de esas que aquí ha sabido cincelar nuestro común amigo don Juan Silvano como pocos, y que veo con placer han formado escuela” (MOSQUEIRA, 1913, p. 230).

En su discurso Mosqueira hizo varias consideraciones de carácter histórico sobre la figura de Díaz y la batalla de Curupayty, pero lo más relevante lo presentó en el colofón al hacer referencia a la disputa que entonces estaba sosteniendo el doctor Cecilio Báez con el joven Juan E. O’Leary sobre la figura del mariscal Francisco Solano López; al respecto Mosqueira afirmaba que:

[...] pido a mis conciudadanos un poco más de concordia, un poco menos de odio entre los propios hermanos; que cesen esas disputas extemporáneas, nuestra nacionalidad y con las cuales no hacemos sino renovar las heridas aún mal cicatrizadas de la patria, arrojando al viento nuestras llagas y deformidades, las miserias de que no se encuentra exento ningún pueblo de la tierra; que se deje esa tarea de investigación para el historiador sereno y concienzudo, amante de la verdad científica; que no se haga política de lo que es sagrado explotando maliciosamente los sentimientos inocentes del pueblo (MOSQUEIRA, 1913, p.16-17).

La polémica tuvo una duración de casi cuatro meses, en la cual se discutió sobre la heroicidad de Francisco Solano López, y como telón de fondo toda la Guerra, donde la sociedad paraguaya tomó partido por uno o por otro. Al estudiar acabadamente dicha polémica, la historiadora Liliana Brezzo demostró que el discurso de O’Leary se movía entre dos coordenadas “la conversión de las derrotas en glorias nacionales y la idealización del pasado para superar un presente adverso” (BREZZO, 2011, pp. 54-55).

La posición intermedia defendida por Mosqueira en su discurso a Curupayty recibió críticas de ambos contrincantes. O’Leary utilizaba el seudónimo de Pompeyo González, quien se erigía como el único reivindicador por tal motivo “[...] cerrando los ojos á la luz de la evidencia, que excepción hecha al artículo necrológico de Natalicio Talavera que reproduce, nadie, absolutamente nadie hasta ahora ha escrito una línea tendiente á glorificar la memoria del General Díaz” (MOSQUEIRA, 1913, p. 18).

El autor de la nota titulada *Anarquía de Opiniones*, recordaba que ya circulaban unas obras tituladas *Monografías Históricas* y *Las Últimas operaciones de Guerra del General Díaz*, que eran de la autoría de Juan Silvano Godoi. Tomás Sansón señala que “...el héroe de Godoy no es el Mariscal López sino el General Díaz, patriota ejemplar a quien dedicó el primer ensayo. La trama mixtura el devenir bélico con las peripecias vitales de Díaz y López; mezcla de crónica fáctica y retrato psicológico en el que se desmenuzan la crueldad del presidente y la probidad de su general (SANSÓN, 2012, p. 7).

Mientras O’Leary ninguneaba los trabajos de Godoi y del propio Mosqueira en pro de la figura de Díaz, Cecilio Báez por su parte desvirtuó lo afirmado por Mosqueira, y señaló que:

[...] la peregrinación á Curupayty fué una explosión ridícula comparar las batallas mandadas por Bolívar, Washington y Bonaparte defendiendo la independencia y la libertad de sus respectivos países con las libradas por los generales del mariscal López, en razón de que éstos estaban sugestionados por la tiranía, no tenían discernimiento ni libertad propia y eran absolutamente incapaces de comprender los santos deberes que imponen el patriotismo (MOSQUEIRA, 1913, p. 21).

El autor de la nota periodística reproducida por Mosqueira resumía la situación de la polémica a febrero de 1902 de la siguiente forma:

Pompeyo González no cree sino en el patriotismo de sí mismo y en su propia suficiencia para levantar son sus *Recuerdos de Gloria* las figuras heroicas de sus antepasados, y no ve la evidencia negando la existencia de libros – no artículos de diario empapados de hiel– que se ocupan de enaltecer la figura del general Díaz. Mosqueira se remonta á mucha altura y suspira por una gloria demasiado grande para su patria comparando, en su significado heroico, las batallas de Curupayty, Sauce y Estero Bellaco con las mandadas por Bolívar, Washington y Bonaparte, esos tres genios de la redención humana, según Gervinus. El Doctor Báez, queriendo sofocar lo que él cree patrioterismo lopizta, se ha pasado á la otra alforja, estableciendo doctrinas cuya moral, si aquéllas prosperan sería muy capaz de matar hasta el sentimiento de nacionalidad en los hijos del valiente Paraguay (MOSQUEIRA, 1913, p. 23).

La polémica fue ganada por O’Leary y su prestigio fue en ascenso, en ese marco paralelamente se continúa con la reivindicación del General Díaz. En ese sentido el 22 de septiembre de 1907 se realizó finalmente lo que se dio en conocer como la Apoteosis del General Díaz; dicho día en el cementerio de la Recoleta en coincidencia con el 41 aniversario de la Victoria de Curupayty se realizó un acto durante el cual Mosqueira en su discurso afirmó:

[...] el Paraguay, señores, con la ceremonia de hoy, consolida el concepto de ser también una nación con patrimonio moral, digna de figurar con honor en la comunión de los pueblos cultos. Fijar en el bronce la imagen del vencedor de Curupayty y exponerla á la contemplación de su posteridad, es rendir un homenaje

tanto más merecido cuanto que ello implica una reacción, acaso una protesta contra cuarenta años de indiferencia y de olvido (MOSQUEIRA, 1907, s/n)".

El busto que se inauguró ese día fue pagado por el Centro Paraguayo de Buenos Aires, lugar en donde don Silvano Mosqueira había formulado un discurso sobre la figura de Díaz (CABALLERO, 2014).

En *Ideales* también se incluye un discurso redactado con motivo del Centenario de la Independencia del Paraguay en mayo de 1911. En dicho texto afirmaba el autor que “Los Próceres de Mayo con su rol rutilante, Caballero, Yegros é Iturbe, cantados por nuestros prosadores y poetas, en cada aniversario de la fecha memorable, se hallan de tal modo grabados en nuestros pechos, que para arrancarlos de allí sería necesario que también se nos arrancara el aliento de nuestra propia existencia. De la supresión de los héroes consagrados por un siglo de tradición, á la supresión de la propia bandera y hasta á la renuncia de la propia soberanía, no habría más que un paso” (MOSQUEIRA, 1913, p. 77).

Con motivo de la muerte del historiador y diplomático brasileño Joaquim Nabuco, Mosqueira publicó un artículo en el periódico *La Verdad*, en la que realizaba varias consideraciones sobre la persona del extinto y sobre su obra, sobre la cual afirmaba que:

Su capítulo sobre el supremo esfuerzo del Paraguay en la guerra, es una hermosa página que siempre la leo con deleite. Para los aliados, dice, la guerra fue un accidente, un episodio de su historia; para el Paraguay la consagración de todo su ser, el suicidio mismo de la nación. El heroísmo de los aliados, destacados á centenares de leguas de su patria, peleando en la obscuridad de la noche por un ideal, es digno de respeto; pero no es comparable al heroísmo paraguayo, que, como esfuerzo humano llega á lo patético y sobrepasa los límites de toda ponderación (MOSQUEIRA, 1913, p. 50).

Se definía como “lector apasionado de Nabuco” y consideraba que no solo él debe estar de luto sino que todos los que se consideran almas pensadoras (MOSQUEIRA, 1913, p. 51). Se deben destacar tres capítulos que hacen referencia al pensador uruguayo José Enrique Rodó, uno es una semblanza publicada en la prensa asuncena, otro una crítica al libro *Proteo* y el tercero es la reproducción de la carta que le envió el propio Rodó con motivo de la Crítica realizada en la prensa asuncena.

Otra obra de Mosqueira se titula *Siluetas Femeninas*, que fue publicada en Asunción en 1930, al hacer referencia a su labor juzgaba su obra como:

[...] de esparcimiento, algo así como un recreo espiritual en que he vertido lo mejor y más sentido que hay en mí – a manera de una confidencia con mis propios pensamientos – me he sentado a esta mesa más como obsequiante que como obsequiado, es decir, como adherente también al homenaje rendido a la medulosa producción del que, una vez más, enriquece nuestra bibliografía – difundiéndose

como producto de nuestro medio- con una obra de proyección americano-europea. Yo apenas soy amateur, que tiene, sí, el varonil coraje y el mal gusto de hablar bien del prójimo y de aplaudir la producción o la conducta ajena, cuando halla méritos para ello y sin fijarse en quién (MOSQUEIRA, 1937, p. 38).

Este libro posiblemente sea el más caleidoscópico de los escritos por don Silvano Mosqueira en el cual se destacan cinco secciones *Las Siluetas Femeninas*, *Pensamientos Suelos*, *los Españoles en el Paraguay*, *El Ocaso de los Grandes Hombres* y *Juicios*.

En la primera sección que da el título principal a la obra, el autor recoge cartas dedicatorias en Álbumes de distinguidas damas y señoritas de la sociedad paraguaya y brasileña. Artículos de crítica a la publicación *Tradiciones del Hogar*, de Teresa Lamas, así como cartas de exaltación a intervenciones en festivales poéticos como los dedicados a Josefina Pastor o a Lidia Frutos. Uno de los apartados se titula *La Mujer* y en él afirma “no participo de tu pesimismo acerca de la mujer y del papel que ella desempeña al lado del hombre” (MOSQUEIRA, 1930, p. 20).

La respuesta está dirigida a alguien que lamentablemente no se precisa en el artículo fechado en Asunción, septiembre de 1926. La biografía de una mujer más extensa que fue elaborada por Mosqueira fue la de doña Rosa Cándida Acosta viuda de Mattos, quien era una sobreviviente de la Guerra contra la Triple Alianza y residía en Río de Janeiro. Dicha biografía fue dedicada a la célebre educadora paraguaya María Felicidad González (MOSQUEIRA, 1930, p. 44). En el texto don Silvano rescata las peripecias de Rosa Cándida durante la Guerra, la separación de su hijo de 5 años y la forma en que pudo volver a reunirse con él, luego va dando detalles de su vida después de la Guerra, concluye afirmando que el nombre de “Rosa Cándida Acosta de Mattos puede figurar, con honor, en esa galería de heroínas anónimas de aquella generación paraguaya que tanto padeció y sufrió en la guerra” (MOSQUEIRA, 1930, p. 52). Así mismo en la parte final de esta sección incluye una serie de cartas, dedicatorias y crónicas dedicadas a su sobrina Aparicia, quien falleció muy joven.

La segunda sección titulada *Pensamientos Suelos*, es una colección de textos, cartas o dedicatorias puestas por el autor en álbumes y libros en diferentes circunstancias que evidencian sus vínculos sociales, diplomáticos y políticos.

La tercera sección del Libro, *Los Españoles en el Paraguay*, es una síntesis histórica de los españoles que se asentaron en el Paraguay tras la finalización de la Guerra contra la Triple Alianza, destacando que “los primeros comerciantes que repoblaron el país, después de la gran guerra que «no dejó nada en pie» fueron, en su mayoría, españoles” (MOSQUEIRA,

1930, p. 113). Luego enumera los aportes de los españoles al Paraguay ya sea en la educación, el comercio, la industria o la prensa; concluye afirmando que “La simpatía por España es muy acentuada y manifiesta en el Paraguay, ella subsiste y se transmite lo mismo en la vida social, industrial o comercial, como en la intelectual del país” (MOSQUEIRA, 1930, p. 116).

El Ocaso de los Grandes Hombres es un artículo publicado con motivo del fallecimiento de Rubén Darío y de José Enrique Rodó, intelectuales latinoamericanos con quienes Mosqueira había tenido intercambios, como se verá en un apartado siguiente.

La última sección del libro recoge juicios sobre su obra, críticas ya sea publicadas en la prensa o remitidas por correspondencia, desde sus primeros libros, dando énfasis a las críticas formuladas desde Uruguay, Estados Unidos e incluso Cuba.

Integrante de una red intelectual

Una de las características de la labor de Mosqueira que vale la pena señalar es el desarrollo de vínculos no sólo con los intelectuales del país, sino que también con exponentes del pensamiento de la región.

Su principal referente nacional fue Juan Silvano Godoi con quien le unió una prolongada amistad; en ese sentido, Mosqueira afirmaba “[...] yo que he sido testigo y confidente en sus horas de lucha, durante tantos años, puedo apreciar lo mucho que Vd. habrá gozado al sentir los acordes del himno nacional frente á su museo, inaugurado con todos los honores de la ceremonia oficial” (MOSQUEIRA, 1913, p. 42).

Uno de los intelectuales de mayor influencia en América Latina en sus dos primeras décadas del siglo XX fue el uruguayo José Enrique Rodó. El *Ariel* de Rodó se convirtió en una obra referencial para los latinoamericanos, pero cabe señalar que:

El «arielismo» que se derramó rápidamente por el Uruguay y otros países de América Latina fue una caricatura del pensamiento rodoniano. Ariel y el «arielismo» no son lo mismo: Ariel reivindicó la metafísica pero no trivializó la importancia del conocimiento «positivo»; Ariel abogó por restablecer el espacio de la «meditación desinteresada», de la «contemplación del ideal», pero jamás subestimó la enorme fuerza creadora de los diarios afanes por la utilidad” (CAETANO, GARCÉ, 2004, p. 315).

En el periódico asunceno *Los Principios*, Silvano Mosqueira escribió que “[...] rodó es uno de los cerebros más fuertes de América, y si este concepto mereció de un eminente crítico europeo sólo con su Ariel, cuya octava edición acaba de publicarse y del cual dice Altamira que es uno de los libros mejor escrito del habla castellana” (MOSQUEIRA, 1913, p. 64). En la crítica al libro *Motivos de Proteo* de Rodó, sostenía Mosqueira que “no es un libro americano, ni uruguayo. Es un libro de textura universal, y tiene primores que serán

admirados y aplaudidos lo mismo en América que en Europa, en todas partes donde haya hombres de buen gusto que piensen y sientan” (MOSQUEIRA, 1913, p. 66).

La crítica fue recibida por José Enrique Rodó quien el 10 de enero de 1911 le dirigió una carta a Silvano Mosqueira en la que le decía que la crítica escrita es una “hermosa y vibrante página”, que la misma “está llena de afecto y simpatía, y por ello obliga mi reconocimiento; pero le agradezco aún más porque manifiesta la penetración del espíritu de la obra que es el género de homenaje que más estima el escritor sincero” (MOSQUEIRA, 1913, p. 72).

El célebre escritor uruguayo le expresaba que “[...] ser elogiado es grato, siempre que la calidad del espíritu de quien venga el elogio abone el significado de éste; ser comprendido es más grato todavía. En el presente caso esas dos gratas impresiones se unen y concurren á motivar sobradamente el agradecimiento que estas líneas le llevan” (MOSQUEIRA, 1913, 73). Finalmente le afirmaba que su artículo fue publicado en la prensa de Montevideo y le remitía una transcripción de la nota publicada en el periódico *El Siglo*. Como despedida le solicitaba que le tenga “[...] al corriente de cuanto escriba, seguro siempre del interés con que será leído y del afecto y la amistad que le profeso” (MOSQUEIRA, 1913, p.73).

También otro representante del modernismo latinoamericano tenía en consideración de Silvano Mosqueira; se trata de Rubén Darío quien en su *Prosa Política (Las Repúblicas Americanas)* cita el trabajo de Silvano Mosqueira, *Semblanzas Paraguayas* de las que utilizó información (DARÍO, 1917, p. 109). La poetisa uruguaya Juana de Ibarbourou acusó recibo del libro que le remitió Silvano Mosqueira, y en la misma carta fechada en Montevideo, mayo de 1926, le manifestó que:

[...] un paraguayo escriba cosas bellas e interesantes, es tan grato a mi corazón como el éxito de un paisano mío. Sus impresiones de hombre inteligente y cultísimo, que en distintos medios y países sabe ver, observar, trazar paralelos, comentar con agudeza, criticar, con sagacidad, han constituido para mí una lectura en extremo vívida y llena de interés (MOSQUEIRA, 1930, p. 123).

El escritor peruano Enrique D. Tovar, publicó un artículo titulado *Del Carlylismo en América* el 21 de febrero de 1917 en el periódico limeño *El Comercio*, desarrolla una crítica a las obras de Silvano Mosqueira a quien define como:

[...] diestro profesor de nacionalismo”; afirmaba Tovar que Mosqueira perduraría por “su nutrida serie de semblanzas de paradigmas ilustres de la civilidad de su patria; es por su meritoria labor de propaganda que, como diplomático, hizo en favor del Paraguay, por lo que habrá de perdurar su nombre de escritor y patriota (MOSQUEIRA, 1930, p. 127).

En *La Revista Histórica* de Montevideo en 1909, al hacer una reseña de las *Semblanzas Paraguayas* se señalaba que “el autor no ha bastardeado sus estudios retrospectivos con tono histórico y biográfico, con la tendencia a magnificar a los personajes (MOSQUEIRA, 1930, p. 136).

Existen otros ejemplos, de intelectuales de Estados Unidos de América, Colombia y Cuba quienes hicieron comentarios y críticas a la obra de Mosqueira, a algunos los conoció en sus misiones diplomáticas, pero no cabe duda de que su profusa obra era considerada estéticamente bella y proporcionaba información sobre el Paraguay en países donde era muy difícil que lleguen publicaciones paraguayas o referidas al Paraguay.

Consideraciones finales

Silvano Mosqueira, diplomático y ensayista, durante toda su obra tuvo una constante señalar aspectos biográficos no sólo de los representantes más ilustres de la sociedad paraguaya, sino también de distinguidas mujeres que conformaban la sociedad paraguaya; esto es muy significativo para la época en un país en el cual las mujeres no tenían ni derechos civiles ni políticos.

Los escritos de Mosqueira tienen una preocupación inicial la de fomentar el patriotismo y en ese sentido se alineó con Juan Silvano Godoi en la idea de reivindicar la figura heroica de José Eduvigis Díaz. Posteriormente se dedicó a hacer conocer fuera la vida y obra de los más importantes intelectuales paraguayos de comienzos del siglo XX, durante muchos años sus *Semblanzas Paraguayas* se constituyeron prácticamente en la única colección de biografías de personalidades paraguayas. La redacción de las biografías estaba influenciada por la lectura de Carlyle y de Macaulay.

Mosqueira fue un “*self made man*”, que trabajó denodadamente por casi cuarenta años en difundir sus ideas sobre el pasado del Paraguay y divulgar las características de los hombres y mujeres que eran parte de un país cuya experiencia histórica les demostró a los demás pueblos del mundo que el Paraguay poseía un patriotismo al estilo romano y estaba dispuesto a defender sus derechos.

Mosqueira fue sistemático en su labor, en sus obras dejó registro desde sus artículos más extensos y fruto de la reflexión y la investigación, hasta los discursos en motivos especiales, ya sea conmemoración de fechas simbólicas, o actos de homenaje a intelectuales, políticos o personas destacadas de la sociedad paraguaya.

Esta es una primera aproximación a la obra de un escritor paraguayo puesto en segunda línea por razones que no hemos podido precisar pese a que tuvo el tema de la historia como principal elemento de sus escritos, por lo cual fue incorporado casi al final de sus días como miembro del Instituto Paraguayo de Investigaciones Históricas, antecedente de la actual Academia Paraguaya de la Historia.

Mosqueira fue un representante del novecentismo, posiblemente uno de los menos estudiados hasta la actualidad, un estudio más sistemático y de largo aliento es necesario para conocer con mayor profundidad las influencias y el impacto que pudo ejercer su obra en la intelectualidad y en la sociedad paraguaya de su época.

Referencias

- AMARAL, Raúl. *El novecentismo paraguayo. Hombres e ideas de una generación fundamental del Paraguay*. Asunción: Editorial Servilibro, 2006.
- BREZZO, Liliana. Institucionalizar la escritura del pasado. La Academia Paraguaya de la Historia (1937-1965). *Anuario de Estudios Americanos*, v. 73, n° 1, 2016, p. 291-317.
- BREZZO, Liliana, *Juan E. O'Leary*, Asunción: El Lector, 2011.
- CABALLERO, Herib. En Búsqueda de un Héroe: la construcción de la figura heroica del General José E. Díaz; Paraguay 1867-1906. *Temas Americanistas*. n° 34. 2014, p. 22-44
- CAETANO Gerardo; Garcé, Adolfo. Ideas, política y nación en el Uruguay del siglo XX. In: Terán, Oscar (coord). *Ideas en el siglo. Intelectuales y cultura en el siglo XX latinoamericano*. Buenos Aires: Siglo XXI Argentina, 2004.
- DALLA CORTE, Gabriela. *Lealtades firmes. Redes de sociabilidad y empresas: la "Carlos Casado S.A." entre la Argentina y el Chaco paraguayo (1860-1940)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 2009.
- DARÍO, Rubén. *Prosa Política. (Las Repúblicas Americanas)*. Madrid: Editorial Mundo Latino, 1917.
- DE MARCO, Miguel. Universidad y Política Exterior. La formación de expertos y diplomáticos en la Facultad de Ciencias Económicas, comerciales y políticas de Rosario, 1920-1968. *Cuadernos de Política Exterior Argentina*, n° 112, 2013, p. 1-32.
- CENTURIÓN, Carlos R. *Historia de las Letras Paraguayas*. Vol.II, Buenos Aires: Editorial Asunción, 1948.
- GONZÁLEZ, Erasmo. "El idioma guaraní en el año del Centenario de la Independencia Nacional. In: Casal, Juan Manuel; Wigham, Thomas. *Paraguay. Investigaciones de historia social y política: Actas de las III Jornadas Internacionales de Historia del Paraguay*. Asunción: Editorial Tiempos de Historia, 2014.
- JONES, David Lewis. *Paraguay. A Bibliography*. New York: Garland Publishing Inc, 1979.
- KALLSEN, Margarita. Biblioteca Nacional de Paraguay. *Boletín ANABAD*, vol. XVII, n° 3-4, 1992, p. 329-339.
- MOSQUEIRA, Silvano. *General José E. Díaz*. Buenos Aires: Talleres S. Ostwald. 1900.

-
- MOSQUEIRA, Silvano. *Ensayos*. Asunción. Talleres Nacionales de H. Kraus, 1902.
- MOSQUEIRA, Silvano. *Páginas Sueltas*. Asunción. Talleres Nacionales de H. Kraus, 1907.
- MOSQUEIRA, Silvano. *Semblanzas Paraguayas*. Asunción: Talleres Nacionales de H. Kraus, 1908.
- MOSQUEIRA, Silvano. *Ideales: discursos y escritos sobre temas paraguayos*. Washington: R. Beresford. 1913.
- MOSQUEIRA, Silvano. *Siluetas Femeninas. Los españoles en el Paraguay. El Ocaso de los grandes hombres*. Asunción: La Colmena, 1930.
- PARAGUAY. *Registro Oficial de la República del Paraguay*. Asunción: Talleres H. Kraus. 1901.
- PARAGUAY. *Registro Oficial de la República del Paraguay*. Asunción: Talleres H. Kraus. 1905.
- PARAGUAY. *Registro Oficial de la República del Paraguay*. Asunción: Imprenta Nacional, 1912.
- PARKER, William B. *Paraguayans of today*. New York: Hispanic Society of América, 1921.
- SANSÓN, Tomás. *Caracteres originales de la protohistoriografía paraguaya (1870-1900)*. [mimeo], Montevideo, 2012.
- SANZ y DÍAZ, José. La Literatura en Paraguay. *Revista Nacional de Educación*, Madrid, nº 36, 1943, p. 54-77.

LA INDAGATORIA DEL PASADO DE VIRGILIO RODRÍGUEZ BETETA (1885-1967): UN ACERCAMIENTO A SU CONTRIBUCIÓN EN LA HISTORIOGRAFÍA GUATEMALTECA DE INICIOS DEL SIGLO XX⁵⁶

José Edgardo Cal Montoya⁵⁷

RESUMEN: Virgilio Rodríguez Beteta (1885-1967) fue miembro fundador y primer vicepresidente de la Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala en 1923. Su amplia trayectoria política, diplomática y periodística se desarrolló a la par de una indeclinable dedicación a la investigación histórica. Desde su presencia en los círculos gubernamentales, se constituyó en una figura central de la vida cultural e intelectual del país hasta su fallecimiento. Aunque su <<indagatoria del pasado>> esté referida a la recuperación de una <<historia nacional>> identificada con la monumentalidad maya y colonial, sus escritos carecen hasta hoy de una valoración sobre su influencia y aporte para el desarrollo de la historiografía guatemalteca, en la que, hasta el día de hoy, son una referencia obligada para el estudio de la Historia política e intelectual del periodo colonial y republicano.

PALABRAS CLAVE: Historiografía guatemalteca. Virgilio Rodríguez Beteta. Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala.

VIRGILIO RODRÍGUEZ BETETA'S INVESTIGATION ON THE PAST (1885-1967): A GLIMPSE OF HIS CONTRIBUTION TO TWENTIETH CENTURY GUATEMALAN HISTORIOGRAPHY

ABSTRACT: Virgilio Rodríguez Beteta (1885-1967) was a co-founding member and first Vice-President of the History and Geography Society of Guatemala on 1923. His wide political, diplomatic and journalistic career was developed next to a persistent dedication to historic research. Since his participation in governmental circles, he became a main actor on the cultural and intellectual life of the country until his death. Even though his <<inquiring of the past>> is referred to the recovery of a <<national history>> identified with the Mayan and colonial monumental character, his writings lack until today of a validation on their influence and contribution to Guatemalan historiography; in which until this day, are a mandatory reference for the study of political and intellectual History of the colonial and republican period.

⁵⁶ El presente trabajo forma parte de una investigación más amplia sobre el desarrollo de la historiografía guatemalteca de inicios del siglo XX, por lo que reviste un carácter exploratorio. Agradezco al Dr. Tomás Sansón Corbo y Eduardo Vasconcelos la oportunidad de divulgar los primeros resultados de este esfuerzo, el que no hubiese sido posible sin la invaluable colaboración del personal del Archivo Histórico del Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica (CIRMA) y de la Biblioteca de la Academia de Geografía e Historia de Guatemala.

⁵⁷ Catedrático de Historiografía de Guatemala en la Escuela de Historia y coordinador del programa de investigación en cultura de la Dirección General de Investigación (DIGI) de la Universidad de San Carlos de Guatemala. E-mail: josecalmontoya@gmail.com

KEYWORDS: Guatemalan Historiography. Virgilio Rodríguez Beteta. History and Geography Society of Guatemala.

Presencia

“Catedrático por tiempos, conversador siempre, como disertante sabía cautivar públicos hablándoles entre anécdotas de la civilización maya, de Batres Montúfar, de Irisarri, de Landívar [...]” (BRAÑAS, 1967, p. 13). Con estas palabras, el poeta César Brañas (1899-1976) evoca la memoria de su compañero de letras, Virgilio Rodríguez Beteta: abogado, diplomático, periodista y estudioso de la historia que junto a otros intelectuales pusieron las bases del proceso de institucionalización de la investigación histórica en el país. Tarea que había sido ejercida principalmente por abogados (PALMA, 1995, p. 12), pero que dos décadas después, se convertiría en una profesión con la fundación de la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos de Guatemala en septiembre de 1945 (LUJÁN, 2002, p. 31-33).

En tanto llegaba esta fecha, Antonio Batres Jáuregui, José Antonio Villacorta y Adrián Recinos junto a Rodríguez Beteta, no solamente se constituyeron en el grupo rector de los estudios históricos en el país por casi cuatro décadas al fundar la *Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala* en 1923, sino también en verdaderas autoridades sobre la cultura del país (PALMA, 1995, p. 13), referida de manera relevante en esos momentos al pasado maya y al período de emancipación política centroamericana, temas que formaron parte importante de la indagatoria sobre el pasado presente en sus escritos (PALMA, 1995, p. 24-27).

Virgilio Rodríguez Beteta nació en un entorno familiar afín al liberalismo decimonónico centroamericano el 10 de marzo de 1885. Su padre, Luis Beteta (1829-1908), fue un destacado abogado, militar y político liberal que colaboró con los gobiernos de Gerardo Barrios en El Salvador y Miguel García Granados y J. Rufino Barrios en Guatemala, periodo en el que ejerció los cargos de jefe militar y diputado a la Asamblea Nacional Constituyente de 1879 (FUNDACIÓN, 2003, p. 190).

Su educación inicial, que transcurrió durante la etapa de mayor preponderancia política de su padre, quedó influida por un periodo histórico lleno de agitaciones políticas y de novedades intelectuales y científicas propias de una educación que ya no estaba en manos de la iglesia católica. Como su padre, estudió la carrera de derecho en la Universidad Nacional de Guatemala, institución en la que, junto a su compañero de estudios desde el Instituto

Nacional Central para Varones, Adrián Recinos (1886-1962), fundó la Revista *El Derecho*: publicación en la que la que ambos empezaban a manifestar sus inquietudes intelectuales y literarias (FUNDACIÓN, 2003, p. 795).

Durante este periodo impulsó la creación de los premios universitarios José Felipe Flores a la mejor tesis de la rama de medicina y Mariano Gálvez a la mejor tesis en la rama de derecho. En los años iniciales de su andadura profesional fue profesor de sociología en diversos institutos (CURRÍCULUM, s/d, p. 1) y paulatinamente fue ampliando su presencia en la vida cultural de la ciudad de Guatemala al fundar en 1902 junto al escritor Manuel Valle (1861-1913) el *Ateneo de Guatemala* (ARRIOLA, 2009, p. 368), asociación científico literaria que contaba con la venia y patrocinio gubernamental y desde la que se impulsaba el cultivo de las letras, las ciencias jurídicas y sociales, las bellas artes, las ciencias exactas, las ciencias médicas, las ciencias naturales y las industrias hasta su desaparición quince años después con los terremotos de 1917 (FUNDACIÓN, 2003, p. 144).

De 1909 a 1918 empezó su itinerario periodístico como director del *Diario de Centro América*, periódico que estaba bajo propiedad gubernamental y que Rodríguez Beteta durante su gestión se encargó de modernizar trayendo desde Estados Unidos linotipos, prensas de cilindro, tipos de imprenta y máquinas para fotograbado (FUNDACIÓN, 2003, p. 340). En 1907, con sólo 22 años, fue diputado de la Asamblea Nacional Constituyente y presidió la comisión de relaciones exteriores de este organismo, periodo en el que propuso, según se indica en su hoja de vida, enmiendas constitucionales que impedían la reelección del presidente de la república y la provisión de derechos para las clases trabajadoras. Otro de los cargos que ejerció durante estos años fue el de Secretario Ejecutivo de la Presidencia de la República, dato que constata su cercanía a la dictadura de Manuel Estrada Cabrera.

Su cercanía al poder y su prominente posición como hombre público le permitieron impulsar iniciativas culturales relacionadas con el conocimiento de la Historia centroamericana al convocar en 1911 la reunión del *Primer Congreso Centroamericano de Periodistas*, dirigida a conmemorar el centenario de la emancipación política centroamericana y captar a las mejores plumas de la región para que influyeran en potenciar un nuevo unionismo centroamericano, proyecto político que tuvo en estas décadas numerosos impulsores, pero que no era posible realizar porque no solamente aludía a una pretensión

expansionista de la influencia política de Guatemala en el istmo que era resistida, sino porque también entrañaba una cultura política autoritaria.

Desde 1906 se había creado en Guatemala la *Oficina Internacional Centroamericana*, organismo que, según sus fundadores, se encargaría de la vigilancia y cuidado de los intereses de los países centroamericanos y en el que el abogado guatemalteco ocupó el cargo de oficial mayor a impulso del régimen *estrada cabrerista*, situación que despertaba la suspicacia de los gobiernos de la región. En un artículo publicado en la revista *Centroamérica*, órgano oficial de divulgación de esta oficina, Rodríguez Beteta se muestra como un ferviente *unionista* al manifestar que la unión política del istmo debe ser el más alto ideal que deben perseguir los centroamericanos como una de las mayores realizaciones de su emancipación política, la que había sido destruida, en sus palabras, “por una serie fatal de errores políticos, administrativos y pequeñeces de partido [siendo] la única tabla de salvación de nuestros pueblos” (RODRÍGUEZ, 1909, p. 437).

En el *Diario de Centroamérica* Rodríguez Beteta fue adquiriendo mayor notoriedad a nivel internacional y en 1915 fue nombrado presidente honorario del *Primer Congreso Mundial de Prensa* celebrado en San Francisco, en el que estableció una relación cercana con Walter Williams, el decano de la primera escuela de periodismo de Estados Unidos, delegándosele el Comité para Asuntos de España y Latinoamérica (CURRÍCULUM..., [196-], p. 2). Este cargo, le dio la posibilidad algunos años después de viajar por toda América Latina y Europa entre 1920 y 1923 (MOLINA, 1967, p. 36). El joven abogado ponía las bases de lo que será una carrera diplomática que duraría más de tres décadas y que en ese momento ya desarrollaba su compañero de estudios y amigo Adrián Recinos en San Salvador.

En 1914 ya tenía el cargo de cónsul en Jersey City, Estados Unidos y en 1927 fue nombrado Ministro Plenipotenciario ante el gobierno de Honduras, año en el que intermedió en el creciente conflicto entre ambas naciones que tenía como trasfondo las disputas entre la *United Fruit Company* y la *Cuyamel Fruit Company* por las concesiones de tierras que les habían otorgado ambos gobiernos en los márgenes del río Motagua dentro de la zona fronteriza (GARCÍA, 2009, p. 67).

Junto a su destacada intervención para evitar el conflicto entre las naciones vecinas, Rodríguez Beteta desarrolló una destacada labor humanitaria como embajador de Guatemala ante la segunda república española desde 1930. Al dar inicio la guerra civil, el abogado

guatemalteco otorgó refugio a centenares de personas que solicitaban asilo, amplió la inmunidad diplomática a recintos fuera de la legación guatemalteca y ejerció un papel integrador entre el cuerpo diplomático latinoamericano acreditado en el país para que se preservaran estas garantías ante el cruento conflicto que enfrentaba a las partes (MOLINA, 1967, p. 34).

En 1936 el presidente Jorge Ubico reconoció al gobierno de Burgos, circunstancia que forzó el regreso de Rodríguez Beteta a Guatemala debido a que sus cartas credenciales estaban acreditadas ante el gobierno republicano. Al mismo tiempo que ejerció de embajador en Madrid, Rodríguez Beteta representó a Guatemala ante la *Sociedad de las Naciones* con sede en Ginebra, Suiza entre 1933 y 1934, organismo que tuvo una participación decisiva en sus iniciativas para salvar vidas humanas de la guerra civil española (CURRÍCULUM, s/d, p. 5). Su estancia en Europa no solamente le prodigó de una amplia experiencia diplomática, sino también le brindó el tiempo para desarrollar una rica agenda cultural en la que consolidó sus relaciones con destacados intelectuales como Miguel de Unamuno (RODRÍGUEZ, 1920, p. 1) y Vicente Blasco Ibáñez (BLASCO, 1920, p. 1) y le prestó el tiempo requerido para visitar archivos y bibliotecas que le aportaron material muy valioso para la escritura de su destacada producción histórica y literaria (INSTITUTO, 1967, p. 134).

Al año siguiente, Rodríguez Beteta llegó como embajador de Guatemala ante la República de Chile, país en el que ejerció la docencia como catedrático de *pre historia centroamericana* y *mayismo*, campos de estudio que se constituían en toda una novedad en la nación sudamericana. En 1947 el gobierno lo comisionó para hacer una gira por Sudamérica en la que expondría “el problema de Belice”. En ese año, Guatemala había aceptado la jurisdicción de la *Corte Internacional de Justicia* en las controversias de orden jurídico exceptuando el caso de Belice, ya que el gobierno quería aportar argumentos para que el diferendo limítrofe fuera resuelto por esta instancia, proceso en el que Guatemala aportaría pruebas sobre su posesión de este territorio. Esta proposición, ante las evidencias históricas, ya no era sostenible, pero siempre fue utilizada para avivar el sentimiento nacional, recurso que otros gobiernos militares utilizaron de manera sucesiva ante su ausencia de legitimidad. Diversos recintos de las ciudades de Santiago y Concepción en Chile, Buenos Aires,

Montevideo, Lima y Bogotá escucharon sus amenas y eruditas intervenciones, cualidad que siempre le reconocieron sus amistades cercanas (MOLINA, 1967, p. 34).

En 1947 fue nombrado Ministro Plenipotenciario en Colombia, país en el que fue testigo de la protesta popular conocida como “El Bogotazo” mientras asistía a la *IX Conferencia Panamericana*, en la que se creó la *Organización de Estados Americanos* (OEA). Su trayectoria política, adscrita al liberalismo, lo llevó a apoyar a los entonces asilados políticos Alfonso López Michelsen, Carlos Lleras Restrepo y Alberto Jaramillo Sánchez, lo que le ganó la animadversión del gobierno colombiano presidido por el conservador Mariano Ospina Pérez, quien lo declaró *persona non grata*. No obstante, su apoyo y gestiones dieron fruto, ya que posteriormente les fueron concedidos a estos exiliados sus pasaportes para poder regresar al país.

Al regresar a Guatemala en 1952, el gobierno de Jacobo Árbenz Guzmán le ofreció el cargo de asesor de la cancillería, el cual rehusó debido a su suspicacia ante la presencia del que denominaba “grupo comunista que andaba en el gobierno” (CURRÍCULUM, [196-], p. 7). Al ser derrocado Árbenz por Carlos Castillo Armas en 1954, Rodríguez Beteta aceptó asumir el cargo de asesor de cancillería para tratar la problemática de los numerosos asilados políticos que había en las embajadas del país y explicar ante los gobiernos latinoamericanos las intenciones democratizadoras del “gobierno de liberación”.

El presidente Miguel Ydígoras Fuentes lo nombró en 1958 secretario de información de la presidencia de la república. En estos hechos se refrenda la cercanía al poder político que Rodríguez Beteta exhibió en su conducta pública, situación que refiere con gran contundencia el historiador Augusto Cazali Ávila en sus últimas investigaciones, al señalar que Rodríguez Beteta junto a Adrián Recinos habían sido afines a los gobiernos autoritarios de Jorge Ubico y Federico Ponce Vaides entre 1931 y 1944 y que en el ocaso de sus vidas accedieron nuevamente a puestos públicos durante los gobiernos militares posteriores a la revolución de 1944 (DIRECCIÓN, 2000, p. 55)⁵⁸.

⁵⁸ Gustavo Martínez Nolasco, escritor y dramaturgo miembro del Partido Liberal Progresista, menciona en su libro: *El movimiento armado de diciembre 1930* (Guatemala, 1931, p. 74), que Rodríguez Beteta pronunció en 1930 un discurso a nombre de los partidos liberales en contra de la designación del Lic. Baudilio Palma como presidente de la república por enfermedad del presidente Lázaro Chacón, la que a su juicio, era una maniobra continuista que perjudicaba al primer designado a la presidencia, el militar Mauro de León. Con esta actuación, se denota la simpatía de Rodríguez Beteta por los grupos desfavorables a Chacón que impulsarían posteriormente la ascensión al poder de Jorge Ubico Castañeda meses después.

En 1959 Rodríguez Beteta fue nombrado en disponibilidad por el Ministerio de Relaciones Exteriores de Guatemala, periodo en el que ya no ocupó ningún cargo diplomático y desarrolló una profusa labor cultural como director de la comisión nacional de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO) e impulsor del primer simposio de filosofía en el país, actividades que desarrollaba cuando falleció, presumiblemente de insuficiencia cardiaca, el 25 de marzo de 1967.

Indagatoria

La obra histórica y literaria de Rodríguez Beteta es amplia y diversa. Entre sus escritos dedicados a la investigación histórica destaca *Ideologías de la independencia*, publicado originalmente en París en 1926 con reediciones en Guatemala y Costa Rica en 1965 y 1971,⁵⁹ libro con el que obtuvo la medalla de oro de la Academia de Historia Americana de Buenos Aires en 1926. Más allá de este reconocimiento y su favorable recepción en los círculos periodísticos y culturales de la época, es considerada una obra pionera dentro de la historiografía guatemalteca por enfocarse en proponer una historia del periodismo y de las ideas políticas sobre el proceso de emancipación centroamericana en 1821.

Bajo esta óptica, interesa estudiar en esta obra la intencionalidad de Rodríguez Beteta por ofrecer una investigación que esclarezca uno de los períodos más complejos de la historia del istmo escrita para un público amplio, con plena vocación periodística. Intencionalidad en la que se nos revela una *indagatoria del pasado* que empieza a entender el conocimiento histórico como una tarea de reflexión crítica que pone en cuestión las narrativas idílicas sobre este proceso para mostrar la complejidad de las transformaciones experimentadas por las sociedades centroamericanas que empezaban a tener amplios contactos con las culturas y prácticas políticas modernas.

Esta obra⁶⁰, que formó parte de un proyecto editorial más amplio que guarda relación con los libros *Evolución de las ideas coloniales* publicado en París en 1929 y *Evolución de la imprenta, los libros y el periodismo coloniales* publicado en Guatemala en 1962, contiene tres

⁵⁹ Publicadas, en su orden, por la Secretaría de Información del Gobierno y por la Editorial Universitaria Centroamericana. Asimismo, se incluyó su publicación en los números de junio de 1965 (v. 10, n. 57, p. 67-129) y de septiembre de 1970 (v. 34, n. 129, p. 62-114) de la *Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano* de Nicaragua. El médico e intelectual salvadoreño Luis Días Vasconcelos señala en su reseña sobre la obra publicada en 1965 en la revista *Cultura* de la Biblioteca Nacional (n. 1, p. 126-127) que *Ideologías de la independencia* había sido publicado en 1912 por la Oficina Internacional Centroamericana y en 1913 por la Revista de Derecho, Historia y Letras de Argentina, información que no se ha podido corroborar.

⁶⁰ Se cita la edición de 1971 de la Editorial Universitaria Centroamericana (San José).

secciones temáticas que pueden ser diferenciadas por el lector. La primera, expone los procesos de circulación de ideas políticas modernas en el ejercicio del periodismo colonial desde finales del siglo XVIII hasta la promulgación de la constitución gaditana y las luchas sociales entre peninsulares y criollos (RODRÍGUEZ, 1971, p. 13-127).

La segunda, en la que se incluye una sección de las memorias del enviado gubernamental británico a Guatemala Henry Dunn en 1827 referida a los partidos políticos y una amplia exposición sobre el pensamiento intelectual y político de José Cecilio del Valle (RODRÍGUEZ, 1971, p. 135-213). Y la tercera, en la que se estudia el papel de las élites tradicionales en el fracaso del proyecto federal centroamericano (RODRÍGUEZ, 1971, p. 213-265).

¿Qué quiere indagar Virgilio Rodríguez Beteta? La lectura de su obra nos sugiere un amplio esfuerzo intelectual de comprensión sociológica y filosófica en el tiempo de las ideas que impulsaron no solamente la emancipación política centroamericana, sino también explicar su fracasada proyección hacia una unión política de la región. Este propósito, leído sin tomar en cuenta los avances que tuvo décadas después la historiografía centroamericana al explicarlo a partir del peso de los factores geográficos en la consolidación del regionalismo presente en las contiendas económicas y políticas de sus élites, se nos manifiesta como un esfuerzo del abogado guatemalteco por establecer una comprensión de amplio alcance de la historia centroamericana centrada en las ideas políticas y el desarrollo del periodismo antes que en la actuación de los prohombres que estaba presente en los escritos mayoritariamente conmemorativos de este hecho que se pueden apreciar en las publicaciones periódicas de inicios del siglo XX en la región.

La atención de Rodríguez Beteta a los debates intelectuales y políticos de los periódicos *El Editor Constitucional*⁶¹ y *El Amigo de la Patria*⁶² tiene el propósito de mostrar a sus lectores que sus páginas no solamente proponen tesis antagónicas sobre la manera de llevar a cabo la independencia como lo rezaban los manuales escolares y otros escritos, sino más bien, muestra cómo la discusión sobre la aplicación de la Constitución de 1812 es desde donde se puede comprender la situación política centroamericana en los años finales del

⁶¹ Periódico partidario de la independencia fundado por el médico Pedro Molina en ciudad de Guatemala que circuló del 24 de julio de 1820 al 20 de agosto de 1821.

⁶² Periódico que sostenía ideas políticas moderadas fundado por el jurisconsulto e intelectual José Cecilio del Valle que circuló del 16 de octubre de 1820 al 1 de marzo de 1822.

periodo colonial y el punto de partida para explicar *in extenso* la situación social de la época más allá de las narraciones memorables.

Las encendidas controversias sobre la libertad de imprenta, la construcción de la soberanía popular, la organización de la instrucción pública, el lugar de la religión en una sociedad en contacto con ideas modernas, la participación ciudadana del indígena y el desarrollo del comercio, muestran cómo la sociedad colonial es permeada por procesos, ideas y culturas políticas modernas que impulsaron una emancipación política desde las élites que no cumplió con sus propósitos fundamentales de bienestar común para todos los pueblos centroamericanos. Aunque esta valoración de Rodríguez Beteta esté adscrita a su ideario liberal de unión centroamericana, su esfuerzo historiográfico toca la dimensión social del proceso de emancipación centroamericana, enfoque que se encontrará en el desarrollo de la historiografía guatemalteca y centroamericana de décadas posteriores, especialmente en los años sesenta y setenta (CAL, 2012, p. 100-103).

Virgilio Rodríguez Beteta también inquiriere sobre el comportamiento de las élites tradicionales en el transcurso del proceso de emancipación política del istmo. Su amplia reflexión sobre el pensamiento de José Cecilio del Valle, presente en gran parte de la obra, lo conducen a concluir que es precisamente lo que él denomina el espíritu aristocrático o de familia lo que impidió a Centroamérica salir del antiguo régimen para tener un gobierno con ideales democráticos.

Esta percepción analítica se constituye en una aportación novedosa y perdurable para el desarrollo posterior de la investigación histórica en Guatemala. Antes de que se plantearan los estudios sobre las élites en la historiografía moderna, Rodríguez Beteta señalaba con gran claridad su importancia como factor explicativo de la historia del período colonial e independiente de la región centroamericana, ya que la salvaguarda de sus intereses fue la que, a su juicio, impidió el establecimiento de un gobierno regional inspirado en ideas modernas. Su reflexión también toca otro aspecto fundamental desarrollado por la denominada *Nueva Historia Política* referido a la importancia de estudiar el cambio de régimen político en la comprensión de las independencias americanas, proceso en el que se da una inevitable tensión entre la experiencia anterior del antiguo régimen y la irrupción de nuevos lenguajes y prácticas políticas.

Valle había desarrollado en sus escritos una extensa crítica a las familias tradicionales de la ciudad de Guatemala, especialmente a la familia Aycinena, como responsables de una independencia política que se derivó inmediatamente por la anexión al imperio mexicano y al fracaso posterior de la formación de un sistema político federal en el istmo. Rodríguez Beteta da continuidad a esta crítica poniendo en cuestión la concesión del título de marqués al comerciante navarro Juan Fermín de Aycinena e Irigoyen en 1783, ya que la reafirmación de una sociedad estamental es, según su pensamiento, contraria a los valores de modernidad política y democracia que ya estaban presentes en los discursos políticos y culturales de fines del siglo XVIII e inicios del siglo XIX.

Rodríguez Beteta señala que fue precisamente la anexión a México y la oposición al proyecto federal centroamericano impulsada por las principales familias de la ciudad de Guatemala la que impidió un genuino proyecto de emancipación económica y política del istmo. Sorprendentemente, muchas de las ideas planteadas por la historiografía centroamericana actual guardan pocas divergencias con los planteamientos fundamentales de Rodríguez Beteta escritos hace casi un siglo (CAL, 2012, p. 100-110).

Ya en la sección conclusiva de la obra, Rodríguez Beteta desarrollará otra de las ideas que generó gran atención sobre su libro: los pueblos centroamericanos hicieron una independencia para la que no estaban preparados. Debido a los obstáculos interpuestos por los intereses de las élites y los intereses políticos sectarios, la independencia no significó un momento genuinamente emancipatorio para la región. Su consecución impidió una unidad que replicara el ideal bolivariano continental promulgado en el *Congreso de Panamá* de 1826.

Esta exposición de Rodríguez Beteta está permeada por el debate intelectual y político generado por el movimiento panamericanista, el cual a inicios del siglo XX presentaba una doble cara: por un lado, como ideología justificadora de la preponderancia estadounidense en el hemisferio y por otro, como instancia multilateral que agrupaba las reclamaciones americanas ante esta intervención, tensión que llevó a Estados Unidos a establecer nuevas estrategias para mantener su influencia en América Latina a partir de la década de los treinta (VILLAFANE, 2008, p. 311-329).

Rodríguez Beteta se adhirió al panamericanismo de vertiente latinoamericana, desde el que planteó la importancia del pensamiento de Valle y Simón Bolívar para poner las bases de un *nuevo panamericanismo* que diera lugar a una igualdad de derechos de las naciones

latinoamericanas entre las naciones del mundo. Para él, la proyección más acabada de la emancipación política centroamericana y latinoamericana es consolidar una unión continental que acometa cualquier intervención extranjera e impulse principios democratizadores y de desarrollo económico.

En la alocución que Rodríguez Beteta pronunció en la radio gubernamental TGW el 12 de octubre de 1966, profundizaba en su reflexión sobre las implicaciones que tuvo el fracaso de la independencia para Guatemala:

Desde la independencia hemos estado divididos en dos partidos que se han odiado a muerte: liberales y conservadores. Exactamente como estamos ahora: comunistas y anticomunistas. Y mientras tanto, el indígena, que es la masa de fondo de nuestra población, tan analfabeta, tan desnutrida, tan falta de estímulos y de vida como nos lo dejó la colonia. ¿Qué esperanza de redención así para un pueblo dividido en castas? ¿Qué esperanza para un pueblo donde el indígena tiene el título de ciudadano nada más que para lo que les conviene a las otras castas? ¿Qué esperanza de que de esa ciudadanía pueda brotar, como brotó en Grecia, un hombre como aquel que se llamó Pheidippides y quien después de luchar cuerpo a cuerpo contra persas al lado de Milcíades, se prestó voluntariamente a correr a pie para la noticia de que la victoria había sido ganada por los atenienses. Sólo pudo llegar a Atenas a tiempo de exclamar?: <<hemos ganado>>, cuando se desplomó y cayó muerto. ¿Qué ayuda voluntaria podemos esperar de una raza de quien ni hemos podido hacernos querer, a quien menospreciamos llamándolos indios, a quienes hemos arrancado de sus domicilios antiguos y algo peor, de cuyos corazones y mentes hemos arrancado hasta el recuerdo de su pasado glorioso? ¿Cómo esperar que cuando llegue el caso ella nos defienda, cante con fervor nuestro himno nacional y tenga fe y confianza en nosotros? No señores, tengamos siquiera la franqueza de confesar que nos hemos equivocado desde la Independencia para la que no estábamos preparados. Porque hicimos una federación para la que no estábamos preparados. Porque, en fin, nunca hemos sabido juntarnos para las cosas grandes, como sería el de la unión de todos los guatemaltecos pensantes para descubrir y señalar donde reside el lado flaco de nuestra patria (El Imparcial, 1966, p. 15).

La indagación histórica es también para este intelectual y hombre público una reflexión sobre su país. La presencia de la discusión periodística sobre los indígenas a finales del período colonial tratada en su libro aflora en este discurso con mayor fuerza para afirmar que a pesar de que los indígenas contaban con derechos ciudadanos, el ejercicio de esta ciudadanía se desarrolló de manera diferenciada respecto a los criollos y mestizos. Una idea que, a la luz de la historiografía guatemalteca actual, ofrece pocas aristas de discusión. Aunque los intelectuales pertenecientes a las generaciones *del diez* y *del veinte* plantearon bajo sus marcos de interpretación “el problema social del indio”, Rodríguez Beteta dota a su indagación histórica de una dimensión ampliamente política al señalar que analizar históricamente la independencia es señalar los rezagos de una comunidad política en el que no están incluidos todos sus habitantes desde antes del periodo republicano.

El libro de Rodríguez Beteta toca nodos reflexivos que impulsan los debates actuales de las ciencias sociales en el país y la prolongada preocupación que ha mostrado la historiografía guatemalteca actual por la construcción de legitimidades y representaciones de un estado nacional moldeado por el liberalismo y el racismo finiseculares que sigue cuestionado en su capacidad de ciudadanizar e incluir. No termina de sorprender al estudioso cómo la escritura de una obra en los años iniciales del proceso de institucionalización de la investigación histórica en el país propone inquietantes relaciones con las preocupaciones históricas actuales de la comunidad de historiadores guatemaltecos e interesada en la Historia de Guatemala.

Relevancia

En el documento *Hoja de servicios extraordinarios del Licenciado Virgilio Rodríguez Beteta durante los treinta y ocho años de su carrera pública* (s/d, p. 25-26), el abogado hace un recuento de su dilatada trayectoria cultural resaltando que fundó junto a Adrián Recinos la *Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala*, entidad que, en sus palabras “lleva ya treinta años de vida y ha batido un récord en publicaciones históricas que hasta ahora permanecían inéditas”, las que hasta ese momento sumaban 23 y habían sido impulsadas por su persona.

Asimismo, subraya su participación en la organización de festivales históricos dirigidos a toda la sociedad, destacando el cuarto centenario de la fundación de la ciudad de Guatemala en julio de 1924 en el que se organizó una extensa peregrinación desde ciudad de Guatemala hasta Antigua Guatemala, Ciudad Vieja e Iximché que fue colocando lápidas conmemorativas en lugares célebres como la casa de la primera imprenta, la de la Universidad de San Carlos, la de Rafael Landívar y la de Bernal Díaz del Castillo, además de repatriar un año después “con tonos de verdadera apoteosis nacional” los restos del ex presidente Dr. Mariano Gálvez y homenajear a los autores de la música y la letra del himno nacional de Guatemala.

No puede comprenderse la indagatoria del pasado de Virgilio Rodríguez Beteta desvinculada de su intensa actividad literaria, cultural y de divulgación histórica. Su vocación periodística no solamente se realiza entre las rotativas y reuniones gremiales, sabe que su esfuerzo por instituir una opinión informada sobre la Historia del país debe tener el mismo

espacio en los libros, en las conmemoraciones, en las intervenciones públicas y en la vida diplomática.

La vigorosa actividad cultural e intelectual de la entonces *Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala* se ha expandido en estos años a diversos ámbitos de la sociedad guatemalteca. Los hombres públicos relacionados con el poder político y otras instituciones estatales que forman parte de ella, son conscientes que esta relación es fundamental para divulgar sus inquietudes intelectuales y formar un concepto de nacionalidad y una narrativa histórica sobre esa nacionalidad.

No se pretende con esta reflexión equiparar los aportes intelectuales de Virgilio Rodríguez Beteta con el desarrollo actual de la investigación histórica en Guatemala, profesionalmente sólida y prometedora en su desarrollo. No obstante, su indagatoria del pasado trazó surcos para la reflexión que se hizo posteriormente sobre diversos temas de la Historia política e intelectual del país. *Ideologías de la independencia* fue un libro que puso de manifiesto las luchas sociales entre peninsulares y criollos por el poder político antes de la emancipación política centroamericana y cómo en años posteriores este conflicto se desarrolló entre los criollos con linaje y los que no lo tenían por obtener posiciones de preponderancia social y política en los nuevos estados.

Esta idea fue retomada décadas después por la historiografía tradicional y la de orientación marxista para emprender una explicación de las transformaciones políticas proyectadas por la independencia desde una perspectiva social, menos centrada en las élites y más preocupada por saber lo que sucedió en este periodo con los sectores subalternos (GUTIÉRREZ, 2009, p. 319). *La Patria del Criollo* de Severo Martínez Peláez publicada en 1970 también es deudora de estas intuiciones historiográficas trazadas por Rodríguez Beteta a inicios del siglo XX. Aunque algunos detractores de esta obra señalaron que Rodríguez Beteta únicamente efectuó una compilación de diversas fuentes secundarias a las que adicionó algunos comentarios históricos, es innegable que la selección de textos que propone consigue describir con precisión el ambiente ideológico previo a la independencia no solamente con una intención narrativa, sino ante todo explicativa, ya que las discusiones sobre la libertad de prensa, el régimen esclavista, la libertad de los indígenas o la adopción del contractualismo manifiestan el crecimiento del ambiente anti colonial en el reino de Guatemala que daría lugar

al ideario independentista. A la postre, otra idea ampliamente desarrollada en la historiografía centroamericana actual sobre el periodo.

Junto a la resonancia que el libro tiene en la historiografía guatemalteca actual, no debe dejarse de lado la entusiasta recepción que tuvo su cuarta edición en la segunda mitad del siglo XX. El rotativo *El Imparcial* del martes 17 de agosto de 1965 (p. 9) considera a *Ideologías de la independencia* “un libro siempre nuevo” con contenido y tema extraordinario que era necesario divulgar debido a que sus ediciones anteriores estaban totalmente agotadas.

A las opiniones auspiciosas del diplomático peruano Francisco García Calderón y del intelectual argentino Estanislao Zeballos sobre el libro de Rodríguez Beteta, se suman las del historiador costarricense Ricardo Fernández Guardia y los escritores guatemaltecos José Rodríguez Cerna, Carlos Wyld Ospina y Miguel Ángel Asturias. Wyld Ospina expone que: ante todo, hay que hacerle justicia a Rodríguez Beteta: es él el primero en Guatemala que aplica sistemáticamente el moderno criterio científico al estudio de nuestra historia. Obras así deberían tener una difusión vastísima entre nosotros. Y Miguel Ángel Asturias le manifiesta en una carta a Rodríguez Beteta:

[...] que su labor debe seguir adelante, pues en América es lo que nos falta. A mí me han sido de una gran utilidad sus libros. En ellos he aprendido a querer más a mi país, formándome una idea mejor de los acontecimientos pasados que las aburridas Historias de Centro América, que en un futuro auto de fe, quemaremos para bien de las generaciones del porvenir...A medida que pasa el tiempo, admiro más la obra. (ASTURIAS, s/d, p. 13).

César Brañas consideró el libro de su amigo como una “levantada glosa periodística de los pensadores y periódicos de la independencia nacional” con el que Rodríguez Beteta inauguró en la vida intelectual del país “un método de hacer la historia a través de la prensa de la época historiada (historia y lo más gustoso y apto para él, filosofía de la historia)” (BRAÑAS, 1967, p. 17). Todo un reconocimiento del carácter innovador de su indagatoria del pasado enriquecida por sus dotes de gran conversador para hacerla amena y accesible a un gran público. Una indagatoria que se constituye en un transecto entre la reflexión y la divulgación histórica.

Ricardo Fernández Guardia hace una valoración del libro de Rodríguez Beteta que permite concluir estas reflexiones al decir que: puede considerarse como el punto de partida y el fundamento de toda la triste historia centroamericana de los 118 años transcurridos desde la Independencia. Toda la historia de nuestras pequeñas guerras y de nuestras desgracias queda

explicada en este libro. Un libro que habla de la historia humana, llena de vicisitudes, de incertidumbres y de dificultades que al ser conocidas por las generaciones postreras muestran el camino de la transformación de sus sociedades a través del tiempo. Estas sociedades puestas en esta lengua de tierra que, en sus palabras, “siguen luchando como el primer día de la Independencia por asentar la democracia, la libertad y tantas bellas palabras más que se usan en nuestras constituciones y que siguen siendo puras ideologías en el aire” (EL IMPARCIAL, 1965, p. 13).

Referencias

ARRIOLA, Jorge Luis. *Diccionario Enciclopédico de Guatemala*. Tomo II. Guatemala: 2009, 628 p.

BLASCO, Vicente. Carta de Vicente Blasco Ibáñez al Marqués de Valdeiglesias, recomendándole al Sr. Rodríguez Beteta, periodista centroamericano. Disponible en: <http://www.march.es/bibliotecas/repositorio-fernandez-shaw/ficha.aspx?l=1&p0=fshaw:1881>. Acceso: 11 de jul. 2017.

BRAÑAS, César. Notas para una imagen de Virgilio Rodríguez Beteta, El Imparcial, Guatemala, p. 13.17, 8 abr. 1967.

CAL, José. Un largo y penoso proceso: Severo Martínez Peláez y la Historia social sobre la Independencia de Centroamérica. *Bajo el Volcán*, Puebla, v. 12, n. 19, p. 99-110, sep-dic. 2012.

CURRÍCULUM VITAE DE VIRGILIO RODRÍGUEZ BETETA. Guatemala: [196-]. p. 7

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIÓN. *Las transiciones políticas: del Ydigorismo al gobierno militar de Peralta Azurdia (1958-1966)*. 2000. 195 f. Informe final de investigación Historia de Guatemala, Siglo XX (INF-2002-055) de Augusto Cazali Ávila y Ana Patricia Borrayo Morales, Universidad de San Carlos de Guatemala, 2000.

FUNDACIÓN PARA LA CULTURA Y EL DESARROLLO. *Diccionario Histórico Biográfico de Guatemala*. Guatemala, 2004, 975 p.

GARCÍA, Ethel. Conflictos fronterizos y antiimperialismo en las repúblicas bananeras centroamericanas: el caso de Honduras. *Reflexiones. Revista de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica*, San José, v. 88, n. 2, p. 63-73, 2009.

GUTIÉRREZ, Coralia. La historiografía contemporánea sobre la independencia en Centroamérica. In: Ortiz, J.; FRASQUET, I. (Eds.). *Jaque a la corona: la cuestión política en las independencias iberoamericanas*. Castellón: Publicaciones de la Universitat Jaume I, 2010, p. 318-320.

HOJA DE SERVICIOS EXTRAORDINARIOS DEL LICENCIADO VIRGILIO RODRÍGUEZ BETETA DURANTE LOS TREINTA Y OCHO AÑOS DE SU CARRERA PÚBLICA. Guatemala: [195-]. 27 p.

INSTITUTO DE ANTROPOLOGÍA E HISTORIA. Necrológica. Licenciado Virgilio Rodríguez Beteta (1885-1967). *Antropología e Historia de Guatemala*, Guatemala, v. 19, n. 1, p. 134-135, 1967.

LUJÁN, Jorge. La primera generación de Historiadores graduados en la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos de Guatemala, 1945-1958. *Revista de la Universidad del Valle de Guatemala*, Guatemala, n. 12, p. 29-38, dic. 2002.

MOLINA, Adolfo. Virgilio Rodríguez Beteta. *Anales de la Sociedad de Geografía e Historia*, Guatemala, a. 40, t. 40, n. 3-4, p. 33-37, jul-dic. 1967.

PALMA, Gustavo. La Sociedad de Geografía e Historia y la Historia en Guatemala. *Revista de Historia*, Heredia, n. 31, p. 7-37, ene-jun. 1995.

RODRÍGUEZ, Virgilio. Si Centroamérica estuviese unida. *Centroamérica*, Guatemala, v. 1, n. 3, p. 434-437, jul-ago-sep. 1909.

RODRÍGUEZ, Virgilio. El mundo antiguo se había completado con uno nuevo, *El Imparcial*, Guatemala, p. 9, 12 oct. 1966.

RODRÍGUEZ, Virgilio. *Ideologías de la independencia*. San José: Editorial Universitaria Centroamericana, 1971.

RODRÍGUEZ, Virgilio. Carta de Virgilio Rodríguez Beteta a Miguel de Unamuno. Disponible en: <http://hdl.handle.net/10366/21290>. Acceso: 11 de jul. 2017.

Un libro siempre nuevo. *Ideologías de la Independencia*, *El Imparcial*, Guatemala, p. 9.13, 17 ago. 1965.

VILLAFANE, Luís. Las relaciones interamericanas. In: AYALA, E.; POSADA, E. (Dirs.). *Historia General de América Latina 7: los proyectos nacionales latinoamericanos: sus instrumentos y articulación, 1870-1930*. Madrid: Ediciones Unesco/Editorial Trotta, 2008, p. 311-329.

ENSEÑANZA DE LA HISTORIA A PRINCIPIOS DE SIGLO XX EN URUGUAY Y ARGENTINA. LA VISIÓN DE DOS AUTORIDADES EDUCATIVAS. ABEL J. PÉREZ Y JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

Sabrina Alvarez⁶³

Francis Santana⁶⁴

RESUMEN. Los sistemas educativos son instrumentos privilegiados para la divulgación del conocimiento histórico. Los actores político-sociales insertos dentro de los mismos no actúan como meros transmisores de ese saber, generan además sus propias “versiones” del pretérito. Observar esas interpretaciones resulta de interés para aportar pistas sobre el desarrollo de la historiografía rioplatense. El objetivo de este artículo es analizar, de modo comparado, el pensamiento de Abel J. Pérez y Joaquín V. González -figuras destacadas en el ámbito educativo de Uruguay y Argentina a principios del siglo XX- sobre los motivos por los cuales era necesario enseñar Historia y qué contenidos debían priorizarse.

PALABRAS CLAVE: Historia rioplatense. Abel J. Pérez. Joaquín V. González.

TEACHING HISTORY AT THE BEGINNING OF 20th CENTURY IN URUGUAY AND ARGENTINA. TWO EDUCATIONAL AUTHORITIES' VISION: ABEL J. PÉREZ AND JOAQUÍN V. GONZÁLEZ

ABSTRACT. The educational systems are privileged instruments for the dissemination of historical knowledge. The political-social actors inserted within them do not act as mere transmitters of that knowledge, they also generate their own "versions" of the past. Observing these interpretations is interesting to provide clues about the development of River Plate's historiography. The aim of this article is to analyze, in a comparative way, the thoughts of Abel J. Pérez and Joaquín V. González - important figures in the educational field of Uruguay and Argentina in the early twentieth century - on the reasons why it was necessary to teach History and what contents should be prioritized.

KEYWORDS: River Plate's history. Abel J. Pérez. Joaquín V. González.

⁶³ Licenciada en Ciencias Históricas (FHCE-UdelaR). Maestranda en Ciencias Humanas, opción Historia Rioplatense (FHCE) con beca de la Comisión Académica de Posgrados (CAP-UdelaR). Ayudante del Departamento de Historiología (Instituto de Historia-FHCE).

<http://investigadores.fhuce.edu.uy/sabrinaalvarez/wp-content/uploads/sites/87/2017/03/Sabrina-Alvarez.-cvuy.pdf>. Contacto: s.alvarez.torres@fhuce.edu.uy

⁶⁴ Estudiante avanzado de la Lic. en Ciencias Históricas (FHCE-UdelaR). Ayudante del Departamento de Historiología (Instituto de Historia-FHCE). Contacto: francissantana@hotmail.es

Introducción

La historia de la historiografía suele alimentar sus análisis de las obras producidas con el fin principal de elaborar un relato histórico sobre algún hecho o proceso en particular. Pero también se nutre de la lectura minuciosa de otro tipo de fuentes como pueden ser cartas, documentos inéditos, artículos periodísticos, entre otros.

Uno de los principales medios de divulgación del conocimiento histórico son los sistemas de educación estatales. A través de los mismos los Estados buscan transmitir e imponer a sus ciudadanos determinadas certidumbres ideológicas y culturales.

De allí que resulte de interés indagar en las opiniones vertidas sobre el papel de la enseñanza de la Historia y sobre los contenidos por parte de figuras inmersas en los sistemas educativos. Esto es lo que nos proponemos realizar en este artículo. Seleccionamos para ello a dos figuras contemporáneas, Abel J. Pérez y Joaquín V. González, quienes desarrollaron funciones similares en Uruguay y Argentina, respectivamente.

De Abel J. Pérez estudiaremos dos obras y un conjunto de artículos aparecidos en las publicaciones oficiales de la Dirección de Instrucción Pública de Uruguay. “Nuevas orientaciones en la enseñanza”, publicada por primera vez en 1915, ha sido analizada en especial por sus aportes desde el “espiritualismo” en el debate por la secularización; decía el autor en las primeras páginas, que esta obra era producto del cumplimiento de su “deber” como ciudadano que ha visto el “mal” que aqueja a los hombres de su tiempo: “un estado mórbido generalizado” (PÉREZ, 1915, p. 5-6) provocado por el, en su opinión, imperante utilitarismo.

Por otra parte, trabajamos con un libro titulado “América”, publicado en 1912, en el que presenta su concepción de la historia del continente americano (con énfasis en América Latina), al que consideraba una esperanza para el desarrollo civilizatorio de su época (PÉREZ, 1912, p. 6). Asimismo, consideramos un conjunto de artículos escritos por Pérez en marco de su labor como Director de Instrucción Pública, que aparecieron en las publicaciones editadas por esta institución. En estos se exponen de modo sintético, y vinculados directamente con el quehacer en la gestión educativa (y política), sus opiniones respecto del papel de la enseñanza de la Historia.

El conjunto de la obra de Joaquín V. González gozó de gran repercusión en el ámbito cultural argentino. De ese modo se transformó en un referente literario, político y educativo.

Su ensayo “La tradición nacional” le valió un reconocimiento unánime. Las obras “Patria” y “Manual de la Constitución Argentina” se transformaron en insumos para la educación en su país. Sus “Discursos” en el Congreso Pedagógico de 1902 contienen reflexiones generales sobre sus conceptualizaciones de la educación.

La producción de ambos autores genera importantes desafíos a la hora de hacer dialogar sus propuestas específicas sobre el asunto, pues no se dedicaron específicamente a la labor historiográfica. A través de sus propuestas educativas (labor a la que destinaron sus mayores esfuerzos desde la reflexión y la gestión estatal) se pueden conocer algunos de sus principales supuestos.

Resulta de interés analizar sus ideas, primero, porque fueron figuras de peso en organismos del Estado y, segundo, porque se destacaron en un contexto de transformaciones político-sociales y en materia filosófica-científica (renovado espiritualismo). Por lo tanto, eran personalidades con “autoridad de enunciación” que, de un modo u otro, influyeron en la construcción de los discursos historiográficos de su época⁶⁵.

Los autores y su época

La obra de Pérez se inserta en el periodo que se ha denominado del “primer batllismo” y de la “segunda modernización” uruguaya. En el mismo se conjugaron importantes transformaciones y continuidades que alcanzaron distintas esferas de la vida pública uruguaya. Se cerró el ciclo de luchas caudillistas triunfando finalmente el ejército “profesional” del Estado; se propició un importante impulso a la estatización de servicios básicos; se expresó de modo contundente la disputa por la secularización del Estado (con un especial capítulo en materia educativa) culminando con la reforma constitucional de 1917 en la que se consagró la separación de la Iglesia y el Estado. Asimismo se fortaleció el desarrollo de la enseñanza secundaria y técnica.

En simultáneo, convivieron de modo tenso posturas innovadoras con tendencias conservadoras que pusieron “freno” hacia fines de la década de 1910 a los avances alcanzados. Fue una época de crecimiento demográfico urbano producto de una nueva oleada inmigratoria, de la mejora relativa de las condiciones de vida y de la inmigración interna. Los trabajadores, especialmente industriales, comenzaban a organizarse siguiendo modelos

⁶⁵ Cabe destacar que las obras “Patria” y “Manual de la Constitución Argentina” de Joaquín V. González se convirtieron en insumos para la enseñanza. Ninguna obra de Pérez alcanzó tal reconocimiento.

Europeos y se desarrollaban los primeros conflictos sindicales. Ante esta situación el gobierno encabezado por José Batlle y Ordóñez optó por mediar en los conflictos, aunque se registraron también eventos represivos (BARRÁN, 1990; CAETANO, 2011).

El período transcurrido entre 1852 y 1880 comenzó a configurarse la construcción del estado argentino. En ese contexto el ciudadano fue concebido como sostén material de dicho estado (BONAUDO, 1999, p. 11-21). Las clases dominantes se apoyaron en un Poder Ejecutivo fuerte, preocupado por tutelar “el gobierno del pueblo”, por consolidar el orden y la autoridad y por estrechar los lazos con las oligarquías provinciales. Pese a que se reavivaron las luchas civiles, el gobierno central continuó avanzando en su poder político, institucional y militar (BONAUDO; SONZOGNI, 1999, p. 34-39 y p. 64-65). No hubo unanimidad sobre cómo modernizar del país y esto contribuyó con la sucesión de guerras civiles y levantamientos armados del período. Finalmente, durante la década de 1870 adquirieron mayor peso político los grupos económicos, por sobre las movilizaciones políticas turbulentas. (LETTIERI, 1999, p. 99-145). A finales del período se produce la mayor expansión del sistema educativo argentino, el cual se estructurará a partir del Congreso Pedagógico de 1882. Pese a éste, y al aumento del número de lectores, persistían las insuficiencias del sistema educativo (EUJANIÁN, 1999, p. 549-560).

Los historiadores caracterizan al período 1880-1916 como una etapa de profundización de las transformaciones modernizantes iniciadas en el curso del ciclo anterior. En lo cultural, estuvo marcado por una lucha sobre el alcance que se daría a la alfabetización, la expansión de la prensa diaria y de los circuitos de lectura popular. Se buscó cohesionar a la población inmigrante mediante el peso de lo criollo (LOBATO, 1999a, p. 11-13). El gobierno argentino avanzó rumbo al ejercicio monopólico del poder coercitivo y luego hacia la construcción de un complejo aparato administrativo. Dentro de éste, el sistema educativo sería una pieza clave en la formación de ciudadanos y de funcionarios estatales (LOBATO, 1999b, p. 179-185).

Como destaca Arturo Ardao en el Uruguay de fines del siglo XIX y principios del XX un renovado espiritualismo se comenzó a imponer frente al racionalismo que había conquistado las cátedras universitarias y los distintos ámbitos intelectuales. Este proceso, con matices locales, se dio en toda Latinoamérica (ARDAO, 1968, p. 282-300).

Al comienzo del Capítulo II de “Patria”, González se mostró discrepante con los “extremos imprevistos de positivismo e irreligión” que como un “torbellino” se habían producido de la mano de “la fiebre literaria que agitara a la Francia de los últimos tiempos”. En contraparte veía con buenos ojos un cambio, un “noble cortejo que se vuelve hacia los sagrados recuerdos que constituyen la gloria y el honor colectivos, hacia los sentimientos esenciales de la comunidad social, cual si acudiesen a dioses olvidados”. Incluso hizo alusión a una contraposición entre cierto espíritu materialista opuesto al espíritu patriota estimulado justamente por el sistema educativo que promovía (GONZÁLEZ, 1906, p. 24).

Respecto del espiritualismo, Pérez realiza interesantes planteos que aparecen legitimados en el prólogo de su obra “Nuevas orientaciones” por las calificadas palabras del principal exponente de esa corriente de pensamiento en Uruguay y América: José Enrique Rodó.

Abel J. Pérez nació en Montevideo de 1857. A los 25 años se tituló como Doctor en Derecho y Jurisprudencia, un año más tarde estableció un estudio jurídico en la ciudad de Salto (Uruguay) hasta 1888. Se desempeñó como representante nacional y defendió la candidatura de Julio y Herrera Obes. Por esos años se vinculó con José Batlle y Ordóñez. Integró posteriormente la redacción del Diario “El Día”. Si bien no apoyó la candidatura de Idiarte Borda a la Presidencia, éste le ofreció el Ministerio de Fomento, responsabilidad que rechazó. En 1898, cuando asumió la Presidencia de la República Lindolfo Cuestas, se radicó por unos meses en la Provincia de Santa Fe (Argentina).

Al regreso a Uruguay fue director de la Administración de la Lotería del Hospital de Caridad, hasta julio de 1900 en que fue designado Inspector Nacional de Instrucción Primaria siendo miembro de su Dirección hasta 1918. Integró por años la Comisión Nacional de Caridad y Beneficencia Pública y la Comisión Revisora del Libro IV del Código de Comercio. Hacia 1918 fue también Presidente de la Sección Educación del 2º Congreso Americano del Niño e integrante de la Comisión Nacional de Educación Física. Murió en 1945 (SCARONE, 1918, pp. 447-448; BRALICH, 2009, p. 3).

Pérez fue un hombre involucrado en la vida política del país, ocupó diversos cargos públicos y realizó aportes al desarrollo institucional del mismo. Prueba de ello son las obras

que escribió⁶⁶, sus artículos periodísticos publicados en “La Razón” y en las ediciones oficiales de la Dirección Nacional de Instrucción Pública. A través de algunas de ellas expresa una serie de ideas que dan cuenta de los debates de la época en torno al espiritualismo y racionalismo. Su figura ha sido estudiada esencialmente por sus posturas y aportes en el proceso de secularización de la enseñanza y del Estado uruguayo como un “laicista” que sostenía la necesidad de una “moral sustituta” de la moral religiosa (CAETANO, 2013, p. 170; GREISING, 2013).

Joaquín V. González nació el 6 de marzo de 1863, en la provincia de La Rioja, en el seno de un grupo de grandes propietarios criollos y de notoriedad política. Cursó estudios secundarios y universitarios en Córdoba. En 1886 presentó su tesis doctoral (“Estudio sobre la revolución”) y obtuvo su título de Doctor en Jurisprudencia. Esta tesis y algunos ensayos anteriores, prefiguraron la obra futura de González (PULFER, 2015, p. 20-25).

En 1881 comenzó a colaborar en diarios y a publicar sus primeras obras poéticas y en 1884 inició su incursión en la docencia. Fue electo diputado nacional por su provincia natal, inaugurando una dilatada trayectoria política. A partir de allí, ocupó una serie de cargos casi de manera continua y, a veces, simultánea (PULFER, 2015, p. 25-27).

Fue gobernador de La Rioja (1889-1891) y en 1892 el Poder Ejecutivo lo nombró vocal del Consejo Nacional de Educación, cargo que volvería a ocupar años más tarde. En 1893 publicó “Mis montañas”, con gran repercusión (PULFER, 2015, pp. 28-29).

En 1894 se inició en la enseñanza universitaria inaugurando la cátedra de Legislación de Minas en la Facultad de Derecho de Buenos Aires. En 1896, el Poder Ejecutivo lo designó como académico titular de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, junto a figuras como Bartolomé Mitre y Paul Groussac.

Al año siguiente editó el “Manual de la Constitución Argentina”, texto de instrucción cívica para los establecimientos de la enseñanza secundaria. En 1900 publicó una serie de obras: “Patria”, “Historias”, “Enseñanza obligatoria” y “Legislación de minas”. En 1901 fue

⁶⁶ La libertad de comercio, tesis (1882), Himnos nacionales: cantos patrióticos de guerra recopilados por orden alfabético: argentino, brasileño, boliviano, chileno, español (marcha de Cádiz e himno de Riego), francés (La marsellesa), italiano (himno de Garibaldi), oriental, paraguayo, peruano y venezolano (s/d), Algunas ideas sobre nuevas orientaciones de la enseñanza (1915), Motivos de una ley de educación común (1915), Apuntes para la biografía del Dr. Julio Herrera y Obes (1916), La solidaridad de América (1917), De la cultura necesaria en la Democracia (1918); así como varias conferencias como por ejemplo: La enseñanza de los expósitos; conferencia (1905), “La enseñanza rural” (1918), Extensión universitaria: estudiantes y maestros (s/d).

convocado por el presidente Julio A. Roca a integrar el gabinete, como Ministro del Interior y Ministro de Justicia e Instrucción Pública (1901-1902) y Ministro de Relaciones Exteriores y Culto (1903) (PULFER, 2015, p. 29-30).

Darío Pulfer (2015, p. 31) señala que siendo Ministro de Justicia e Instrucción Pública fue cuando comenzó “el tiempo más intenso de actividad pública en el ejecutivo nacional en las filas del conservadurismo. [...] integra el gobierno que enfrenta con dureza la revolución radical de 1905”. Fue Rector de la Universidad de La Plata (1906-1909). En 1906 el Poder Ejecutivo lo nombró delegado argentino a la III Conferencia Internacional Americana realizada en Río de Janeiro. Se desempeñó como senador (1907-1916) y en 1909 la asamblea de profesores de la Universidad Nacional de La Plata lo reeligió como presidente (1909-1918). En 1910 el presidente Roque Sáenz Peña lo designó como miembro de la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya (PULFER, 2015, p. 31-33).

En 1909 gestionó la visita del español Rafael Altamira que tuvo gran repercusión en los círculos intelectuales argentinos (PRADO, 2013, p. 140) y en el ámbito específicamente historiográfico (PELOSI, 2005, p. 32; BUCHBINDER, 2005, p. 146).

En marzo de 1918 se retiró de la Universidad de La Plata. En agosto de 1921 el Consejo Ejecutivo de la Liga de las Naciones lo propuso como miembro de la Corte de Justicia Internacional. Murió el 21 de diciembre de 1923 en Buenos Aires, a la edad de sesenta años (PULFER, 2015, p. 34-35).

El sistema educativo y la formación ciudadana. Moral, identidad y disciplina

José Rilla recuerda que era precisamente la escuela el “lugar de vulgarización del conocimiento histórico, el lugar por excelencia del uso cívico y político de la historia, el lugar de nacionalización de los jóvenes” (RILLA, 2008, p. 74).

Sostiene Raimundo Cuesta Fernández que la conformación de un sistema educativo “nacional-estatal” requiere de la “normalización curricular del conocimiento”, correspondiendo al Estado (a quienes tengan su control) determinar “cuál conocimiento es el legítimo y cuál no”, proceso en el que pueden convivir individuos o grupos en disputa (CUESTA FERNÁNDEZ, 2009, p. 72).

Tomando como ejemplo las tradiciones europeas, tanto Pérez como González coinciden en argumentar que la educación en general cumple una función esencial en la formación ciudadana a través de la trasmisión de una determinada moral, la construcción de una identidad nacional y la enseñanza de cierta disciplina. Así, el sistema educativo conduce

paulatinamente a los niños hacia el cumplimiento de sus “roles cívicos” (PÉREZ, 1904b; GONZÁLEZ, 1902, p. 5-6). A pesar de que ambos plantean estas certezas en términos ideales, reconocen las dificultades de su aplicación en los medios en el que desarrollan sus actividades.

En su discurso de clausura del Congreso Pedagógico de febrero de 1902 del cual participaron personal directivo y docente de los institutos de enseñanza media de Argentina, González planteó que existía en su país una serie de escollos para el desarrollo de la educación, entre otros motivos, por “nuestra accidentada y joven historia” (GONZÁLEZ, 1902, p. 20). Juzgaba que el problema de la nación era el mismo que el del conjunto de las naciones latinas: “la aversión ingénita de todos al trabajo individual y directo, al trabajo persistente y sistemático”. Entendía que se vivía una “honda [...] crisis” de “alarmante [...] incremento del parasitismo social y político” (GONZÁLEZ, 1902, p. 27).

Preocupación similar expresaba Pérez. Este “parasitismo” se potenciaba por la existencia de una cultura “utilitarista” que imponía límites al desarrollo del sistema educativo: por un lado, el desinterés de los padres, por otro lado las luchas gremiales de los docentes; mientras se necesitaban personas predispuestas a entregarse por “la causa”. Esto sería, en parte, consecuencia del fracaso del modelo educativo vareliano. A nivel socio-cultural general sostiene que se estaba “[...] en una época de transición entre un período de credulidad ingenua y general y otro período de escepticismo completo y absoluto”, entre esos extremos el ideal sería un espiritualismo donde tuvieran lugar Dios, el alma, la esperanza (PÉREZ, 1915, p. 11-28).

Por otro lado, las diferencias socio-económico-culturales existentes entre los alumnos, implicaban una dificultad y un gran desafío para el cumplimiento de este fin ciudadano de la enseñanza. En particular, ante la falta de acompañamiento al proceso educativo que debían realizar los padres de los alumnos a fin de afianzar, a través de su ejemplo, las certidumbres impartidas.

Particular interés reviste, en los planteos de Pérez, la situación de los inmigrantes. Estos, en su opinión, realizaban invalorable aportes al desarrollo local, pero conformaban corrientes un tanto hurañas hasta que “la autoridade, en nombre de un elevado interés social” lograba imponer “la assistência á la escuela pública”. De todos modos, Uruguay era una

sociedad “felizmente” conformada étnicamente por inmigrantes europeos (PÉREZ, 1904b, p. 6).

En su opinión “[...] ofrece el caso especial de un cosmopolitismo formado en condiciones excepcionales” ya que no es simplemente un conglomerado de inmigrantes de distintas nacionalidades, sino “[...] la síntesis de una combinación social en la cual cada raza o cada país, ha traído en sus hijos el germen de sus modalidades nacionales”. De estos aportes han sobrevivido sólo “[...] las más acentuadas y enérgicas [...]” (PÉREZ, 1907a, p. 9). Hugo Achugar plantea que la construcción de la nación es una “fundación por la palabra” (ACHUGAR, 2000, p. 20-22). En las palabras “autorizadas” de una figura como Pérez se construía una nación en la que no había lugar para los no europeos.

Sostiene Lionetti que “[...] la primer misión de la escuela pública era la de extender la matriz identitaria de toda la comunidad. Para conformar la sociedad civil a la que se aspiraba era imprescindible que la comunidad de individuos reconociera su pertenencia a la nación” (LIONETTI, 2005, p. 1231). Es decir, era necesario homogeneizar la población heterogénea y dispersa en un territorio, en el proceso de construcción de lo que Michel Foucault ha denominado “sociedad disciplinaria” (FOUCAULT, 2002, p. 133).

A las dificultades de inclusión de los inmigrantes a la comunidad nacional, debe agregarse el problema de las concepciones belicistas instaladas en una parte importante de la población uruguaya que, como veremos en detalle más adelante, producía tensiones respecto de la idea de qué ciudadano formar. En este sentido, las fiestas patrias seguían constituyendo un importante momento de transmisión del relato nacionalista, a través de las expresiones artísticas de las “dos patrias”: la “local” y la “universal” (PÉREZ, 1908a, p. 639-643).

Cabe destacar que, si bien, como se decía más arriba, había una permanente comparación con el ejemplo europeo (en especial en el caso de Pérez), González plantea la necesidad de un desarrollo local/ nacional del sistema educativo lo que se sustenta en la propia historia de la “raza”. Entendía que había una serie de factores que hacían a la particularidad y especificidad de cada país: “no pueden ser iguales en todas las naciones las necesidades ni las leyes fundamentales de su sistema educativo”. Existía lo que él definió como una “base diferencial de raza, de clima, de historia, de instituciones y destino” (GONZÁLEZ, 1902, p. 5).

En el caso de Argentina, entendía que se trataba de una nación joven que estaba “dotada de todas las energías e impulsos necesarios para elaborar una grandeza nacional”. En ese contexto adjudicó a la educación secundaria argentina “la parte más delicada de la misión educadora del estado”. A través de ella las nuevas generaciones pasarían a los “deberes patrióticos superiores” para “vestir la noble blusa del soldado, o para asumir la angustiosa función del elector que delibera en el comicio republicano” (GONZÁLEZ, 1902, p. 6).

La enseñanza de la Historia. Por qué, para qué y como

Directamente vinculado con los principales fines del sistema educativo se definieron, en un largo proceso de constitución del campo educativo⁶⁷ (en relación con el campo historiográfico), los objetivos de la enseñanza de la Historia.

En este sentido, Mario Carretero plantea tres tipos de representaciones del pasado. Uno de ellos, es el registro de la historia que aparece en la escuela. El mismo contiene una serie de valores que se enlazan en un conjunto de relatos cuya finalidad es la formación, en los alumnos, de una imagen positiva de la identidad nacional. Los otros dos registros, la memoria y la Historia académica, presentan versiones diferentes que en algunos casos pueden entablar contradicciones y conflictos entre sí (CARRETERO, 2007, pp. 33-40).

No debe olvidarse que la escuela es una institución oficial cuya función es precisamente la formación ideológica y cognitiva de los alumnos de joven edad. Por ello es que la enseñanza de la historia se encarga de brindar un conjunto de contenidos que estructuran al joven con una carga emotiva destinada a crear una identificación y un sentimiento de lealtad y pertenencia. En ese contexto se insertan los próceres, los símbolos patrios, los íconos y los himnos.

Es así que la enseñanza de la historia adquiere un papel crucial en la tarea de conformar esas “ficciones historiográficas” que son las naciones. Esto lleva a Carretero a afirmar que “la historia es grabada en la mente de los niños, cincelada de acuerdo a ciertos patrones que debían continuar vigentes en la vida adulta” (CARRETERO, 2007, p. 33-45).

⁶⁷ Entendemos la idea de “campo” desde la perspectiva de Pierre Bourdieu quien sostiene que dentro del campo intelectual, en tanto “campo magnético” por el que fluyen distintas “líneas de fuerzas”, los agentes o “sistemas de agentes” que lo conforman “se oponen y se agregan” estructurándolo en cada momento; alcanzó en este proceso cierta legitimidad que convalida sus ideas. BOURDIEU, Pierre Campo del poder, campo intelectual y habitus de clase. En: BOURDIEU, Pierre, *Intelectuales, política y poder*, Eudeba, Buenos Aires, 2007. p. 9.

Andrés Bisso resalta que en el marco de la circulación de imágenes y representaciones del pasado hay ámbitos en los cuales ese tráfico “se condensa y se vuelve especialmente espeso”. Precisamente, un lugar ideal para esa “coagulación de sentidos” es el ámbito educativo (BISSO, 2011, p. 28-29).

El ensayo de un joven González, titulado “La tradición nacional”, tuvo gran repercusión en el escenario político-cultural argentino. En el apartado titulado “Importancia del pasado”, González reivindicó la relevancia de la investigación y la enseñanza de la historia en las naciones y para ello se remitió a las expresiones del historiador francés Jules Michelet: “Todos los pueblos tienen su biblia, [...] y cada generación escribe en ella un versículo [...] son al espíritu y a la cultura [...] esos sublimes versos que condensan el pensamiento o el latido de una época histórica” (GONZÁLEZ, 1888, p. 97).

Pulfer plantea que este ensayo de González tuvo gran repercusión en la configuración de la educación argentina. Desde fines de la década de 1880 la historia educacional no respondía a un plan integral a priori. Entonces comenzaban a configurarse una serie de temáticas y dispositivos y “La tradición nacional” significó un hito en ese proceso de construcción “de una manera de transmitir lo que se entendía desde los sectores dominantes como imagen de la Argentina a fines del XIX y principios del siglo XX con el horizonte inmigratorio frente a sí” (PULFER, 2015, p. 51).

Se trata de la construcción de aquellos elementos que se consolidarían posteriormente en la “educación patriótica” y en los ejes del discurso de una historia del Estado Nacional que serían retomados en 1909 por Ricardo Rojas, en “La restauración nacionalista”, en lo directamente relacionado con la enseñanza de la historia. En esta obra González introduce una serie de novedosas posturas frente al mundo aborígen, la figura del gaucho, la hispanofobia, el federalismo y el caudillismo. La obra le valió el reconocimiento de la intelectualidad porteña. Mitre le dirigirá una carta felicitándole por dicha publicación, aunque discrepando con el planteo de que los argentinos descendieran de los indígenas. Los planteos de “La tradición nacional” serían luego desarrollados en “Patria” (PULFER, 2015, pp. 28-29).

Por su parte, en el escenario uruguayo, Abel Pérez afirmaba la existencia en “...las grandes masas populares” de una especie de “[...] espíritu de religiosidad colectiva” que se debía respetar, pero al mismo tiempo dirigir hacia el culto de los símbolos que inspiran los

más “altos ideales”: civilización, trabajo y patriotismo (PÉREZ, 1911, p. 693-694). De allí la utilidad de la enseñanza de la historia.

La historia es “maestra de vida”. A través de los “ejemplos” que de ella se pueden extraer es posible desarrollar los contenidos específicos vinculados, muy en especial, con la enseñanza moral (PÉREZ, 1908c, p. 20). Asimismo, para González, contribuía en el desarrollo de la “imaginación” y las “facultades afectivas del niño y del joven”. Consideraba que la historia se repite cuando es transmitida la experiencia de los hechos pasados a otras generaciones; más aún cuando se reciben no sólo en tanto conocimiento sino también como “impresiones que se reflejan en nuestra alma para imitar esas acciones” (GONZÁLEZ, 1902, p. 31). De este modo, familiarizarse con el ejemplo de los grandes hombres “parece producir como un contagio de orden moral, contagio excepcionalmente sano [...]” (PÉREZ, 1915, p. 91-93).

Desde sus inicios, el sistema escolar argentino estuvo caracterizado por la “imperiosa necesidad” de inculcar sentimientos de patriotismo entre el estudiantado. Se trataba de la puesta en marcha de un aparato ideológico que buscaba consolidar una identidad nacional para la Argentina (CASAS, 2016, p. 1-2). Los planteos esbozados por González son un claro ejemplo de esto. Desde su punto de vista el propio desarrollo histórico de Argentina justificaba la existencia de un sistema educativo particular.

Por lo tanto, la enseñanza de esos contenidos satisfaría la primordial necesidad de inspirar en las nuevas generaciones energías y aptitudes que sumarían “en la gran fuerza colectiva que dé relieve a la personalidad económica y moral de la nación” (GONZÁLEZ, 1902, p. 8). La formación moral de los jóvenes llevaba, de todos modos, un conjunto de dificultades ya que era menester “determinar un sentido moral preciso en el vasto caudal de los hechos históricos”, es decir, realizar una correcta selección de los hechos históricos a relatar (GONZÁLEZ, 1902, p. 9).

En el mismo sentido, los futuros ciudadanos, mandatarios, legisladores o magistrados en una República democrática como la uruguayana deberían, según entendía la comisión encargada de seleccionar los textos escolares bajo la dirección del Inspector Nacional de Instrucción Pública Abel J. Pérez⁶⁸, estar habituados a meditar sobre las cuestiones históricas, para “[...] cultivar el sentido moral, despertar los sentimientos patrióticos y encaminar la

⁶⁸ Esta comisión estuvo presidida por el destacado filósofo Carlos Vaz Ferreira.

conducta que en lo sucesivo hayan de seguir para bien de la Patria que los vio nacer” (PÉREZ, 1904, p. 375).

Desde una mirada espiritualista sostenía Pérez que la enseñanza de la historia cumple diversos fines, pero principalmente dos: enseñanza cívica e integración (observando la realidad “cosmopolita” del Uruguay). Para que esos fines fueran cumplidos debía definirse con precisión la perspectiva desde la que se analizarán los hechos del pasado que servirían de ejemplo a los ciudadanos en proceso de construcción; todo esto en el marco de una sociedad cosmopolita como la del Uruguay de principios de siglo XX. La integración debía ser tanto de los nuevos pobladores inmigrantes como de la sociedad uruguaya con el resto del mundo “civilizado”⁶⁹ (PÉREZ, 1908a).

En las elaboraciones de los autores seleccionados, inspirados en la renovada filosofía espiritualista, resulta fundamental la reflexión respecto de los modos a enseñar los contenidos históricos.

Para Abel Pérez, la enseñanza en general debía ser “esencialmente práctica” a fin de que “prepare al ciudadano para las luchas regeneradoras del presente” (PÉREZ, 1900, p. 13). También señala a la imitación como medio de aprendizaje, así como la repetición de los preceptos que se pretende interiorizar (PÉREZ, 1915, p. 99-100).

Asimismo, entendía que con los cambios que había sufrido la sociedad, la escuela también se vio modificada: ya no se aplicaban métodos pedagógicos represivos, sino que se creaba un clima de “hogar amoroso” en el que los resultados eran mucho mejores; así “los niños aprenden mucho y bien, se familiarizan con los principios de la ciencia en general que les permitirá luchar con provecho en la vida [...]” (PÉREZ, 1908a, p. 639).

Como venimos señalando, la enseñanza de la historia realizaría un directo aporte al desarrollo moral de los futuros ciudadanos. De allí que se entendía pertinente la enseñanza a través de ejemplos. Una de las formas principales de lograr la comprensión de los mismos sería su ubicación espacial. En este sentido para González la articulación de los contenidos netamente históricos junto con los respectivos a la Geografía más que un aprovechamiento moral, contribuían en “un trabajo de reivindicación patriótica, de derechos y títulos de

⁶⁹ Respecto de este asunto polemizó con quienes criticaron el hecho de que en una fiesta patria se entonara una canción de origen italiano.

soberanía [...] tanto en las lecciones del aula como en las páginas de los textos y en los mapas” (GONZÁLEZ, 1902, p. 31).

Así resultaría pertinente “reconstruir [...] todo el patrimonio territorial de la nación, determinándolo con exactitud en cada uno de los grandes ciclos de nuestra historia” a fin de que se comunique “al pueblo de hoy y del futuro” el “concepto total y completo del dominio material” sin el que las nociones de “patria”, “nación” y “soberanía” resultaran “una pura ilusión” (GONZÁLEZ, 1902, p. 31). Ideas como estas también aparecen en otras obras (GONZÁLEZ, 1897, p. 24).

Enfatizaba González que la enseñanza “hermanada” de la Geografía y la Historia:

[...] darían a los niños, desde ahora para siempre, una imagen sintética de todo el territorio patrimonial del pasado y del presente, y este concepto, convertido en sentimiento e identificado con el de la patria misma, acaso transformaría en poco tiempo, en mucha parte nuestra vida cívica, abriéndosele horizontes más amplios y fortaleciendo la fe patriótica con una convicción más exacta y precisa de la extensión territorial sobre que se asienta (GONZÁLEZ, 1902, p. 31-32).

Con una expresión menos “nacionalista” la comisión uruguaya que entendió sobre los textos escolares para 1904 aconsejó que, empleando las “ventajas que ofrece la asociación de las ideas”, los maestros combinaran el estudio de Historia y Geografía (PÉREZ, 1904a, p. 374).

En ese sentido juzgaba González que dada su “inmutabilidad”, la enseñanza de la Geografía tenía a la enseñanza de la Historia como un “accesorio”, pese a su importancia. Esta unidad indisoluble hacía menester que se enseñara con particular ahínco la Geografía, puesto que allí se encontraban las raíces del sentimiento que se debía inspirar (GONZÁLEZ, 1902, p. 31-32 y GONZÁLEZ, 1906).

En la época se consideraba que existía un “amor a la patria” innato que debía ser “despertado”.⁷⁰ Para ilustrarlo, Joaquín V. González apelaba al ejemplo de la historia de las guerras civiles americanas, a través de las cuales triunfó ese “amor” (GONZÁLEZ, 1906, p. 14).

⁷⁰ Resulta interesante reflexionar sobre la idea de “despertar” el sentimiento patrio puesto que implicaría el convencimiento de que existe algo “innato” en los niños que se encuentra dormido y debe ser despertado. Un sentimiento constitutivo que los antecede y que, a través del reconocimiento de determinados hechos, “despertaría” para ponerse en práctica facilitando su proceso de inserción en la comunidad nacional.

En el caso de Pérez se define un doble origen del “amor innato” que sienten los uruguayos por la independencia: las duras experiencias vividas por los colonos españoles y, en menor grado, las “razas extinguidas”, en especial los charrúas, que poseían un “[...] amor bravío por la libertad”. De ese “germen” provendría el amor a la libertad y el coraje de Artigas y su valerosa lucha por la independencia (PÉREZ, 1908a, p. 11-12).

Resulta interesante observar cómo se pretende dar una idea de “naturalidad” al fenómeno nacional uruguayo, a través de la construcción de determinada idea sobre los indígenas, para legitimar y reforzar el discurso nacionalista (CARRETERO; KRIEGER, 2007, p. 2). El maestro, mostrando los ejemplos de los grandes hombres podría “modelar sus alumnos”, tarea facilitada por el hecho de que “el niño normal” trae consigo el germen de estas virtudes, así “un deseo invencible de imitarlos nace en el interior de su alma...” (PÉREZ, 1915, p. 104-105).

Abel Pérez sostenía que la enseñanza de la Historia debía vincularse directamente con las letras y las artes (en especial la música y el canto) a fin de apelar a la emoción. Así, por ejemplo, con la realización de Concursos de himnos escolares, se pretendía infundir en los niños “[...] sus primeros amores al hogar y a la escuela, el culto de la patria que encierra más tarde el de sus instituciones y de sus progresos [...]” (PÉREZ, 1902, p. 239). La entonación de himnos nacionales y extranjeros, como parte del cultivo del arte “en sus más hermosas manifestaciones”, era considerada como una expresión de “la vida del espíritu, el que da rumbos a la existencia, consuela los dolores y civiliza las naciones, corrigiendo sus asperezas y dando rasgos luminosos a su cultura” (PÉREZ, 1908a, p. 643).

Para Pérez, la realización de los actos públicos, incluso durante las inclemencias climáticas, cumplía una función trascendente en la construcción de una “democracia sincera, hondamente sentida y amada”, a través de la reunión de:

[...] elementos sanos, vigorosos, capaces de iniciar y mantener el esfuerzo necesario para defender en primer término la independencia conquistada, y luego, para realizar la tarea de los pueblos jóvenes y fuertes, de luchar por seguir sin estancamientos las evoluciones sucesivas que nos impulsan por el camino de la civilización (PEREZ, 1908a, p. 635).

La especificidad de los contenidos: ejemplos y valores

Este es un tema central en los autores analizados. Se articula directamente con los objetivos de la enseñanza de la Historia y las formas de enseñarla. Como decíamos anteriormente, la enseñanza a través de ejemplos, cumplía un rol fundamental en la formación

de la conciencia ciudadana y moral de los estudiantes. Por lo tanto, el tipo de ejemplos a mostrar era un tema esencial.

Abel Pérez sostenía en primer lugar que era fundamental inspirar en los niños ejemplos realizables, que vayan a tono con los ideales de la época. Por lo que se distancia de las miradas que reivindicaban a figuras vinculadas con las acciones bélicas. Los nuevos patriotas debían ser hombres industriosos por lo que se deberían inspirar en figuras que desarrollaron un aporte en esa materia. En similar sentido se expresó la comisión que propuso los textos escolares para 1904 durante su gestión como Inspector de Instrucción Primaria (PÉREZ, 1907a, p. 22). Señalaban que la enseñanza de la Historia no sólo debe remitir a lo político: “no sólo los gobernantes y caudillos” deben ser contemplados para que se convierta en “la historia de la civilización del pueblo” como una eminente enseñanza moral (PÉREZ, 1904a, p. 374).

De este modo había que estudiar la obra de los grandes hombres, “...sus luchas verdaderamente abnegadas, su valor, su virtud y el amor desinteresado” por su patria que llevaron a sus naciones a ser lo que son. Se los mostraría en sus aspectos “...virtuosos, perseverantes y valientes”, enérgicos por la causa de la patria para que inspiraran así la imitación y el amor por parte de los niños, futuros hombres (PÉREZ, 1907a, p. 22). Un buen ejemplo de ello era José Pedro Varela (PÉREZ, 1911, p. 712).

Cabe destacar que, como sostiene Leone, el “culto” a los héroes fue uno de los instrumentos principales del “culto patriótico” en el siglo XIX y que continuaría en el siglo XX (LEONE, 2000, p. 149). Estas grandes figuras elegidas como ejemplos eran construidas destacando una serie de valores y cualidades (PÉREZ, 1911, p. 693).

Por su parte González, analizando la historia de “Los hombres de 1816”, presenta su modo de comprender y enseñar los procesos históricos, también centrándose en los grandes personajes. Considera que durante un largo tiempo se había entendido a la historia como “la relación de hechos desde el punto de vista de las pasiones personales de los actores, de las ambiciones en conflicto, de los intereses más o menos extensos en lucha” y como consecuencia de ello se había “reducido el campo de acción de las leyes de nuestra evolución social a algunos pocos centros”. Por lo tanto, no se podía hablar de una Historia nacional (GONZÁLEZ, 1906, p. 109-111).

Entendía que en la actualidad la Historia no podía ser solamente un relato “animado y ardiente” de lo que describe como aquellos “tumultos y las batallas que la libertad y el heroísmo producen, ni las minuciosas referencias de las intrigas, pasiones, rencores o disturbios que la pequeña ambición (...) encienden entre los hombres”. El estudio y la enseñanza de la Historia debía trascender estas cuestiones y ser “algo más grande, más fecunda, más útil”, estudiando “las leyes generales y locales”, desentrañando “lo que el pasado encierra de enseñanza para el porvenir” (GONZÁLEZ, 1906, p. 109-111).

La comisión que propuso los textos a trabajar en los cursos de educación primaria en 1904 bajo la dirección de Pérez informó que no fue tarea sencilla la selección porque “ningún libro se adapta a las necesidades de la enseñanza de esta materia”, ya que en su mayoría se dedicaban a referir hechos. Sólo el de Enrique M. Antuña⁷¹ realiza explicaciones sobre “la influencia de los acontecimientos en el desarrollo político y social del país durante los tiempos coloniales y desde la época de su independencia”, pero es muy extenso y utiliza un lenguaje “algo elevado” en algunos capítulos. Se señala de todos modos que Antuña expresó su disposición a realizar revisiones de acuerdo a estos criterios.

Distinguiendo por grados y entre escuelas urbanas y rurales, también aceptaban, dejando la elección a los maestros, las obras publicadas por Orestes Araújo (“Perfiles biográficos”, “Episodios históricos”), Julián O. Miranda (“Apuntes sobre Historia de la República Oriental del Uruguay” primera edición de 1899), Pablo Blanco Acevedo (“Historia de la República Oriental del Uruguay” de 1904), para los de sexto grado aceptaban la lectura de “artículos serios de la prensa diaria y noticias de la sección telegráfica” (PÉREZ, 1904a, p. 364-378).

Por otra parte desde una explicación de sesgo determinista, González entendía que la revolución independentista americana era un proceso natural. De este modo “la América joven toma el puesto de la antigua, y este doloroso cambio que hubo de realizarse con muchos sacrificios, no fue sino el cumplimiento de una ley eterna” (GONZÁLEZ, 1902, p. 15).

González destacó la importancia de los “héroes”, como ejemplos de entrega, en favor de la nación. En el Capítulo XII de “Patria” realiza una evocación a Charlone quien combatiera junto a Garibaldi y lo define como “un soldado de la libertad, uno de esos

⁷¹ Inferimos que refieren a “Lecciones de Historia nacional redactadas en arreglo a los programas escolares vigentes. Época de la independencia. Libro primero. Artigas y la revolución”. Primera edición 1899.

poseídos de la pasión del sacrificio [...] aparecidos en las horas de prueba, como enviados del otro mundo, ejecutores iluminados de designios supremos” (GONZÁLEZ, 1902, p. 143). Realiza un extenso relato de un combate entre tropas argentinas y paraguayas durante el cual las primeras buscan liberar la ciudad de Corrientes. El entonces oficial Charlone resulta herido y en el relato del enfrentamiento el autor se esfuerza en cargarlo de dramatismo, pintando un escenario épico en el cual los enemigos se disputan el cuerpo del oficial a modo de trofeo. En ese contexto el terreno de batalla se transforma en un “altar ensangrentado” para la adoración de las dos naciones enfrentadas.

Cabe transcribir un fragmento del relato:

[...] el instante de la prueba para el arrojado temerario y el ciego heroísmo. La compañía acomete al centro del campo contrario rompiendo una lluvia de proyectiles, para encontrarse luego con un muro de sables y bayonetas que se cruzan con las suyas, echan chispas y chorros de sangre [...] Charlone recibe un golpe de hacha en el cráneo [...] En torno a su cuerpo bañado en sangre se traba un combate infernal, en que sus oficiales y soldados disputan con los suyos el tesoro amenazado. Uno a uno van cayendo en montón informe, de cuyo seno surgen los gritos de coraje de Charlone, animando a la pelea [...] Escena grandiosa, digna de la épica entonación que cantara las proezas de Troya y Jerusalem [...] entra en acción el resto de la tropa poniendo en fuga al enemigo, la cruenta profecía del futuro: la comunión íntima y substancial del alma de dos nacionalidades, que confunden su vida y su muerte en un solo altar ensangrentado (GONZÁLEZ, 1902, p. 151-152).

La “historia de la humanidad” era para Pérez, una “forma de influencia literaria soberbiamente sugestiva”, puesto que “nada refleja más noblemente el poder de la voluntad, los triunfos del trabajo, las conquistas de la inteligencia y las victorias de la virtud, que esa narración serena de los grandes hechos en que se condensan todas las actividades del hombre, al través del tiempo y de la vida”, en particular a través del “ejemplo de los varones ilustres [...]” (PÉREZ, 1915, p. 92-93).

Se debe considerar que puede ser un problema el contraste de estas figuras casi perfectas, con “las debilidades, defectos, hasta pequeñeces quizás, que no se perciben desde lejos” de la vida cotidiana (en especial de las familias de los estudiantes). Pérez entendía que la Historia se encargaba de borrar “estas manchas, disipa estas nubes y presenta sus personajes en un ambiente sereno en que se disuelven y esfuman las pequeñeces humanas, levantando esas personalidades sobre un pedestal [...]” dejando para las edades más avanzadas su crítica (PÉREZ, 1915, p. 94-95).

La transmisión de la idea de “patria” resultaba fundamental para estos autores. En esto colaboraba de modo directo la enseñanza de los hechos pasados.

Cabe destacar una serie de formulaciones que realizaba Pérez respecto de este asunto capital para la formación de los ciudadanos y la enseñanza de la Historia. Dio a conocer sus posturas sobre el asunto luego de recibir críticas porque en el marco de una fiesta patria los niños entonaron una canción de origen italiano. Esto lo llevó a elaborar una minuciosa definición de lo que para él era la “patria”, basado en la idea de una patria “local” y otra “universal”, de la que todos los hombres formaban parte. Podríamos pensar que ese cosmopolitismo sustenta la idea de la evolución común a todos los pueblos del mundo en la que se inscribe América debiendo ésta, desde una perspectiva sociológica evolucionista, transitar todos los “estadios” asumiendo como vanguardia “el viejo mundo” pero, a su vez, con distintas temporalidades para esos procesos (PÉREZ, 1912, p. 31; PÉREZ, 1908a, p. 639-640).

Al tiempo que se reconoce la integración de los países americanos a la “cosmópolis”, se sostiene la necesidad de la correcta educación para seguir en ese camino y erradicar los restos de “barbarie” (PÉREZ, 1912). Hacia 1912, Pérez afirmaba que, pasando por distintas etapas, la libertad aparece como eje vertebrador del desarrollo de América, en relación permanente con el “viejo” mundo. Afirma que en su presente el “viejo” mundo se deslumbraba con los avances del “nuevo” en materia de justicia, igualdad y libertad. América es presentada como una civilización nueva, construida sobre la base de esa historia heredada con sus pros y sus contras y como ejemplo a seguir para el resto del mundo (PÉREZ, 1912).

Por su parte, González entendía que para apuntalar a la defensa de la “patria” no solo era necesaria la acumulación de recursos materiales bélicos y económicos. Consideraba que era fundamental alcanzar la “fuerza invencible y eterna” que resultaba de la:

[...] perenne labor de todos para perfeccionar, robustecer y ennoblecer la Nación misma, en su cuerpo y en su alma [...] en sus atributos intelectuales y sensitivos, y presidida esta incesante y ordenada tarea por esa pasión suprema, por ese ideal sublime [...] el sentimiento, pasión e ideal de Patria (GONZÁLEZ, 1902, p. 31).

En el Capítulo III de “Patria”, afirmaba que “los grandes sacudimientos históricos, aquellos que cambian el curso de los acontecimientos y alteran la faz de las civilizaciones” son producidos por la vida de las naciones expresada a través de las acciones de sus habitantes, “del soldado como del paisano” (GONZÁLEZ, 1902, p. 35-36). Entendía que la revolución de Mayo “fue una revolución del pueblo del Río de la Plata, de una nación ya formada y consciente, que obtuvo por su solo esfuerzo la práctica, la posesión, el ejercicio de

su impérium”. La definía como una “obra del sentimiento popular, nacional y cívico” y que eso debía ser enseñando “sin cesar” a las “generaciones jóvenes que harán la Nación del porvenir”. A su entender los estudios históricos sobre dicho proceso revolucionario no habían sido abordados del modo en que pudiera extraerse de él “la lección que entraña” (GONZÁLEZ, 1902, p. 35 y p. 40).

En ese contexto destacaba el papel de los grandes personajes en el marco de lo que él describe como una ley histórica. El surgimiento de estos héroes no sería casual, sino que se explicaría por la existencia misma de la nación:

[...] cuando se creían agotadas las fuentes, y la lucha languidecía, y la suerte de la guerra corría peligro, veíase brotar de ignorado origen la palabra salvadora, la acción decisiva, el hombre, el brazo, conductores de la victoria”. Eran “prodigios de la virtud cívica y de la convicción patriótica” que buscaban “con la abnegación de la vida y la consagración al bien de los demás, establecer en el suelo nativo el imperio de la voluntad colectiva, y dar a esa unidad de cuerpo y alma, o sea de territorio y población homogénea que llamamos una nación (GONZÁLEZ, 1902, p. 37).

Esa “verdadera ley histórica” de la cual se decantaba el destino de las naciones implicaba la existencia de “dos fuerzas [...] dos fuertes virtudes de un pueblo”: el civismo y el patriotismo. Consideraba que cada vez que estas dos actuaban “en desacuerdo o divorcio, grandes e irreparables desastres” se sucedían. Sin embargo, se trataba de “una unidad indisoluble, un lazo real de armonía que acrecienta su poder en la acción, y que rotos o disueltos, se traducen en la enfermedad y la muerte”. En función de esto concluía que el “ideal de toda educación y cultura nacional” debía ser “el que la conciencia cívica y la virtud patriótica se compenetren, se ayuden, se conforten una a otra” (GONZÁLEZ, 1902, pp. 39-40).

Reflexiones finales

Tanto Pérez como González fueron figuras relevantes en el ámbito político e intelectual de principios del siglo XX. El segundo, sin embargo, trascendió a su época y se convirtió en un ícono de la educación argentina. Ambos fueron voceros del discurso oficial, sintetizando los principales supuestos respecto de la función de la educación en general y de la enseñanza de la Historia en particular.

En especial González, por su marcado perfil como literato, se expresaba de modo poético, cargando de este tinte sus ideas y narraciones. Para ambos era fundamental la enseñanza de la Historia: como medio de formar ciudadanos, integrar a los inmigrantes,

disciplinar/ civilizar a los niños y jóvenes y fortalecer el estado nacional. La historia, “maestra de vida”, aportaba cuantiosos ejemplos para conducir a los niños, principalmente, en este camino.

Por lo tanto, la historia como cantera de ejemplos, debía ser estudiada en profundidad a fin de seleccionar los más adecuados a los fines esgrimidos.

Asimismo era deseable que se conjugara su enseñanza con otras disciplinas. Por un lado la Geografía, a fin de “fijar” a través de imágenes los límites de la nación e inspirar la reivindicación de su soberanía. Por otro, las artes (letras, poesía, música) con el objetivo de apelar a la emotividad de los niños y que se “graben” en sus mentes y corazones los valores (de modo principal) y conocimientos (en segundo lugar) impartidos.

La “patria” sería uno de los principales contenidos a desarrollar en los esquemas desarrollados por Pérez y González para la educación. En este asunto en particular aparece un aspecto diferencial en la obra de Pérez quien, desde una perspectiva “cosmopolita”, defiende la idea de una “patria local” y una “patria universal”.

Ambos entienden que existen “hombres ilustres” que sirven de ejemplo para enseñar determinados valores. Pero se puede notar un matiz en este tema: Pérez insiste en la necesidad de dar lugar a nuevas figuras en el “panteón”, figuras vinculadas con el ámbito intelectual, comercial, diplomático, alejados de las batallas. González por su parte, aunque no hace una defensa acérrima de los caudillos militares, ensaya una explicación de ese fenómeno.

Tópicos, temas y enfoques en común aparecen, a través de estos dos personajes, a ambas márgenes del Río de la Plata (a fines del siglo XIX y comienzos del XX) marcando un panorama en el cual la enseñanza de la Historia aparecía como un vehículo clave en la configuración emotiva y normalizadora de dos jóvenes estados nacionales: Argentina y Uruguay.

Referencias

ACHUGAR, Hugo. La escritura de la historia o a propósito de las fundaciones de la nación. *Cuadernos do Centro De Pesquisas Literárias da PUCRS*. Centro de Pesquisas Literarias do Curso de Pós-Graduação em Letras da PUCR, vol. 6, n. 1, 2000.

ARDAO, Arturo. *Espiritualismo y Positivismo en el Uruguay*. Montevideo: Udelar, 1968.

BARRÁN, José Pedro. *Historia de la sensibilidad en el Uruguay. Tomo II. El Disciplinamiento (1860-1920)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental. 1990.

BISSO, Andrés. La Revista de Educación bonaerense durante el período de gobierno de Manuel A. Fresco. En: *Clío y Asociados. La historia enseñada*. Santa Fé: n. 15, 2011.

- BONAUDO, Marta. A modo de prólogo. En: BONAUDO, Marta (Dir.). *Liberalismo, estado y orden burgués (1852-1880)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1999.
- BONAUDO, Marta; SONZOGNI, Élida. Los grupos dominantes, entre la legitimidad y el control. En: BONAUDO, Marta (Dir.). *Liberalismo, estado y orden burgués (1852-1880)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1999.
- BOURDIEU, Pierre. Campo del poder, campo intelectual y habitus de clase. En: _____. *Intelectuales, política y poder*. Buenos Aires: Eudeba, 2007.
- BRALICH, Jorge. Vaz Ferreira. El Pedagogo que nunca fue a la escuela. *Revista FERMENTARIO*- Departamento de Historia y Filosofía de la Educación. Instituto de Educación. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad de la República. Uruguay. ISSN 1688-6151. n. 3. 2009. Consultado el 23 de febrero, 2017. URL: <http://www.fermentario.fhuce.edu.uy/index.php/fermentario/article/view/55>
- BUCHBINDER, Pablo. *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana, 2005.
- CAETANO, Gerardo. *La República batllista. Tomo I*. Montevideo: EBO, 2011.
- CAETANO, Gerardo (Dir.). *El "Uruguay laico". Matrices y revisiones*. Montevideo: Taurus, 2013.
- CARRETERO, Mario. *Documentos de identidad. La construcción de la memoria histórica en un mundo global*. Buenos Aires: Paidós, 2007.
- CARRETERO, Mario; KRIGER, Miriam. *La usina de la patria y la mente de los alumnos. Un estudio sobre las representaciones de las efemérides escolares argentina*. 2007. Consultado el 17 de marzo, 2014. URL: http://www.parquedelaciudad.gov.ar/areas/educacion/cepa/carretero_kriger_efemerides.pdf.
- CASAS, Matías Emiliano. Maestros argentinos: patriotas y nacionalistas. La pedagogía de la patria en las escuelas primarias (1930-1940). En: *Revista ABRA*, vol.36, n.53, Julio-Diciembre de 2016.
- CUESTA FERNÁNDEZ, Raimundo. *Sociogénesis de una disciplina escolar: la historia*. 2009 Consultado el 17 de febrero, 2014. URL: http://www.nebraskaria.es/Nebraskaria/Trabajos_y_publicaciones_files/Socioge%CC%81nesis...%20.pdf.
- EUJANIÁN, Alejandro. La cultura: público, autores y editores. En: BONAUDO, Marta (Dir.), *Liberalismo, estado y orden burgués (1852-1880)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1999.
- FOUCAULT, Michel. Disciplina. En: _____. *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo XXI, 2002.
- GONZÁLEZ, Joaquín V. *Manual de la Constitución Argentina*. Buenos Aires: Ángel Estrada, 1897.
- GONZÁLEZ, Joaquín V. *Discursos del Dr. Joaquín V. González, Ministro del Interior. En el Congreso Pedagógico de febrero de 1902*. Paraná: La Razón, 1902.
- GONZÁLEZ, Joaquín V. *Patria*. Buenos Aires: Cabaut, 1906.

GONZÁLEZ, Joaquín V. *La tradición nacional*. Buenos Aires: UNIPE, 2015.

GREISING, Carolina. El Estado laico en debate: laicistas radicales y una propuesta de monopolio estatal de la educación. En: *Páginas de Educación*. vol.6 no.2 dic. Montevideo, 2013. Consultado el 28 de febrero, 2017. URL: www.scielo.edu.uy/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1688-74682013000200005.

HERRERO, Alejandro. El emprendimiento universitario de Joaquín V. González y su mentado chovinismo. En: BIAGINI, Hugo E.; ROIG, Arturo A. *El pensamiento alternativo en la Argentina del siglo XX*. Buenos Aires, Biblos, 2004. t.1.

LEONE, Verónica. Manuales escolares e imaginario social en el Uruguay del Centenario. En: CAETANO, Gerardo (coord.). *Los uruguayos del Centenario. Nación, ciudadanía, religión y educación (1910-1930)*. Montevideo: Santillana, 2000.

LETTIERI, Alberto R., De la 'República de la Opinión' a la 'República de las Instituciones'. En: BONAUDO, Marta (Dir.). *Liberalismo, estado y orden burgués (1852-1880)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1999.

LIONETTI, Lucía. La función republicana de la escuela. La formación del ciudadano en Argentina a fines del siglo XIX. *Revista Mexicana de Investigación Educativa*. Vol. 10. Núm. 27. México, Oct-Dic 2005.

LOBATO, Mirta Zaida. Introducción. En: LOBATO, Mirta Zaida. *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1999a.

LOBATO, Mirta Zaida. Estado, gobierno y política en el régimen conservador. En: _____. *El progreso, la modernización y sus límites (1880-1916)*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1999b.

PELOSI, Hebe Carmen. Las redes sociales de Rafael Altamira historiador. En: *Canelobre*, Alicante, n 59, 2012.

PÉREZ, Abel J. Programas. En: PÉREZ, Abel J. *Memoria de Instrucción Pública*, La Tribuna, Montevideo, 1900.

PÉREZ, Abel J. Concurso de himnos escolares. En: PÉREZ, Abel J. *Memoria de Instrucción Pública. 1902-1903*. Montevideo: Barreiro y Ramos, 1902.

PÉREZ, Abel J. Textos adoptados. En: PÉREZ, Abel J. *Anales de Instrucción Primaria. Enero a Mayo de 1904*. Montevideo: Barreiro y Ramos, 1904a.

PÉREZ, Abel J. La escuela primaria: sus fines nacionales. En: PÉREZ, Abel J., *Anales de Instrucción Primaria*. Montevideo: S.d., 1904b.

PÉREZ, Abel J. Nuestra Formación étnica. En: PÉREZ, Abel J. *Memoria de Instrucción Pública*. Montevideo: S.d., 1907a.

PÉREZ, Abel J. Formación del carácter nacional. En: PÉREZ, Abel J. *Memoria de Instrucción Pública*. Montevideo: S.d., 1907b.

PÉREZ, Abel J. Los aniversarios patrios. En: PÉREZ, Abel J. *Anales de Instrucción Primaria*. Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1908a.

PÉREZ, Abel J. Nuestra Formación étnica. En: PÉREZ, Abel J. *Memoria de Instrucción Pública. 1907*. Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1908b.

-
- PÉREZ, Abel J. Formación del carácter nacional. En: PÉREZ, Abel J. *Memoria de Instrucción Pública. Mayo de 1907 a octubre de 1908*. Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1908c.
- PÉREZ, Abel J. Fiestas patrióticas. En: PÉREZ, Abel J. *Memoria de Instrucción Pública. 1909-1910*. Montevideo: Barreiro y Ramos, 1911.
- PÉREZ, Abel J. Monumento a José Pedro Varela. En: PÉREZ, Abel J. *Memoria de Instrucción Pública. 1909-1910*. Montevideo: Barreiro y Ramos, 1911.
- PÉREZ, Abel J. *América*. Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1912.
- PÉREZ, Abel J. *Algunas ideas sobre nuevas orientaciones de la enseñanza*. Montevideo: El Siglo Ilustrado, 1915.
- PRADO, Gustavo. *Rafael Altamira en América (1909-1910). Historia e historiografía del proyecto americanista de la Universidad de Oviedo*. Madrid: CSIC, 2008.
- PULFER, Darío, Joaquín V. González: entre la invención de una tradición nacional y su transmisión cultural-educativa. En: GONZÁLEZ, Joaquín V. *La tradición nacional*. Buenos Aires: UNIPE, 2015.
- RILLA, José. *La actualidad del pasado*, Montevideo: Debate, 2008.
- SCARONE, Arturo. *Uruguayos contemporáneos: obra de consulta biográfica*. Montevideo: Renacimiento, 1918.

QUANDO HISTORIADORES FORAM À ESCOLA: A HISTÓRIA DO BRASIL DE OCTAVIO TARQUÍNIO DE SOUSA E SÉRGIO BUARQUE DE HOLANDA (1944) E OS ECOS DA NOVA HISTORIOGRAFIA BRASILEIRA⁷²

Fábio Franzini⁷³

Elaine Lourenço⁷⁴

RESUMO: Publicada em 1944 pela Livraria José Olympio Editora, a *História do Brasil* assinada por Octavio Tarquínio de Sousa e Sérgio Buarque de Holanda pode ser considerada um livro um tanto atípico: seus autores eram intelectuais distantes do ambiente escolar, sua editora não tinha tradição no setor didático e sua organização temática, embora não destoasse da estrutura habitualmente apresentada pelos manuais tradicionais, trazia embutida algumas inovações relevantes. Por meio do detalhamento de tais características, o presente artigo pretende mostrar como esse livro, para além dos limites escolares, se relaciona com o contexto maior de produção de um novo conhecimento histórico-historiográfico sobre o Brasil, o qual se configurava desde pelo menos a década anterior.

PALAVRAS-CHAVE: Octavio Tarquínio de Sousa. Sérgio Buarque de Holanda. Renovação historiográfica.

WHEN HISTORIANS WENT TO SCHOOL: OCTAVIO TARQUÍNIO DE SOUSA & SÉRGIO BUARQUE DE HOLANDA'S HISTÓRIA DO BRASIL (1944) AND THE ECHOES FROM A NEW BRAZILIAN HISTORIOGRAPHY

ABSTRACT: Published in 1944 by José Olympio, the *History of Brazil* wrote by Octavio Tarquínio de Sousa and Sérgio Buarque de Holanda can be considered a somewhat atypical book: its authors were intellectuals distant from the History teaching, the publishing company had no tradition in the field of textbooks, and its thematic organization, although it did not deviate from the structure customarily presented by the traditional manuals, it had some

⁷² O ponto de partida e a base deste artigo é o *paper* “Um livro fora do comum: a *História do Brasil* de Octavio Tarquínio de Sousa e Sérgio Buarque de Holanda” (FRANZINI, 2007), agora retomado pelos autores com vistas a ampliar o exame dessa obra e, sobretudo, alargar as análises originais, uma vez que acreditamos ser este um tema ainda pouco explorado, tanto pela história da historiografia brasileira quanto pela historiografia do livro didático nacional. Nesse sentido, agradecemos ao Prof. Dr. Tomás Sansón Corbo e a Eduardo Vasconcelos a gentileza do convite para colaborar com o presente dossiê.

⁷³ Professor do Departamento de História da Escola de Filosofia, Letras e Ciências Humanas da Universidade Federal de São Paulo (EFLCH-Unifesp). Doutor em História Social pela USP. E-mail: fabio.ff.franzini@gmail.com

⁷⁴ Professora do Departamento de História da Escola de Filosofia, Letras e Ciências Humanas da Universidade Federal de São Paulo (EFLCH-Unifesp). Doutora em História Social pela USP. E-mail: elalourenco@gmail.com

relevant innovations embedded. Through the detailing of such characteristics, this article intends to show how this book, beyond the school boundaries, relates to a greater context of production of a new historical-historiographical knowledge about Brazil which was formed since the 1930s at least.

KEYWORDS: Octavio Tarquínio de Sousa. Sérgio Buarque de Holanda. Historiographical renewal.

Introdução

Diferentemente de outras obras impressas, o livro didático possui peculiaridades em sua produção, circulação e uso, entre elas a da autoria, por meio da qual é possível ver a distinção entre o trabalho de escrever um texto e publicar um livro.

Circe Maria Fernandes Bittencourt

Em meados da década de 1950, o Centro Brasileiro de Pesquisas Educacionais, vinculado ao Instituto Nacional de Estudos Pedagógicos (INEP), órgão do Ministério da Educação e Cultura, iniciou uma série de publicações voltadas à análise dos currículos, programas e métodos que então caracterizavam o ensino secundário no país⁷⁵. O primeiro volume, lançado em 1957, intitulava-se *Um Quarto de Século de Programas e Compêndios de História para o Ensino Secundário Brasileiro (1931 – 1956)*, e era assinado por Guy de Hollanda, catedrático de História da América da Faculdade Nacional de Filosofia da Universidade do Brasil. Partindo da premissa de que “a Revolução de 1930 e a Reforma Francisco Campos do ensino secundário constituem o *divortium aquarum* entre a época contemporânea da educação brasileira e os tempos anteriores”, o autor enfatizava, em sua “nota prévia”, não ter se limitado “ao exame dos programas e compêndios de História atuais, pois pareceu-nos que a falta de perspectiva histórica mutilaria a compreensão do presente imediato” (HOLLANDA, 1957, p. V).

75 Como explicou Marcia de Almeida Gonçalves (2009, p. 116-117), em 1942 “a reforma Capanema, entre outras transformações, instituiu a divisão do curso secundário em duas partes: o ciclo ginasial, composto de quatro séries, e o curso colegial, com três séries. Promoveu também mudanças curriculares, entre as quais interessa destacar a separação da disciplina ‘história do Brasil’ da disciplina ‘história da civilização’, sendo o ensino da primeira circunscrito às 3ª e 4ª séries do ciclo ginasial, mediante a divisão de conteúdos programáticos estabelecidos pela própria deliberação ministerial. A reforma Capanema estabeleceu um lugar privilegiado para o ensino da história do Brasil, e mais, uma rígida determinação de seu currículo”. Para a compreensão mais ampla dos propósitos dessa reforma, bem como da sua articulação com a organização nacional do ensino no Brasil após a revolução de 1930, veja-se, entre outros, SCHWARTZMAN, BOMENY E COSTA (2000) e ROMANELLI (2002).

A dimensão de seu esforço de “apreciar os compêndios de maior divulgação ou melhor qualidade – predicados nem sempre coincidentes” (HOLLANDA, 1957, p. VI) podia ser conferida no Apêndice I: ali, Holanda arrolava nada menos que 176 títulos de “compêndios de História para o curso secundário publicados de acordo com os programas de 1931, 1940, 1942, 1945, 1949 e 1951”, entre os quais se mesclavam volumes de História da Civilização, História Geral, História do Brasil, História da América, História Antiga e Medieval e História Moderna e Contemporânea,⁷⁶ produzidos para as diferentes séries do curso ginásial e do curso colegial. Entre o zelo e a modéstia, ele ainda ressaltava, em nota de rodapé, que “a presente lista, algo incompleta, abrange apenas os livros examinados pelo autor” (HOLLANDA, 1957, p. 257), “incompletude” essa que, no texto, recuava aos princípios do século XX para apresentar ao leitor “os principais compêndios de que dispunha o aluno de História nas vésperas da Reforma Francisco Campos” – no caso da História dita “geral”, o *Epítome de História Universal*, de Jonathas Serrano (1912), a *História Universal*, de João Ribeiro (1918), e a *História da Civilização*, de Oliveira Lima (1921); no caso da nossa História, as *História do Brasil* dos mesmos João Ribeiro (1900) e Jonathas Serrano (1931), todas merecedoras de inúmeras edições, que atravessaram a primeira metade do século XX, embora não nas mesmas proporções (HOLLANDA, 1957, p. 104-124).

Mais interessante que as dimensões desse pioneiro balanço crítico, porém, são as conclusões a que o autor chegara a respeito dos compêndios analisados. Segundo ele, “a apresentação material dos compêndios brasileiros melhorou bastante depois de 1930, em consequência da considerável expansão do livro didático nacional e do aperfeiçoamento da indústria gráfica no Brasil”, muito embora as ilustrações, a encadernação e a paginação continuassem, cada qual a seu modo, com problemas.

Com relação ao que denominava “informação histórica”, a visão do conjunto lhe permitia afirmar que os manuais do pós-1930 mostravam-se “ligeiramente superiores” frente aos publicados “antes do funcionamento dos cursos universitários destinados à formação de professores da matéria para o ensino secundário”;⁷⁷ a ausência de entusiasmo devia-se à

76 Cabe notar que as décadas de 1930 e 1940 também foram um tempo de disputas para a definição do lugar que as disciplinas História da Civilização e História do Brasil ocupariam no ensino secundário, conforme mostra Luís Reznik (1998).

77 Também é importante ressaltar que, como a Universidade é instituída no Brasil somente na década de 1930, o modelo que vigorava até então pressupunha um docente que exercia seu ofício sem formação específica e/ou

percepção de que eram “raros” os que demonstravam “a utilização criteriosa da bibliografia corrente essencial”, com muitos autores multiplicando “notas e citações, nem sempre acertadas, com propósitos alheios aos pedagógicos”. Por isso, sua sentença era peremptória: em suas palavras, “não têm aparecido compêndios que exerçam uma ação renovadora, como a *História do Brasil*, de João Ribeiro, há mais de meio século” (HOLLANDA, 1957, p. 195-196). Mas não era apenas isso, como deixaria claro a seguir, ao abordar as “feições pedagógicas” de tais obras – a citação é longa, mas seu conteúdo, preciso:

Houve alguma melhoria pedagógica nos compêndios de História que se publicaram a partir da Reforma Francisco Campos, porém, ao se tornar a edição de livros didáticos para o ensino secundário um negócio bem mais lucrativo do que em 1930, a multiplicidade crescente de autores não tem contribuído para aprimorá-los pedagogicamente. Os compêndios seguem estritamente os programas oficiais, mesmo quando estes são falhos, o que indica a necessidade de se expedirem, oficialmente, apenas programas “mínimos”, deixando-se a elaboração dos de desenvolvimento a cada estabelecimento de ensino. Só assim os autores poderão escrever compêndios com alguma real autonomia pedagógica, pois, entre nós, o manual que se afasta da letra dos programas dificilmente encontra editor, e menos ainda quem o adote para o ensino. O mais grave defeito dos manuais de História é, sem dúvida, o seu caráter excessivamente resumido, que torna o texto um amontoado de fatos ininteligível para o aluno. Este não tem outro remédio senão memorizar, para as provas e exames, algumas datas e nomes, ligados por breves frases, cuja significação lhe escapa. Raríssimos são os autores que tentam explicar os fatos por eles relatados, embora a maioria tenha, provavelmente, a ilusão de que os explicam. Com efeito, a concisão exagerada impossibilita qualquer compreensão por quem desconhece a matéria. Os editores, por motivos comerciais, exigem que o autor reduza o número de páginas ao mínimo possível, e este vem a ser quase sempre inferior ao necessário para uma exposição compreensível da matéria. Alguns alegam, com alguma razão, que professores e alunos exigem livros de leitura rápida e fácil memorização para as provas. Tem havido um frequente empobrecimento da linguagem usada nos compêndios, em parte voluntário, com o objetivo de facilitar a sua leitura pelos alunos. As ilustrações não costumam faltar, porém, mesmo quando abundantes, carecem, em geral, de legendas suficientemente explicativas (HOLLANDA, 1957, p. 196-7).

Sérgio e Octavio: autores fora do lugar?

Seis décadas depois, ante as inúmeras mudanças ocorridas desde então na educação escolar e na historiografia, não deixa de ser um tanto incômodo notar o quanto as observações de Guy de Holanda têm de atuais. Não se pode dizer, no entanto, que esta atualidade seja propriamente surpreendente para quem acompanha o universo da produção do livro didático no Brasil, o qual é – nunca é demais lembrar – muito maior que a existência do livro em si

qualificada; por outro lado, não parece exagero dizer que somente a partir da década de 1940 começa a se sentir, de alguma forma, o impacto da atuação dos novos docentes na escola (cf. PENIN, 2001).

(MUNAKATA, 2003; BITTENCOURT, 2004; CHOPPIN, 2004; CASSIANO, 2013; MORENO, 2014).

Por outro lado, a leitura atenta da relação dos livros examinados pelo autor pode, ela sim, trazer a surpresa de encontrar, em meio aos “clássicos” Jonathas Serrano e João Ribeiro, aos “*best-sellers*” Borges Hermida e Joaquim Silva, aos “acadêmicos” Delgado de Carvalho e Hélio Vianna, todos eles conhecidos por seus compêndios em profusão, o nome de outro Holanda: Sérgio Buarque⁷⁸ que, junto a Octavio Tarquínio de Sousa, assinava um volume de *História do Brasil* publicado pela Livraria José Olympio Editora em 1944 e voltado à 3ª série do curso ginásial. Afinal, aos olhos de hoje, falar em Sérgio significa falar de um dos fundadores da moderna historiografia brasileira, do autor de *Raízes do Brasil* e de *Visão do Paraíso* e até mesmo “do pai do Chico”, como ele próprio gostava de se autodenominar; de todo modo, qualquer que seja a referência escolhida, é certo que ela dificilmente o identificará de pronto como um autor de livros didáticos⁷⁹.

A rigor, surpresa talvez não seja o termo apropriado, já que Sérgio Buarque nunca renegou ou fez segredo desse trabalho. Além do mais, menções esparsas a seu respeito podem ser encontradas com relativa facilidade, tanto em estudos sobre o livro didático no Brasil quanto em análises sobre a obra buarquiana⁸⁰, cuja grandeza e brilho, associados ao desprestígio do livro didático nos meios acadêmicos, tornam compreensíveis a pouca visibilidade do manual em questão. Mais preciso, assim, talvez seja falar em *curiosidade*: a curiosidade de saber como situar um dos nossos maiores historiadores no âmbito de uma produção geralmente vista como “menor”, senão “indigna” de intelectuais respeitáveis (BITTENCOURT, 2004, p. 479).

Nesse sentido, a primeira observação a ser feita, por mais óbvia que seja, é que em 1944 o crítico literário, historiador e funcionário público (recém-mudado do Instituto

78 Para evitar possíveis mal-entendidos, cabe esclarecer que Sérgio Buarque de Holanda e Guy José Paulo de Hollanda, a despeito do sobrenome comum, não eram parentes.

79 O plural, aqui, não é empregado como mero recurso estilístico, pois o nome de Sérgio Buarque voltaria a se associar à produção didática nos anos de 1970, como orientador e supervisor da série *História do Brasil – Curso Moderno*, denominada “Coleção Sérgio Buarque de Holanda” por sua editora, a Companhia Editora Nacional. Acerca desta coleção, veja a tese de Doutorado de José Cássio Másculo (2008).

80 Para o primeiro caso, veja-se, por exemplo, MATTOS (2009, p. 20) e LUCA (2009, p. 169); para o segundo, IGLÉSIAS (2000, p. 209) e FURTADO (2016, p. 84-86). Salvo engano, apenas Marcia de Almeida Gonçalves (2009) se dedica a examinar especificamente o manual didático de Octavio e Sérgio, relacionando-o ao movimento mais amplo dos “estudos brasileiros” que ganhou corpo entre as décadas de 1930 e 1940, bem como à modernização da historiografia brasileira a ele associada. Trata-se de um trabalho pontual, mas significativo e instigante, com o qual dialogamos muito aqui.

Nacional do Livro para a Biblioteca Nacional) Sérgio Buarque de Holanda ainda *não* dispensava apresentações, mesmo já tendo publicado o ensaio *Raízes do Brasil*, em 1936, e a coletânea de artigos de crítica *Cobra de Vidro*, esta também em 1944. Em contrapartida, seu companheiro de empreitada, com quem mantinha uma amizade de longa data, era, ele sim, um dos mais respeitados intelectuais do país à época – não por acaso, aliás, seu nome aparecia no livro como o *primeiro* dos autores.

Octavio Tarquínio de Sousa, nascido no Rio de Janeiro em 1889, ministro do Tribunal de Contas da União, era membro do Instituto Histórico e Geográfico Brasileiro e da Sociedade Felipe de Oliveira, autor de uma aclamada tradução do poema *Rubaiyat*, de Omar Khayyam, colaborador de vários jornais e revistas do eixo Rio-São Paulo, diretor da respeitabilíssima *Revista do Brasil* desde o seu relançamento, em 1938, e da não menos prestigiosa Coleção Documentos Brasileiros, da editora José Olympio, desde a saída de outro amigo seu, Gilberto Freyre, em 1939. Historiador dedicado aos acontecimentos e, principalmente, aos personagens da política imperial durante o Primeiro Reinado e as Regências, àquela altura já havia lançado cinco livros acerca desses temas, o último deles a biografia *Diogo Antônio Feijó*, publicada na mesma Coleção Documentos Brasileiros em 1942⁸¹.

Se tal descrição sumária apenas ressalta, à primeira vista, a desproporcionalidade entre a produção de Sérgio Buarque e Octavio Tarquínio (o que não significa, de forma alguma, uma desproporcionalidade intelectual), ela não deve esconder, mas revelar, dois aspectos importantes para a análise do livro que ambos assinavam: o primeiro, que eles se inseriam numa mesma rede de relações e espaços intelectuais – o jornalismo literário, os círculos modernistas, o serviço público e as instituições de cultura, o mercado editorial –, a qual, tecida desde os anos 1920, mostrava-se comprometida com a análise e o conhecimento da realidade brasileira sob novos ângulos e, sobretudo, novos métodos, procurando assim elaborar interpretações do Brasil também novas (FRANZINI, 2010).

O segundo, que nenhum dos dois tinha relação direta com o meio ao qual se destinava o trabalho que produziram. Isto, especificamente, chama a atenção quando se sabe que inúmeras razões tornavam então rara a ausência de laços com o ambiente escolar ou

81 Para uma visão completa da dimensão intelectual e historiográfica de Octavio Tarquínio de Sousa, veja-se GONÇALVES (2010).

universitário entre os autores de manuais didáticos (BITTENCOURT, 2004), algo que, aliás, o próprio balanço realizado por Guy de Hollanda não deixara de notar:

Além dos autores de manuais de História publicados durante a vigência da Reforma [Francisco] Campos [de 1931 a 1942, até a Reforma Capanema], surgiram outros, vários dos quais terminaram por competir seriamente com os seus predecessores. Professores e licenciados das Faculdades de Filosofia viram-se atraídos pelas compensações materiais que proporcionava a redação de manuais para um ensino secundário em constante e rápida expansão. Algumas editoras, tendo em vista a diversidade regional do mercado do livro didático, publicaram diversos manuais de História Geral e do Brasil, destinados às mesmas séries. [...] Mais do que competir com edições locais, convinha editar compêndios da autoria dos professores com maior prestígio local, ou [que] ensinassem em escolas secundárias de crescente número de alunos, ou ainda [que] não fossem mui recatados na propaganda de seus livros. Com efeito, a legislação do livro didático nacional proibiu a adoção oficial de qualquer compêndio, visando a preservar a liberdade de escolha dos professores e evitar possíveis favorecimentos desta ou aquela obra didática. Se não fossem sepultados no arquivo da Comissão Nacional do Livro Didático os pareceres dos respectivos relatores, quiçá a aprovação (condicional, sem dúvida, mas sempre uma aprovação) dos compêndios medíocres, ou maus, houvesse sido menos nefasta pedagogicamente (HOLLANDA, 1957, p. 147-8)⁸².

Parece um tanto evidente que nem Sérgio Buarque, nem Octavio Tarquínio se encaixavam nesse quadro, o que, pode-se inferir, de saída os punha em desvantagem frente a outros autores e outros livros. Nesse aspecto, sua editora também não ajudava. Apesar de ser um dos mais importantes selos do país, senão o mais importante à época, a Livraria José Olympio Editora, fundada em 1931 em São Paulo por José Olympio Pereira Filho e desde 1934 estabelecida no Rio de Janeiro, não tinha qualquer inserção no mercado de manuais didáticos, dedicando-se sobretudo à publicação do novo romance nacional e das novas interpretações sobre a realidade e a história do Brasil que despontaram a partir justamente dos anos trinta, sobre os quais construíra e assentara o seu grande prestígio⁸³.

Em termos simbólicos, esse não era um capital desprezível, muito pelo contrário; ainda assim, era insuficiente para brigar com empresas já tradicionais e, de certo modo, especializadas na produção didática, como a Francisco Alves, a Melhoramentos e, sobretudo,

82 Como o próprio autor concluiria adiante, com a escolha do professor frequentemente se inspirando “em motivos consciente ou inconscientemente muito alheios à qualidade científica e pedagógica do manual”, o sucesso de um compêndio “deixou, cada vez mais, de depender do seu valor intrínseco” (HOLLANDA, 1957, p. 148).

83 Sobre José Olympio, editor e editora, veja-se HALLEWELL (2005), SORÁ (2010), FRANZINI (2010).

a Companhia Editora Nacional, da qual ainda “nascera”, em 1943, a Editora do Brasil – os quatro selos que mais apareceriam na listagem elaborada por Holanda, em 1957⁸⁴.

A história do Brasil enquadrada na *História do Brasil*

Tais adversidades, contudo, não diminuíram a qualidade da *História do Brasil* em questão. Em seus aspectos materiais, o livro remetia claramente ao padrão que caracterizava a Coleção Documentos Brasileiros: embora em formato menor (15 x 18 cm, enquanto os volumes da coleção eram no tamanho 15 x 23 cm) e dotado de uma pouco usual capa dura, o leitor menos atento poderia muito bem julgar tratar-se de mais um volume da série, tanto pela sua sobriedade e elegância quanto pelo nome dos autores que o encimavam. A disposição dos elementos frontais – no topo, o nome da coleção a que pertencia, “O Livro Escolar Brasileiro”; imediatamente a seguir, os nomes dos autores; o título do livro, em caixa alta, pouco acima do centro exato da página; a data e o nome da editora no rodapé – também era em tudo idêntica à dos livros e Documentos Brasileiros, faltando apenas a sua palmeira-símbolo, desenhada por Tomás Santa Rosa.

Para o leitor mais sagaz, por outro lado, tantas autorreferências decerto indicariam a intenção do editor em vinculá-lo diretamente aos êxitos comercial e intelectual alcançados por aquela *brasiliiana*, cujo volume inaugural fora, por coincidência, o já citado *Raízes do Brasil*, de Sérgio Buarque. Como o frontispício remetia a uma coleção didática, não parece exagero vislumbrar ainda um esforço mais específico, o de mostrá-la como uma espécie de “versão para a escola” do novo conhecimento do Brasil que a Documentos Brasileiros se empenhava em veicular.⁸⁵

Por outro lado, os limites do suporte também se faziam sentir. A começar da própria capa, onde, logo abaixo do título e entre parênteses, aparecia a informação: “3ª série, *de acordo com o programa oficial*” (grifo nosso). A julgar pelo que diz Guy de Holanda, a

84 Sobre estas editoras e sua relação com a produção e o mercado de livros didáticos, veja-se HALLEWELL (2005).

85 A análise de Marcia de Almeida Gonçalves (2009, p. 115-116) segue a mesma direção: em suas palavras, este livro “não parece ser apenas mais uma investida do perspicaz editor, qual seja, a aposta no mercado dos ‘manuais escolares’. A meu ver, algo mais ali se corporificava no que respeita ao jogo de interesses e motivações entre editores, autores e leitores, a saber: a aposta em fazer circular novas interpretações sobre a formação histórica do Brasil”. Curioso, porém, é notar que o livro de Octavio Tarquínio de Sousa e Sérgio Buarque de Holanda aparece como o *segundo* número dessa nova coleção da José Olympio; quanto ao primeiro, se existiu, não foram encontradas referências – e, para aumentar ainda mais o mistério, vale ressaltar que na listagem elaborada por Guy de Holanda aparece o *terceiro* volume, uma *História do Brasil* para a 4ª série do ciclo ginasial, assinada por Hélio Vianna (HOLLANDA, 1957, p. 264). Quanto à Coleção Documentos Brasileiros e a veiculação de um novo conhecimento sobre o Brasil, veja-se FRANZINI (2010).

indicação tornara-se um tanto comum após a Reforma Capanema, de 1942-43, até mesmo pela necessidade de destacar a atualização das obras em um cenário educacional em constante mudança, ainda que tal atualização muitas vezes dissesse respeito a meras adaptações editoriais em manuais já publicados, em especial aqueles em conformidade com o programa anterior, de 1940 (HOLLANDA, 1957, p. 146-147). Além do mais, como observado antes, Hollanda não tinha pudor de dizer que, explicitando ou não o alinhamento com os programas oficiais, os compêndios de História do pós-1930 os seguiam estritamente, “mesmo quando estes são falhos” (HOLLANDA, 1957, p. 196).

A *História do Brasil* de Octavio Tarquínio e Sérgio Buarque não escaparia a isso, com seu índice de capítulos reproduzindo *ipsis literis* unidade por unidade, item por item, do programa de 1943, sem introdução nem bibliografia ao final: I. O descobrimento (1. Origens de Portugal; 2. Os descobrimentos portugueses; 3. Cabral e o descobrimento do Brasil; 4. A Carta de Pero Vaz de Caminha); II. Os primórdios da colonização (1. As primeiras expedições; 2. As capitanias hereditárias; 3. O governo geral; 4. Início da catequese; 5. As primeiras cidades; 6. Manifestações iniciais da vida econômica); III. A formação étnica (1. O elemento branco; 2. O indígena brasileiro; 3. O negro; 4. A etnia brasileira); IV. A expansão geográfica (1. Os centros iniciais da vida colonial; 2. Conquista das regiões setentrionais; 3. As entradas e as bandeiras; 4. Os tratados de limites); V. Defesa do território (1. As incursões francesas; 2. As incursões inglesas; 3. As invasões holandesas); VI. Desenvolvimento econômico (1. A vida rural: desenvolvimento da agricultura; 2. Progresso da indústria; as minas; 3. O comércio); VII. Desenvolvimento espiritual (1. A obra da Companhia de Jesus: a proteção dos índios; o ensino; a moralização da sociedade; 2. A expulsão dos jesuítas e suas consequências; 3. Desenvolvimento cultural da colônia); VIII. O sentimento nacional (1. Formação do sentimento nativista; 2. As primeiras lutas: emboabas e mascates; 3. Os movimentos revolucionários: a revolta de 1720; a Inconfidência Mineira; a Revolução Republicana de 1817); IX. A Independência (1. D. João VI no Brasil; 2. A Regência de D. Pedro; José Bonifácio; 3. O grito do Ipiranga).

Dentro de tal quadro, é possível perceber o empenho e os esforços dos autores em produzir um livro didático diferenciado em relação à abordagem dos conteúdos e, ao mesmo tempo, “adequado” às imposições oficiais e expectativas pedagógicas. Um bom exemplo disso pode ser encontrado no tópico sobre o “desenvolvimento cultural da colônia”, que

compõe, como visto acima, o capítulo VII: se o assunto era, como todos os outros, imposto pelo programa oficial, sua abordagem expressava com muita clareza uma perspectiva própria, *autoral*. Subdividido em três pontos – “Literatura: manifestações iniciais da atividade literária” (p. 170-176), “Apogeu da literatura colonial” (p. 176-178) e “Belas-artes” (p. 178-181, com uma gravura ocupando toda a página 179 e outra a 180) –, a ênfase na produção literária, com o comentário crítico de autores e obras, torna inevitável pensar nas predileções particulares de Sérgio Buarque, que no início da década seguinte publicaria uma *Antologia dos poetas brasileiros da fase colonial* (1952) e ainda deixaria escritos que seriam postumamente reunidos no livro *Capítulos de literatura colonial* (1991). Longe, portanto, de cumprir burocraticamente a tarefa de dar conta de “mais um” item do currículo, não raro visto como residual, a dupla procurava explorar as possibilidades que ele mesmo oferecia para escapar ao habitual primado da abordagem político-econômica nos manuais didáticos.⁸⁶

Definir quem escreveu o que nesse trabalho, aliás, é algo muito difícil. É certo que houve uma divisão de encargos entre Octavio Tarquínio e Sérgio Buarque, como uma áspera carta de Tarquínio a Gilberto Freyre, datada de 28 de setembro de 1946, nos indica:

Folheando ontem no escritório do nosso José Olympio a 5ª edição de *Casa-grande & senzala*, deparei-me com a nota da pg. 474: “O sr. Sérgio Buarque de Holanda, em sua *História do Brasil* (Rio, 1944), escrita de colaboração com o sr. Octavio Tarquínio de Sousa, parece concordar com a interpretação dos fatos da colonização agrícola do Brasil oferecida neste ensaio desde 1933. [...]”. A maneira pela qual você redigiu essa nota fere menos a minha vaidade do que a minha dignidade intelectual, visto como a *História do Brasil* foi publicada como de autoria minha e do Sérgio, sem nenhuma indicação das partes feitas por ele ou por mim. Numa obra escrita assim, não se pode, sem amesquinhar um dos autores, atribuir a outro qualquer primazia. Acresce que o meu nome, graças à exemplar modéstia do Sérgio, figura em primeiro lugar. Ninguém entre nós admira e respeita mais do que eu o Sérgio, hoje um dos meus mais íntimos e queridos amigos. O mais curioso, entretanto, é que todo o capítulo a que V. se reporta é da minha inteira e exclusiva autoria, embora de responsabilidade comum. Tenho no meu arquivo os originais manuscritos comprobatórios desta afirmação. Sou seu amigo e admirador, Octavio Tarquínio de Sousa⁸⁷.

86 A interpretação de Marcia de Almeida Gonçalves (2009) segue linha semelhante, como será retomado mais adiante.

87 Carta de Octavio Tarquínio de Sousa a Gilberto Freyre. Rio de Janeiro, 28 de setembro de 1946. Arquivo da Fundação Gilberto Freyre, Recife. Correspondência passiva de Gilberto Freyre, documento CRB72p3doc36. Marcia de Almeida Gonçalves, em seu estudo sobre o livro aqui analisado, também cita esta carta e apresenta, ainda, a resposta de Freyre, datada de 1º de outubro do mesmo ano: “Meu caro Octavio. Não imagina você com que espanto li sua carta. Pois não se concebe que conscientemente eu escrevesse uma palavra capaz de ferir a ‘dignidade intelectual’ de um amigo tão do meu afeto e da minha admiração. Examinei calmamente o caso. O

A leitura do livro também deixa muito patente dois estilos distintos de escrita: do capítulo I até o VI (justamente o capítulo que, acima, Tarquínio assume ser seu), a narrativa é enxuta e direta, com ênfase no factual e distribuída em tópicos curtos, em geral formados por dois ou três parágrafos, quando não apenas um; do capítulo VII até o final, o texto ganha em dimensão e brilho, recorrendo sem hesitar ao uso de adjetivos para explicar eventos e personagens em cena. O contraste entre a descrição de duas figuras históricas muito características ilustra bem tais diferenças – a primeira delas, a do bandeirante Antônio Raposo Tavares, que aparece no capítulo IV em um tópico de um parágrafo intitulado “Raça de Gigantes”:

Em todas essas ações [expansionistas] distinguem-se entre muitos outros nomes os de Manuel Preto, André Fernandes e Antônio Raposo Tavares. A obra realizada por esses homens assume tais proporções, vista de hoje, que parece justificar um Saint-Hilaire quando fala, a propósito dos antigos moradores de São Paulo, em *raça de gigantes*. Antônio Raposo, por exemplo, acha-se em 1628 no Guairá, à testa de uma expedição destruidora; alguns anos depois aparece, repetindo as mesmas façanhas, em terras do atual Estado do Rio Grande do Sul; em 1640 está no Nordeste, servindo como mestre de campo do terço de paulistas que foi a Pernambuco para combater os holandeses; em 1648, já se encontra, em companhia de outros bandeirantes, no sul do atual Mato Grosso; sobe, em seguida, o rio Paraguai, ganha o Guaporé, o Mamoré, o Madeira, o Amazonas e vai surgir no Pará onde é visto pelo padre Antônio Vieira. Consta que ao voltar a São Paulo, depois de tantos anos de ausência, vinha tão desfigurado que sua própria família não o reconheceu (SOUSA E HOLANDA, 1944, p. 109-110).

Se a grandiosidade dos feitos do bandeirante não deixa de ser reconhecida, mas é apresentada sem nenhum excesso, algo bem diverso ocorre mais adiante, no capítulo VIII, quando se trata do Tiradentes. A imagem, agora, assume tintas mais vivas, que chegam a resvalar na idealização romântica:

Tiradentes merecia em verdade o relevo que lhe deu a cruel justiça da metrópole. Foi realmente o “alferes estouvado”, como o chamou sem simpatia um dos nossos historiadores, a alma de tudo, o grande conspirador, o cavaleiro-andante da idéia de fazer no Brasil uma república como a que tinham os “americanos-ingleses”. Ler os autos da devassa é verificar que todos os depoimentos falam nele, contam os seus passos, as suas insinuações no sentido do levante malogrado. Viajando de Minas

trecho citado de *História do Brasil* – sua e de Sérgio – refere-se à História Colonial do nosso país, especialidade de Sérgio. Mais do que isso: sobre colonização agrícola ou agrária do Brasil, assunto muito de Sérgio. Era assim natural que eu atribuisse aquele trecho a Sérgio. Foi o que fiz. De modo nenhum concordo – outro ponto – em que dizer-se do autor de um livro – de um dos autores – que o escreveu de colaboração com outro, importe em diminuição para qualquer dos autores. [...] Não atribuo a Sérgio a primazia como autor da *História do Brasil*. Apenas julguei-o – no que errei – autor de um trecho do capítulo que, pelo assunto, interpretei como sendo dele, mais especializado do que você em história colonial do Brasil. Esta é a explicação franca e honesta. Julgo o autor do excelente livro que é *José Bonifácio* capaz de escrever não só o capítulo em questão, como trabalhos de importância maior. Com a melhor amizade e admiração. Gilberto Freyre” (GONÇALVES, 2009, p. 110).

para o Rio e de cá para lá, o alferes Joaquim José da Silva Xavier não deixava passar a ocasião, e, recebido com boa vontade por alguns, fazendo prosélitos em poucos, causando medo a muitos, não desanimava, nem se abatia. Ao lado de poetas ilustres e de padres letrados, Tiradentes surge dos autos da devassa como a primeira figura, pelo interesse humano que desperta, malgrado as suas poucas letras, a sua humildade, o seu feitio um tanto leviano (SOUSA E HOLANDA, 1944, p. 201-202).

Conhecendo a obra dos dois historiadores em questão, é tentador supor que os capítulos mais “objetivos”, que cobrem dois terços do livro, tenham sido elaborados por Octavio Tarquínio, ao passo que a parte final, mais cintilante, por Sérgio Buarque – ainda que não apenas um ou outro capítulo, e sim todo o trabalho, decerto tenha sido “de responsabilidade comum”, como Tarquínio dissera a Gilberto Freyre. Para além da suposição, o que importa efetivamente é que o livro, a despeito de seu desequilíbrio estilístico e da inevitável apresentação sintética de certos temas, de forma alguma se conformava como “um amontoado de fatos ininteligível para o aluno”, como dissera Guy de Hollanda em sua avaliação crítica dos livros didáticos. Ao contrário, reiteramos, havia nele um tom novo e acentos pouco usuais, mesmo que impressados pela tradição da História que se ensinava na escola e pelos interesses do Estado num momento em que “reservava-se à educação lugar privilegiado na formação da nacionalidade” e o “livro didático emergia como peça ideológica fundamental” nesse processo (MIRANDA E LUCA, 2004, p. 124-125).

Entre o “tradicional” e o “novo”

É certo que não é fácil, nem simples, descrever tal tom e tais acentos, uma vez que, como diz Luís Reznik (1998, p. 79), “a análise do conteúdo dos livros didáticos de História do Brasil nos anos 30 e 40 demonstra poucas diferenças entre eles”.⁸⁸ Por extensão, é legítimo imaginar que seu público potencial, ao todo ou em parte, talvez sequer os tenha percebido à época. Ao menos um crítico contemporâneo, contudo, compreendeu muito bem a novidade contida no manual de Octavio Tarquínio e Sérgio Buarque, a ponto de usá-lo como referência para tecer considerações “acerca dos livros didáticos” no prestigioso espaço literário do jornal *Correio da Manhã*. Para Olivio Montenegro, o livro didático era fonte dos “grandes dissabores de toda a nossa vida escolar da infância e da adolescência”; sem correspondência

88 Ainda segundo Luís Reznik (1998, p. 79), “os temas, o enfoque e o estilo narrativo pouco se transformaram nesses quinze anos – conformam, na prática, uma mesma memória histórica nacional: a alma católica, o território desbravado e conquistado, a mestiçagem branqueada como símbolo do brasileiro, o progresso no Segundo Reinado, etc. A História do Brasil, tal como narrada pelos livros didáticos, é a História da constituição da nação e do Estado. A historiografia didática do Brasil retomará o modelo romântico, enfatizando as características da comunidade brasileira, singulares e universais ao mesmo tempo. [...]”.

com o “espírito do aluno” e mesmo com a vida, ele era, na verdade, “a imagem impressa do espírito que guiava os antigos mestres nas suas lições – formalístico, dogmático e vão”. Mas, aquele que tinha em mãos era diferente:

Por muito fácil e tentador de fazer que pareça o livro de história para o ensino secundário, raros, entretanto, são entre nós os que se possam comparar à *História do Brasil* que acabamos de citar. E não por nenhuma novidade em documento, por nenhuma interpretação original, nenhum fato desconhecido que nos revele. Este espírito de invenção ou de descoberta não pertence, aliás, a livros dessa natureza. O que deles conscienciosamente se pede em matéria de novidade e originalidade é quanto à seleção dos fatos e o modo de exprimi-los. Saber selecionar e saber dizer sem jamais perder de vista as curiosidades de imaginação e de inteligência do aluno é o que importa. Aí somente é onde reside todo o segredo do bom livro de história – ser claro, direto, objetivo e poder apanhar de cada assunto o seu elemento mais característico ou mais dramático. Não cair no vício do detalhe, nem da exibição verbal – os dois grandes defeitos de que se ressentem a maioria dos livros de história para os cursos de ginásio. Outro vício também é o da vulgaridade de expressão que se confunde com simplicidade. Lendo-se a *História do Brasil* de Octavio Tarquínio e Sérgio Buarque, logo se sente que não é desses livros de história que se fazem sofregamente, para utilidade mais do autor do que dos alunos, mas um livro onde se percebe, ao lado do senso pedagógico como podem ter os melhores mestres, a alma do escritor. [...] (MONTENEGRO, 1944)⁸⁹.

Por mais ressalvas que mereça – afinal, Olivio Montenegro, amigo de Gilberto Freyre e autor do livro *O romance brasileiro*, publicado na Coleção Documentos Brasileiros em 1938, não deixava de ser mais um membro da mesma rede de Tarquínio e Sérgio –, a crítica é certa ao apontar não um ou outro aspecto específico do livro como o lugar da novidade, mas sim o seu *conjunto*. Sua contraposição a outra *História do Brasil* publicada à mesma época (1943), aquela escrita por Joaquim Silva (o autor de maior vendagem de livros didáticos de História entre os anos 1930 e 1960), torna isso mais preciso; de acordo com Arnaldo Pinto Junior (2010):

A organização dos capítulos apresenta um padrão de distribuição das seções que varia muito pouco no decorrer das obras [de Joaquim Silva]. Cada capítulo começa com o texto didático principal, subdividido em tópicos, os quais foram destacados pelo tamanho da fonte, maiores do que as utilizadas na seção e, ainda, em negrito. Os tópicos, no decorrer do texto, têm funções, tais como valorizar algum nome, fato, processo histórico ou região, considerados importantes para o assunto abordado, ou, ainda, separar os assuntos que compunham o capítulo, marcando o ritmo da leitura, tentando não torná-la cansativa. Notas de rodapé foram introduzidas recorrentemente para ampliar o sentido do texto didático principal ou para trabalhar

89 O artigo de Olivio Montenegro, intitulado “Acerca dos livros didáticos” e publicado no *Correio da Manhã* de 29 de outubro de 1944, foi encontrado no Fundo Sérgio Buarque de Holanda, sob a guarda do Arquivo Central da Unicamp, Campinas. Série: Produção de Terceiros, Subsérie: Artigos de Jornal sobre SBH, documento Pt 55 P59. Agradecemos a Telma Murari e Felipe Chow, deste Arquivo, a localização e a reprodução do documento.

uma referência historiográfica que confirmasse a narrativa desenvolvida naquela passagem (PINTO JUNIOR, 2010, p. 174)⁹⁰.

Além disso, se a ênfase de Olivio Montenegro recaía sobre os conteúdos escolhidos pelos autores e a forma pela qual o faziam, as gravuras, leituras complementares e citações também evidenciavam, e de modo talvez ainda mais nítido, o sentido daquela obra: tanto quanto o *texto*, os *paratextos* nela são muito eloquentes e significativos.⁹¹ No caso das vinte e três gravuras distribuídas ao longo do livro, é certo que elas não deixavam de carecer de legendas “suficientemente explicativas”, como Guy de Hollanda dissera ser o tom geral dos compêndios à época, nem evitavam algumas referências “canônicas”, tais como retratos de personagens históricos (Martim Afonso de Souza, Antônio Carlos Ribeiro de Andrada, D. João VI, Pedro I, José Bonifácio), o mapa das Capitanias Hereditárias, ilustrações da cidade do Rio de Janeiro no início do século XIX.

Por outro lado, várias outras reproduziam imagens cedidas pelo recém-criado Serviço do Patrimônio Histórico e Artístico Nacional (SPHAN), como as fotografias dos “restos de um antigo pelourinho brasileiro”, encontrado em Alcântara (Maranhão), e da “cruz deixada em Goiás pelo segundo Anhangüera, encimando um monumento de construção posterior”, indicando, simbolicamente, o alinhamento do livro e de seus autores junto às preocupações modernistas com o passado nacional⁹².

90 Não bastasse isso, após o texto de cada capítulo o autor introduzia a seção “Dados Notáveis”, seguida de “Sumário”, itens nos quais apresentava uma síntese das principais ideias debatidas. Ao final de quase todos os capítulos aparecia também o tópico “Para exercícios escritos”, nos quais colocava pequenos títulos para eventuais dissertações a serem escritas pelos alunos.

91 A atenção aos paratextos, aqui, segue a definição e a importância a eles atribuída por Gérard Genette: de acordo com este autor (2001, p. 7), “la obra literaria consiste, exhaustiva o esencialmente, en un texto, es decir (definición mínima) en una serie más o menos larga de enunciados verbales más o menos dotados de significación. Pero el texto raramente se presenta desnudo, sin el refuerzo y el acompañamiento de un cierto número de producciones, verbales o no, como el nombre del autor, un título, un prefacio, ilustraciones, que no sabemos si debemos considerarlas o no como pertenecientes al texto, pero en todo caso lo rodean y lo prolongan precisamente por *presentarlo*, en el sentido habitual de la palabra, pero también en su sentido más fuerte: por *darle presencia*, por asegurar su existencia en el mundo, su ‘recepción’ y su consumación, bajo la forma (al menos en nuestro tiempo) de un libro. Este acompañamiento, de amplitud y conducta variables, constituye lo que he bautizado [...] el *paratexto* de la obra – véanse, dije, los adjetivos como ‘parafiscal’ o ‘paramilitar’. El paratexto es para nosotros, pues, aquello por lo cual un texto se hace libro y se propone como tal a sus lectores, y, más generalmente, al público” (grifos do original).

92 Sobre a criação do SPHAN, em 1937, sua origem, princípios e práticas durante o Estado Novo, veja-se o imprescindível trabalho de CHUVA (2009).

Neste mesmo sentido, as leituras complementares indicadas ao final de cada capítulo, à exceção do primeiro,⁹³ revelavam sua sintonia também com as novas abordagens historiográficas que então se consolidavam, situando o livro, mais uma vez, no movimento de “redescoberta do Brasil”. Compunham esse quadro trechos selecionados de documentos, como uma carta do Padre Manuel da Nóbrega e o auto de condenação de Tiradentes; citações de obras como os *Diálogos das Grandezas do Brasil* e a *Cultura e Opulência do Brasil*, expressivas tanto pelo seu significado histórico quanto historiográfico; passagens de historiadores que anteciparam, cada qual a seu modo, novas abordagens do passado, Alcântara Machado, Capistrano de Abreu, Eduardo Prado, Oliveira Lima. Estes, em particular, apareciam também no decorrer do texto, nas citações e notas de rodapé, junto a nomes como os de Jaime Cortesão, Afonso de Taunay, Pe. Serafim Leite, João Lucio de Azevedo, Roberto Simonsen, Lúcio Costa⁹⁴.

E, não parece exagero afirmar que a força de tais elementos é tão grande no livro a ponto de fazer com os autores abram mão da palavra final: após encerrar o último capítulo com um parágrafo simples, quase protocolar,⁹⁵ a derradeira leitura complementar chega para deixar claro a visão que tinham da emancipação política do Brasil. Selecionados,

93 A despeito de não apresentar uma leitura complementar, o primeiro capítulo explora bastante, inclusive com citações literais, entre aspas, a Carta de Pero Vaz de Caminha, na “adaptação à língua atual” feita pelo historiador português Jaime Cortesão (SOUSA E HOLANDA, 1944, p. 28).

94 Para mais um contraste com o *best-seller* de Joaquim Silva, vale notar que cada capítulo também se encerrava, salvo raras exceções, com o item “Leitura”; no entanto, diferentemente do manual de Octavio Tarquínio e Sérgio Buarque, os textos ali eram curtos, relativos a algum aspecto complementar ao assunto tratado e, em geral, sem indicação de autoria, o que permite supor que boa parte deles era do próprio Silva. As referências bibliográficas, por sua vez, apareciam nesse livro muito mais como ponto de apoio que como parte orgânica do texto. De acordo com Arnaldo Pinto Junior, o primeiro capítulo da obra trazia a seguinte orientação: “Para estes e demais exercícios escritos sugeridos noutras lições, o aluno deve recorrer às numerosas notas que acompanham o texto e às leituras. Recomenda-se ainda, para tal trabalho, os livros: ‘Capítulos de História Colonial’, de Capistrano de Abreu; ‘História do Brasil’ e ‘História da Civilização Brasileira’, de Pedro Calmon; ‘Formação Histórica do Brasil’, de Calógeras; ‘Expansão Geográfica do Brasil Colonial’, de Basílio Magalhães; ‘História Econômica do Brasil’, de R. Simonsen; ‘História do Brasil’, curso superior, de João Ribeiro, e ‘História do Brasil’, de J. Serrano, com a colaboração de D. Maria J. Schmidt e D. Helena Medeiros” (SILVA, 1943, p. 17, *apud* PINTO JUNIOR, 2010, p. 177).

95 O último tópico do livro, intitulado “Volta de D. Pedro ao Rio de Janeiro”, compõe-se de três parágrafos, os quais tratam da “consumação da independência” após o 7 de Setembro. O referido parágrafo que encerra o livro diz: “O Brasil estava livre e encontrava na independência feita com apoio no trono de D. Pedro I uma segura garantia de unidade e grandeza. Obra em que se aliaram a sabedoria tocada de entusiasmo de José Bonifácio e os impulsos generosos do jovem príncipe de 24 anos. Obra também de todo um grupo de ardentes patriotas, em que se destacaram Gonçalves Ledo, Januário, José Clemente e A. de Vasconcelos Drummond” (SOUSA E HOLANDA, 1944, p. 247-248).

evidentemente, com muito cuidado, os trechos de *O movimento da Independência*, de Manuel de Oliveira Lima, mandavam um recado ao presente:

Tem-se dito da independência do Brasil que foi um desquite amigável entre os reinos unidos. Não há, porém, desquite perfeitamente amigável: precedem-no sempre incompatibilidades, rusgas, desavenças. Pode não ocorrer propriamente violência. [...] É natural que o filho chegado à maioridade se emancipe, e sucede entre as nações como entre os indivíduos. A fase de subordinação cessara por força das circunstâncias; a de igualdade poderia ter-se prolongado um pouco mais, mas também tinha forçosamente de acabar embora houvesse sido sincera a intenção e inteligente o plano do monarca e dos seus conselheiros do momento. A igualdade feria porém o sentimento geral do reino que por três séculos representa o papel de metrópole, com tudo quanto na concepção daqueles tempos encerrava a expressão em matéria de autoridade e de exclusivismo. Havia de, por isso, chegar, como chegou, o dia em que a mesma igualdade seria iludida no espírito e desvirtuada na prática (OLIVEIRA LIMA apud SOUSA E HOLANDA, 1944, p. 249-250).

Considerações finais: um livro peculiar

Por conta de todas essas “escolhas e ênfases autorais”, Marcia de Almeida Gonçalves (2009, p. 117) afirma que Octavio Tarquínio de Sousa e Sérgio Buarque de Holanda “pareceram querer investir num veículo precioso de divulgação de enfoque culturalista na maneira de narrar a formação da sociedade e da nação brasileira”. A percepção da centralidade da cultura, associada a “certo historicismo valorizador das ações únicas e particulares de sujeitos humanos individuais e/ou coletivos” (GONÇALVES, 2009, p. 118), é arguta, mas acreditamos que a ela ainda pode se somar, sem prejuízo, outra chave interpretativa: a de uma leitura do Brasil inspirada em Capistrano de Abreu, mais especificamente nos *Capítulos de História Colonial* (1907).

Dentro dos rígidos parâmetros estabelecidos pelo programa oficial de ensino – dos quais talvez se possa dizer que não deixavam de ser, à sua maneira, uma versão escolar dos “quadros de ferro” que Capistrano tanto criticara em Varnhagen –, o olhar dos autores seguia o mestre e buscava no passado a dinâmica e a vida para reconstituir e contar a história que lhes fora incumbida. Ao mesmo tempo, apostava na capacidade e autonomia crítica de seus leitores potenciais, professores e alunos, para compreender aquilo que apresentavam, como a ausência de “sínteses” e exercícios “de fixação” ao final de cada matéria parece sugerir.

Por contraditório que pareça, talvez tenha sido precisamente por essa razão que o manual de Tarquínio e Sérgio não tenha sobressaído em meio ao amplo corpo da produção didática de seu tempo. Lugar da tradição, a escola tende a desconfiar de inovações e experimentações, mesmo que diluídas em elementos que lhe são familiares; veículo de

saberes cristalizados, o livro didático (e, por extensão, o mercado e os agentes que o envolvem) tende a repelir aquilo que não segue fórmulas consagradas, seja na forma, seja no conteúdo⁹⁶.

Logo, compreende-se por que esta *História do Brasil* tornou-se “um daqueles livros didáticos que ‘não haviam pegado’”, como bem definiu Ilmar Rohloff de Mattos (2009, p. 20). Sem merecer novas edições, o fracasso da obra ainda enterraria consigo a tentativa da José Olympio de entrar na área dos compêndios escolares – o que, a bem da verdade, em nada afetaria os autores ou a editora. Nem por isso, entretanto, este livro “esquecido” deve ser visto como *mais um* manual didático, igual a qualquer outro de sua época; por tudo o que foi apresentado, talvez faça mais sentido vê-lo à contraluz, como um livro motivado por um projeto intelectual de interpretação e compreensão do Brasil, no qual uma nova historiografia atuava decisivamente⁹⁷.

Referências

- BITTENCOURT, Circe Maria Fernandes. Autores e editores de compêndios e livros de leitura (1810–1910). *Educação e Pesquisa*. São Paulo, v. 30, n. 3, p. 475-491, set./dez. 2004.
- CASSIANO, Célia Cristina Figueiredo. *O mercado do livro didático no Brasil do século XXI: a entrada do capital espanhol na educação nacional*. São Paulo: Editora Unesp, 2013.
- CHOPPIN, Alain. História dos livros e das edições didáticas: sobre o estado da arte. *Educação e Pesquisa*. São Paulo, v. 30, n. 3, p. 549-566, set./dez. 2004.
- CHUVA, Márcia Regina Romeiro. *Os arquitetos da memória. Sociogênese das práticas de preservação cultural no Brasil (anos 1930-1940)*. Rio de Janeiro: Editora UFRJ, 2009.

96 Evidentemente, tanto a escola quanto o livro (e os materiais didáticos como um todo) mudam ao longo do tempo. Tais mudanças, contudo, em geral se diluem, no caso da primeira, naquilo que Antonio Viñao Frago (2007) chamou *cultura escolar*; no caso do segundo, na sua natureza primeira como *mercadoria*, como demonstrou Kazumi Munakata (2003). Além disso, entre essas duas dimensões, é imperativo considerar como se dá a atuação docente, isto é, como professores e professoras pensam e lidam, na prática, com as possibilidades, potencialidades e limitações que envolvem o seu ofício. A esse respeito, veja-se LOURENÇO, 2011.

97 Tanto é assim que, mesmo sem causar qualquer impacto nos meios escolares brasileiros, o livro não deixou de repercutir noutros círculos, como demonstra uma carta de Norberto Frontini (advogado que desempenhou importante papel para a tradução e circulação de autores e livros brasileiros na Argentina e em toda a América Latina, particularmente junto à editora Fondo de Cultura Económica) a Sérgio Buarque, escrita em Buenos Aires e datada de 20 de março de 1948: “[...] importa mucho para aquel proyecto de Historia de América que envíe usted su libro Raíces do Brasil [sic] y el manual de Historia del Brasil que hizo en colaboración con Octavio Tarquinio. Los envía usted a José Luis Romero que me los urge. [...] La editorial Losada ya ha autorizado la edición de la obra que consistirá de cuatro tomos de 600 [?] páginas cada uno. [...]”. Carta de Norberto A. Frontini a Sérgio Buarque de Holanda. Buenos Aires, marzo 20 de 1948. Fundo Sérgio Buarque de Holanda, Arquivo Central da Unicamp, Campinas. Série: Correspondência de SBH, Subsérie: Passiva, documento Cp 84 p. 7. Mais uma vez, somos gratos a Telma Murari e a Felipe Chow pelo acesso a este documento.

FRANZINI, Fábio. *À sombra das palmeiras*. A Coleção Documentos Brasileiros e as transformações da historiografia nacional (1936-1959). Rio de Janeiro: Edições Casa de Rui Barbosa, 2010.

FRANZINI, Fábio. Um livro fora do comum: a *História do Brasil* de Octavio Tarquínio de Sousa e Sérgio Buarque de Holanda. *Anais do Simpósio Internacional Livro Didático: Educação e História*. São Paulo: Faculdade de Educação da USP, 2007. CD-ROM.

FURTADO, André Carlos. *As edições do cânone*. Da fase buarqueana na coleção História Geral da Civilização Brasileira (1960-1972). Niterói, RJ: Eduff, 2016.

GENETTE, Gérard. *Umbrables*. México: Siglo XXI, 2001.

GONÇALVES, Márcia de Almeida. *Em terreno movediço: biografia e História na Obra de Octavio Tarquínio de Sousa*. Rio de Janeiro: EdUERJ, 2010.

GONÇALVES, Márcia de Almeida. Uma história de cruzamentos providenciais: o manual didático de Octávio Tarquínio de Sousa e Sérgio Buarque de Holanda. In: ROCHA, Helenice Aparecida Bastos; REZNIK, Luís; MAGALHÃES, Marcelo de Souza (Orgs.). *A História na escola*. Autores, livros e leituras. Rio de Janeiro: Editora FGV, 2009.

HALLEWELL, Laurence. *O livro no Brasil: sua história*. 2. ed. revista e ampliada. São Paulo: Edusp, 2005.

HOLLANDA, Guy de. *Um quarto de século de programas e compêndios de História para o ensino secundário brasileiro (1931-1956)*. Rio de Janeiro: CBPE/Inep/MEC, 1957.

IGLÉSIAS, Francisco. *Historiadores do Brasil*. Rio de Janeiro: Nova Fronteira, 2000.

LOURENÇO, Elaine. *Professores de História em cena: trajetórias de docentes na escola pública paulista, 1970-1990*. Tese (Doutorado em História Social). Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas, Universidade de São Paulo, São Paulo, 2011.

LUCA, Tânia Regina de. Livro didático e Estado: explorando possibilidades interpretativas. In: ROCHA, Helenice Aparecida Bastos; REZNIK, Luís; MAGALHÃES, Marcelo de Souza (Orgs.). *A História na escola*. Autores, livros e leituras. Rio de Janeiro: Editora FGV, 2009.

MÁSCULO, José Cassio. *A Coleção Sérgio Buarque de Holanda: livros didáticos e ensino de História*. Tese (Doutorado em Educação: História, Política e Sociedade). São Paulo, Pontifícia Universidade Católica de São Paulo, 2008.

MATTOS, Ilmar Rohloff de. Introdução. In: ROCHA, Helenice Aparecida Bastos; REZNIK, Luís; MAGALHÃES, Marcelo de Souza (Orgs.). *A História na escola*. Autores, livros e leituras. Rio de Janeiro: Editora FGV, 2009.

MIRANDA, Sônia Regina e LUCA, Tânia Regina de. O livro didático de história hoje: um panorama a partir do PNLD. *Revista Brasileira de História*. São Paulo, v. 24, n. 48, p. 123-144, jul./dez. 2004.

MORENO, Jean. *Quem somos nós? Apropriações e representação sobre a(s) identidade(s) brasileira(s) em livros didáticos de História (1971-2011)*. Jundiá: Paco Editorial, 2014.

MUNAKATA, Kazumi. Histórias que os livros didáticos contam, depois que acabou a ditadura no Brasil. In: FREITAS, Marcos Cezar de (Org.). *Historiografia brasileira em perspectiva*. 5. ed. São Paulo: Contexto, 2003.

PENIN, Sonia Teresinha de Sousa. A formação de professores e a responsabilidade das universidades. *Estudos Avançados*. São Paulo, v. 15, n. 42, p. 317-332, mai/ago 2001.

PINTO JÚNIOR, Arnaldo. *Professor Joaquim Silva, um autor da história ensinada no Brasil: livros didáticos e educação moderna dos sentidos (1940-1951)*. Tese (Doutorado em Educação). Faculdade de Educação, Universidade Estadual de Campinas, Campinas, 2010.

REZNIK, Luís. O lugar da História do Brasil. In: MATTOS, Ilmar Rohloff de (Org.). *História do ensino da história no Brasil*. Rio de Janeiro: Access, 1998.

ROMANELLI, Otaíza de Oliveira. *História da educação no Brasil*. 27. ed. Petrópolis: Vozes, 2002.

SCHWARTZMAN, Simon; BOMENY, Helena Maria Bousquet; COSTA, Vanda Maria Ribeiro. *Tempos de Capanema*. 2. ed. Rio de Janeiro: Editora FGV / Paz e Terra, 2000.

SORÁ, Gustavo. *Brasilianas*. José Olympio e a gênese do mercado editorial brasileiro. São Paulo: Edusp, 2010.

SOUSA, Octavio Tarquínio de e HOLANDA, Sérgio Buarque de. *História do Brasil*. 3ª série, de acordo com o programa oficial. Rio de Janeiro: José Olympio, 1944. (O Livro Escolar Brasileiro, n. 2).

VIÑAO FRAGO, Antonio. *Sistemas educativos, culturas escolares e reformas*. Mangualde: Edições Pedagogo, 2007.

APROXIMACIÓN A LOS VÍNCULOS ENTRE LAS HISTORIAS DE CIUDADES EN COLOMBIA Y LA VISIÓN AGUSTINIANA⁹⁸

Félix Raúl Martínez Cleves⁹⁹

RESUMEN: El presente artículo tiene como objetivo plantear la hipótesis de la posible relación entre algunas de las historias de ciudades hechas en Colombia, especialmente durante el siglo XX, y las ideas agustinianas de historia y ciudad. Para ello, se sigue la idea de Ángel Rama (RAMA, 1998) de que la escritura servía de algo parecido a un cordón umbilical entre los letrados latinoamericanos y Europa. Esto no supone un vínculo similar a una dependencia o matemática de relaciones, sino como una “plasticidad cultural”, según el mismo Rama (RAMA, 2008). Con estas intenciones se revisarán diferentes tipos de producciones historiográficas, partiendo de algunos de sus usos y reproducciones actuales. En términos generales, este texto es un avance más, en el marco de una preocupación por la historia de la historiografía, que partió hace algunos años en medio de estudios doctorales, y que hoy continúa.

PALABRAS CLAVE: Escritura de la historia. historia de ciudades. San Agustín.

APPROXIMATION TO THE LINKS BETWEEN THE STORIES OF CITIES IN COLOMBIA AND THE AGUSTINIAN VISION

ABSTRACT: This article aims to hypothesize the possible relationship between some of the histories of cities made in Colombia, especially in the twentieth century, and the Augustinian ideas of history and city. To do this, the idea of Angel Rama (1998) writing that served as something like an umbilical cord between Latin American and European lawyers continues. This is not similar to a dependency or mathematical relationships, but as a "cultural plasticity" link, according to the same ideas of Rama (2008). With these intentions, different types of historiographical productions, starting with some of its current uses and reproductions will be reviewed. Overall, this text is a further step in the context of a concern for the history of historiography, which started a few years ago amid doctoral studies, and which continues today.

KEYWORDS: Writing of history. history of cities. St. Augustine.

⁹⁸ El presente artículo es una continuación de la investigación iniciada en el marco del Doctorado en Historia, desarrollado en la Universidad Nacional de Colombia, y patrocinado por una comisión de estudios otorgada por la Universidad del Tolima (Colombia) hasta 2013. Asimismo, está ubicado en el proyecto “Historia de la historiografía en Colombia”, desarrollado actualmente.

⁹⁹ Profesor asociado de la Universidad del Tolima (Colombia). Grupo de Investigación Ibanasca. E-mail: frmartinez@ut.edu.co

Entrada

En una página web hay una fotografía; en la fotografía se presenta un sacerdote que mira hacia un punto cardinal de la ciudad que orienta desde lo más alto de su iglesia; el clérigo escribió un libro de esa ciudad; el libro fue hecho porque la ciudad no tenía historia; esa historia siguió el ejemplo que promovía la Academia Colombiana de Historia; Academia que había tomado como referente a Bogotá; la cual tuvo como fundador a alguien que escribió un libro; ese texto había sido escrito con las ideas del siglo XVI; siglo en el cual eran preponderantes las ideas de San Agustín; quien a su vez había escrito buena parte de su obra para dar cuenta de Roma, de la que no tenía sino una idea.

Hoy, quien se interese por el pasado de muchos de los municipios en Colombia recurre, de manera inicial, a las páginas web de las alcaldías o los hipertextos de Wikipedia. A veces también, se vale de plegables o de un escaso material que se obtiene con bastante dificultad en las bibliotecas locales. Muchos de los datos suministrados en los recursos anteriormente referidos, y con mayor acento para poblaciones pequeñas e intermedias donde la historiografía profesional ha hecho un débil ingreso, la información tiene dos fuentes primordiales.

La primera procedencia, correspondió a las que se han denominado como biografías de ciudad, y que desde inicios del siglo XX habían elaborado sacerdotes, profesores, militares retirados y funcionarios públicos, ante la inexistencia de referencias bibliográficas respecto del lugar que habitaban; en donde se concentrará el trabajo a continuación expuesto. La segunda correspondía a los datos provenientes de las monografías elaboradas especialmente durante la década de 1970, por parte del Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE); y que, requerirá un estudio diferente al presente.

Una fotografía y un libro

En una página web¹⁰⁰ apareció alguna vez la fotografía de un sacerdote, que según se anotaba había tenido una significativa relevancia al promover la construcción de varias edificaciones, pero, sobre todo, la de elaborar la primera historia de la ciudad -un municipio de Colombia denominado Fusagasugá. La imagen presenta al clérigo ubicado en lo más alto

¹⁰⁰ Corresponde a la página web de la Alcaldía de Fusagasugá (Departamento de Cundinamarca, Colombia) <http://www.fusagasuga-cundinamarca.gov.co>, consultada el 05 de febrero de 2014.

de una iglesia sin terminar, mientras observa lo que todavía no era en ese momento, pero que algún día se edificó. Abajo, una ciudad de la que difícilmente puede observarse el piso, aunque para la perspectiva de la fotografía poco importa. En tanto, el horizonte que se abre le pertenece al punto desde donde se diseminan las líneas de fuga. Una visión panorámica irrumpe (MARTÍNEZ, 2013), mientras aquel sacerdote escribía una historia de la ciudad que observaba (SABOGAL, 1919).

Ese tipo de textos, elaborados por diferentes funcionarios resultarán más o menos comunes en Colombia. En tanto no existe el espacio en este momento para hacer un largo listado, es preciso recordar el trabajo hecho por la Fundación Misión Colombia y parcialmente consignado en una de las obras de Fabio Zambrano (ZAMBRANO Y BERNARD, 1993), en donde se recopilan un número importante de dichas referencias bibliográficas. Muchos de esos textos han sido denominados como biografías de ciudad, las cuales se caracterizan, según Germán Mejía, por:

[...] su expresa limitación espacial dentro de un extenso cubrimiento temporal, en el que se da gran importancia al tratamiento empírico-descriptivo, con empleo de recursos metódicos y técnicos de las ciencias sociales, aunque el nivel explicativo no sobrepasa la simple concatenación cronológica (MEJÍA, 2000b, pp.47-48).

Sin embargo, todavía seguimos sabiendo muy poco respecto de esta tipología de escritura, entendiendo que no es exclusivo de Colombia, y que en cambio son más las prevenciones que los análisis para entender formas historiográficas que sobreviven en muchos lugares del país. Charles Glaab (1965) en su estudio bibliográfico sobre las ciudades en los Estados Unidos, consideró, refiriéndose a las biografías, que ha sido una de las áreas más productivas, aun cuando sea una historia individual que de alguna manera se interesa por la personalidad de una urbe. Sumado a esto, las ciudades que reciben mayor atención en este caso son aquellas denominadas como importantes, condición dada por sus factores económicos o cierta superioridad en las jerarquías urbanas.

Para Glaab, esta forma de hacer la historia de ciudades se concentra en un relato donde se recuentan los sucesos de una ciudad y muy pocos aspiran a entender, especialmente, los procesos de crecimiento urbano. Durante la primera mitad del siglo XX, para el caso colombiano, estas biografías no estuvieron asociadas a lo que Glaab llama la “escolaridad”, y que en su caso sirvió para sedimentar los estudios sobre el pasado urbano en los ámbitos universitarios, sino al mundo de la Academia Colombiana de Historia e intereses locales.

Estas biografías ostentan un interés notable por el nombre, en particular del fundador o de la ciudad. Se termina, como ha dicho Derrida (2009, p. 37), viviendo de lo muerto, por lo cual el término “biografía” resulta más bien una paradoja. Lo muerto es para Derrida la figura del padre, que en nuestro caso está representado por la del fundador, y es por eso que historiadores como Pedro María Ibáñez¹⁰¹ dicen hablar de todo el pasado y por todos quienes lo habitaron, debido a la autoridad que suponen heredar. Lo muerto autoriza, pues se trata del padre idealizado que adolece de cualquier deseo, y a partir de lo cual se puede producir saber (VERHAEGHE, 1997). En tanto, sí persiste algo vivo, la ciudad, lo materno; y se halla viva, mientras resulta contradictoriamente marginal en la escritura.

¿Y dónde se halla eso materno? En la lengua, en el oído, en los pequeños murmullos de personajes y espacios fragmentados, manifiestos en diversos relatos tenidos como piezas de anticuario. Probablemente, esas narraciones estuvieron más próximas a lo que Derrida llamó la “otobiografía” (DERRIDA, 2009), en su idea de escuchar la vida, arrancándola de la mortandad presente en un bios estéril, limitado a su nombre, en donde se anclan esos trabajos que empiezan a crecer en número al despuntar el siglo XX, y siguiendo la apuesta de Pedro María Ibáñez, de tener toda la historia de una ciudad, con su ejemplo paradigmático radicado en el pasado de Bogotá.

En este sentido, la ciudad termina siendo lo radicalmente Otro, tanto para el fundador, como para sus continuadores que se valen de la historia. Por eso, estos últimos se esfuerzan en exaltar el padre sobre la hija – la ciudad. Aquellos historiadores prefieren un fundador, un muerto, a algo vivo, a la ciudad. Con ellos desaparece la ciudad misma y sus ciudadanos. Este fue el futuro del pasado de muchas de esas biografías que todavía alimentan el conocimiento del tiempo en ámbitos locales colombianos.

Aquel individuo que hace las veces de historiador de pequeñas y medianas ciudades, habla/escribe ofreciendo y explicitando su autoridad. Y para ello se vale de enunciados impersonales, que pretenden que su palabra pareciera que no fuera suya sino producto del artificio técnico, “como salida de una sabiduría situada más allá de cualquier subjetividad individual” (DUCROT, 1988, p. 19).

¹⁰¹ Pedro María Ibáñez (1854-1919), nació y murió en Bogotá. Además de médico, Ibáñez se hizo historiador y contribuyó activamente en la creación de la Academia Colombiana de Historia en 1902, de la cual fue secretario general hasta su muerte. Ver con detalle: (VILLANUEVA, 2015).

Cómo en la fotografía que aparece en la página web y donde se presenta un sacerdote, la distancia entre dichos historiadores y los lugares que habitan es notable. Un lugar, que parece ajeno, ofrece la autoridad que ostenta el personaje de la imagen. Un lugar que no es otro al ofrecido por una forma que una Academia exhibía y practicaba (y que la Iglesia patrocinaba desde el púlpito y la escuela).

La misión sacra de una Academia

Cómo lo han mostrado varios autores (ZAMBRANO, 2002; BETANCOURT, 2005; PEDRAZA, 2011), una de las funciones de la escritura era la de contribuir en la civilización del país. En este sentido, la denominada historiografía tradicional, en términos más o menos generales, construyó una diferencia entre aldea y ciudad, muy común en la prensa desde fines del siglo XIX, radicada precisamente en la civilización. Así las cosas, no bastaba con transformaciones materiales que condujeran a procesos de modernización, también era necesaria una historia de la ciudad que mostrara en primera instancia que las letras habían llegado a ella, seguido a que tenía algo que narrar y con lo cual identificarse y diferenciarse en el escenario nacional.

La historia aparecía, en el escenario de la institucionalidad dada por la Academia Colombiana de Historia, como un purgatorio, en el que era posible un perfeccionamiento espiritual con el cual aproximarse, tras peregrinar en el tiempo, a la salvación (BETANCOURT, 2005), moral, y probablemente, también material. Y es que según lo ha notado Betancourt, esa “privatización” o “institucionalización” del pasado, correspondía a la confluencia de procesos de modernización y el triunfo de un proyecto político. No en vano, estaba conformada por los “patricios de la república”, quienes cuidaban del nombre de sus antepasados (BETANCOURT, 2005).

La Academia entonces buscó centralizar y dar homogeneidad al pasado colombiano, para lo cual resultó fundamental la elaboración de un manual por parte de Gerardo Arrubla y Jesús María Henao (1911), y la gestación de centros regionales de historia concentrados en algunas de las ciudades más grandes del país. En estas últimas se pretendía, en su respectiva escala, replicar la historia de Bogotá, que por demás parecía la historia de Colombia, al compartir un mismo fundador —Gonzalo Jiménez de Quesada.

El objetivo era hallar en primera instancia, precisamente, a un fundador, con el cual conectar las poblaciones locales con Europa, en particular con España y lo que ella significaba

en el siglo XVI como un renacimiento de Roma. No es casual que empezando el siglo XXI, Roberto Velandia (2000), uno de los más proclives difusores de esa búsqueda de los conectores locales con el antiguo continente, haya sostenido que el ejercicio de la Academia sea la de un apostolado en el marco de una misión, prácticamente de origen providencial. Se trataba de una idea de evangelizar historiográficamente el país, descubriendo santos radicados especialmente en la conquista o en la independencia.¹⁰² Periodos en los cuales la referencia a la antigüedad era bastante notable, ante la persecución de ideales y padres que orientaran estas causas (MELO, 1991; MORALES, 2012).

Pero semejante apostolado no había sido posible, según el mismo Velandia, sin las publicaciones, particularmente las producidas por la Academia, pues en ellas se notaba la vida de esta institución. Aunque en lo que respecta a las historias de ciudades, esa producción estuvo concentrada en Bogotá y la razón para ello, según lo indicaba Velandia, era “su glorioso nombre” (VELANDIA, 2000, p. 17).

En efecto, Bogotá era referida sagrada en la medida que había sido fundada por un individuo considerado como santo, del cual se difundía la veneración de su nombre para el resto del país. Y ello es particularmente perceptible en los matices de la producción intelectual de la Academia. Por ejemplo, en torno a la conmemoración del cuarto centenario de Bogotá (en 1938) se publicaron ocho libros, de los cuales cuatro estaban dedicados a la ciudad, y según Velandia, junto con artículos sueltos podrían constituir la “Enciclopedia Histórica de Bogotá” (VELANDIA, 2000).

Paradójicamente, ninguna de las conferencias dictadas por dicha Academia con motivo de la indicada celebración y que más tarde fueron publicadas, estuvo dedicada a la urbe referida. Esta supuesta concentración en un lugar que solamente observa el académico, se hace todavía más mínima cuando se compara el conjunto de la edición de libros (volúmenes) que conforman las diferentes colecciones que tiene la Academia. Allí podemos observar que hasta el año 2000 solamente 24 de las 384 publicaciones, sin contar los artículos de la revista *Boletín de Historia y Antigüedades*, correspondían a ciudades. Es decir, que el

¹⁰² Melo ha indicado que de los 1.000 artículos publicados en el *Boletín de Historia y Antigüedades* entre 1902 y 1952 el 29% correspondía a la Independencia, el 25% a civilizaciones antiguas o el descubrimiento, el 23% al periodo comprendido entre 1559 y 1810, el 12% a la conquista, el 10% a la república, el 4% al periodo entre 1830 y 1863, el 1% al espacio entre 1863 y 1900, mientras que el siglo XX contaba con el 0%. (MELO, 1991).

6,25% de la producción total del siglo XX de la institución se había dedicado a dar cuenta del pasado de las ciudades, mayoritariamente concentrado – ese pequeño porcentaje – en Bogotá.

Si siguiéramos la indicación de Velandia (VELANDIA, 2000) de dar cuenta del trabajo de la Academia en el “tribunal de su expresión”, que son sus publicaciones, semejante apostolado resultaba bastante pírrico. En otras palabras, la ciudad desapareció como tema de estudio para la Academia Colombiana de Historia. Pero en lo que respecta a la producción desde las ciudades mismas, no necesariamente sujeta a los centros regionales de historia, filiales de la Academia, se incrementó desde el quinquenio de 1936-1940, que más tarde contaría con un pico durante la década de 1970. Una de las razones para ello durante la primera mitad del siglo XX, de forma similar a lo sucedido en España durante el siglo XVI, fue la intención de reconocimiento de las ciudades por parte del resto del país. Estos tipos de escrituras locales cuentan con similitudes y diferencias respecto de las que se produjeron desde la Academia Colombiana de Historia y de sus subsidiarias regionales.

En lo que concierne a las similitudes, se sigue más o menos el modelo de la “ciudad cristiana” que nos ha mostrado Santiago Quesada para la península Ibérica entre los siglos XV y XVII. En dicho patrón se identificaba en primera instancia, un milagro y su respectivo santo con el propósito de mostrar un interés divino por ese sitio, aspecto que se hacía evidente en la fundación. En el segundo de los elementos, caracterizado por la caridad, la historia eclesiástica permitía mostrar no solo que la Iglesia era el principal benefactor, sino que los individuos podían merecer el estar en las páginas de la historia de la ciudad, si contribuían a causas caritativas y filantrópicas, mediadas muchas de ellas por la misma Iglesia. Y, en tercer lugar, el soporte de su fe contaba con otra evidencia radicada en su arquitectura, no en vano muchas de las descripciones ofrecidas en este punto se iniciaban con el templo principal para continuar con otras edificaciones que sugerían el progreso de la población.

En tanto, las diferencias radicaban en el significado de la urbe. Porque para las denominadas biografías de ciudad, el escenario urbano correspondía todavía a una evidencia del progreso y la civilización donde confluía la riqueza, y el control social era el mayor beneficiado al sucederse la ruptura con sus condiciones de barbarismo y su respectivo reconocimiento por parte de Bogotá.

Pero para la visión elaborada desde la Academia y autores próximos a ella, lo urbano se leía entre dos ópticas. Una sujeta a la pobreza espiritual, desde luego también material,

donde se concentraban muchos de los males del país. La otra, que lo pensaba como una extensión del mundo rural, en medio de lecturas centradas en descripciones de la naturaleza, o con expresiones bucólicas o irónicas respecto de la vida urbana.

Esta parece ser la constante, porque a pesar de que desde la década de 1960 se cuenta con otras versiones de la disciplina histórica (o tendencias historiográficas), el desinterés por la ciudad y en eso conjunto por las instancias locales, va a ser constante hasta cuando menos la década de 1980 y en especial la de 1990. En tanto, muchas de las ideas respecto a la escritura de la historia de ciudades que se propagaron durante el siglo XVI y parte del XVII en la península ibérica, pueden observarse en las historias aparecidas especialmente durante la primera mitad del siglo XX.

Aunque no es posible sostener que muchos de sus autores conocieran dichos ejemplos historiográficos, sí se contaba con un conector, y esto parece haberlo entendido quienes consideraron a Jiménez de Quesada como tal, aunque no porque este individuo lo haya necesariamente fundado, sino porque su nombre implicaba un conjunto de influencias, principalmente del pensamiento agustiniano. No es tampoco probable que los autores colombianos hayan discutido la presencia de ideas de la historia, pero sí que contaran con un archivo -en el sentido derridiano- y lo que ello significaba en la figura de Jiménez de Quesada que terminó por cicatrizar la forma de hacer la historia en Colombia durante el periodo en cuestión.

Un fundador, una obra, un siglo

Aquella Academia que había influido de una u otra forma en las historias de ciudades en diversas regiones colombianas, había tomado como referente a Bogotá y con ella a su fundador -Gonzalo Jiménez de Quesada-, hombre ejemplar que había escrito la primera obra de historia y literatura de Colombia. No en vano, Gómez Restrepo indicaba en un artículo publicado en la *Revue Hispanique* en 1918, que "la historia de la literatura en Colombia empieza con el nombre ilustre del fundador de Bogotá, el Licenciado D. Gonzalo Jiménez de Quesada" y añadirá que: "Los rasgos típicos de la figura de Quesada parecen haberse impreso en el carácter del pueblo de que fue conquistador" (GÓMEZ citado por GONZÁLEZ, 1997, p. 12).

Semejantes consideraciones nos presentan cuanto menos dos asuntos, por un lado "esos rasgos típicos" respecto de lo que piensa Jiménez de Quesada; y por otro, lo que

significaba aquella impresión que se dice quedó entre los colombianos. Algunos de los elementos del fundador de Bogotá, de la literatura y la historia, estaban impregnados de las ideas que circulaban en el siglo XVI, y una de ellas fue la de Roma. Para Jaime González, “España está[ba] repitiendo, de una u otra manera, la hazaña de Roma y la referencia al Imperio Romano era inevitable” (GONZÁLEZ, 1981, p. 1), siendo la mayoría de las veces “una manipulación”, para ser utilizada como recurso en los debates donde uno de los temas centrales era el Nuevo Mundo. González insiste en que:

Todo este conjunto de ideas se presenta casi siempre en forma de tópicos, de alusiones que se repiten invariablemente en los diferentes autores, de lugares comunes que se repiten a modo de ejemplo, como en el Medievo, o como elemento retórico para recalcar una idea, manipulando frecuentemente el sentido, como en el caso de Las Casas, que condenaba el militarismo romano, pero justificaba el de Moctezuma con el ‘si vis pacem, para belum’ (GONZÁLEZ, 1981, p. 147).

Con el transcurrir de la polémica sobre América y en particular, sobre sus habitantes, Roma como lugar común de las citas para la argumentación se hizo, cada vez más, un elemento central. No en vano, una de las disputas entre Bartolomé de Las Casas y Ginés de Sepúlveda, era por las acciones romanas que representaban a su vez las realizadas por el Imperio español en las tierras recién halladas. Para el primero, la crítica contra su propio país se centraba en sus observaciones, no solo en el militarismo romano ya indicado, también en la vanidad de Roma, que le llevaba a cometer acciones bárbaras en contra de sus gobernados. De Las Casas, siguiendo a Agustín, pensaba que España sufría de algunos de los males padecidos por la Roma terrenal.

Mientras que para Sepúlveda (1547), y valiéndose de algunos de los autores romanos, las acciones del imperio eran justificables gracias a los beneficios que traería para quienes ejecutaban la acción, como para los colonizados, quienes podrían dejar su condición de barbarismo; además, de la comprensión de Roma y los romanos, como superiores. Se trataba de la versión agustiniana de la lucha entre la luz y la oscuridad, de las supersticiones de una especie subhumana en contra de la sabiduría, la prudencia y la piedad española (GERBI, 2010 p. 69). En buena parte, esta perspectiva se terminó por imponer.

Precisamente, la idea de Roma para Jiménez de Quesada era la del pueblo de la justicia, que por tanto no podía ser utilizada como lo hiciera Paolo Jovio, buscando la generación de odio contra los españoles. En primera instancia por su condición de abogado, en segunda, por la influencia sobre él de las posiciones de Ginés de Sepúlveda en contra de

Las Casas. Aunque en su conjunto las posiciones de Jiménez de Quesada son más bien ambiguas, pues va de la admiración, como se lee arriba, pasando por el espíritu heroico del imperio contra los extranjeros, hasta alcanzar una cierta resistencia. Mezcla elementos bíblicos con citas de clásicos romanos, lo que le hace debatirse entre su seguimiento a las ideas de Sepúlveda respecto a España como continuadora de Roma y las acciones militares.

Las ideas de autores romanos, nos lo recuerda González (1981), llegaron al siglo XVI con la mediación de los textos de la Patrística y los Padres de la Iglesia. De allí que, junto a Salustio, Cicerón, Virgilio, Tácito y Polibio, entre otros, la figura de Agustín sea ampliamente recurrente. La versión de este último, en la boca del siglo XVI, considera que Roma había sido escogida por Dios para someter a los pueblos incivilizados, preparando la llegada del Salvador. Muchos de los autores españoles pensaban, como se ha sugerido antes, que efectivamente estaban frente a una nueva versión de Roma y por consecuencia, de los designios de Dios para con ésta.

Pero no todos siguieron a Roma, los denominados antirromanistas, principalmente de origen clerical, veían en esa figura aspectos que desconocían de una u otra forma la fe cristiana. Para los romanistas, que eran la mayoría de los autores que intervinieron en estas discusiones, la exaltación de las virtudes romanas, sus vidas ejemplares, los aportes de Roma a la humanidad (derecho, sistema tributario y administrativo, alianza entre armas y avances culturales, normas sociales y la fundación de ciudades), la unidad del Mediterráneo, el culto al emperador y en especial, la unidad española, resultaban centrales (GONZÁLEZ, 1981). En resumen, ciertas condiciones intelectuales en el siglo XVI estaban mediadas por la influencia de la formación clásica (en el marco de autores como Platón, Aristóteles, Agustín, Tito Livio, Vitrubio, Plinio, Tácito, entre otros) y la formación cristiana.

Y es que teniendo como marco el conjunto de estas influencias, que no es para nada exhaustivo, sino más bien ilustrativo, es posible observar lo atiborrado que debió resultar la mente de un conquistador como Jiménez de Quesada. De allí que, no sea casual la postura ambigua respecto de la antigüedad, en especial la romana, que tenía Jiménez de Quesada. Iba de la admiración por Roma, pasando por las condiciones valerosas que debían tener los colonizadores contra los extranjeros, de inspiración romana, en especial de Polibio. Hasta una cierta resistencia contra el Imperio Español a través de la figura de Roma, próxima a Las Casas. Cita a Tácito, Horacio, Séneca, al mismo tiempo que lo hace con referencias bíblicas y

algunas ideas agustinianas, para rechazar el militarismo romano, simultáneamente que confirma a España como continuadora del antiguo imperio.

Con respecto a la idea de España como seguidora de Roma, desde luego que Jiménez de Quesada ni es el primero y tampoco el más versado en proponerla. Sin embargo, es posible sugerir algunas ideas a partir de esa posición, en particular desde “El Antijovio” (JIMÉNEZ DE QUESADA, 1952) y las ideas que sobre la historia pueden percibirse allí. Ya que en la medida que este es el texto fundante de la historia y la literatura colombiana para las perspectivas de las academias, y que dicho conquistador fue designado padre de la nación, gracias en principio a la fundación de una ciudad y la construcción de dicho texto, la figura de Roma no resulta para nada descabellada, pues esta es en últimas la fuente donde beben los historiadores desde fines del siglo XIX y hasta mediados del XX.

Un manantial que significaba en el siglo XVI peregrinar en el tiempo hacia una Roma eterna, lugar escogido por un padre, también eterno. Una fantasmagoría que se re-configura periódicamente. Veamos entonces cuál era esa referencia a la ciudad mencionada en “El Antijovio”, algunas implicaciones de escribir la historia en el marco de la conquista, la fuente de Jiménez de Quesada y lo qué pudo significar Roma para la denominada historiografía “tradicional” y de orden local durante la primera mitad de siglo XX.

“El Antijovio” es una de las tres obras que se han conservado de Jiménez de Quesada y por la cual fue considerado como fundador de la literatura y la historia colombiana. Para autores como Víctor Frankl (1963), “El Antijovio” es una obra de neto estilo manierista-prebarroco; y es, precisamente por esto, la primera obra clásica de Hispanoamérica. Pero más de ser o no la gran obra o la primera en algo, lo cierto es que se trata de un texto de una significativa ambigüedad, de allí, la ambivalencia sobre Roma, debido a su ubicación como una expresión del manierismo.

Éste corresponde a una yuxtaposición de puntos de vista incompatibles, que “perturban los criterios de realidad”, a razón de su ubicación en un entre el renacimiento y la contrarreforma, entre un naturalismo mecanicista y visiones de renovado agustinismo, entre el objetivismo y el subjetivismo, entre la intelectualidad y el corazón, entre el renacimiento y el barroco (FRANKL, 1963, pp. 44-51). Parece ser una lucha interna del autor por darse un lugar, de forma similar a Antonio Guevara, que es para Antonio Maravall (FRANKL, 1963), la otra influencia importante de Jiménez de Quesada.

Para Frankl, el problema central de “El Antijovio” es la idea de “verdad”, en la medida que ella se constituye en el elemento central de su crítica/refutación a los planteamientos de Jovio, respecto de lo cual debe tenerse en cuenta no solo las influencias indicadas, sino la ambigüedad del pensamiento de Jiménez de Quesada, tal y cómo se indicó, en los tipos de verdad histórica posibles de acuerdo con esa carga intelectual. Pues para Frankl existe un activo esquema ideológico en la mente del fundador de Bogotá, de orden “místico-dualista” de origen agustiniano, según el cual la humanidad se divide en hijos de la luz y de la “verdad” e hijos de la oscuridad y la “mentira” (FRANKL, 1963, pp. 17-32).

Al mismo tiempo, considera el fundador, el peso de la verdad acaecida y un cierto escepticismo respecto a las condiciones sobrenaturales de los acontecimientos históricos. La manera en que Jiménez de Quesada resolvió, al menos parcialmente esta tensión, fue con el recurso a la idea de historia de origen agustiniano en la que su núcleo es la relación con Dios o Satanás. Así, lo acaecido no era una cosa diferente a una expresión de la fe o la infidelidad, en el marco de una lucha contra lo demoníaco.

La otra idea más importante expuesta en “El Antijovio”, es, según Frankl, la de la misión imperial de Roma, procedente de Polibio. En ella, España como heredera de Roma, no podía permitir que el designio ahora divino de gestar una ciudad eterna fuese fracturado, como pareció ocurrir en el corazón del elemento de disputa con Jovio. Pues allí lo que el historiador italiano puso en evidencia no era nada distinto de la autonomía de la ciudad bajo-medieval, que podría, en la óptica de Jiménez de Quesada, dejar en duda la autoridad del Papa y el emperador español. Se hacía necesario, por tanto, un héroe sujeto a la verdad. En últimas, se trataba de la idea de que ese héroe era precisamente el fundador de Bogotá, que diferente de Jovio, poseía una relación próxima con lo acaecido, que le permitía contribuir en las huestes que edificarían una nueva Roma.

Era recorrer los senderos de la ciudad terrenal, en donde se precisaba una unidad del relato histórico gracias a lo visto y lo vivido, para alcanzar entonces la Roma eterna. Con otras palabras, era tomar el camino de Bogotá para llegar a Roma. Frankl sostuvo que se estaba ante “una de las máximas expresiones de la altísima cultura intelectual y moral del Imperio español del quinientos y de la singular confluencia”, o, a “uno de los primeros testigos del influjo psíquico del ambiente de la Conquista y de la realidad americana”. Y, por tanto, se suponía que este trabajo podía “ayudar al hombre hispanoamericano a ‘recordar’ – en

el sentido platónico de la concepción del ‘recordar’ el alma de su propia alcurnia – la grandeza moral e intelectual del origen del propio ser histórico” (FRANKL, 1963, p. 14).

Y parece ser que estas palabras fueron, mucho antes de su mención por Frankl en la década de 1960, asumidas por los historiadores que trataron a las crónicas decimonónicas como “incidentes”. Si los cronistas del siglo XIX desearon ir a Santafé –la ciudad colonial-, los historiadores de la Academia, quisieron recordar el alma de una ciudad y un país, aún más atrás en el tiempo, en el siglo XVI, pues allí se divisaba la reconstrucción de Roma a manos de héroes como Jiménez de Quesada. No solo se iba a la “ciudad eterna”, sino lo que ella significaba en la comprensión del pasado de fuerte impronta agustiniana y desde luego, las diferentes influencias y debates que presenció el fundador de Bogotá. Es bastante probable que los nuevos hijos, los historiadores de la primera mitad del siglo XX, no comprendieran el peso de concebir al personaje en cuestión como un padre, pero no por ello las cicatrices dejaron de existir en los textos históricos elaborados durante dicho espacio temporal.

El ir a los fundadores, beber de ellos como un manantial, implicaba ir a lo que pensaban y practicaban, ir a sus fuentes, impregnadas, como hemos sugerido, por la idea de Roma. No es casual, como lo ha mostrado por ejemplo Ricardo del Molino (2007), que el uso de la antigüedad a principios del siglo XIX no se diferenciara mucho de lo hecho en el siglo XVI. En ambos casos se trató de un *exemplo* para soportar argumentos, mostrando un pasado común, que, por demás, enseñaba. Lo que no implica que haya sido una fuente nutricia. A finales del siglo XIX e inicios del XX esto no va a ser muy distinto, solamente que la intensidad por encontrar unos padres era fundamental para una nación que parecía no tener procedencia.

Del Molino también ha indicado que el acceso a la antigüedad en los albores de la República, contaba con dos naturalezas, la histórica, en donde la ilustración (especialmente jesuita) y el autodidactismo, sirvieron para aproximarse a los “clásicos”; y, la memoria, en donde el pensamiento foráneo, los debates, las manifestaciones literarias, la prensa y las tertulias, habían beneficiado la circulación de dichas ideas, textos y autores (DEL MOLINO, 2007, p. 99). Diríamos que, junto a este tipo de prácticas, se sumó desde mediados del siglo XIX, la lectura de textos donde supuestamente se hallaban los orígenes de la nacionalidad colombiana.

Griegos y romanos resultaron ser citas y sus ciudades, Atenas y Roma, los modelos a imitar durante el siglo XIX y parte del XX. Empero, esas citas, como bien lo ha sugerido del Molino (2007), correspondían más a una idealización que a referencias por ejemplo del orden geográfico. En este sentido, la idea agustiniana de Roma resultaba más o menos perfecta, pues la ciudad a la que se hacía referencia no era la terrenal. Aunque es preciso aclarar que durante la primera mitad del siglo XIX la idea de antigüedad estuvo asociada con mayor fuerza a Grecia, debido a que Roma continuaba asociada a España, tal y como se construyó esa imagen en el siglo XVI. Mientras que desde la segunda mitad del siglo XX y por extensión la primera mitad del XX, el interés por Jiménez de Quesada estaba enmarcado por apuestas conservadoras que pocos reparos tenían para con el Imperio español y con ello, a Roma; de donde justamente, se nutría el fundador de Bogotá.

Aunque la idea de una “Atenas Suramericana” (ZAMBRANO, 2002) contó y cuenta aún con bastante sonoridad, es necesario indicar que los intelectuales colombianos, como se ha intentado mostrar, tenían una mayor proximidad con una idea de Roma, que con la de Atenas. La ciudad griega no pasó de ser una pretensión de Miguel Antonio Caro trasladada a Menéndez y Pelayo en una asidua correspondencia, y replicada por Pedro María Ibáñez, dado el peso tomado por el calificativo al ofrecerlo un extranjero. Aquí no se trata de que nuestra idea de la presencia de la figura de Roma supere o se anteponga a la de la Atenas, en cambio, implica esfuerzos mayores para la comprensión de esos rótulos.

Así, la Academia Colombiana de Historia había tomado como referente a Bogotá, la cual tuvo como fundador a alguien que escribió un libro, y que ese texto había sido escrito con las ideas del siglo XVI, repleto a su vez, de las ideas de Agustín, concentradas, entre otras cosas, en Roma y la historia.

Un Agustín que santifica la historia

Agustín, quien había escrito una obra para dar cuenta de Roma, no tenía más que una idea sobre ella. Existen cuando menos tres elementos para la comprensión de lo que pensaba sobre la historia dicho autor, que según Felipe Castañeda (2004) está sujeta a una “concepción del mundo”. Esas claves son la distinción entre ciudad terrenal y ciudad celestial, la linealidad del tiempo en donde el fin estaría caracterizado por la separación definitiva de las ciudades, y la marca inmoral que trae consigo la ciudad terrenal (CASTAÑEDA, 2004). Podríamos decir que, desde el principio, cuando menos en su obra “La ciudad de Dios” (AGUSTÍN, 1997),

Agustín era un historiador de la ciudad, si dejamos de tener presente una definición de urbe basada en las condiciones físicas y entendemos según el mismo Agustín que “una ciudad, que no es otra cosa que una multitud de hombres unidos entre sí por algún vínculo social” (Agustín, 1997, XV, p. 80).

La motivación para sostener lo anterior radica en un esquema más o menos común en las historias de ciudades, uno de los epicentros de la narración, eso sin contar el nombre de la ciudad, en donde se hace referencia a su fundador. Por un lado, la ciudad celestial, en la que Cristo actúa como fundador, el padre supremo, y por demás eterno. Por el otro, Rómulo, al que descalifica como ficcional e inmoral, pues para Agustín la historia, al ser cosa de Dios, no puede ser en ningún momento cosa de “ficción fabulosa” o “poética”, sino de lo acaecido, ya que el engaño es obra del Demonio (AGUSTÍN, 1997, XXII, p. 6).

Agustín observa el principal asunto de la historia, la fe. De allí que los procesos históricos consistan en una larga disputa entre fieles e infieles, origen también de la dualidad de ciudades. La diferencia sustancial es que la ciudad celestial era eterna, mientras que la terrenal era mortal. Como se observa, se trataba de un asunto de credibilidad, la cual se medía de cierta forma por la existencia de un milagro. Por eso, para saber si una ciudad había sido escogida por Dios, era necesario revisar los milagros que en ella se habían sucedido, al ser una prueba de la fe. Y junto a los milagros existían mártires, como otra de esas pruebas que Agustín reclamaba como evidencia de la resistencia al sufrimiento causado por los enemigos. Tales imágenes se ajustaban a la de Jiménez de Quesada, padeciendo para fundar una ciudad, que resultó ser, junto con su Antijovio, un milagro en medio de tantos infieles.

La ciudad celestial solamente podía ser tocada por la fe, por eso la peregrinación, que era en el tiempo, en la eternidad. A pesar de las condiciones de abstracción, Agustín no deja de utilizar elementos que suelen asociarse a las ciudades físicas. A esto corresponde un fundador; un documento, que para este caso era divino y soportado previamente por anuncios proféticos; una forma de organización política, que resultaba ser la de la república, en donde el derecho que amparaba la justicia era central para ordenar un pueblo caracterizado por su fe y sus virtudes y no por los placeres.

Empero, esta ciudad pensaba Agustín no podía estar en contradicción con la terrenal, tanto por la paz, como por el tránsito en la urbe terrenal que conducía en algún momento a la celestial. Por su parte, esta última era de origen humano, cicatrizada con el pecado de Caín, y

tributaria del demonio. No en vano edificó dioses falsos, que condujeron a sus habitantes a los placeres, alejados de las virtudes. Y era en los cuerpos de sus habitantes donde se notaba la corrupción existente, pues este debía ser “decente y congruente”, con lo que quiere decir regulado, ante una vida cotidiana expuesta a “trastornos” que llevaban al “desorden” (AGUSTÍN, 1997, XIX, p. 5).

Pero, para Agustín existía un cierto tipo de modelo terrenal, en el cual Roma era la segunda Babilonia. En ellas existía un continuo, el cual correspondía al peregrinaje, respecto del cual se había producido un constante irrespeto a la ley, pero, sobre todo, falta de fe. De allí, que su fin fuese el infierno. Semejante interpretación significó una forma de respuesta a la devastación de Roma, que influenciará toda la Edad Media, la visión de los conquistadores en el Nuevo Mundo y sus respectivos debates, y desde luego a Jiménez de Quesada y hasta de quienes lo consideraban el fundador. La Roma de Agustín contaba en el marco de sus ideas de “La ciudad de Dios”, con dos lecturas.

Por un parte, la terrenal, que según parece poco conoció y de allí los escasos recuerdos trasladados a sus obras (OROZ, 1976, p. 358), pero que en síntesis consideraba como hija del hombre, por lo cual no tendría razón para su sobrevivencia. La historia de esta era para él “historia eorum” [es], decir, de poco interés a partir de la utilización de un genitivo, como sostiene Oroz (1976), más cuando la supuesta Roma eterna había llegado a su fin, certificando para Agustín el origen pagano de la misma y la mentira de dicha eternidad. De lo contrario las catástrofes ni siquiera la hubieran tocado. Con el fin del imperio llegó el final de esta ciudad terrenal.

Pero existía otra Roma, la verdaderamente eterna. Una de las primeras voces que habían considerado la eternidad de Roma había sido Tibulo (54 a.C.19 d.C) al decir “Romulus aeternae nondum formauerat urbis moenia” (OROZ, 1976, p. 355), más tarde repetida por poetas, historiadores y publicistas del Imperio. Agustín lo que hacía era cristianizar una idea pagana, buscando con ello poner fin a la anterior concepción y junto con ello, a su fundador. Pues el asunto de la eternidad como hemos sugerido, era una cualidad exclusiva de Dios.

Aunque durante todo el medievo las ideas del Obispo de Hipona estuvieron ampliamente presentes, fue con un renovado agustinismo en el siglo XVI, cuando sus ideas sobre la ciudad procuraron trasladarse tanto a la fundación de nuevas urbes, como en especial a la elaboración de historias de ciudades. Teniendo como marco la mezcla de las ideas de

Agustín y Aristóteles, quienes coincidían en que el fin de la ciudad debería ser el bien, a partir de la superación de sus vicios, esas historias de ciudades en la península –aunque se produjeron algunas también para México– entraron en aumento, según nos lo muestra Santiago Quesada (1992)¹⁰³.

Para este autor desde fines del siglo XV había comenzado este movimiento, que se incrementó en la primera mitad del siglo XVI y alcanzó un momento importante a fines de esa centuria e inicios del XVII. La principal razón para ese fenómeno, fue, según Quesada, un despertar del interés por lo local en el marco del crecimiento del Imperio Español, en donde se pretendía un reconocimiento por parte del poder central. De cierta forma, algo similar se divisa en las ideas presentadas por Jiménez de Quesada, al exponer la importancia de lo visto y lo vivido, que no podía ser en otro lugar que en lo local.

La estrategia para ello fue entonces la elaboración de historias donde el modelo fundamental fue la obra de Agustín. Por una parte, la idea de una ciudad cristiana, próxima a la ciudad celestial, que se caracterizaba a su vez por ser virtuosa, caritativa y religiosa, lo cual se expresaba respectivamente con milagros y santos, la ayuda a los pobres y la existencia de edificaciones dedicadas a la evangelización (QUESADA, 1992, p. 44). Ello no fue muy diferente en las historias elaboradas, cuando menos en la primera mitad del siglo XX, en Colombia. Por otro lado, la idea de la historia aplicada en ellas era la lineal, en donde tras un largo y tortuoso recorrido era posible alcanzar la expresión celestial, la que por cierto ya había empezado con la Reconquista.

La mayoría de estas historias fueron escritas por clérigos, nos dice Quesada, lo cual fortaleció aún más la visión agustiniana que tenían (QUESADA, 1992). Eran ellos –los sacerdotes–, quienes mejor representarían la idea que Agustín tenía sobre lo que debía ser un historiador, lleno de virtudes morales, filosóficas y éticas. Podríamos decir que ese escenario intelectual no era para nada menor, en cambio, constituye una importante influencia en la medida que autores clásicos ahora orientaban el pasado local, para sugerir de esta manera que España era el resurgir de Roma, pero desde luego no la terrenal, sino la eterna, la celestial. Y, si compartimos las ideas de Santiago Quesada, es posible considerar cómo el conocimiento por parte de conquistadores e intelectuales, y su respectiva utilización de la obra agustina, así

¹⁰³ Las historias de ciudades fueron influenciadas, según la óptica de Santiago Quesada, además del pensamiento considera como clásico, por la producción intelectual musulmana, las crónicas bajo-medievales y las historias italianas de inicios del Renacimiento (QUESADA, 1992).

como de otros autores, especialmente romanos, no hacía sino mostrar un peregrinaje ya iniciado hacia la Ciudad de Dios.

Algunas ideas para finalizar

Una idea de Roma, inmersa en otra de Agustín, influyen el siglo XVI; un texto, elaborado en aquel siglo; un fundador, que adquiere su fama y poder fantasmal hasta el siglo XIX; una Academia que aprovecha la idea, el texto y el espectro, para buscar prescribir la escritura de la historia en la primera mitad del siglo XX; un libro respecto de una ciudad, que escribe un clérigo, quien observando al futuro sintetiza a Roma, al fundador, a una institución historiográfica; la fotografía de aquel sacerdote en una página web que pretende ofrecer una imagen de una ciudad que camina el tiempo.

Este es un intento, como cualquier otro, para comprender, con algunos pliegues, la idea de Ángel Rama de que la escritura servía de algo parecido a un cordón umbilical entre los letrados latinoamericanos y Europa. No tanto para suponer semejante vínculo como una dependencia o una matemática de relaciones, sino para procurar comprender lo que este mismo autor denominó como “plasticidad cultural” (RAMA, 2008). Y es que junto a “pérdidas”, existen “selecciones, redescubrimientos e incorporaciones” (RAMA, 2008, p. 47), según las observaciones del mismo Rama. En este sentido, el presente texto plantea una hipótesis de trabajo, correspondiente a la posible relación entre las historias de ciudades en Colombia elaboradas durante la primera mitad del siglo XX, y las ideas agustinianas de historia y ciudad, imbricadas entre sí.

Semejante ligazón termina por dejar una cicatriz, que, aunque pequeña y escondida, está ahí. Una “escritura (que) construyó las raíces” (RAMA, 1998, p. 77), al servir de conducto, al mismo tiempo de re-crear luego del desprendimiento entre las partes. Resulta evidente, que la continuación de este trabajo es el de mostrar con detalles la relación sugerida y la creatividad existente en muchos de los textos referidos aquí de manera general. Esto no quiere decir de ninguna manera que, no anteceda una revisión, solamente por razones de tiempo y espacio para el presente texto, se ha decidido presentar la primera parte del cordón umbilical que sugirió Ángel Rama hace cerca de 30 años (RAMA, 1998).

Referencias

AGUSTÍN. *La ciudad de Dios*. México: Editorial Porrúa, 1997.

BETANCOURT, Alexander. *Historia y nación*. Medellín: La Carreta Editores, 2005.

- CASTAÑEDA, Felipe. Conflictos mayores y concepciones de la historia: los casos de Agustín de Hipona, Bartolomé de las Casas e Immanuel Kant. En: *Historia Crítica*, n. 27, p. 96-97, 2004.
- DANE (DEPARTAMENTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA). *División político administrativa de Colombia (Divipola)*. Bogotá: DANE, 2007.
- DE SEPÚLVEDA, Juan G. *Tratado sobre las justas causas de las guerras contra los indios*. 1547, varias ediciones.
- DEL MOLINO, Ricardo. *Griegos y romanos en la primera república colombiana. La antigüedad clásica en el pensamiento emancipador neogranadino (1810-1816)*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2007.
- DERRIDA, Jacques. *Otobiografías. La enseñanza de Nietzsche y la política del nombre propio*. Madrid, Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2009.
- DUCROT, Oswald. *Polifonía y argumentación. Conferencias del seminario teoría de la argumentación y análisis del discurso*. Cali: Universidad del Valle, 1988.
- FAJARDO, Darío. Ordenamientos del territorio y reforma agraria en el pensamiento de Ernesto Guhl. En: *Boletín Cultural y Bibliográfico*. Vol. XLVI, n. 81, 2011.
- FRANKL, Víctor. *El Antijovio de Gonzalo Jiménez de Quesada y las concepciones de realidad y verdad en la época de la contrarreforma y del manierismo*. Madrid: Ediciones Cultura Hispánica, 1963.
- GERBI, Antonello. *The dispute of the new world. The history of a polemic, 1750-1900*. Pittsburg: Universidad de Pittsburg, 2010,
- GLAAB, Charles. The historian and the American city: a bibliographic survey. En: HAUSER, Philp y SCHOMORE, Leo. *The study of urbanization*. Nueva York: John Wiley & Sons, 1965.
- GONZÁLEZ Jaime. *La idea de Roma en la historiografía Indiana (1492-1550)*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo, 1981.
- GONZÁLEZ, Nelson. (Sub)versión del nacionalismo oficial en la literatura: el caso de Colombia. En: *Revista Literatura: teoría, historia y crítica*, n. 1 p. 9-32, 1997.
- GUHL, Ernesto; FORNAGUERA, Miguel. *Colombia ordenación del territorio en base del epicentrismo regional*. Bogotá: Centro de Investigaciones para el Desarrollo (CID), Universidad Nacional de Colombia, 1969.
- GUHL Ernesto. *Temas colombianos. Aspectos y problemas de una política de desarrollo*. Bogotá: CID, Universidad Nacional de Colombia, 1973.
- HENAO, Jesús María; ARRUBLA, Gerardo. *Historia de Colombia*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 1911.
- JIMÉNEZ DE QUEDASA, Gonzalo. *El Antijovio*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 1952.
- MARTÍNEZ, Félix R. *Las historias de ciudades en Colombia. Entre panorámicas y caminantes*. Saarbrücken, Alemania: OmniScriptu, GmbH & Co., Editorial Académica Española, 2015.

-
- MEJÍA, Germán. *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá. 1820-1910*. Bogotá: CEJA, 2000.
- MEJÍA, Germán. Pensando la historia urbana. En: MEJÍA, Germán y ZAMBRANO, Fabio. *La ciudad y las ciencias sociales*. Bogotá: CEJA, 2000, pp. 47-73.
- MELO, Jorge. *Historiografía colombiana. Realidades y perspectivas*. Medellín: Secretaría de Educación y Cultura, 1996.
- MORALES, Jorge. *Índices del Boletín de Historia y Antigüedades, 1902-2010*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2012.
- OROZ, José. La romanidad de San Agustín. En: Estudios Clásicos, n. 78, Tomo 20, 1976.
- PEDRAZA, Zandra. *En cuerpo y alma. Visiones de progreso y de la felicidad. Educación, cuerpo y orden social en Colombia (1830-1990)*. Bogotá: Universidad de los Andes, 2011.
- QUESADA, Santiago. *La idea de ciudad en la cultura hispana de la Edad Moderna*. Barcelona: Universidad de Barcelona, 1992.
- RAMA, Ángel. *La ciudad letrada*. Montevideo: Arca, 1998.
- RAMA, Ángel. *Transculturación narrativa en América Latina*. Buenos Aires: Ediciones El Andariego, 2008.
- SABOGAL, Julio. *Fusagasugá: historia y geografía*. Bogotá: Imprenta y litografía de Juan Casis, 1919.
- TÁCITO. *Historias*. Madrid: Akal, 1990.
- ZAMBRANO, Fabio, BERNARD, Oliver. *Ciudad y territorio. El proceso de poblamiento en Colombia*. Bogotá: IFEA, Academia de Historia de Bogotá, 1993.
- ZAMBRANO, Fabio, BERNARD, Oliver. De la Atenas suramericana a la Bogotá moderna. En: Revista de Estudios Sociales, n. 11. p. 9-16, 2002.
- VELANDIA, Roberto. *Publicaciones de la Academia Colombia de Historia*. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2000.
- VERHAEGUE, Paul. *¿Existe la mujer? De la histórica de Freud a lo femenino en Lacan*. Buenos Aires, Barcelona, México: Paidós, 1997.
- VILLANUEVA, Daniel. Pedro María Ibáñez y el nacimiento de los estudios históricos en Colombia. En: Revista Grafía, v. 12, n. 2, julio-diciembre, p. 171-190, 2015.

NOTAS PARA UMA ANÁLISE DA REVISTA DE HISTÓRIA E A HISTORIOGRAFIA VEICULADA EM SUAS PÁGINAS NA DÉCADA DE 1950

Patrícia Helena Gomes da Silva¹⁰⁴

RESUMO: O trabalho possui como tema principal a análise da historiografia produzida no Brasil na década de 1950 e veiculada no espaço da *Revista de História*, publicação idealizada e então fomentada por Eurípedes Simões de Paula, catedrático de História da Civilização Antiga e Medieval na Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras da Universidade de São Paulo (FFCL-USP, atual Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas – FFLCH-USP). Por meio do balanço das condições de produção e tendências constituídas nas páginas do periódico, o estudo apresentado tem como objetivos verificar suas principais temáticas de pesquisa consolidadas, autores recorrentes, debates historiográficos, tendências de estudo e de pesquisa, bem como pensá-lo como um lugar privilegiado de observação de um cenário específico da produção historiográfica e dos debates enfrentados em seu espaço. Pretende-se, assim, realizar um mapeamento dos possíveis caminhos que viabilizaram e difundiram a produção historiográfica de um meio social e intelectual de grande relevância no cenário acadêmico nacional. O artigo justifica-se na medida em que pretende discutir a importância das revistas para uma história dos intelectuais, das ideias e também a própria historiografia construída e estabelecida em seu espaço, por intermédio das contribuições dadas pelos seus colaboradores e o papel desempenhado pela *Revista de História* na veiculação e circulação da historiografia nos anos 1950, momento de seu surgimento.

PALAVRAS-CHAVES: *Revista de História* (periódico). Periódicos acadêmicos. Historiografia – Brasil – Séc. XX.

NOTES FOR AN ANALYSIS OF THE REVISTA DE HISTÓRIA AND THE HISTORIOGRAPHY DISSEMINATED IN ITS PAGES IN THE 1950S

ABSTRACT: The main theme of this work is the analysis of the historiography produced in Brazil in the 1950s and published in the space of the *Revista de História*, a publication idealized and then promoted by Eurípedes Simões de Paula, professor of History of Ancient and Medieval Civilization at the Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras (FFCL-USP, current Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas - FFLCH-USP). Through the balance of the production conditions and trends constituted in the pages of the journal, the

¹⁰⁴ Mestranda em História pela Escola de Filosofia, Letras e Ciências Humanas da Universidade Federal de São Paulo – Campus Guarulhos (UNIFESP/EFLCH). Bacharela em História pela mesma instituição, atua nas seguintes áreas: história intelectual, periódicos acadêmicos em História, História da Historiografia Brasileira no século XX. O presente artigo é oriundo da monografia defendida em 2013 no Departamento de História da UNIFESP – EFLCH – Campus Guarulhos, cujo título: “A produção historiográfica em revista: análise da historiografia veiculada nas páginas da *Revista de História* na década de 1950”, sob orientação do Prof. Dr. Fábio Franzini. E-mail: patriciahgsilva@gmail.com

present study aims to verify its main themes of consolidated research, current authors, historiographical debates, trends of study and research, as well as to think of it as a privileged place of observation of a specific scenario of the historiographic production and the debates faced in its space. Therefore, it is intended to map the possible paths that made feasible and disseminated the historiographical production of a social and intellectual environment of huge relevance in the national academic scene. The article is justified because it intends to discuss the importance of journals for a history of intellectuals, ideas and also the historiography itself constructed and established in its space, through the contributions given by its collaborators and the role played by the *Revista de História* in the circulation of the historiography in the years 1950, moment of its emergence.

KEYWORDS: *Revista de História* (journal). Academic journals. Historiography – Brazil - 20th century

Introdução

O objetivo deste artigo é analisar e fazer uma breve discussão das condições da produção e veiculação da historiografia brasileira na década de 1950, por meio do balanço do conjunto de trabalhos divulgados pela *Revista de História* da Universidade de São Paulo (USP). O intuito do trabalho ora apresentado consiste em verificar as principais temáticas de pesquisa, autores recorrentes, seu corpo editorial, tendências de estudo e de pesquisa, bem como pensar a revista enquanto um lugar privilegiado de observação de um programa editorial e das possíveis repercussões geradas em seu estabelecimento.

A década de 1950 foi escolhida como marco para a realização do estudo devido ao surgimento do próprio periódico, uma publicação de caráter especializado na área da História, e também pela importância desse período para historiografia brasileira, marcado pela consolidação dos cursos de História nas Faculdades de Filosofia – a ponto de impulsionar um projeto editorial voltado à área, com intuito de divulgar teses e demais trabalhos universitários.

O trabalho justifica-se na medida em que vislumbra a *Revista de História* no momento de sua criação e em seus primeiros anos de existência, de modo a situá-la enquanto lugar de veiculação e de circulação de um momento específico da historiografia nacional, seus debates, suas condições de produção. Por meio da análise de sua estrutura editorial (interna e externa), busca-se apreender alguns dos mecanismos e caminhos que viabilizaram e difundiram materialmente a produção historiográfica brasileira na década de 1950.

A perspectiva tomada na análise da *Revista de História* visa abordar a forma revista, principalmente as denominadas revistas acadêmicas como objetos, uma porta de entrada para

compreender o funcionamento das disciplinas em suas dimensões científicas, institucionais e humanas (BOURE, 1993, p. 94).

Além disso, um olhar mais detido ao universo dos periódicos também se constitui como um arcabouço essencial para história intelectual e das relações de sociabilidade travadas em sua extensão, na medida em que as revistas são observatórios das relações intelectuais estabelecidas no curso de fundação e um lugar privilegiado para a análise do movimento das ideias (SIRINELLI, 2003, p. 249).

Nesse sentido, o artigo busca situar a *Revista de História* nesses dois horizontes: portadora de uma historiografia oriunda principalmente dos meios universitários brasileiros em seu momento de consolidação e também uma instância elementar no exame das redes de sociabilidade instauradas em seu espaço.

O artigo segue a presente estrutura: na primeira parte, uma análise do surgimento do periódico e de seu projeto editorial é feita a partir dos editoriais publicados em alguns números ao longo dos anos 1950, de modo a vislumbrar as balizas lançadas em seus primeiros anos de funcionamento. A segunda parte visa apresentar as condições materiais estruturantes do programa forjado à *Revista de História*, bem como o grupo atuante em seu espaço e as temáticas mais frequentes, detectadas na análise ora empreendida.

A Revista de História e seu projeto editorial nos anos 1950

Entre a segunda metade da década de 1940 e início dos anos 1950, Eurípedes Simões de Paula alcançara dois postos elevados na então estrutura acadêmica e administrativa estabelecida na Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras da Universidade de São Paulo (FFCL-USP) – a titularidade da cátedra de História da Civilização Antiga e Medieval em junho de 1946 e a conclamação enquanto diretor da Faculdade em meados do ano de 1950. Com o prestígio e a consagração alcançada perante os pares, é possível considerar que esse período significou ao catedrático a estabilização de sua carreira, ao mesmo tempo em que o mesmo pode ocupar um espaço político-institucional de destaque na Faculdade.

Com base na condição então ocupada no arranjo da FFCL-USP, Eurípedes Simões de Paula lançou-se à frente de iniciativas diversas, não somente no âmbito interno da Universidade e de seu constructo institucional, mas também em sua proeminente atuação em projetos e intervenções relativos à produção e divulgação da historiografia no país (BESSA, 2002-2003, p. 86). Uma das frentes encabeçadas pelo historiador consistiu no lançamento da

Revista de História no início de 1950. Mas, quais seriam as principais motivações de Eurípedes Simões de Paula em introduzir o projeto de uma revista na área de História?

Logo nas primeiras linhas do editorial de abertura da publicação, Eurípedes Simões de Paula tributava a concepção de um periódico de História ao historiador francês Fernand P. Braudel, em sua passagem ao Brasil na condição de professor contratado para a cadeira de História de Civilização na segunda metade da década de 1930. Na análise trazida pelo diretor da revista, o ano de 1937 foi central em cogitar a possibilidade de fundar um periódico, com o propósito de divulgar trabalhos históricos, não sendo um veículo exclusivo dos catedráticos e dos assistentes da própria instituição, mas em propiciar um espaço aberto à contribuição de licenciados e dos discentes da FFCL-USP (PAULA, 1950, p. 1).

A referência explícita a figura de Fernand P. Braudel nos termos inseridos por Eurípedes Simões de Paula no texto indica a participação, - em certa medida indireta - do historiador francês na construção do projeto da revista, além de situar a importância do intelectual no momento de construção institucional da FFCL-USP, do curso de História em seu início, e do percurso do historiador diretor da publicação. Apesar da curta estadia de Fernand Braudel no Brasil entre 1935 e 1937 – contratado à época como professor da Cátedra de História da Civilização na subseção de História e Geografia da FFCL-USP – pode-se considerar a forte atuação exercida pelo jovem historiador francês não somente no estabelecimento da instituição de ensino recém-inaugurada, mas também na tentativa de legar um projeto intelectual aos alunos escolhidos por ele em dar prosseguimento ao trabalho formulado por Braudel, no que tange às atividades pedagógicas, de estudos e pesquisas (MARTINEZ, 2002, p. 12)¹⁰⁵.

A preocupação de Eurípedes Simões de Paula em firmar o projeto da publicação nascente concentrou-se em duas perspectivas indissociáveis, segundo a sua visão. Conforme atestava Simões de Paula, a *Revista de História* era atribuída à finalidade de “[...] oferecer aos estudiosos uma oportunidade de divulgação sistemática, e mais ou menos ampla, dos

105 Não somente as relações profissionais adensaram-se nos contatos entre Braudel e seus alunos. Amizades também foram instauradas, principalmente com os estudantes os quais manteve em seu círculo intelectual. Em entrevista dada na década de 1980, o historiador francês enfatizou a amizade estabelecida com Eurípedes Simões de Paula, apreço mantido mesmo após a volta de Braudel à França em fins dos anos 1930. Ressaltou Braudel em entrevista reproduzida por Luís Corrêa Lima, que Eurípedes Simões de Paula era um de seus amigos, a importância da aproximação com o então estudante de História e Geografia, contato segundo Braudel o enriquecera em sua passagem no Brasil. Cf. LIMA, Luís Corrêa. O Brasil transforma Braudel. In: *Fernand Braudel e o Brasil: vivência e brasilianismo (1935-1945)*. São Paulo: EDUSP, 2009. p. 87-108.

trabalhos e das pesquisas que o amor ao estudo e a dedicação ao magistério universitário propiciam e orientam” (PAULA, 1950, p. 1).

Além do caráter de divulgação de trabalhos de professores, pesquisadores e discentes – pertencentes ou não dos quadros institucionais da FFCL-USP – outro propósito estava em evidência no projeto da revista. Para o diretor do periódico, a formação de professores de História também ganhara destaque nos objetivos e delimitação de seu projeto editorial. Em consonância com este intuito, Eurípedes Simões de Paula destacava a pretensão em:

[...] fornecer-lhes bibliografias sempre atualizadas, interpretações novas de fatos históricos em geral, resenhas críticas de obras recentes, comentários desapaixonados à margem de assuntos contravertidos e documentos antigos devidamente estudados. Tudo, enfim, quanto possa obviar, em parte, as naturais deficiências das bibliotecas existentes no interior do Estado (PAULA, 1950, p. 1).

A preocupação em firmar elos entre esses três polos – consolidar uma publicação de caráter acadêmico, veicular possíveis estudos desenvolvidos no momento e contribuir na formação de professores – afirmava não somente o cerne do projeto da revista em si, mas também contribuía no escopo dos propósitos do periódico, ou seja, a *Revista de História* fora forjada com um claro propósito de situar-se no campo dos estudos históricos brasileiros, ao mesmo tempo em que havia uma nítida intenção em abarcar as mais diversas contribuições.

Tal amplitude conferida ao projeto da *Revista de História* pode também ser atestada na explícita menção dada a outro historiador francês, um dos expoentes do movimento historiográfico denominado Escola dos *Annales*: Lucien Febvre¹⁰⁶. Ao trazer o conceito empregado por Febvre aos estudos históricos no referido editorial – a História vista como Ciência do Homem – o diretor da revista expunha a sua preocupação em definir o lugar da publicação, cuja abrangência e especificidade residiam, segundo a sua definição, em seu caráter aberto e diversificado, no acolhimento de trabalhos em diferentes abordagens da História: econômica, social, política, religiosa, literária, filosófica e científica (PAULA, 1950, p. 2).

¹⁰⁶ Essa não foi única menção feita por Eurípedes Simões de Paula a Lucien Febvre. Em outras ocasiões (aulas magnas, discursos, textos escritos pelo diretor da *Revista de História*) Simões de Paula assinalava a contribuição do historiador francês nos estudos históricos, bem como a importância do conceito tecido por Lucien Febvre “História, Ciência do Homem”. Cf. PAULA, Eurípedes Simões de Paula. Aula inaugural do Professor Eurípedes Simões de Paula em 11 de março de 1949: a História e o seu ensino na Faculdade. In: ANUÁRIO da Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras (Universidade de São Paulo), 1939-1949. São Paulo: Seção de Publicações, 1953. p. 157-164 (v. 1).

A referência à figura de Lucien Febvre e de sua compreensão da História no editorial de abertura da *Revista de História* também resguarda a filiação intelectual de Eurípedes Simões de Paula ao historiador francês, de modo a localizar as bases intelectuais do projeto do periódico então lançado¹⁰⁷.

Já nos números seguintes da publicação, Eurípedes Simões de Paula participava de forma intensa em sua redação, de forma a indicar o empenho do diretor da revista em consolidar o seu projeto editorial, mas também oferece algumas indicações em possíveis mudanças na configuração editorial do periódico após o primeiro ano de publicação, vencidas dificuldades enfrentadas em seu lançamento.

No editorial publicado no número cinco da *Revista de História*, Eurípedes Simões de Paula procedeu em uma espécie de balanço do primeiro ano de empreendimento da publicação, tecendo agradecimentos aos amigos e colaboradores brasileiros e estrangeiros na remessa de seus respectivos trabalhos, conselhos, contribuições e críticas referentes ao projeto, o que possibilitara vencer as dificuldades enfrentadas no seu primeiro ano de funcionamento (PAULA, 1951, p. 3).

Uma das alterações substanciais no projeto editorial da revista a partir daquele ano consistiu, segundo as palavras de seu diretor, em :

[...] dar maior amplitude à secção de resenhas bibliográficas para auxiliar a manter, quanto possível, os nossos colegas do magistério secundário e normal, ao par da produção tanto nacional como estrangeira. Com esse intuito solicitamos aos Srs. Autores e Editores que nos enviem suas obras para competente crítica bibliográfica (PAULA, 1951, p. 3).

Conforme nos atesta Anita Novinsky, essa preocupação referia-se aos esforços de Eurípedes Simões de Paula e de seu grupo em prol de um duplo movimento de difusão: no trabalho sistemático em divulgar aos estudiosos brasileiros informações sobre as mais recentes publicações lançadas no exterior e fazer conhecer nos meios de pesquisa internacionais a produção histórica e as atividades acadêmicas desempenhadas no Brasil (NOVINSKY, 1983, p. 479).

¹⁰⁷ Nesse sentido e, além das alusões aos historiadores Fernand P. Braudel e Lucien Febvre, Eurípedes Simões de Paula cita Fidelino de Figueiredo e tributou o título do periódico a publicação homônima lançada pelo estudioso português entre os anos de 1912 e 1928. Para uma breve análise da *Revista de História* portuguesa, Cf. MENDES, J. Amado. Desenvolvimento e estruturação da historiografia portuguesa. In: TORGAL, Luís Reis; MENDES, José Maria Amado; CATROGA, Fernando. *História da História em Portugal sécs. XIX-XX*. [Lisboa?]: Temas e Debates, 1998. p. 240-243.

Na última parte do referido editorial, Simões de Paula menciona a Sociedade de Estudos Históricos em seus esforços de reorganização, no sentido de estabelecer maior contato com especialistas não circunscritos aos quadros da Universidade de São Paulo, de modo a identificar a cooperação entre a sociedade e a *Revista de História*, não somente na sua organização, mas também na divulgação das atividades desenvolvidas pelo grupo (PAULA, 1951, p. 3-4)¹⁰⁸.

Ademais – e no decorrer dos anos 1950 – Eurípedes Simões de Paula concentrou esforços não somente na viabilização do periódico, mas também na recepção em diversos meios no Brasil e no exterior, aspecto enfatizado pelo diretor nos editoriais publicados nos números 13, 26 e 32, respectivamente¹⁰⁹. Tais textos assinalam importantes pontos para o entendimento do prestígio e do papel delineado à *Revista de História* ao longo de seu percurso. No decorrer do cotejamento dos mesmos, pudemos perceber certa similaridade em alguns aspectos, principalmente no que tange à explicitação do seu espírito, de seus objetivos principais e sobremaneira ao reconhecimento como um espaço aberto e interdisciplinar para a difusão dos estudos históricos no Brasil.

Nesse sentido, os editoriais ora apresentados correspondem à publicação de textos de pesquisadores no exercício de reconhecimento e de crítica ao periódico nascente, presentes em diversas revistas, dentre elas *Bulletin Hispanique*, *Revue Historique*, *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations* (publicações na área de História na França), a revista portuguesa *Vértice* e o periódico brasileiro *Bibliografia de História do Brasil*. Ao mesmo tempo, podem

¹⁰⁸ A Sociedade de Estudos Históricos foi uma associação fundada em 1950, com o objetivo de pesquisar e divulgar assuntos pertinentes à área de História, primordialmente brasileiros, de forma a procurar as suas finalidades: realizando e auxiliando pesquisas e estudos de História, promover o conhecimento e o intercâmbio de ideias e informações através de reuniões periódicas de seus associados, promover a publicação de documentos e trabalhos de História, participar de debates em prol da cultura histórica, interesse pelo aperfeiçoamento do ensino da História em todos os seus graus. Teve como núcleo originário a Sociedade Paulista de Estudos Históricos, fundada em 1942, mas com as atividades interrompidas no mesmo ano. Cf. MATOS, Odilon Nogueira. Sociedade de Estudos Históricos. *Revista de História*, São Paulo, ano II, n. 5, p. 227-231, jan/mar. 1951.

¹⁰⁹ VIANNA, Hélio, 1956 apud PAULA, Eurípedes Simões de Paula. Como fomos recebidos no Rio de Janeiro. *Revista de História*, São Paulo, ano VII, n. 26, p. 289, abr/jun. 1956; RENOARD, Yves. Revista de História de São Paulo. *Bulletin Hispanique*, v. 53, n. 1, 1951 apud PAULA, Eurípedes Simões de. Como fomos recebidos em França. *Revista de História*, São Paulo, ano IV, n. 13, p. 3, jan/mar. 1953.; CHAUNU, Pierre. Chronique: Brésil. *Revue Historique*, t. 207, 1952 apud PAULA, Eurípedes Simões de. Como fomos recebidos em França. *Revista de História*, São Paulo, ano IV, n. 13, p. 3-4, jan/mar. 1953; MAURO, Frédéric. Au Brésil: la Revista de História. *Annales, économies, société, civilisations*. 12^e année, n. 1, p. 103-106, 1957 apud PAULA, Eurípedes Simões de. Como fomos recebidos em França. *Revista de História*, São Paulo, ano VIII, n. 32, p. 257-260, out/dez. 1957.

indicar ainda a composição de uma rede colaborativa com centros de pesquisa nacionais e internacionais.

Para efeitos de uma análise mais detida, dois conjuntos de textos serão destacados nesse trabalho. Um deles concentra-se em uma recepção nos meios acadêmicos no Brasil (texto de Hélio Vianna de 1956) e, um segundo conjunto refere-se às formas de acolhimento da publicação no âmbito internacional, em particular, em Portugal e na França.

No editorial reproduzido no número 26 da *Revista de História* (abril/junho de 1956), Eurípedes Simões de Paula trazia uma nota publicada na revista *Bibliografia de História do Brasil* no ano de 1956, escrita pelo então professor da Universidade do Brasil Hélio Vianna. De acordo com as considerações de Vianna, a *Revista de História* foi uma iniciativa considerada vitoriosa, a qual desde o seu início passou a ocupar posição de grande relevo dentre as coletâneas científicas no Brasil (VIANNA, 1956 apud PAULA, 1956, p. 289).

Nesse sentido, Hélio Vianna atentava para alguns estudos publicados no espaço do periódico, em particular aqueles que se debruçam em torno da História do Brasil, área de especialidade do professor catedrático na Faculdade Nacional de Filosofia da Universidade do Brasil (FNF-i-UB). Eram estudos realizados tanto por pesquisadores brasileiros quanto estrangeiros, dentre eles os ensaios publicados nos quatro números lançados no ano de 1951, formulados por Émile-G. Léonard, “O Protestantismo Brasileiro: estudo de eclesiologia e de História Social”; outro conjunto de estudos publicados ao longo do ano de 1951, redigidos por Gustavo de Freitas, “Companhia Geral do Comércio do Brasil (1649-1720)”; o trabalho de Manuel Hipólito do Rêgo, “A Lenda no Litoral Paulista”; o artigo do professor Astrogildo Rodrigues de Mello, “Os Estudos Históricos no Brasil” – somente para citar alguns exemplos dados pelo autor.

Já no número seis da publicação, lançado no ano de 1951 (abril/junho de 1951), o editorial “Como fomos recebidos em Portugal” reproduz o texto publicado no número 82 (julho de 1950) da revista *Vértice*, de Coimbra, escrito por Rui Feijó. Nele sublinhou-se a presença de Fidelino de Figueiredo na Comissão de Redação da *Revista de História* e os objetivos marcados em seu primeiro número – veículo de divulgação sistemática dos trabalhos e pesquisas e elo entre a FFCL-USP e os professores de História, atuantes no ensino normal e secundário -, fato destacado pelo grupo da revista *Vértice* como de “[...] excepcional importância e pelo qual nesta revista sempre temos combatido” (FEIJÓ, 1950 apud PAULA, 1951, p. 233).

Outro ponto colocado no texto relacionou-se ao próprio espírito da publicação e à compreensão que se tem da História pelo próprio diretor, cuja abrangência “[...] reclama do conceito de história de Lucien Febvre, de quem a revista publica uma notável conferência sobre o ‘Homem do Século XVI’ que o célebre professor do Collège de France proferiu na Universidade de São Paulo” (FEIJÓ, 1950 apud PAULA, 1951, p. 233-234).

Nas considerações finais do texto, Rui Feijó atribuiu o surgimento de novos estudos históricos no Brasil, entre outras razões, ao intercâmbio de professores estrangeiros na Universidade de São Paulo, considerada pelo autor uma instituição que desempenhava um papel relevante na formação de professores, e à contribuição dada por alguns docentes, - como Fernand Braudel e Charles Morazé -, imbuídos na missão de renovar a investigação histórica (FEIJÓ, 1950 apud PAULA, 1951, p. 234).

Já um segundo conjunto de editoriais veiculados nos números 13 (1953) e 32 (1957), Eurípedes Simões de Paula divulgou textos sobre a recepção da *Revista de História* em centros de pesquisa franceses -, publicados nas revistas *Bulletin Hispanique* (v. 53, n. 1, 1951), *Revue Historique* (t. 207, 1952) e *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations* (v. 12, n. 1, 1957). De um modo geral, tais notas críticas possuem elementos de intersecção, como também colocam alguns traços distintivos atribuídos à revista, sobretudo no que diz respeito às suas especificidades.

De modo especial, destaca-se o editorial “Como fomos recebidos em França” (número 32), no qual Eurípedes Simões de Paula reproduz o artigo escrito por Frédéric Mauro para a revista *Annales: Économies, Sociétés, Civilisations* (1957). Desse texto, faz-se necessário pontuar dois aspectos, fundamentais ao entendimento da repercussão da *Revista de História* nos meios acadêmicos.

De modo geral, Mauro atentou para alguns elementos, no que diz respeito ao espírito da revista, sua preocupação em alargar o campo dos estudos históricos em diversas perspectivas (econômica, social, política, cultural, religioso), sua abertura também aos pesquisadores de outras áreas do conhecimento (conferir um âmbito interdisciplinar ao periódico), variedade do corpo de colaboradores brasileiros (principalmente, oriundos dos estados de São Paulo, Rio de Janeiro e Pernambuco) e estrangeiros, sobretudo portugueses, ingleses, norte-americanos e franceses (MAURO, 1957 apud PAULA, 1957, p. 257-260).

Além de tais discussões, contudo, Frédéric Mauro levantou duas questões fundamentais para o entendimento da recepção da *Revista de História*: em primeiro lugar, fez

uma aproximação da publicação com a própria revista *Annales*, de modo a estender sua influência aos historiadores no Brasil, na América Latina e Estados Unidos e atribuir um papel de ponte nacional e internacional em termos da ciência histórica; ao mesmo tempo, considerava-a portadora e difusora de uma nova historiografia produzida e amalgamada nos círculos acadêmicos, porta-voz dos estudos históricos livre de velhas rotinas, do heroísmo, de forma a diferenciá-la de outras publicações anteriores, classificadas em um escopo mais geral (MAURO, 1957 apud PAULA, 1957, p. 257-260).

Aqui cabe ressaltar o fato de que não somente nesses polos abordados nos editoriais a *Revista de História* foi difundida em seus primeiros anos de funcionamento. Anita Novinsky destacou que o periódico era sistematicamente enviado às mais importantes universidades das Américas, da Europa e do Oriente e distribuída em bibliotecas e instituições culturais (NOVINSKY, 1983, p. 479-480). A revista consistia, assim, num ponto de referência da historiografia brasileira então produzida.

Os editoriais aqui abordados indicam um caminho de mão dupla: por um lado, historiadores renomados aferiam qualidade à *Revista de História* com a divulgação de seus trabalhos; por outro, e simultâneo a esse movimento, a própria publicação, ao ganhar destaque nos meios universitários, também conferia prestígio e credibilidade a produção da historiografia difundida em suas páginas e, conseqüentemente, aos pesquisadores responsáveis pelos trabalhos divulgados.

Ao alargar a relevância da publicação e buscar apoio e penetração em diferentes esferas de acolhimento, Eurípedes Simões de Paula não somente objetivava notabilizar de um projeto historiográfico. Também – e uma hipótese pode ser pensada – a *Revista de História* fosse concebida enquanto um segmento de seu projeto político e institucional forjado em sua atuação na FFCL-USP, em defesa incondicional dos interesses e dos objetivos então elaborados no momento de surgimento da publicação.

A Revista de História, suas condições materiais e a historiografia veiculada em seu espaço

No decorrer do período analisado no trabalho (década de 1950), a *Revista de História* publicou 40 números, lançados trimestralmente. Organizados em seu primeiro ano em um único volume, essa ordenação sofreu alterações a partir do ano de 1951, agrupando dois números reunidos em um volume semestral. Conforme relatado por Eurípedes Simões de Paula em editorial lançado no quinto número do periódico em 1951, tal alteração foi

necessária devido ao aumento do número de páginas de cada fascículo, proporcionando assim a facilidade no manuseio dos números (PAULA, 1951, p. 3).

Ainda em sua fase inicial, a *Revista de História* tinha em torno de 120-130 páginas em seus primeiros quatro números. No quinto número, houve um aumento substancial no conjunto de páginas publicadas, passando a contar, em média, com 200-250 páginas por fascículo, acarretando a elevação do preço das modalidades de assinatura e venda avulsa do periódico: o que antes custava Cr\$ 80,00 passou para Cr\$ 120,00 (assinatura anual) e Cr\$ 20,00 para Cr\$ 30,00 (venda avulsa), valores mantidos até o ano de 1955, com novos reajustes nas modalidades de compra em duas ocasiões posteriores na mesma década (1955 e 1957) (PAULA, 1951, p. 252).

Algumas razões podem ser consideradas na elevação dos valores, tanto na venda dos números avulsos e nas assinaturas da revista no período em questão: a primeira delas, e constatada por seu diretor, era atribuída à elevação do custo do papel e das despesas geradas na impressão e distribuição da revista (PAULA, 1951, p. 252). Cabe ressaltar que na década de 1950, a Universidade de São Paulo sofrera um contingenciamento de verbas destinadas à pesquisa – consequência de uma política de austeridade adotada pelo executivo paulista -, de forma a afetar a aquisição e produção de materiais, equipamentos e projetos levados a cabo no momento (MOTOYAMA, 2006, p. 138).

Ainda em relação aos seus aspectos materiais, a *Revista de História* manteve características permanentes em todo o período, seja em suas dimensões (24 cm x 16,5 cm), seja na configuração da capa e outros elementos presentes, tais como apresentação do expediente, divulgação de outros periódicos e a organização de suas seções.

O padrão de capa presente na *Revista de História* expressava elementos perenes no período: no topo constava o nome da revista, grafado em caixa alta, com letras destacadas em vermelho. Acima do título principal, eram divulgadas informações indicativas ao número correspondente, a data (meses e ano); abaixo dele, a periodicidade da publicação (“Publicação Trimestral”) e a descrição dos artigos que compunham o número, sob a designação “Sumário”. Logo abaixo, há uma imagem cartográfica da América Latina, com a determinação das coordenadas geográficas situadas na delimitação do que é tomado como o território brasileiro.

Por sua vez, o verso da quarta capa era um espaço primordialmente destinado à divulgação de outras publicações na área de História e afins, com anúncios de periódicos de

instituições distintas, sendo as mais recorrentes editadas nos Estados Unidos: a *Hispanic American Historical Review*¹¹⁰ e a *Inter-American Review of Bibliography*¹¹¹. Além das revistas, havia referência à *Coleção da Revista de História*, na qual grande parte das edições consistia na reunião de trabalhos divididos em vários números da revista.

Ainda acerca da configuração material da *Revista de História*, cabe mencionar a disposição e ocorrência das seções e gêneros então definidos na publicação. A ordenação das seções seguia uma estrutura parcialmente fixa, com pequenas variações, sendo as principais descritas a seguir:

- **Editoriais (7):** textos escritos por Eurípedes Simões de Paula, os editoriais localizavam-se na abertura do fascículo;

- **Conferências (38):** uma síntese de aulas inaugurais, palestras e conferências, proferidas na FFCL-USP de catedráticos ou professores externos, convidados a apresentarem temas relativos às áreas de pesquisa dos mesmos ou de aspectos teórico-metodológicos no campo dos estudos históricos;

- **Artigos (186):** este gênero trazia as colaborações de pesquisadores da USP e de outras instituições, com o intuito de publicar trabalhos e reflexões acerca da História e de áreas em diálogo (Antropologia, Sociologia, Literatura, Filosofia);

- **Documentário (35):** análise de fontes potenciais para os estudos e pesquisas porventura desenvolvidas ou suscitar novos trabalhos;

- **Fatos e Notas (117):** a seção “Fatos e Notas” apresentava textos e debates em destaque no momento;

- **Questões pedagógicas (28):** a seção divulgava possíveis temas e propostas no trabalho dos licenciados no ensino de História, uma espécie de material de apoio e auxílio à formação dos professores;

- **Resenhas bibliográficas (205):** o presente gênero veiculava resenhas de livros, trabalhos publicados no Brasil e no exterior, muitos dos quais não haviam sido traduzidos ao português ou não estavam disponíveis em bibliotecas brasileiras. No arranjo material da

¹¹⁰ *Hispanic American Historical Review* é uma publicação quadrimestral, pertencente a Duke University Press em cooperação com Conference on Latin American History e American Historical Association, dedicada aos estudos em História e Cultura da América Latina produzidos nos Estados Unidos. Cf. HISPANIC AMERICAN HISTORICAL REVIEW. Home. Disponível em:

<<http://hahr.dukejournals.org/>>. Acesso em: 22 mar. 2017.

¹¹¹ *Inter-American Review of Bibliography* é uma publicação trimestral dedicada ao estudo da cultura Americana, editada pela Divisão de Filosofia e Letras do Departamento de Assuntos Culturais, órgão da União Pan-Americana. Informação extraída nas chamadas presentes nos números da *Revista de História*.

publicação, o referido gênero concentrou o maior número de contribuições veiculadas no espaço do periódico;

- **Noticiário (55):** essa seção configurava-se como espaço de divulgação de notícias, eventos, chamadas em participação de congressos e publicações, de forma a ressaltar as movimentações e realizações no campo dos estudos históricos, tanto no Brasil quanto no exterior.

Breves considerações acerca de seu diretor e Comissão de Redação

Anterior à análise mais detida do funcionamento da *Revista de História*, - de modo particular as temáticas e os debates postos em seu espaço -, convém traçar breves observações acerca da atuação tanto de seu diretor e fundador, Eurípedes Simões de Paula, e o grupo o qual esteve à frente de sua edição.

Desde a sua fundação até o ano de 1977, Eurípedes Simões de Paula – então professor titular da Cadeira de História da Civilização Antiga e Medieval da FFCL-USP – esteve na direção da publicação. Durante 27 anos, o historiador exerceu um papel relevante na dinâmica da configuração do periódico, não somente no provisionamento material da publicação, mas também em sua influência na definição da identidade do periódico.

Na condição de diretor/editor da revista, Eurípedes Simões de Paula mobilizou possíveis esforços em garantir o projeto da revista ora nascente e também no próprio funcionamento da revista: na seleção dos textos, no convite aos colaboradores para publicar seus trabalhos, no fomento ao debate acerca de assuntos específicos. Nesse sentido, o papel desempenhado pelo historiador avante à edição da revista possui uma característica de intervenção nas discussões e reflexões reveladas no espaço do periódico, na autorização de significados, na participação no âmbito da elaboração das ideias e na mediação entre autores e públicos porventura almejados (MEDEIROS, 2009, p. 132).

Entretanto, e apesar da centralidade ocupada por Eurípedes Simões de Paula na edição do periódico, outros atores também tomaram parte na execução do projeto da *Revista de História*, concentrando-se naquilo que fora denominado “Comissão de Redação”. Em linhas gerais, o mesmo era composto por seu diretor, secretários, tesoureiros e outros membros convidados. Em sua estrutura principal, não houve modificações substanciais, adquirindo certa homogeneidade na composição dos quadros do expediente.

A *Comissão de Redação* contou com 28 colaboradores, sendo formado pelos seguintes perfis:

- Docentes (catedráticos/assistentes/adjuntos) da USP: 17;
- Docentes (outras instituições): 2;
- Licenciados: 2;
- Sem identificação: 5;
- Outras instituições: 2.

Ao traçar a situação institucional dos membros da “Comissão de Redação” da *Revista de História*, percebe-se o predomínio dos docentes ligados à USP, especificamente integrantes aos quadros da própria FFCL, advindos das áreas de História, Geografia, Etnografia, Antropologia e Literatura da mesma instituição, o que denota um perfil institucional fortemente demarcado nas bases do conselho editorial da revista.

Por sua vez, o corpo de colaboradores que publicou seus respectivos trabalhos no periódico seguiu uma lógica, a qual tentou compatibilizar tanto sujeitos pertencentes aos quadros da USP quanto em pesquisadores oriundos de diversas instituições nacionais e internacionais. Em um olhar mais detido acerca da distribuição da veiculação institucional, notou-se um equilíbrio na equação USP (66)/outras instituições (69). Essa equiparação na proporção das colaborações demonstrou o anseio de seu corpo diretivo em conferir-lhe um estatuto de receptáculo dos estudos realizados em distintos campos do conhecimento, em busca de possíveis pontos de intersecção no interior das Ciências Humanas, recorrendo em muito à interdisciplinaridade entre as mesmas e os estudos históricos em diversas perspectivas alçadas.

Partindo para outras perspectivas da estrutura interna do periódico, convém examinar as temáticas apreendidas com a análise dos trabalhos publicados na *Revista de História*. As temáticas foram delimitadas levando em consideração a leitura de suas principais partes (título e subtítulo, primordialmente). Acerca da metodologia utilizada na delimitação dos assuntos tratados na *Revista de História*, recorreu-se ao que Tania Regina de Luca chama a problemática do trabalho classificatório, na medida em que tal atividade depende das operações mobilizadas na seleção dos termos mais do que as características inerentes aos objetos, de modo a oferecer-se como uma leitura possível das inúmeras possibilidades de leitura e sistematização (LUCA, 2011, p. 172).

No interior das seções, foi levantada uma amplitude de temas, sistematizados em grandes rubricas, de acordo com possíveis afinidades existentes entre os tópicos destrinchados. A ideia era operacionalizar uma leitura mais efetiva das propostas cotejadas

nos trabalhos e, para fins de condensação dos dados levantados, serão apresentadas as principais ocorrências visualizadas no espaço da publicação¹¹².

Ao longo da década de 1950, houve o predomínio das temáticas devotadas à História do Brasil (152 ocorrências), com ênfase principalmente nos períodos abrangidos entre os séculos XVI e XVIII (América Portuguesa). Há, ainda, um acentuado viés também ao século XIX, mas, em contrapartida, poucos trabalhos tendo o século XX como período central de análise. Vale enfatizar que no interior desse agrupamento foram detectadas variantes, as quais perpassavam todos os períodos categorizados. Ou seja, predominava uma atenção específica às perspectivas econômica, social, política e cultural, demonstradas no decorrer dos trabalhos publicados¹¹³.

Dentro dos estudos classificados como “História do Brasil” presentes na *Revista de História*, a perspectiva econômica estabeleceu-se como uma grande temática, de forma a dar maior atenção aos seguintes aspectos no período abrangido entre os séculos XVI e XVIII: dos ciclos do mear, do pau-brasil e do açúcar (Alfredo Ellis Júnior, Mafalda P. Zamella, Myriam Ellis Austregésilo, D. Bento José Pickel, Gilberto Osório de Andrade), existência do comércio de metais e o abastecimento nas zonas mineradoras (Myriam Ellis Austregésilo, Theodoro Cabral), presença de zonas de mineração auríferas e sua posterior decadência (Regina Cunha Rodrigues, Oliveiros S. Ferreira), monopólio exercido por Portugal ao comércio de determinados produtos advindos de territórios brasileiros (Myriam Ellis Austregésilo), tentativas de comércio a serem implantadas entre Brasil e outros países, como Inglaterra, Portugal, Espanha, região do Prata, região de Potosí (Regina Cunha Rodrigues, Rozendo Sampaio Garcia, Gustavo de Freitas, Keith Short, Marie Helmer), companhias de comércio (Manuel Diéguas Júnior), estudos sobre a retomada da agricultura, perante a decadência do comércio das regiões auríferas e de metais (Mafalda P. Zamella).

O segundo maior conjunto de temáticas classificado “Divulgação” (148 ocorrências) visava primordialmente a veicular as ações e os acontecimentos ocorridos na FFCL-USP,

¹¹² Durante a realização da pesquisa foram levantadas 716 ocorrências.

¹¹³ Ao analisar a produção da chamada primeira geração de historiadores da escola uspiana de História, Maria Helena Rolim Capelato, Raquel Glezer e Vera Lúcia Amaral Ferlini destacam as vertentes da história social, da história das ideias e a história econômica, marcantes nas teses de doutorado defendidas entre 1951 e 1973, tendência refletida também no espaço da *Revista de História*. Cf. CAPELATO, Maria Helena Rolim; GLEZER, Raquel; FERLINI, Vera Lúcia Amaral. Escola uspiana de História. *Estudos Avançados*, São Paulo, v. 8, n. 22, 1994. Disponível em: http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0103-40141994000300044&lng=en&nrm=iso
Acesso em: 26 mar. 2017.

como visitas de docentes estrangeiros, concursos para cátedras, livre-docências, doutoramento, divulgação de cursos, programas oferecidos pela própria instituição. Eventos externos ao âmbito da USP também encontravam espaço: concursos literários e de pesquisas na área de História, atuação de docentes em distintas instituições, necrológio, eventos nacionais e internacionais no âmbito, divulgação de centros de estudos e sociedades de estudos históricos e revistas na área de História e correlatas. Sobre o conjunto em análise, vale ressaltar a presença constante de Eurípedes Simões de Paula como autor, o que indica a sensibilização do próprio diretor da *Revista de História* na propagação de reuniões científicas e perante diversos centros de pesquisa (sobretudo no âmbito internacional) e outras publicações acadêmicas, buscando criar elos entre a FFCL-USP e outros ambientes e vivências acadêmicas.

Uma importante vertente extraída do conjunto “Divulgação” diz respeito à difusão de fontes consideradas importantes para os estudos históricos, sobretudo para a História do Brasil. Tal inclinação pode ser vista, por exemplo, em quatro artigos escritos por Eurípedes Simões de Paula, intitulados “Inventário de documentos inéditos de interesse para a história de São Paulo”¹¹⁴, manifestação dos esforços de organização de fontes constantes nos acervos da Biblioteca Nacional de Lisboa (Portugal).

Outro conjunto de temáticas relevantes ao estudo da *Revista de História* consiste nos artigos cujo assunto principal foi identificado como História da Europa (132 ocorrências), com uma concentração de trabalhos situada nas reflexões acerca dos séculos XV e XVI, mais precisamente em torno da história das navegações e dos descobrimentos de possessões de ultramar empreendidas, primordialmente, por Portugal e Espanha.

Já um novo grupo temático de grande repercussão no espaço da *Revista de História* residiu nos trabalhos acerca das relações entre História e outras áreas de conhecimento (58 ocorrências), primordialmente no campo das Ciências Humanas e das Letras, como a Sociologia, a Antropologia, a Geografia, a Literatura e a Linguística.

Todos esses movimentos evidenciam, assim, as tentativas cada vez mais efetivas na intersecção entre áreas do conhecimento, evidenciando, em certa medida, um reflexo da estrutura curricular do curso de História e Geografia nos anos 1950, com a presença de disciplinas nas áreas de Antropologia, Etnografia, Geografia Física e Humana, inseridas em

¹¹⁴ Artigos presentes na seção *Arquivos* dos seguintes números: n. 9 (ano III, jan./mar. 1953); n. 10 (ano III, abr./jun. 1953); n. 11 (ano III, jul./set. 1953) e; n. 12 (ano III, out./dez. 1953).

um processo de mudanças em sua configuração e a importância dessas áreas na formação dos historiadores¹¹⁵.

Partindo para a temática tributada à História Antiga e Medieval (57 ocorrências), houve a veiculação de artigos concentrados nos aspectos políticos, econômicos, sociais e culturais. No presente núcleo, com destaque aos trabalhos elaborados pelo próprio diretor da *Revista de História*, na produção do então professor adjunto à Cátedra, - Pedro Moacyr Campos - e de pesquisadores estrangeiros, tais como: Roger Dion, Jean Gagé, Yves Renouard e Vitorino Magalhães Godinho. Essas referências permitem a considerar que esses pesquisadores integravam o grupo de interlocução de Eurípedes Simões de Paula, cuja área de estudos concentrava-se justamente na área de História Antiga e Medieval.

Dois outros núcleos temáticos constantes no espaço da *Revista de História* trouxeram inquietações acerca da própria natureza da História em seu aspecto teórico-metodológico (pesquisa, questões das fontes, epistemologia da história, História enquanto ciência, interpretações da História em diversos períodos) e as questões voltadas ao ensino de História e a formação do historiador (35 e 7, respectivamente). Três destaques oriundos da reunião dos artigos em torno do tema foram: a série produzida por José van den Besselaar, cujo título geral fora denominado “Introdução aos Estudos Históricos”, publicados em dez números da *Revista de História* (BESSELAAR, 1954-1958); o artigo de Eduardo D’Oliveira França “Considerações sobre a função cultural da História” (FRANÇA, 1951) e; Pedro Moacyr Campos, “O estudo de História na Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras da Universidade de São Paulo” (CAMPOS, 1954).

A incursão empreendida na publicação em seu momento de surgimento possibilita compreendê-la enquanto um marco em duas perspectivas transversais: ao mesmo tempo em que representou o cerne do projeto político, institucional e historiográfico de Eurípedes Simões de Paula – em conjunto com outros intelectuais – a *Revista de História* também se constitui como um lugar fundamental na divulgação da historiografia brasileira no limiar dos anos 1950 no Brasil.

¹¹⁵ Para o estudo das estruturas curriculares no curso de História e Geografia da Universidade de São Paulo entre as décadas de 1930 e 1950 e as reconfigurações nas cátedras existentes na instituição Cf. ROIZ, Diogo da Silva. A institucionalização do ensino universitário de Geografia e História na Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras da Universidade de São Paulo entre 1934 e 1956. *Ágora*, Santa Catarina, v. 13, n. 1, p. 65-104, jan/jun. 2007. Disponível em: <<http://online.unisc.br/seer/index.php/agora/article/viewFile/111/70>>. Acesso em: 26 mar. 2017.

Considerações finais

Os anos 1950 representaram uma importante baliza na elaboração e consolidação da Revista de História enquanto publicação especializada na área de História, tanto na afirmação de seu projeto editorial quanto na delimitação de seus princípios e objetivos. Em uma análise mais detida de seus bastidores, é possível identificar uma acentuada intervenção de seu diretor/editor – Eurípedes Simões de Paula – em conjunto com um grupo de historiadores, os quais procuraram nesse primeiro momento definir um programa na configuração do periódico.

A aplicação desse projeto fora, além da constante participação de historiadores e pesquisadores, integrantes da rede constituída em torno do periódico (LÉVY-DUMOLIN, 2010, p. 587), tributária do empenho de Eurípedes Simões de Paula em imprimir um perfil a *Revista de História* desde seus anos iniciais. Durante 27 anos – de 1950 a 1977, ano de seu falecimento – o historiador foi o único diretor da publicação, de modo a exercer um papel de centralização no comando da revista, tanto anos de dedicação que a fizeram ser denominada por muitos colegas como “a revista do Eurípedes”, a “Eurípedes e a sua revista”¹¹⁶. A concentração na administração do periódico sob sua responsabilidade também pode ser vislumbrada na distribuição dos assuntos dos trabalhos submetidos à publicação, sendo as áreas de História Antiga e Medieval como um dos principais campos de pesquisa veiculados no periódico em seus primeiros 10 anos de funcionamento.

Nesse período de fabricação e de consolidação de seu projeto editorial, a *Revista de História* pode ser compreendida em seu empenho em transformá-la em uma instância de divulgação da produção historiográfica brasileira, principalmente dos estudos oriundos dos meios universitários, em tentativa de acompanhar e participar do movimento de estruturação da disciplina História no campo das universidades no Brasil, criadas nos anos 1930 e em processo de consolidação na segunda metade do século XX.

¹¹⁶ Confira os depoimentos integrantes da coletânea em homenagem ao historiador. CF. IGLESIAS, Francisco. Evocação de Eurípedes Simões de Paula. In: *IN MEMORIAM: Eurípedes Simões de Paula: artigos, depoimentos de colegas, alunos, funcionários e ex-companheiros da FEB: vida e obra*. São Paulo: [s.n.], 1983. p. 434; NOVINSKY, Anita. Eurípedes e a sua revista no exterior. In: *IN MEMORIAM: Eurípedes Simões de Paula: artigos, depoimentos de colegas, alunos, funcionários e ex-companheiros da FEB: vida e obra*. São Paulo: [s.n.], 1983. p. 479-483.

Referências

- BESSA, Karla Adriana Martins. Três nomes, três caminhos: José Honório Rodrigues, Eurípedes Simões de Paula, Alice Piffer Canabrava e a historiografia brasileira no século XX. *História & perspectivas*, Uberlândia, MG, n. 27/28, p. 77-101, jul/dez. 2002; jan/jun. 2003.
- BESSELAAR, José van den. Introdução aos estudos históricos. *Revista de História*, São Paulo, n. 20-24 (1954-1955); 26-29 (1956-1957); 31 (1957); 35 (1958).
- BOURE, Robert. Sociologie des revues de sciences sociales et humaines. *Réseaux*, v. 11, n. 58, p. 91-105, 1993. Disponível em: http://www.persee.fr/doc/AsPDF/reso_0751-7971_1993_num_11_58_2306.pdf. Acesso em: 28 mar. 2017.
- CAMPOS, Pedro Moacyr. O estudo da História na Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras da Universidade de São Paulo. *Revista de História*, São Paulo, ano V, n. 18, abr/jun. 1954, p. 491-503.
- CAPELATO, Maria Helena Rolim; GLEZER, Raquel; FERLINI, Vera Lúcia Amaral. Escola uspiana de História. *Estudos Avançados*, São Paulo, v. 8, n. 22, 1994. Disponível em: <http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0103-40141994000300044&lng=en&nrm=iso>. Acesso em: 26 mar. 2017.
- FRANÇA, Eduardo D'Oliveira. Considerações sobre a função cultural da História. *Revista de História*, São Paulo, ano II, n. 8, p. 253-269, out/dez. 1951.
- FRANZINI, Fábio; GONTIJO, Rebeca. Memória e história da historiografia no Brasil: a invenção de uma moderna tradição, anos 1940-1960. In: SOIHET, Rachel ... [et al.]. *Mitos, projetos e práticas políticas: memória e historiografia*. Rio de Janeiro: Civilização Brasileira, 2009, pg. 141-160.
- LÉVY-DUMOLIN, Olivier. Revues historiques. In: DELACROIX, C. ... [et al.]. *Historiographies, I: concepts et débats*. Paris: Gallimard, 2010. p. 586-595. (Folio. Historie; n. 179).
- LIMA, Luís Corrêa. O Brasil transforma Braudel. In: _____. *Fernand Braudel e o Brasil: vivência e brasilianismo (1935-1945)*. São Paulo: EDUSP, 2009. p. 87-108.
- LUCA, Tânia Regina de. Revista do Brasil (terceira fase): inserção no mundo letrado, objetivos, características e conteúdo. In: _____. *Leituras, projetos e (re)vista(s) do Brasil (1916-1944)*. São Paulo: Editora UNESP: FAPESP, 2011, p. 143-257.
- MARTINEZ, Paulo Henrique. Fernand Braudel e a primeira geração de historiadores universitários da USP (1935-1956): notas para estudo. *Revista de História*, São Paulo, n. 146, 2002, p. 11-27. Disponível em: <http://revhistoria.usp.br/images/stories/revistas/146/RH_146_-_Paulo_Henrique_Martinez.pdf>. Acesso em: 22 mar. 2017.
- MATOS, Odilon Nogueira. Sociedade de Estudos Históricos. *Revista de História*, São Paulo, ano II, n. 5, p. 227-231, jan/mar. 1951.
- MEDEIROS, Nuno. Ações prescritivas e estratégicas: a edição como espaço social. *Revista Crítica de Ciências Sociais*, n. 85, p.131-146, 2009. Disponível em: <https://rccs.revues.org/363>. Acesso em: 25 mar. 2017.

MENDES, J. Amado. Desenvolvimento e estruturação da historiografia portuguesa. In: TORGAL, Luís Reis; MENDES, José Maria Amado; CATROGA, Fernando. *História da História em Portugal sécs. XIX-XX*. [Lisboa?]: Temas e Debates, 1998. p. 187-246.

MOTOYAMA, Shozo. A construção da universidade: 1930-1969. In: _____. (org.) *USP 70 anos: imagens de uma história vivida*. São Paulo: EDUSP, 2006. p. 121-148.

NOVINSKY, Anita. Eurípedes e a sua Revista no exterior. In: IN MEMORIAM de Eurípedes Simões de Paula: artigos, depoimentos de colegas, alunos, funcionários e ex-companheiros da FEB. São Paulo: Seção Gráfica da Faculdade de Filosofia, Letras e Ciências Humanas da Universidade de São Paulo, 1983. p. 479-483.

PAULA, Eurípedes Simões de. Aviso aos nossos leitores e assinantes. *Revista de História*, São Paulo, ano II, n. 8, p. 252, set/dez. 1951.

PAULA, Eurípedes Simões de. Aula inaugural do Professor Eurípedes Simões de Paula em 11 de março de 1949: a História e o seu ensino na Faculdade. In: ANUÁRIO da Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras (Universidade de São Paulo), 1939-1949. São Paulo: Secção de Publicações, 1953. p. 157-164 (v. 1).

PAULA, Eurípedes Simões de. Como fomos recebidos em França. *Revista de História*, São Paulo, ano IV, n. 13, p. 3-4, jan/mar. 1953.

PAULA, Eurípedes Simões de. Como fomos recebidos em França. *Revista de História*, São Paulo, ano VIII, n. 32, p. 257-260, out/dez. 1957.

PAULA, Eurípedes Simões de. Como fomos recebidos em Portugal. *Revista de História*, São Paulo, ano II, n. 6, p. 233-234, abr/jun. 1951.

PAULA, Eurípedes Simões de. Como fomos recebidos no Rio de Janeiro. *Revista de História*, São Paulo, ano VII, n. 26, p. 289-290, abr/jun. 1956.

PAULA, Eurípedes Simões de. Depois de um ano... *Revista de História*, São Paulo, ano II, n. 5, p. 3-4, jan/mar. 1951.

PAULA, Eurípedes Simões de. Nosso Programa. *Revista de História*, São Paulo, ano I, n. 1, p. 1-2, jan/mar. 1950.

ROIZ, Diogo da Silva. A institucionalização do ensino universitário de Geografia e História na Faculdade de Filosofia, Ciências e Letras da Universidade de São Paulo entre 1934 e 1956. *Ágora*, Santa Catarina, v. 13, n. 1, p. 65-104, jan/jun. 2007. Disponível em: <<http://online.unisc.br/seer/index.php/agora/article/viewFile/111/70>>. Acesso em: 26 mar. 2017.

SIRINELLI, Jean-François. Os intelectuais. In: RÉMOND, René. *Por uma história política*. 2. ed. Rio de Janeiro: Editora FGV, 2003, p. 231-270.